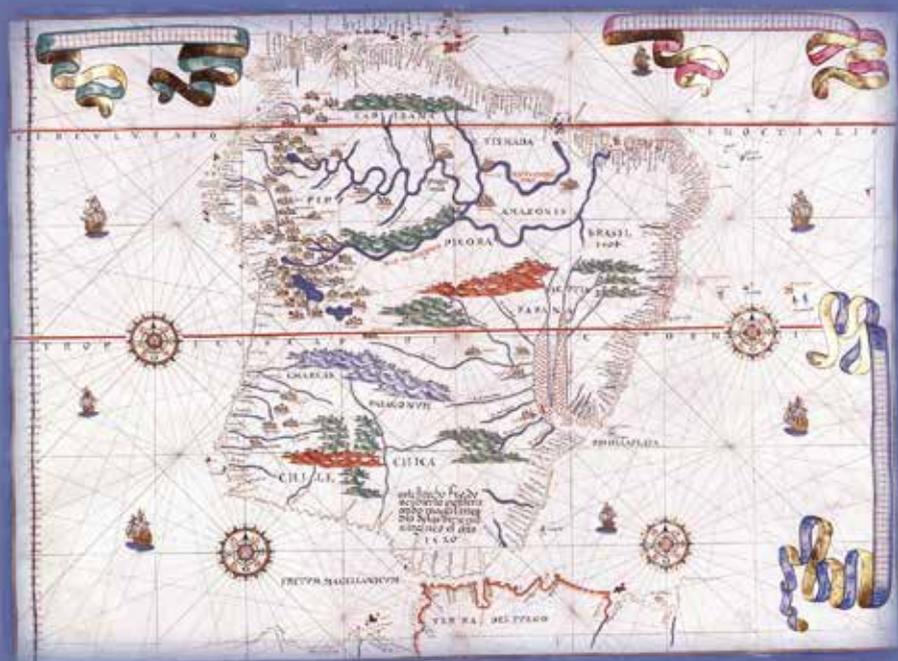


DANIEL MIGUEL NIEVA SANZ

Bergantines y canoas en los ríos Magdalena y Paraná

Un modelo de análisis transdisciplinar
para expediciones fluviales en América (siglo XVI)



Aconcagua

DANIEL MIGUEL NIEVA SANZ (Madrid, 1989). Doctor en Historia y Arqueología Marítimas (CEIMAR-UCA), máster en Arqueología Náutica y Subacuática por la Universidad de Cádiz con Premio Extraordinario, máster en Antropología de América por la Universidad Complutense de Madrid y graduado en Historia por la Universidad Autónoma de Madrid con doble beca de excelencia CAM. Ha sido investigador JAE-INTRO en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas e investigador predoctoral FPU en la Universidad de Cádiz. Cuenta con publicaciones científicas en España, Argentina, Colombia, Costa Rica, Panamá y México. Ha participado en numerosos congresos nacionales e internacionales y ha ejercido como curador en exposiciones internacionales e interuniversitarias entre Colombia y España. Como formación complementaria, es instructor profesional de buceo (PADI) y patrón de embarcaciones (PER). Su investigación transdisciplinar tiene un fuerte componente de trabajo de campo a través de estancias de investigación en Colombia (Universidad del Magdalena), Paraguay y Argentina (Instituto de Arqueología de la Universidad de Buenos Aires).

Bergantines y canoas en los ríos Magdalena y Paraná

DANIEL MIGUEL NIEVA SANZ

Bergantines y canoas en los ríos Magdalena y Paraná

Un modelo de análisis transdisciplinar para
expediciones fluviales en América (siglo XVI)



AconcaguA

Textos Universitarios n.º 49

© Daniel Miguel Nieva Sanz, 2025
© Aconcagua Libros, Sevilla, 2025

ISBN: 978-84-129095-3-1
D.L. SE-732-2025

E-mail: infoaconcagualibros@gmail.com
www.aconcagualibros.net

Maquetación: Deculturas, S. Coop. And.
Impreso en Andalucía



*A mi amada hija. A mi adorada esposa. A mi admirada madre. A mi añorado padre.
Motivación, apoyo, ejemplo y fuente de virtud.*

Índice

1. INTRODUCCIÓN	11
2. FACTORES GEOGRÁFICOS: SISTEMAS FLUVIALES DEL MAGDALENA Y DEL PLATA. . .	47
2.1. La cuenca del Magdalena	48
2.2. La cuenca del Plata	53
2.3. ¿Cómo interpretaban el río? Localización, análisis y clasi- ficación de las primeras representaciones cartográficas	58
2.4. Dificultades náuticas en contextos fluviales	69
3. FACTORES CULTURALES: ENTRE LOS NOSOTROS Y LOS OTROS	81
3.1. Diversidad étnica de la cuenca del Magdalena	85
3.2. Grupos étnicos de la cuenca del Paraná	94
3.3. El río como vector de convergencia cultural	104
3.4. Mitos, miedos y primeras barreras mentales en las huestes castellanas	111
3.5. Antropofagia: ¿una práctica exclusiva del “otro”?	129
4. FACTORES LOGÍSTICOS: LA PREPARACIÓN DE LAS HUESTES FLUVIALES	133
4.1. Logística y aprendizaje sobre la experiencia: prueba y error	134
4.2. El marco jurídico de las huestes: capitulaciones y nombramientos ..	149
4.3. Preparación y composición de la hueste	161
4.4. Motivaciones e intereses	170

5. FACTORES TECNOLÓGICOS Y TÉCNICOS: NAVES Y NAVEGACIÓN FLUVIAL	175
5.1. Naves castellanas: análisis tipológico, náutico y funcional	177
5.2. Canoas indígenas: análisis tipológico, náutico y funcional	200
6. DINÁMICAS DE CONTACTO: ENTRE LA CURIOSIDAD, EL INTERÉS Y LA VIOLENCIA	229
6.1. La bidireccionalidad del contacto utilitario	230
6.2. Diplomacia oficiosa y alianzas coyunturales	235
6.3. El contacto violento: el arte de la guerra anfibia	247
7. ADAPTACIÓN, APRENDIZAJE E HIBRIDACIÓN EN MATERIA NÁUTICA	279
7.1. Modificaciones y precauciones en naves propias	280
7.2. El uso de canoas: el aprendizaje del saber náutico indígena	282
7.3. La génesis de la construcción naval criolla y mestiza en América	289
8. CIERRE DE LA INVESTIGACIÓN	319
8.1. Patrones de avance fluvial: similitudes y diferencias	320
8.2. Continuidad o reflejo de patrones de avance y contacto: secuelas en la centuria	329
8.3. Epílogo	332
9. FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	339
9.1. Fuentes primarias manuscritas	339
9.2. Fuentes primarias editadas o digitalizadas	340
9.3. Bibliografía	344

1

Introducción

No faltará, tal vez, quien se admire de que yo me haya admirado tanto, y se burle de mí diciendo: ¡Mira lo que cuenta como un portento, que hay en aquellas regiones ríos muy grandes! Lo mismo puede decirse de otros. Mas estos ríos son más caudalosos.

Pedro Mártir de Anglería¹

A lo largo de la historia de la humanidad, los ríos constituyeron las zonas de mayor dinamismo, fertilidad y desarrollo de los distintos rincones del planeta. Desde el creciente fértil mesopotámico conformado por las cuencas del Tigris y el Éufrates hasta la longísima cuenca del Nilo, pasando por grandes ríos europeos como el Danubio; sin olvidar, por supuesto, ríos del extremo oriente como el Indo, el Ganges o el Mekong, y los gigantes del África subsahariana como el Níger y el Congo. Tanto estos magnos cursos fluviales, como todos aquellos de menor entidad, vertebraron en distinto grado los territorios continentales del planeta, favoreciendo la comunicación y el transporte de personas, mercancías, ideas y patógenos entre territorios sumamente distantes unos de otros.

Al mismo tiempo, los ríos han constituido también espacios significados con un alto valor simbólico para las distintas configuraciones culturales que se han desarrollado en sus riberas o han navegado sus aguas. Esta relación simbólica se refleja desde la Antigüedad en numerosas ocasiones, cuando se atribuyen carac-

¹ Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del nuevo mundo*, 1º edición Sevilla-Alcalá de Henares, s.e., 1511 y 1516, Madrid: Ediciones Polifemo, 1989, p. 154.

teres personales y divinos a las masas de agua en movimiento. Es el caso narrado por Homero cuando Ulises suplica a un río clemencia tras llegar a él completamente abatido: “¡Soberano, quienquiera que seas, escucha!”². Asimismo, el río Nilo tuvo un altísimo valor simbólico en el antiguo Egipto, divinizado como el dios Hapi, vinculado a la vida y a la muerte, y también dotado de un valor funcional extraordinario, tanto en lo relativo a la comunicación, como en la dicotomía destrucción y creación/fertilidad durante sus tiempos de crecida, virtud subrayada por autores clásicos como Heródoto o Aristóteles³. El propio río Tiber alcanzó una significación muy elevada como mítico protector de Roma, dado que sus áreas desbordadas fueron el lugar elegido para abandonar a los hermanos Rómulo y Remo⁴. Es también de sobra conocida la importancia simbólica del río Ganges y su relación con la divinidad hinduista Shiva⁵, además de los casos del sudeste asiático en relación con el imperio jemer de Angkor, en torno a la cuenca del río Mekong⁶.

Por otro lado, la historia también revela un alto valor estratégico de los ríos en procesos de exploración o conquista, tanto en lo relativo al mayor atractivo que las cuencas fluviales ofrecían a nivel fertilidad del territorio y la comunicación comercial, como en su rol de vías de penetración rápida al interior continental con fines ofensivos. Concretamente en la península Ibérica existen casos muy significativos. En lo relativo a lo primero, tanto fenicios como griegos, al sur y al noreste, respectivamente, valoraron muy positivamente la presencia de cursos fluviales para el acceso al interior durante sendos procesos de expansión

² Homero, *La Odisea*, Pontevedra: Plutón ediciones, 2015, p. 84.

³ Véase María Engracia Muñoz-Santos, “Egipto es un don del Nilo: La inundación analizada desde el punto de vista griego”, *Cadernos do LEPAARQ Textos de Antropologia, Arqueologia e Patrimônio*, 24, 2015, pp. 153-164.

⁴ Tito Livio, *Los orígenes de Roma*, Madrid: Akal, 2000, p. 70.

⁵ José Luis Vázquez Borau, *El hinduismo, religión del orden eterno*, Lulu.com, 2015, pp. 84 y 90.

⁶ Verónica Walker Vadillo, “Espíritus ctónicos, arboles sagrados y barcos monóxilos: desarrollo y evolución del paisaje cultural marítimo en el imperio jemer de Angkor (Camboya)”, *Congreso Iberoamericano de Arqueología Náutica y Subacuática*, Cádiz: Universidad de Cádiz-CIANYS, 2021, pp. 274-277.

en el Mediterráneo occidental⁷. Buenos ejemplos de ello serían tanto el río Ebro (Iber), que da nombre a la península desde la apoikización griega en el siglo VI a.C.⁸, como el Guadalquivir (Tharsis o Baetis) en lo relativo a la presencia fenicia y el desarrollo de la cultura tartésica⁹. Asimismo, en lo que se refiere al uso ofensivo de los cursos fluviales, también durante el medievo ibérico *al-wādi al-kabīr* (río grande), o castellanizado y ya mencionado Guadalquivir, ejerció como vía rápida de acceso empleada por los vikingos a bordo de sus drakares durante las razias al interior de Al-Ándalus hacia el siglo IX¹⁰.

En este sentido, los ríos americanos no son una excepción en la historia global, sino que se incorporan a esta larga lista de forma muy contundente por caudal, longitud y transcendencia práctica, simbólica e histórica. Además, la disposición perpendicular del continente americano respecto al Ecuador es mucho más marcada que en el resto de los continentes, extendiendo su territorio continental a lo largo de una buena parte del arco de latitudes norte y sur. Asimismo, cuenta con unas configuraciones montañosas que condicionan sobremanera la comunicación entre unos y otros espacios, siendo muy dificultoso el paso terrestre en el llamado istmo de Panamá. Debido a ello, los grandes cursos fluviales se revelan aún más esenciales en esa función vertebradora que les caracteriza, al conformar los caminos y las veredas acusadas que permitieron la circulación de productos como la yuca o el maíz¹¹. En consecuencia, las cuencas fluviales americanas también han sido áreas de un extraordinario dinamismo cultural desde los primeros pasos del ser humano en el continente. En ellas se han generado dinámicas de transculturación¹², como muestra la diversidad étnica de sus riberas, así

⁷ Francisco Javier Gómez Espelósín, *Historia de Grecia en la Antigüedad*, Madrid: Akal, 2016, p. 56.

⁸ Adolfo Jerónimo Domínguez Monedero, “Los términos ‘Iberia’ e ‘Íberos’ en las fuentes grecolatinas: estudio acerca de su origen y ámbito de aplicación”, *Lucentum*, 2, 1989, pp. 203-224.

⁹ María Eugenia Aubet, *Tartessos: arqueología protohistórica del bajo Guadalquivir*. Sabadell: Editorial AUSA, 1989.

¹⁰ Christophe Picard, *Sea of the caliphs*, Cambridge: The Belknap Press, 2018, pp. 108-109.

¹¹ Carlos Castaño Uribe, “Configuración cultural de los Karib en Colombia: algunos comentarios e hipótesis”, *Revista española de antropología americana*, 14, 1984, p. 206.

¹² Para el concepto de transculturación véase Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho, 1987, p. 5.

como problemas de territorialidad en torno a los ríos como fronteras significadas y vías de penetración de grupos de alta movilidad, como reflejan el caso karib en el Magdalena y las disputas interétnicas en el Paraná¹³.

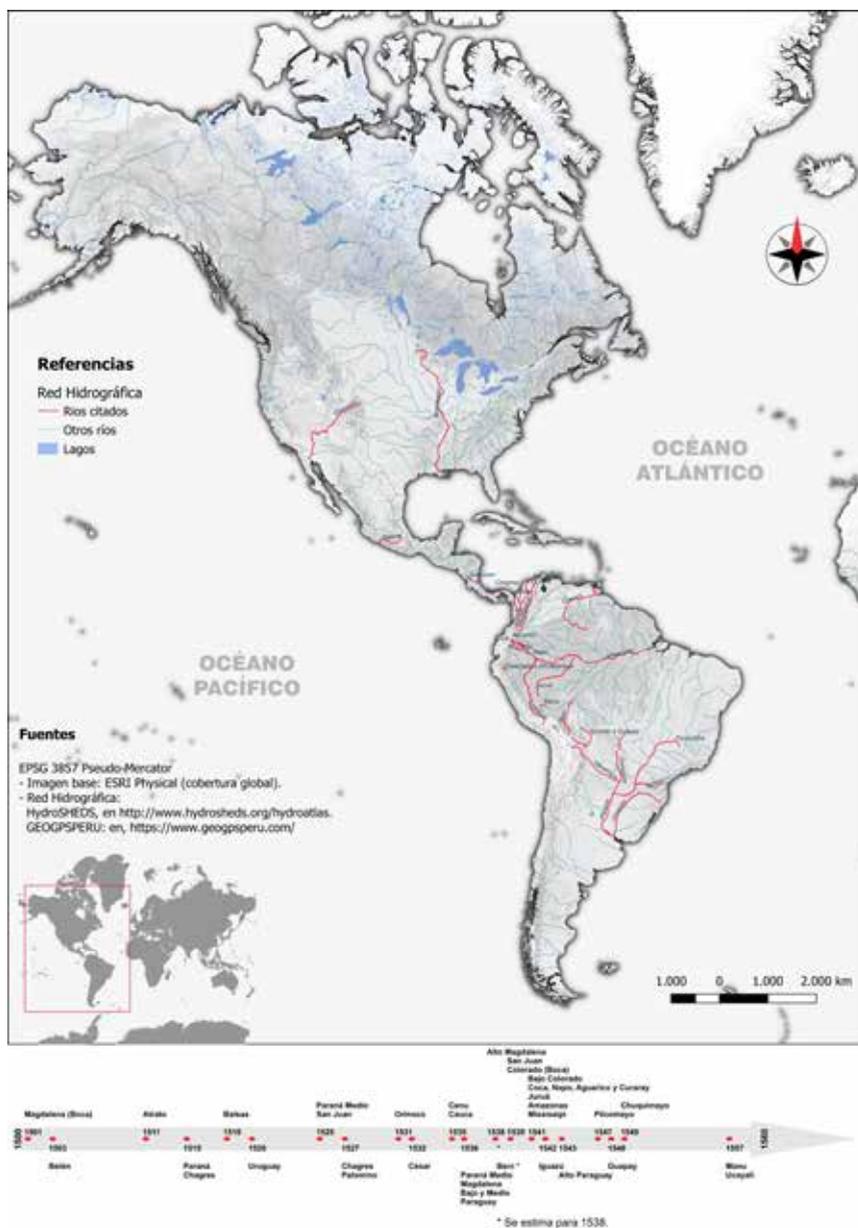
De este modo, todo lo relativo a la movilidad prehispánica y al posterior rol ejercido por los ríos durante las numerosas iniciativas de exploración y conquista a inicios del siglo XVI constituyó el estímulo necesario para empezar a pergeñar la presente investigación, teniendo en cuenta la dimensión de la penetración castellana al interior continental americano y el reducido lapso temporal transcurrido. Se trató de una coyuntura de expansión y conquista en la que, en poco más de cincuenta años (1500-1557), se acomete por huestes castellanas la exploración total o parcial de los grandes ríos americanos, así como buena parte de ríos de menor entidad y afluentes. Es decir, nos encontramos con un fenómeno de expansión fluvial sin parangón, que supera en mucho a nivel cuantitativo a los antecedentes relatados a nivel global. En el caso americano, la iniciativa emana de la misma configuración cultural y se produce en la misma y escueta horquilla temporal, debido a lo cual se sitúan sobre la mesa unas condiciones tecnológicas, jurídicas y culturales, incluso conductuales, coincidentes en la mayor parte de los casos, permitiendo analizar el desarrollo de estas empresas de comunes condiciones de partida, frente a las exigencias físicas de cada río y en relación con los distintos panoramas étnicos en cada cuenca fluvial.

¹³ Carlos Eduardo López, “Arqueología del Bajo y Medio Río Magdalena: Apuntes sobre Procesos de Poblamiento Prehispánico de las Tierras Bajas Tropicales Interandinas de Colombia”, *Revista del Museo de La Plata*, 4(2), 2019, p. 294. Y Ulrico Schmidl, *Relatos de la conquista del Río de la Plata y Paraguay 1534-1554* (primera edición en Nuremberg, 1602), Madrid: Alianza, 1986, p. 14.

Año	Río	Capitán/s	Natural de	Pabellón
1501	Magdalena (boca)	Rodrigo de Bastidas	Sevilla	Castilla
1503	Belén	Cristóbal Colón	¿?	Castilla
1511	Atrato	Vasco Núñez de Balboa	Jerez de los Caballeros	Castilla
1515	Paraná	Díaz de Solís	Lebrija	Castilla
1515	Chagres	Diego de Albítez	Jerez de los Caballeros	Castilla
1518	Balsas	Vasco Núñez de Balboa	Jerez de los Caballeros	Castilla
1520	Uruguay	Juan Rodríguez Serrano	¿?	Castilla
1525	Paraná Medio	Sebastián Caboto	Venecia	Castilla
1525	San Juan	Ruy Díaz	¿?	Castilla
1527	Chagres*	Hernando de la Serna	¿?	Castilla
1527	Palomino	Palomino	¿?	Castilla
1531	Orinoco	Diego de Ordaz	Castroverde de Campos	Castilla
1532	Cesar	Pedro de Lerma	Burgos	Castilla
1535	Cenú	Alonso de Heredia	Madrid	Castilla
1535	Cauca	Alonso de Heredia	Madrid	Castilla
1536	Paraná Medio	Pedro de Mendoza	Guadix	Castilla
1536	Magdalena	Jiménez de Quesada	Córdoba	Castilla
1536	Bajo y Medio Paraguay	Juan de Ayolas	Briviesca	Castilla
1538	Alto Magdalena	Sebastián Belalcázar	Córdoba	Castilla
	Beni	Pedro Ansuárez	Sahagún	Castilla
1539	San Juan	Calero y Machuca	¿?	Castilla
1539	Colorado (Boca)	Francisco de Ulloa	¿?	Castilla

Año	Río	Capitán/s	Natural de	Pabellón
1540	Colorado (Cañón)	Vázquez de Coronado	Salamanca	Castilla
1541	Bajo Colorado	Hernando Alarcón	Trujillo	Castilla
1541	Coca, Napo, Aguarico y Cuzco	Gonzalo Pizarro y Francisco de Orellana	Trujillo	Castilla
1541	Yuruá	Francisco de Orellana	Trujillo	Castilla
1541	Amazonas	Francisco de Orellana	Trujillo	Castilla
1541	Misisipi	Hernando de Soto	Badajoz	Castilla
1542	Iguazú	Cabeza de Vaca	Jerez de la Fm.	Castilla
1543	Alto Paraguay	Ñuflor de Chaves	Santa Cruz de la Sierra	Castilla
1547	Pilcomayo	Ñuflor de Chaves	Santa Cruz de la Sierra	Castilla
1548	Guapay	Ñuflor de Chaves	Santa Cruz de la Sierra	Castilla
1549	Chuquimayo	Diego Palomino	Jaén	Castilla
1557	Manu	J. Álvarez Maldonado	Salamanca	Castilla
1557	Ucayali	Juan de Salinas Loyola	Valladolid	Castilla

Tabla 1. Principales exploraciones fluviales entre 1501 y 1557. **Fuente:** elaboración propia.



Mapa 1. Representación del registro de ríos americanos recorridos por huestes castellanas entre 1500 y 1560. **Fuente:** elaborado para la investigación en colaboración con Lautaro Sosa.

Durante la segunda mitad del siglo XV tuvieron lugar cambios muy significativos para los reinos cristianos de la península ibérica. Se combinó la cercanía de la culminación de la guerra frente a los últimos reductos musulmanes en la Península y el desarrollo de una navegación atlántica que permitiría vencer paulatinamente los estigmas clásicos y medievales con los que el “mar tenebroso” cargó durante siglos¹⁴. En este convulso y dinámico contexto, con Aragón centrado en su proyección mediterránea, Portugal y Castilla acumularon una gran experiencia oceánica mediante la exploración y conquista de los archipiélagos atlánticos de Canarias, Azores y Madeira, razón por lo que fueron consolidándose como la vanguardia náutica en la Cristiandad, obteniendo el beneplácito reiterado del papado de cara a buscar rutas alternativas al Extremo Oriente¹⁵.

Además de las experiencias de principios de siglo, esta legitimidad jurídica se asienta con la bula “*Romanus Pontifex*” de Nicolás V en 1454-1455 y su ratificación “*Inter Caetera*” por Calixto III en 1456¹⁶, dado que concede a la Corona portuguesa el derecho exclusivo sobre los territorios alcanzados navegando las costas atlánticas africanas. En la dicha concesión se establece como condición *sine qua non* la misión evangelizadora y la fundación de poblaciones efectivas en los nuevos territorios explorados, lo que sentó de algún modo las bases jurisprudenciales de la expansión ibérica¹⁷. Poco después, el tratado de Alcáçovas alcanzado entre Castilla y Portugal en 1479, ratificado por la bula *Aeterni Regis* de Sixto IV en 1481, además de garantizar la paz entre los reinos ibéricos en disputa, ratificó la exclusividad de Portugal y, por ende, la limitación a Castilla en cuanto a navegar más al sur del cabo de Bojador¹⁸. Esta limitación meridional y las dificultades de la ruta terrestre, en manos del imperio otomano, dejaron a

¹⁴ Vera Moya Sordo, “El miedo en el escenario del viaje atlántico ibérico, siglos XV-XVI”, *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 126, 2013, pp. 225-253.

¹⁵ Bruno Aguilera-Barchet y María Isabel Fajardo Gómez, “Tratados luso-hispánicos en torno al Atlántico: de la legitimación pontificia a la soberanía estatal (1415-1494)”, en *Historia Iuris: estudios dedicados al profesor Santos M. Coronas González*, Oviedo: Universidad de Oviedo, 2014, vol. I, p. 211. <http://hdl.handle.net/10481/31690>

¹⁶ Paulino Castañeda Delgado, *La teocracia pontifical en las controversias sobre el Nuevo Mundo*, Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1996, p. 305.

¹⁷ Aguilera y Fajardo, “Tratados...”, p. 223.

¹⁸ Ma. de Lourdes Bejarano Almada, “Las Bulas Alejandrinas: Detonantes de la evangelización en el Nuevo Mundo”, *Revista Col. San Luis*, 12, 2016, p. 234.

los Reyes Católicos como única alternativa planteamientos *a priori* temerarios, como el proyecto de navegación al occidente para llegar al oriente rechazado por Juan II de Portugal, presentado por Cristóbal Colón a los monarcas desde 1485 y finalmente aprobado mediante la firma de las afamadas capitulaciones de Santa Fe en el homónimo campamento un 17 de abril de 1492¹⁹.

De este modo, una vez culminada la primera expedición colombina, llegado el reconocimiento papal mediante las bulas alejandrinas (1493) y el posterior tratado de Tordesillas (1494), la Corona de Castilla desencadenó un periodo de iniciativas de exploración y conquista hacia el oeste, cuyas motivaciones fluctuaron con el transcurso de los años. Nunca se abandona el inicial estímulo de la búsqueda de una ruta alternativa a las especias, pero, a medida que se singlan más millas de costas, islas y delta fluviales, la magnitud del territorio en el que las naves castellanas se estaban moviendo adquiría mayor significancia, así como los ricos recursos se revelaban cada vez más sugerentes. Asimismo, el salto desde las bases de partida antillanas hacia Tierra Firme trajo consigo nuevas sorpresas, desde el descubrimiento del Mar del Sur a ojos de Castilla, por Vasco Núñez de Balboa en 1513, hasta las primeras experiencias en las desembocaduras de los grandes ríos americanos, donde los rumores de señoríos y riquezas al interior se propagaban a más velocidad que las posibilidades objetivas de remontarlos.

A su vez, la primera circunnavegación planetaria, iniciada por Magallanes y culminada por Elcano en 1522, permitió constatar que aquella tierra no eran las especierías, sino otra masa continental desconocida por el Viejo Mundo²⁰. Al mismo tiempo, debemos añadir las buenas nuevas sobre la gran ciudad mexicana tomada por Hernán Cortés en 1521, Tenochtitlan, que modificarían paulatinamente la percepción global del momento y las estrategias a seguir en los nuevos horizontes vagamente comprendidos²¹. En consecuencia, el interés por penetrar en Tierra Firme aumentó considerablemente en el primer tercio de la centuria, siendo los ríos las naturales puertas de acceso a un territorio interior cuasi inaccesible. Razón por la

¹⁹ Peggy K. Liss, *Isabel la Católica*, Madrid, Nerea, 1989, p. 272.

²⁰ Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del globo*, 1º edición castellana 1882. Edición facsímil, Valladolid: Maxtor, 2017.

²¹ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Edición, estudio y notas de Guillermo Serés. Madrid: Real Academia Española — Barcelona: Espasa, 2011.

cual, en la horquilla cronológica señalada son numerosos los intentos de remontaje de los cursos fluviales más importantes de América, logrando éxitos y fracasos que condicionarían el devenir de la presencia castellana en aquellas Indias occidentales, posibilitando fundaciones costeras y continentales que irían jalonando el cada vez más vasto territorio de la llamada Tierra Firme.



Mapa 2. Representación de las primeras fundaciones castellanas y los ríos recorridos en el periodo señalado. **Fuente:** elaborado para la investigación en colaboración con Lautaro Sosa.

Ante la amplia problemática fluvial planteada a escala continental, para la presente investigación se han seleccionado dos contextos fluviales en los que se desarrollaron huestes de extraordinaria relevancia histórica: la cuenca del Plata y la cuenca del Magdalena. Estas estuvieron vinculadas con la fundación de dos bases de partida costeras muy significativas como Buenos Aires (1536) y Santa Marta (1525), respectivamente, y con la fundación de dos capitales en el interior continental como Nuestra Señora de la Asunción (1537) y Santa Fe de Bogotá (1538). Se trata de espacios en hemisferios y latitudes diferentes, que cuentan con condiciones geomorfológicas e hidrológicas distintas, así como con panoramas étnicos diversos entre los que se concitaban la mayor parte de las principales familias etnolingüísticas americanas, y cuya exploración y conquista fue protagonizada por huestes castellanas durante la primera mitad del siglo XVI.

En este sentido, a fin de introducir la investigación debemos esbozar muy brevemente estas dos huestes abordadas. Por un lado, tenemos que remontarnos al comienzo de la centuria para subrayar el momento en que Rodrigo de Bastidas ve la desembocadura del Magdalena por vez primera para ojos castellanos, en vísperas de Semana Santa de 1501, concretamente, en el día en que se celebraba la conversión de María Magdalena²². A partir de ese momento y con notables fluctuaciones, el río Grande de la Magdalena se cargaría paulatinamente de altísimas expectativas para la Corona al percibirse como la puerta de Tierra Firme²³. Con la fundación de Santa Marta en 1525 por Rodrigo de Bastidas, se establece una base de partida de tanta importancia estratégica como precariedad sistémica²⁴. Asimismo, las dificultades impuestas por las condiciones físicas impidieron un remontaje exitoso del río, hasta la hueste promovida en 1536 por el gobernador natural de Sevilla e hijo del conquistador de Canarias, Pedro Fernández de Lugo (1475-1536)²⁵. La misión fue capitaneada por Gonzalo Jiménez de Que-

²² Pedro Simón, *Noticias Historiales de la conquista de Tierra Firme en las Indias occidentales*, Cuenca: en casa de Domingo de la Iglesia, 1627, p. 4.

²³ *Capitulación de Rodrigo de Bastidas por la conquista de Santa Marta*, Valladolid, 6 de noviembre de 1524, AGI, Indiferente, 415, Lib. 1, 48v-51r.

²⁴ Simón, *Noticias Historiales...*, p. 56.

²⁵ Manuel Lucena Salmoral, “Pedro Fernández de Lugo (1475-1536)”, *Diccionario Biográfico Español*, 2018, <https://dbe.rah.es/biografias/13371/pedro-fernandez-de-lugo>.

sada (1509-1579)²⁶, jurista natural de Córdoba y con posible experiencia militar en Italia, según sugiere la predilección del gobernador por él para capitanear la hueste de remontaje y el conocimiento crítico que el propio Quesada demuestra en *El Antijovio*²⁷. En resumen, la finalización de la principal hueste fluvial analizada en esta área desembocó en la fundación de Santa Fe de Bogotá en 1538, generando la configuración del Nuevo Reino de Granada en torno a ella, su territorio circundante y su conexión marítima con la ciudad portuaria de Cartagena de Indias, fundada esta última en 1533 por el madrileño de cierta hidalguía Pedro de Heredia²⁸.

Por su parte, la cuenca del Plata registra la entrada de Juan Díaz de Solís en 1515 como la primera visita con cierta presencia en la desembocadura²⁹, seguida de algunos intentos de penetración como el de Juan Rodríguez Serrano en el río Uruguay durante el paso de la expedición Magallanes-Elcano hacia 1520, o los remontajes parciales de Sebastián Caboto y Diego García entre 1526 y 1528³⁰. Sin embargo, y sin perder de vista sus antecedentes y sus secuelas, el estudio se centra en la hueste de Pedro de Mendoza (1499-1537)³¹, natural del municipio granadino de Guadix, gentilhomme de cámara y caballero de la orden de Santiago, quien en 1536 acometió la primera fundación de Buenos Aires y organizó una flotilla para el remontaje del río Paraná³². Tras una sucesión de liderazgos y continuación del afán exploratorio por el río Paraguay, esta empresa rioplatense propició la fundación de Nuestra Señora de la Asunción en el interior continental, inicialmente como fuerte en 1537 por el capitán Juan de Salazar y Espinoza,

²⁶ Manuel Lucena Salmoral, “Gonzalo Jiménez de Quesada”, *Diccionario Biográfico Español*, 2018, <https://dbe.rah.es/biografias/13303/gonzalo-jimenez-de-quesada>.

²⁷ Gonzalo Jiménez de Quesada, *El Antijovio*, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1952.

²⁸ Carmen Gómez Pérez, *Pedro de Heredia y Cartagena de Indias*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, CSIC, 1984, p. 37.

²⁹ Pigafetta, *Primer viaje...*, p. 19.

³⁰ Luis Ramírez, *Carta de Luis Ramírez a su padre*, río de Solís (Río de la Plata), 10 de julio de 1528, RBME, leg. V-II-4. *Relación y derrotero de Diego García: La Coruña-río Paraná*, 1530, AGI, Patronato, 44, R. 2.

³¹ Fernando Rodríguez de la Torre, “Pedro de Mendoza (1499-1537)”, *Diccionario Biográfico Español*, 2018, <https://dbe.rah.es/biografias/12628/pedro-de-mendoza-y-lujan>.

³² Paul Groussac, *Mendoza y Garay: las dos fundaciones de Buenos Aires 1536-1580*, Ali-cante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2010, p. 156.

elevada en 1541 a ciudad por Domingo Martínez de Irala y convertida en uno de los centros neurálgicos en América del Sur. En resumen, la presente investigación aborda las huestes fluviales enunciadas en sus facetas cultural, logística-jurídica y tecnológica, a través del análisis integral que recoge los factores condicionantes previos, las dinámicas de contacto experimentadas y los procesos recíprocos de adaptación y aprendizaje, así como el estudio de su relación con los exigentes medios físicos en los que tuvieron lugar.

La relevancia de los ríos en los procesos históricos americanos ha gozado de muy poca atención, lo que supone el reflejo de una cierta interiorización de las sociedades postindustriales en las que, paulatinamente, se ha ido dando la espalda a las grandes masas acuosas otrora imprescindibles; mares, ríos y lagos.

Salvo los clásicos Capistrano de Abreu y Donald Worster³³, y las recientes propuestas de Gilmar Arruda y Gabriel Garneró³⁴, se ha reducido considerablemente la perspectiva ambiental o la importancia dada al factor ambiental en el análisis de los procesos históricos. Añadido a esta cierta despreocupación por el medio ambiente y el paisaje en los análisis históricos, camina también escasa atención al paisanaje en su relación con el primero. Es decir, la importancia del paisaje cultural y su objetivación por parte de los seres humanos que lo habitaron o habitan. En el caso americano, esta dinámica adquiere mayor relevancia, dado que la ocupación fáctica de un espacio o no, pudo tener uno u otro resultado a nivel jurídico y legitimador en determinados periodos históricos sobre la base del *uti possidetis iuris*; es decir, el sustento jurídico de la posesión en la ocupación práctica del territorio. En este sentido, esta importante relación entre el paisaje y el paisanaje aplicada al medio acuoso, tan relevante en la presente investigación, merece subrayar la propuesta sobre el paisaje cultural marítimo de Christer Westerdahl³⁵.

³³ Donald Worster, “¿Por qué necesitamos de la historia ambiental?”, *Revista Tareas*, 117, 2004, pp. 119-130.

³⁴ Gilmar Arruda, “Historia de ríos: ¿Historia ambiental?”, *Signos históricos*, 8.16, 2006, pp. 16-44. Y Gabriel Garneró, “La historia ambiental y las investigaciones sobre el ciclo hidrosocial: aportes para el abordaje de la historia de los ríos”, *Historia Ambiental Latinoamericana y Caribeña (HALAC)*, 8.2, 2018, pp. 91-120.

³⁵ Christer Westerdahl, “The Maritime Cultural Landscape”, *The International Journal of Nautical Archaeology*, 21, 1992, pp. 5-14.

En esta línea, conocer las comunidades humanas que habitaban las cuencas de los ríos estudiados, y hacerlo desde la mirada de los cronistas y testimonios coetáneos, ha exigido una adecuada crítica y cotejo de fuentes, junto al diálogo con resultados derivados de la etnografía y la arqueología, en una perspectiva etnohistórica que consideramos esencial en este tipo de abordaje³⁶, así como a la implementación de una lógica de integración del trabajo de campo con el trabajo de archivo, como planteó Tristan Platt³⁷. De este modo, en lo que se refiere a los grupos presentes en la cuenca del Paraná, se deben destacar trabajos clásicos como el de Luis María Torres a comienzos del siglo XX³⁸, e investigaciones fundamentales como las de Mariano Bonomo³⁹, entre otros. Por su parte, en la cuenca del Magdalena investigadores clásicos desde distintas disciplinas como Reichel-Dolmatoff⁴⁰, Jorge Isaac y Miguel A. Caro⁴¹, Juan Friede⁴² y Orlando Fals Borda⁴³, e investigaciones arqueológicas más recientes como las de Carl Henrik Langebaek⁴⁴ y Carlos Eduardo López⁴⁵.

³⁶ Alfredo Jiménez Núñez, “El método etnohistórico y su contribución a la antropología americana”, *Revista española de antropología americana*, 7, 1972, pp. 163-196.

³⁷ Tristan Platt, “Entre la rutina y la ruptura: el archivo como acontecimiento de terreno”, *Diálogo Andino*, 46, 2015, pp. 39-54.

³⁸ Luis María Torres, *Los primitivos habitantes del Delta del Paraná*, Buenos Aires: Universidad Nacional de La Plata-Biblioteca Centenaria, 1911.

³⁹ Mariano Bonomo et al. “Las poblaciones indígenas prehispánicas del río Paraná Inferior y Medio”, *Revista del Museo de La Plata*, 4, 2019, p. 590.

⁴⁰ Gerardo Reichel-Dolmatoff, “Etnografía chimila”, *Thesaurus: Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, 3.1-3, 1947, p. 354 e Ídem, “Mitos y cuentos chimilas”, *Boletín de Arqueología*, 1, 1945, pp. 4-30.

⁴¹ Jorge Isaacs y Miguel A. Caro, *Estudio sobre las tribus indígenas del Magdalena*, Bogotá: Iqueima, 1951.

⁴² Juan Friede, *Los Chibchas bajo la dominación española*, Bogotá: La Carreta, 1974.

⁴³ Orlando Fals Borda, *Historia doble de la costa: Mompo y Loba*, Bogotá: Carlos Valencia editores, 1979.

⁴⁴ Carl Henrik Langebaek y Alejandro Dever, *Arqueología del Bajo Magdalena: un estudio de los primeros agricultores del Caribe colombiano*, Bogotá: ICANH, 2000.

⁴⁵ Carlos Eduardo López, “Arqueología del Bajo y Medio Río Magdalena: Apuntes sobre Procesos de Poblamiento Prehispánico de las Tierras Bajas Tropicales Interandinas de Colombia”, *Revista del Museo de La Plata*, 4(2), 2019, pp. 275-304.

La investigación también ha exigido conocer a los humanos que componían las huestes, es decir, acercarnos a su marco de pensamiento, su experiencia y sus capacidades náuticas, así como la lógica jurídica, logística y administrativa en la que se desarrollaron. En este sentido, los estudios sobre huestes de Indias tampoco son especialmente abundantes en la historiografía, menos aún investigaciones arqueológicas en contextos americanos del periodo de exploración y conquista. Sin embargo, debemos subrayar obras de extraordinaria importancia en este ámbito como los trabajos de Carmen Gómez y Juan Marchena⁴⁶, así como a nivel jurídico la obra de referencia sobre capitulaciones de Milagros Vas Mingo⁴⁷, y el amplio manual de Francisco Morales Padrón⁴⁸. Asimismo, sería también oportuno destacar a aquellos biógrafos de conquistadores que, si bien no abordan detalladamente los matices requeridos en el presente estudio, sí nos acercan de forma muy amplia a los capitanes que protagonizaron buena parte de las expediciones estudiadas como hace Manuel Ballesteros con Quesada⁴⁹, José Ignacio Avellaneda con Belalcázar⁵⁰, o Paul Groussac sobre Pedro de Mendoza, entre otros⁵¹.

Por otra parte, en lo relativo al marco de pensamiento de aquellos que cruzaban el Mar Tenebroso con altas expectativas, podemos destacar obras como las de Juan Gil⁵², sobre mitos y utopías, y la de Irving A. Leonard acerca de la literatura que imbuía a todo y a todos en aquellos días⁵³, así como determinados

⁴⁶ Carmen Gómez, y Juan Marchena, “Los señores de la guerra en la conquista”, *Anuario de Estudios Americanos*, 42, 1985, pp. 127-215.

⁴⁷ Milagros Del Vas Mingo, *Las capitulaciones de Indias en el siglo XVI*. Madrid: Cultura Hispánica, ICI, 1986.

⁴⁸ Francisco Morales Padrón, *Teorías y Leyes de la conquista*, Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1979.

⁴⁹ Manuel Ballesteros Gaibrois, *Gonzalo Jiménez de Quesada*, Madrid: Historia 16, 1987.

⁵⁰ José Ignacio Avellaneda Navas, *La expedición de Sebastián de Belalcázar al mar del norte y su llegada al Nuevo Reino de Granada*, Bogotá: Banco de la República, 1992.

⁵¹ Paul Groussac, *Mendoza y Garay: las dos fundaciones de Buenos Aires 1536-1580*, Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2010.

⁵² Juan Gil, *Mitos y utopías del descubrimiento*, Madrid: Alianza, 1989.

⁵³ Irving A. Leonard, *Los libros del conquistador*, México: Fondo de Cultura Económica, 1996.

estudios recientes como la comparativa de Anastasia V. Kalyuta⁵⁴. Como dijo Marc Bloch en 1949, tanto la tradición grecolatina como la cristiana son eminentemente historiográficas, su transcurrir o experiencia histórica es sedimentaria y acumulativa, razón por la que “nuestro arte, nuestros monumentos literarios, están llenos de los ecos del pasado; nuestros hombres de acción tienen constantemente en los labios sus lecciones, reales o imaginarias”⁵⁵. También son escasos los estudios específicos sobre la guerra, tácticas, recursos y armamento de unos y de otros a la hora de entablar combate, teniendo en cuenta que se trata de una coyuntura histórica en la que la guerra ocupó un papel de gran relevancia. En este sentido, debemos destacar Ada Bruhn⁵⁶ o Marco Antonio Cervera Obregón⁵⁷, así como Geoffrey Parker⁵⁸ y teóricos clásicos de la guerra como Vegetio⁵⁹, Sun Tzu⁶⁰ o Clausewitz⁶¹, cuya consulta no responde a preguntas específicas, pero sí aporta una visión global de determinados impulsos comunes al ser humano en contextos de guerra.

Sin embargo, tratándose de configuraciones acusadas tremendamente impositivas sobre la actividad humana, además de conocer sus condiciones ambientales, la percepción y características de los grupos étnicos que en ellas vivían, y las de aquellos que llegaron al inicio de la horquilla temporal estudiada, se antoja imprescindible conocer también los artilugios con que unos y otros hubieron de

⁵⁴ Anastasia V. Kalyuta, “A la búsqueda de monstruos. Los pueblos indígenas en las crónicas españolas y rusas del descubrimiento, exploración y conquista de América y Siberia de los siglos XV-XVII”, *Revista Española de Antropología Americana*, 53.1, 2023, pp. 71-90.

⁵⁵ Marc Bloch, *Introducción a la Historia*, México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1952, p. 10.

⁵⁶ Ada Bruhn de Hoffmeyer, “Las armas de los conquistadores. Las armas de los aztecas”, *Gladius*, 17, 1986, pp. 5-56.

⁵⁷ Marco Antonio Cervera Obregón, “Conquistadores indígenas: planteamientos tácticos y armamento durante la conquista de México”, *Revista de Historia Militar*, 64, extra 2, 2020, pp. 89-114.

⁵⁸ Geoffrey Parker, *Historia de la guerra*, Madrid: Akal, 2014.

⁵⁹ Flavio Vegetio, “Compendio de técnica militar”, ed. y trad. David Paniagua Aguilar, Madrid: Cátedra, 2006.

⁶⁰ Sun Tzu, *El arte de la guerra*, Biblioteca Virtual: Omegalfa, 2018.

⁶¹ Carl von Clausewitz, *De la Guerra, III*, 1, Caracas: Fondo Editorial Hormiguero, Edición s.a., publicación original en 1832, p. 303.

enfrentarse a sus desafíos náuticos. Para ello, es imprescindible la perspectiva náutica que atraviesa la investigación, contando en este caso con referentes de la historia naval ibérica como José Luis Casado Soto y Fernando Serrano Mangas⁶²; clásicos de la arqueología marítima como Patrice Pomey, Jonathan Adams y Eric Rieth⁶³, así como la obra de referencia para concepciones artesanales de Víctor Manuel Guerrero Ayuso titulada *Prehistoria de la navegación* y el reciente estudio de Julián Moyano Di Carlo⁶⁴. Asimismo, en lo que se refiere a la navegación tradicional en América, hay un creciente interés científico⁶⁵, así como investigaciones relevantes para su estudio como las de Nicolas Lira en el Cono Sur⁶⁶, Flor Trejo en México⁶⁷, Marcelo Lins y Carlos Ríos hacia el Brasil⁶⁸, Ab-

⁶² José Luis Casado Soto, “Los barcos del Atlántico Ibérico en el siglo de los Descubrimientos: Aproximación a la definición de su perfil tipológico”, en Bibiano Torres Ramírez (coord.), *Andalucía, América y el mar*, Sevilla: UNIA, 1991, pp. 121-143. Y Fernando Serrano Mangas, *Función y evolución del galeón en la Carrera de Indias*, Madrid: Mapfre, 1992.

⁶³ Patrice Pomey, “Defining a Ship: Architecture, Function, and Human Space”, en Alexis Catsambis, Den Ford y Donny L., Hamilton (eds.), *The Oxford Handbook of Maritime Archaeology*, Oxford: Oxford University Press 2011, pp. 25-46; Jonathan Adams, “Ships and Boats as Archaeological Source Material”, *World Archaeology*, 32(3), 2001, pp. 292-310 y Eric Rieth, *Des bateaux et des fleuves, archéologie de la batellerie du Néolithique aux temps modernes en France*, París: Editions Errance, 1998.

⁶⁴ Víctor M. Guerrero Ayuso, *Prehistoria de la navegación*, Oxford: BAR International Series 1952, 2009 y Julián Moyano di Carlo, *Mucho más que barcos. Una aproximación teórica a las funciones, capacidades náuticas, bases materiales y dimensión social de la tecnología naval prehistórica*. Oxford: BAR International Series 2901, 2018.

⁶⁵ Ricardo Borrero L. et al. “Traditional Shipbuilding Communities: An Urgent and Neglected Research Topic in Maritime Anthropology”, *Journal of Maritime Archaeology*, 17(4), 2022, pp. 603-633.

⁶⁶ Nicolás Lira, “Cadena operativa de manufactura y uso de las canoas monóxilas de la Patagonia Septentrional”, en Francisco Mena (ed.), *Arqueología de la Patagonia: de mar a mar*, Santiago de Chile: Andros Impresores, 2016, pp. 200-211.

⁶⁷ Flor Trejo Rivera, “Notas náuticas a orillas del río: construcción de un cayuco en Tabasco”, *Arqueología Mexicana*, 174, 2022, pp. 52-57.

⁶⁸ Marcelo Lins y Carlos Ríos, “Canoas monóxilas da Lagoa de Extremoz, RN, Brasil”, *Fundamentos*, 13, 2016, pp. 94-107.

ner Alberda y Rita Ramos en Panamá⁶⁹, Clara Fuquen en el Chocó⁷⁰, y Wilhelm Londoño en el litoral caribe colombiano⁷¹.

Por último, al tratarse de una horquilla temporal tan reducida en relación con la ingente cantidad de millas de río exploradas por huestes castellanas, la presente investigación se planteó desde el inicio como un estudio comparativo de dos casos significativos y en cuencas aparentemente diferentes en sus condiciones físicas y humanas. Es decir, ir más allá de la cerrada y única unidad de análisis, a fin de contrastar dos o más unidades y desatacar sus similitudes y diferencias, y evaluar la posible existencia de patrones, generalidades o causalidades concretas⁷². En este sentido, ha sido fundamental procurar la mayor precisión posible, evitando así las carencias que habitualmente suelen atribuirse a los estudios comparados. Es preciso en este sentido recordar al célebre antropólogo Franz Boas, quien subrayó que se deben conocer con detalle los dos elementos a comparar, lo que puede parecer una obviedad, pero no siempre se cumple desembocando trabajos ambiciosos a la absoluta superficialidad y al error. En este sentido, en lo que se refiere autores destacables sobre los estudios comparados debemos subrayar las recientes aportaciones de Karen Barkey⁷³, Ignacio Olabárrri Gortázar⁷⁴, y el ya citado Diego Olstein.

Las preguntas de distinta índole y a distinta escala ejercen de estimulante y de conductor de todo proceso investigativo, sin convertirlo en un camino rígido sino dinámico, en el que su resolución coexista con la formulación de otras nuevas. En este caso, el cuestionamiento central tiene que ver con la capacidad de influencia de los cursos fluviales en la relación histórica entre el ser humano

⁶⁹ Alberda, A., y Ramos Pérez, R. L. “The Jāba: Dugout Canoes of the Emberá - An Ethnoarchaeological Analysis in Darién and the Emberá-Wounaan Territory in Panama”. *International Journal of Nautical Archaeology*, 53(2), 2024, pp. 430-455.

⁷⁰ Fuquen Gómez, Clara. *Logboats of Coquí: an ethnographic approach to maritime material culture*. Tesis doctoral. Southampton: University of Southampton, 2014.

⁷¹ Wilhelm Londoño Díaz “Hallazgos recientes sobre la navegación tradicional en el norte de Colombia”, *Revista de Arqueología Iberoamericana*, 48, 2021, pp. 3-7.

⁷² Diego Olstein, *Thinking History Globally*, Nueva York: Palgrave Macmillan, 2015, p. 59.

⁷³ Karen Barkey, “Trajectoires impériales: histoires connectées ou études comparées?”, *Revue d'histoire moderne & contemporaine*, 54-4bis, 2007, p. 97.

⁷⁴ Ignacio Olabárrri Gortázar, “Qué historia comparada”, *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 10, 1992, pp. 33-75.

y el medio acuático, tanto en lo relativo a los grupos étnicos que poblaban las mencionadas cuencas, como respecto al desarrollo de las huestes castellanas que abrieron el interior continental de América a la Corona de Castilla. De esta raíz interrogativa se despliegan toda una serie de preguntas sectoriales que establecen objetivos centrales y tangenciales.

Por un lado, es preciso discernir entre los distintos factores condicionantes sobre un proceso de tal magnitud y conocer con detalle cada uno de ellos, tanto las condiciones geográficas y su capacidad de incidencia, como la complejidad de las configuraciones culturales que confrontaron en estos contextos, pasando por las exigencias y los esfuerzos logísticos y tecnológicos que todo ello implicó. De este amplio cuestionamiento se despliegan preguntas en clave comparativa y relativas a las huestes desplegadas en uno y otro río: ¿tuvieron semejantes condiciones geográficas? Si fueron diferentes, ¿de qué modo pudieron inferir en su desarrollo las características hidrográficas de cada río?

En el plano cultural cabría preguntarse si ambas huestes compartían cosmovisión, marco de pensamiento y códigos culturales, y cómo contrastó todo ello con la cosmovisión de los grupos indígenas con los que entablaron contacto en cada caso, ¿se trató de una contraposición cultural convencional o hubo diferencias ontológicas profundas? ¿hay elementos conductuales comunes que trascienden a las diferencias culturales? ¿Se vulneraron estigmas culturales propios como respuestas a la exigente coyuntura sufrida en cada caso? En lo que se refiere a la preparación, cabe preguntarse también qué elementos comunes encontramos en las motivaciones previas y en las devenidas de las huestes durante sus primeros pasos sobre el terreno, así como de qué condiciones materiales gozaron castellanos e indígenas, tanto a nivel náutico como armamentístico. En este sentido, surgen también numerosas preguntas en torno a qué tipo de contactos se produjeron: ¿pacíficos? ¿Violentos? ¿Impostados? ¿Alcanzaron alianzas o acuerdos? ¿Entablaron combates de gran calado sobre el río? ¿Qué particularidades tuvo esa guerra anfibia? ¿Estaban unos y otros habituados a ese tipo de condiciones?

Por otro lado, se antoja necesario estudiar con detalle el propio desarrollo de sendas huestes, lo que genera necesariamente nuevas preguntas: ¿iniciaron el remontaje desde bases de partida costeras? ¿Necesitaron experiencia previa: veteranos, guías y lenguas? ¿el capitulante participó y/o sobrevivió al remontaje? ¿Contaron con un liderazgo continuo? Al mismo tiempo, es necesario cuestio-

narse el cómo se desarrolló el propio avance, ¿fue este simultáneo tierra-agua en ambos casos o tanto por uno u otro medio? ¿Cuántos kilómetros de río fueron recorridos? ¿Cómo se refleja en las crónicas el esfuerzo necesario en ambos remontajes? Asimismo, en torno a la vertiente náutica son numerosas las preguntas que automáticamente se formulan, ¿cuál fue el rol de los bergantines? ¿Usaron canoas indígenas? ¿Construyeron embarcaciones sobre el terreno? ¿qué problemáticas materiales y técnicas enfrentaron los carpinteros? ¿Fue útil el conocimiento náutico indígena? ¿Se produjeron intercambios significativos en materia náutica? En lo relativo al desenlace de sendas empresas fluviales, cabe preguntarse si estas cumplieron las expectativas previas, si experimentaron semejantes datos de morbilidad y mortalidad, si las alianzas entabladas se consolidaron, y si lograron fundaciones exitosas al interior continental. Es decir, cuál fue el balance percibido entonces respecto al desarrollo de tales esfuerzos materiales y humanos, y cómo se refleja ese resultado en el devenir de la estrategia hispánica en América.

Por último, el planteamiento integral buscado no solo se fija en los antecedentes, desarrollo y resultado de estas huestes fluviales, sino también se atribuye gran importancia a evaluar los ecos que pudieron generarse dejando así la posibilidad de nuevas preguntas, dado que la adaptación y superación de coyunturas extremas puede o no generar conocimiento empírico, en tanto que este se asimile y se aplique en una suerte de método replicable. Es decir, ¿podemos definir un *modus operandi* común o divergente en estos casos? ¿las adaptaciones coyunturales desembocaron en aprendizaje con continuidad? ¿fueron replicados sus patrones de avance en otros contextos fluviales americanos por otros capitanes castellanos?

El estudio de los fenómenos pasados tan complejos e imbricados con el medio físico no puede limitarse a los testimonios registrados en documentación oficial y oficiosa, sino que, como cualquier fenómeno actual, estos cuentan con una dimensión simbólica y una materialidad que requiere también la consecuen- te atención. En este sentido, el abordaje integral propuesto ha requerido de una lógica transdisciplinar que permitiera optimizar las múltiples fuentes disponibles, combinando perspectivas y transitando entre metodologías derivadas de la historia, la antropología y la arqueología náutica, en un diálogo permanente sobre líneas concomitantes.

En este sentido, situando la labor historiográfica en el centro de la investigación, esta requirió de una profunda revisión bibliográfica vinculada a las tres disciplinas interrelacionadas, en paralelo a un pormenorizado trabajo de localización, clasificación y análisis de fuentes primarias, manuscritas y editadas, que permitiera establecer una base documental sólida. Si empezamos por el tratamiento de las fuentes primarias editadas (crónicas en su mayoría), ambas cuencas cuentan con la presencia indirecta en grandes compilaciones de Indias como las de Gonzalo Fernández de Oviedo (1535) y Francisco López de Gómara (1552), entre otras que, pese a su subjetividad por amplitud y lejanía, orientaron la investigación desde la percepción macro de la historia de Indias. Seguido a ello encontramos las crónicas circunscritas a cada contexto estudiado, donde se hizo imprescindible una conveniente crítica de fuentes de forma independiente en cada uno de los espacios estudiados, clasificándolas en coetáneas y tardías, en función de la proximidad personal y temporal de los autores con las huestes estudiadas. No obstante, si bien la crítica de fuentes se mueve entre la similitud y la disparidad que pueda corroborar o desacreditar este o aquel documento, es preciso no perder de vista la posibilidad de testimonios únicos que no signifiquen necesariamente error, sino insuficiencia del conocimiento que pudiéramos tener hasta el momento⁷⁵.

CRONISTAS COETÁNEOS (Cuenca del Magdalena)			
Año	Autor	Obra	Signatura o referencia
1539	Juan de San Martín y Antonio de Lebrija	Relación del Nuevo Reino	AGI, Patronato 27, R. 14
1539 [1550]	Gonzalo Jiménez de Quesada	Epítome de la conquista del Nuevo Reino de Granada	AHN, Diversos-Colecciones, 22, n. 27,

⁷⁵ Bloch, *Introducción...*, p. 118.

1540		<i>Gran cuaderno de sucesos</i> (Original desaparecido. Parcial en Historia General y Natural de las Indias... Libro 26 caps. 18-36)	Parcialmente en Historia General y Natural de las Indias... Libro 26 caps. 18-36
Escrita s. XVI [1906]	Pedro de Aguado / Antonio Medrano	Recopilación Históric...	[1906] [escrita en el siglo XVI], 1ª edición, Bogotá, Imprenta Nacional
1589	Juan Castellanos	Elegías de varones ilustres de Indias	2007 [1589] Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
CRONISTAS TARDÍOS ss. XVI-XIX (Cuenca del Magdalena)			
Año	Autor	Obra	
1627	Pedro Simón	Noticias Historiales de la conquista de Tierra Firme en las Indias occidentales	Cuenca, editado por Domingo de la Iglesia, 1627
1688	Lucas Fernández de Piedrahita	Historia general de la conquista del Nuevo Reyno de Granada	Madrid, s.e., 1688
1787	Antonio Julián	<i>La perla de América: Provincia de Santa Marta</i>	Madrid, por Antonio de Sancha, 1787
1848	Joaquín Acosta	Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada en el siglo decimosexto	París: s.e., 1848

Tabla 2. Clasificación de crónicas para la cuenca del Magdalena. **Fuente:** elaboración propia.

En consecuencia, para la cuenca del Magdalena destacan como crónicas coetáneas la atribuida a Gonzalo Jiménez de Quesada (1509-1579)⁷⁶, *Epítome de la conquista del Nuevo Reino de Granada* e indirectamente su desaparecido *Gran cuaderno de subçesos*; le siguen la conocida como *Elegías de varones ilustres de Indias*, obra del padre Juan de Castellanos (1522-1607), y la detallada *Recopilación Historial*, culminada por Fray Pedro de Aguado (1538-1609) sobre el trabajo iniciado por Fray Antonio Medrano, quien acompañó a Quesada y murió pocos años más tarde. En segundo lugar, situamos aquellas crónicas que hemos clasificado como tardías, es decir, aquellas escritas después de las huestes analizadas y por autores generacionalmente posteriores como fray Pedro Simón (1574-1628), Lucas Fernández de Piedrahita (1624-1688) y Fray Alonso de Zamora (1635-1717), incluso, valiosas obras considerablemente tardías pero de cierta importancia retrospectiva como las del jesuita Antonio Julián (1722-1790), Joaquín Acosta (1800-1852) y José Antonio de Plaza (1809-1854).

Las crónicas coetáneas y directamente relacionadas con el delta del Paraná y desembocadura durante la primera mitad del siglo XVI son la memoria de Diego García (1527), la carta de Luis Ramírez a su padre (1528), el diario de navegación del portugués, Pero Lopes de Sousa (1531), y la crónica de Ulrico Schmidl durante la hueste de 1536, entre otros, así como el resto de la densa documentación de archivo complementaria a estas primeras experiencias. Asimismo, del mismo modo que en la cuenca del Magdalena, podemos añadir documentos tardíos como el poema de Martín del Barco Centenera en 1602 sobre la experiencia de finales del siglo XVI en la expedición de Juan Ortiz de Zárate, la crónica de Ruy Díaz de Guzmán (1612) y la obra de recopilación del jesuita Florián Paucke (1767).

⁷⁶ La concesión de la licencia para su publicación por solicitud de su hermano. *Real cédula dando licencia al adelantado del Nuevo Reino de Granada, el mariscal Don Gonzalo Jiménez de Quesada, para imprimir un libro suyo*. AGI, Indiferente, 425, L. 24, ff. 413r y 414r.

CRONISTAS COETÁNEOS (Cuenca del Plata)

Año	Autor	Documento	Signatura o referencia
1527	Diego García	Memoria	AGI, Patronato, 44, R. 2
1528	Luis Ramírez (Exp. Caboto)	Carta a su padre	RBME, leg. V-II-4, fols. 115r-122v.
(1505-1567)	Alonso de Santa Cruz (Exp. Caboto)	Islario	BNE, RES/38
1531	Pero Lopes de Sousa	Diario de navegación	Lisboa: Agencia-General de Ultramar, 1968
1536	Ulrico Schmidl (Exp. Mendoza)	Crónica	Madrid: Alianza, 1986 (1ª ed. Nuremberg, 1602)
1541	Domingo de Irala	Relación	AGI, Justicia 1131
1545	Pero Hernández	Relación-Memoria	AGI, Patronato, 29, R. 5
1545	Gonzalo de Mendoza (Exp. Mendoza)	Méritos y servicios del capitán	AGI, Patronato, 93, N. 11, R. 1
1553	Piloto Juan Sánchez de Vizcaya (Exp. Caboto)	Descripción del Río de la Plata	AGI, Patronato, 28, R. 45
1554	Antonio de la Trinidad	Carta-Relación	AGI, Patronato, 29, R. 8
1555	Domingo de Irala	Carta-Relación	AHN, Diversos-Colecciones, 24, N. 3
1556	Francisco De Villalta (Exp. Mendoza)	Carta-Relación	AHN, Diversos-Colecciones, 24, N. 10
1556	Isabel de Guevara (Exp. Mendoza)	Carta	Recogida en Schmidl, 1903, p. 387.
1556	Juan de Salazar (Exp. Mendoza e Irala)	Petición	AHN, Diversos-Colecciones, 24, N. 6
1559	Alonso Gómez de Santoya (Exp. Rasquín)	Relación	AGI, Patronato, 29, R. 12

1565	Francisco Ortiz de Vergara (Exp. Cabeza de Vaca)	Relación del descubrimiento del Río de la Plata	AGI, Patronato, 29, R. 19
CRONISTAS TARDÍOS (Cuenca del Plata)			
1598	Hendrick Ottsen	Iovrnael oft daghelijcx-register van de voyagie na Rio de Plata	Amsterdam, M. Colijn, 1617
1602	Martín del Barco Centenera (Exp. Juan Ortiz de Zárate)	Argentina y conquista del Río de la Plata	Lisboa: Pedro Crasbeeck, 1602
1612	Ruy Díaz de Guzmán	Historia del descubrimiento y conquista del Río de la Plata	Buenos Aires: UBA, 2012
1767	Florián Paucke	Hacia allá y para acá. Una estadía entre los indios Mocabíes, 1749-1767	(Primera edición 1944)

Tabla 3. Clasificación de crónicas para la cuenca del Paraná. **Fuente:** elaboración propia.

Por otro lado, ha sido desarrollado un trabajo sistemático sobre fuentes primarias manuscritas, obteniendo resultados aprovechables en más de sesenta documentos citados y relacionados en el anexo 9.1.2, localizados primero en archivos españoles como el Archivo General de Indias (AGI), Archivo General de Simancas (AGS), Archivo Histórico Nacional (AHN), Real Academia de la Historia (RAH), Instituto Valencia de Don Juan (IVDJ) y Real Biblioteca del Monasterio del Escorial (RBME), y en archivos americanos como Archivo General de la Nación de Colombia (AGN) y Biblioteca Virtual del Banco de la República (BVBR). Asimismo, ha sido acometida de igual modo una labor de localización y análisis de material gráfico relativo a croquis, planos, mapas y grabados vinculados a ambas cuencas fluviales (analizado con detalle en el tema 2).

Una vez establecida una base documental sólida, el estudio de las embarcaciones de castellanos e indígenas en el siglo XVI exigió de la utilización de miradas complementarias, que permitieran abordar fuentes materiales a fin de responder a las preguntas suscitadas a partir de la documentación. En este sentido, la materialidad del periodo estudiado es escasa o inexistente en algunos casos,

lo que implicó mayores esfuerzos en el estudio del registro material, cuando lo hubiera, y la evaluación de posibles continuidades conceptuales en comunidades étnicas o situacionales de la actualidad. Para ello se despliega un trabajo a partir de la metodología derivada de la arqueología con perspectiva náutica y de la etnoarqueología.

Ante la casi nula existencia de registro arqueológico relativo al objeto de estudio, la línea náutica desplegada acomete un estudio sistemático de los procesos de concepción y construcción de embarcaciones, como su estudio tipológico indirecto, de tal modo que permita conocer con mayor detalle las cualidades náuticas que canoas y bergantines propusieron en los exigentes contextos fluviales americanos. Este pormenorizado estudio de las tipologías navales concurrentes en el periodo estudiado comienza en la fase documental, donde surgen también los problemas propios de la centuria, respecto a la disociación término-tipología. Esto implica el empleo de diccionarios náuticos y glosarios, en el ámbito hispánico, como la tentativa de García de Palacios (1587)⁷⁷, el uso de los primeros diccionarios de la lengua castellana como el de Sebastián de Covarrubias (1611) y posteriormente el *Diccionario de Autoridades* (1726-1739)⁷⁸, así como los numerosos diccionarios marítimos editados entre 1700 y 1896. De este modo, una vez establecida una aproximación a la definición tipológica en el contexto estudiado, el estudio de la arquitectura naval para el caso castellano y el cotejo de tipologías mediante paralelos etnográficos, en el caso indígena, ha permitido aproximar la investigación a la resolución de preguntas históricas a través del registro contemporáneo.

Por un lado, la aproximación tipológica de las naves castellanas contribuye con la evaluación de las limitaciones náuticas que estas pudieron presentar en la navegación fluvial americana. Mientras, la plausible continuidad de tradición in-

⁷⁷ Diego García de Palacio, *Instrucción náutica, para el buen uso y regimiento de las naos, su traça, y su gobierno conforme a la altura de México, Virreinato de Nueva España*, Valladolid: Maxtor, [1587] 2007.

⁷⁸ Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la Lengua castellana o española*, Madrid: por Luis Sanchez, 1611. [Diccionario de Autoridades] *Diccionario de la lengua castellana, en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua*, Madrid: Real Academia Española, 1726-1739. <https://apps2.rae.es/DA.html>

dígena en lo relativo a la concepción de canoas monóxilas ha permitido desarrollar en campo un registro de los últimos ejemplares del territorio (musealizados, en uso o en abandono) y sus instrumentos de propulsión, así como elaborar modelos fotogramétricos y dibujos de los elementos arquitecturales, a fin de evaluar con detalle las cualidades náuticas de estos en relación con las exigencias del entorno. De este modo, la investigación propone la interpretación detallada de las condiciones materiales, en materia náutica, de las que castellanos e indígenas gozaron al momento, así como la interrelación tecnológica de unos con otros durante las dinámicas de contacto analizadas.

Asimismo, además del estudio eminentemente material acerca de la funcionalidad de las embarcaciones, la investigación también estudia la vertiente inmaterial, en una propuesta integral como la planteada por Keith Muckelroy, en tanto a su interpretación como máquina, sistema funcional y micro-sociedad⁷⁹, revisado más tarde por Patrice Pomey⁸⁰. En lo relativo a las embarcaciones indígenas, además de la funcionalidad que su propio origen sugiere⁸¹, el estudio de su inmaterialidad permite también valorar la relación de las comunidades indígenas con el paisaje⁸², lo que adquiere una relevancia extraordinaria si consideramos lo sumamente impositivo del escenario físico en los procesos históricos en estudio.

En lo que respecta a la línea antropológica de la investigación, si bien lo impregna todo tratándose del estudio del contacto en sus facetas cultural y tecnológica, esta se despliega especialmente sobre dos propuestas metodológicas claras: etnohistoria y etnografía. Por un lado, la perspectiva etnohistórica, entendida como el estudio documental de lo indígena “desde el contacto con las culturas europeas hasta el presente”⁸³, permite abordar con profundidad el análisis de las dinámicas de contacto y la percepción del “otro” de forma bidireccional. Además, tiene en cuenta la confrontación ontológica experimentada en las primeras décadas de presencia castellana en América. En este sentido, lo que se desarrolla

⁷⁹ Keith Muckelroy, *Maritime Archaeology*, Cambridge: Cambridge University Press, 1978.

⁸⁰ Pomey, “Defining a ship...”, pp. 26-27.

⁸¹ Guerrero Ayuso, *Prehistoria...*, p. 3.

⁸² Christer Westerdahl, “The Maritime Cultural Landscape”, *The International Journal of Nautical Archaeology*, 21, 1992, pp. 5-14. Ídem, “Maritime cosmology and archaeology”, *Deutsches Schifffahrtsarchiv*, 28, 2006, pp. 7-54.

⁸³ Jiménez Núñez, “El método...”, p. 167.

en primera instancia es una suerte de “antropología de archivo”, al aproximarnos a las fuentes documentales con cierta mirada etnológica, en un escenario americano en el que se originó la disciplina como consecuencia de un “choque” de humanidades extraordinariamente alejadas en sus “normas de vida material y espiritual”⁸⁴. El contacto entre grupos humanos culturalmente diferentes desprende en la documentación datos muy sutiles, cuya apreciación e interpretación requiere de miradas antropológicas que complementen la metodología historiográfica desarrollada sobre fuentes primarias⁸⁵. Este abordaje de la documentación histórica con perspectiva etnohistórica no solo permite evaluar con más detalle las dinámicas de contacto entre castellanos e indígenas, sino también discernir entre las ambiguas descripciones aportadas en los manuscritos sobre los distintos grupos étnicos observados. Asimismo, se trata de trabajos de ida y vuelta, dado que, si bien la aproximación documental permite ver el paisaje y el paisanaje con una mirada más completa, también la relectura de los documentos a la luz de la experiencia etnográfica mejora sustancialmente los resultados.

Por otro lado, la etnografía se incorpora a la investigación en todos aquellos momentos en los que se revela necesario analizar el saber inmaterial y las prácticas culturales relativas a la construcción y gobierno de embarcaciones. El estudio pormenorizado de las técnicas de navegación castellanas e indígenas, y su interrelación en contextos fluviales americanos, ha exigido la incorporación de la labor etnográfica allá donde se registran continuidades rastreables hasta la actualidad. A fin de responder preguntas relativas a la faceta inmaterial de ambas tradiciones náuticas, la presente investigación desarrolló un amplio trabajo de campo a lo largo de tres años (2022, 2023 y 2024), tanto en astilleros artesanales de la Península Ibérica (Astilleros Albaola-Pasaia y Astilleros Nereo-Málaga), como en astilleros y comunidades tradicionales de canoeros en las riberas del río Magdalena (Colombia), en los ríos de la vasta cuenca del Plata y en los humedales Ñeembuqueños a la vera del río Paraguay.

El estudio arquitectural de las embarcaciones castellanas, sus cualidades náuticas y capacidad de adaptación en los ríos americanos, en relación con los

⁸⁴ Claude Lévi-Strauss, “Las tres fuentes de la reflexión etnológica”, en Mauricio F. Boivin, Ana Rosato, Victoria Arribas, *Constructores de Otriedad. Una introducción a la Antropología Social y Cultural*, Buenos Aires: Antropofagia, 2004, pp. 1-3.

⁸⁵ Tristan Platt, “Entre la rutina y la ruptura...”, p. 40.

factores condicionantes para todo proceso de construcción naval -entorno, tradición, propósito, ideología, economía, materia prima y tecnología⁸⁶- exige mirar a los carpinteros que hubieron de construir y remendar embarcaciones sobre el terreno. De este modo, como sucediera en el plano material con la continuidad conceptual de las canoas de tradición indígena en la actualidad, también la continuidad del saber inmaterial puede contribuir en la respuesta a problemáticas del siglo XVI, mediante la formulación de preguntas a aquellos artesanos contemporáneos de mayor proximidad conceptual a los estudiados. De este modo, se invierte en cierta forma la máxima de entender el presente a través del pasado, siendo también el presente el que puede contribuir con la inteligibilidad del pasado, dado que “el temblor de la vida humana, que exigirá un duro esfuerzo de imaginación para ser restituido a los viejos textos, es aquí directamente perceptible a nuestros sentidos”⁸⁷.

En lo que se refiere a la metodología etnográfica, una vez desarrolladas las fases documentales previas al trabajo de campo, tanto en los astilleros peninsulares como en los astilleros ribereños de ambas cuencas, se desplegó un método de observación. Este transitó entre la no participante a una participación directa (contando con estudios referentes de antropología con perspectiva náutica como los clásicos de Martín Gusinde y Bronislaw Malinowski⁸⁸), tanto en lo relativo a acciones de la propia práctica artesanal de construcción y remiendo, como en salidas de agua en embarcaciones tradicionales. Aquí es preciso señalar que la observación participante permite transitar entre los roles de observador y observado, favoreciendo la relación y el intercambio de información práctica. Por otra parte, tanto en unos como en otros contextos, la selección de los informantes resultó parte de la estrategia metodológica. Si bien no siempre se trata de una decisión unidireccional en este tipo de situaciones, es preciso trabajar la reciprocidad con aquellos testimonios con manifiesta voluntad de informar⁸⁹. De este modo,

⁸⁶ Jonathan Adams, “Ships and boats...”, p. 301.

⁸⁷ Bloch, *Introducción...*, p. 48.

⁸⁸ Martín Gusinde, *Los indios de Tierra del Fuego*, Tomo II, Vol. 1, Buenos Aires: CONICET, 1986 [1931-1937]. Y Bronislaw Malinowski, *Los argonautas del Pacífico occidental*, Barcelona: Planeta de Agostini, 1973 [1922].

⁸⁹ Ángel Aguirre Baztán, “Etnografía”, en Ídem (ed.), *Etnografía: Metodología cualitativa en la investigación sociocultural*, Barcelona: Editorial Boixareu universitaria, 1995, p. 12.

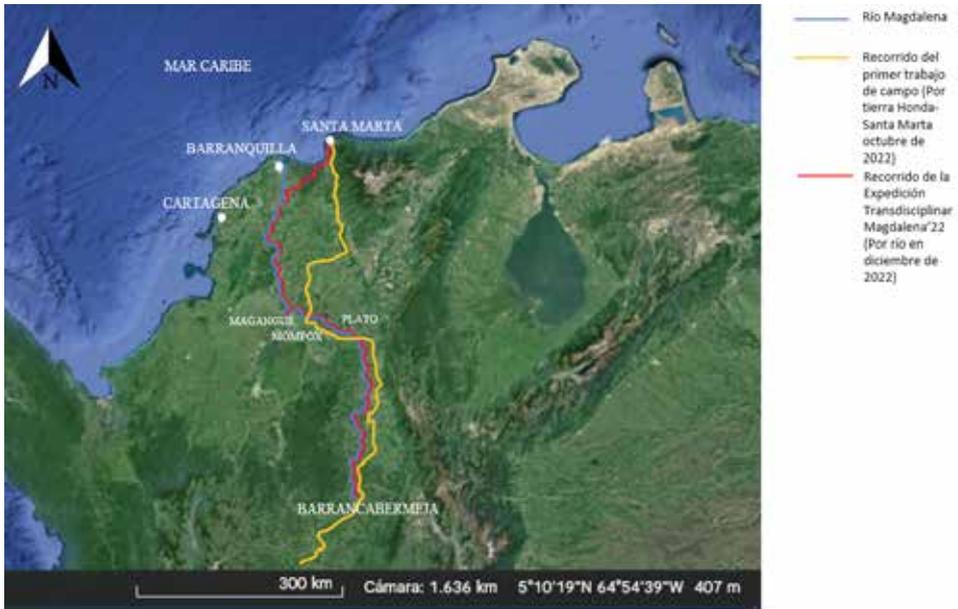
es la entrevista semi-estructurada y oral el principal instrumento empleado, dado que su carácter informal permite evitar la disociación de la dinámica cotidiana y el distanciamiento provocado por ceñidos cuestionarios escritos⁹⁰. Por lo tanto, es mayor el carácter cualitativo de los resultados que el cuantitativo, siendo de poca utilidad en comunidades artesanales la formulación de preguntas idénticas, dado que su labor cotidiana se caracteriza fundamentalmente por la ausencia casi total de estandarización, frente a la de un operario de una cadena de montaje industrial.

Por último, como cierre del apartado dedicado a la metodología, es preciso introducir brevemente el trabajo de campo desplegado en los contextos americanos estudiados, donde convergieron todas las líneas metodológicas interrelacionadas en la investigación. Entre 2022 y 2024, durante distintas estancias de investigación en la Universidad del Magdalena y la Universidad de Buenos Aires, fueron desarrolladas sendas expediciones de remontaje de los ríos Magdalena, Paraná y afluentes, a fin de realizar un registro material e inmaterial completo en las comunidades étnicas y/o comunidades situacionales que navegan y pueblan sus aguas y riberas como otrora lo hicieran, así como replicar los itinerarios históricos estudiados y revisar archivos locales. En ambos casos, fueron establecidos cuatro pilares metodológicos relacionados con la investigación documental, material y oral, mediante metodología historiográfica, etnoarqueológica y etnográfica, respectivamente, así como una cuarta línea interdisciplinaria relacionada con el estudio de las maderas potencialmente empleadas en la construcción naval, y el cotejo de sus denominaciones histórica, etnográfica, común y científica.

En el caso del río Magdalena, tras un descenso por tierra en octubre de 2022, fueron remontados por agua (entre diciembre de 2022 y enero de 2023) alrededor de 1200 km de curso fluvial desde el litoral caribe en la localidad de Tasa-jeras, atravesando la Ciénaga Grande de Santa Marta (CGSM) para pasar por el caño de aguas negras hasta el curso principal del río y replicar el itinerario de la flotilla de Gonzalo Jiménez de Quesada hasta Barrancabermeja (La histórica Tora). En este caso, se tuvo en cuenta el desvío del cauce principal en época contemporánea entre los municipios de El Banco y de Magangué, por lo que se optó en ese tramo por utilizar el brazo de Mompo para priorizar el itinerario

⁹⁰ Silvia Aguirre Cauhé, “Entrevistas y cuestionarios”, en Aguirre Baztán (ed.), *Etnografía...*, p. 171.

histórico al curso actual. A lo largo del trabajo de campo se realizó registro etnográfico en comunidades canoeras y pescadores de la Ciénaga Grande de Santa Marta (CGSM), las riberas del río Magdalena y zonas inundables del brazo de Mompox, así como en comunidades *ette ennaka* (chimilas). En el plano material, fueron registradas dos canoas monóxilas plenas y dos canoas monóxilas con modificaciones, así como canoas monóxilas conservadas tanto en la Universidad del Magdalena como en el Museo Naval de Madrid.



Mapa 3. Recorridos en la cuenca del Magdalena durante los trabajos de campo en el año 2022 (Colombia). **Fuente:** elaboración propia.

mayor detalle a las necesidades del objeto de estudio, optimizar las fuentes de toda índole disponibles y lograr un conocimiento holístico, que posibilite interpretaciones más precisas de los procesos históricos abordados y sus múltiples aristas. Asimismo, a la hora de abordar este tipo de expediciones en las que el contacto cultural y tecnológico está sumamente condicionado por el medio en el que se desarrolla, una vez asumida la necesidad de una metodología transdisciplinar, se diseñó un modelo de análisis por niveles que permitiera objetivamente evaluar tanto los factores condicionantes previos al contacto, como su desarrollo y las dinámicas de contacto en sus distintas facetas. De este modo, la estrategia de aproximación al objeto de estudio ha consistido en el establecimiento de tres niveles de análisis que permiten estudiar con detalle un proceso complejo y heterogéneo.

De este modo, se ha establecido un primer nivel de análisis en el que se abordan los mencionados factores condicionantes previos al desarrollo de las huestes, aglutinados en cuatro principales grupos diferenciados: geográficos, culturales, logísticos y tecnológicos. Con geográficos se engloba tanto la realidad orográfica e hidrográfica de cada una de las cuencas, su incidencia en las poblaciones que las habitaban entonces y su fuerza condicionante en el desarrollo de las huestes a nivel náutico, como la percepción y el entendimiento de todos estos elementos físicos a partir del análisis de las primeras representaciones cartográficas del territorio. Por otra parte, en el grupo de factores culturales se abordan los marcos de pensamiento de cada conjunto humano concurrente en los citados procesos históricos, basculando entre la mirada propia y la construida con respecto a la alteridad, como resultado de la clásica dicotomía del nosotros y los otros⁹¹.

⁹¹ Tzvetan Todorov, *Nosotros y los otros: reflexión sobre la diversidad humana*, Ciudad de México: Siglo XXI, 1991.

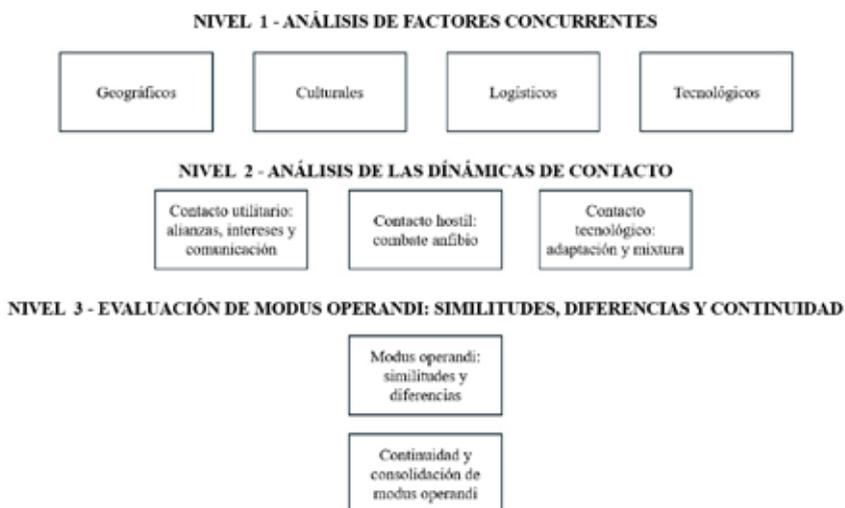


Figura 1. Representación esquemática del modelo de análisis diseñado e implementado durante la investigación. **Fuente:** elaboración propia.

Para ello, además de la oportuna caracterización étnica, se propone una aproximación ontológica no solo al “otro” o a los distintos otros percibidos por la mirada castellana en América, sino también al “nosotros”, en una suerte de introspección histórica que permita aproximarnos a la atmosfera mental de su tiempo, así como a los plausibles impulsos o sensibilidades atemporales como el miedo, la rivalidad, el interés o la duda; movimientos de ideas y sensibilidades de unos y de otros que “se hallan más cerca de nosotros en el tiempo pero que son más efímeros”⁹². En tercer lugar, se evalúan los factores condicionantes logísticos, estrechamente relacionados con la organización de la hueste, propios del marco jurídico y administrativo de la comunidad política de la que emanan, como la lógica de las capitulaciones o la regulación de las empresas de Indias. Tampoco se olvidan todos aquellos reflejos de las efímeras experiencias previas en sendas cuencas, que influyen directamente en la planificación de provisiones, asignación de personas con experiencia previa,

⁹² Bloch, *Introducción a la Historia...*, p. 45.

disposición de hombres, naves y caudales, etc. Como cierre de este primer nivel de análisis, dado que las huestes estudiadas se desarrollan fundamentalmente por ríos, el grupo de factores tecnológicos se centra en la tecnología náutica con la que propios y extraños contaban a la hora de los sorpresivos encuentros que iban a protagonizar. Es decir, qué tecnología naval participó *a priori* de uno y otro lado, y cuáles eran sus características morfológicas y funcionales.

A este le sigue un segundo nivel de análisis del desarrollo de las huestes sobre la relación con el medio y con el “otro”, en tanto que se despliegan al menos tres bloques distribuidos en este caso en tres capítulos, que abordan las dinámicas de contacto en sus distintas facetas. Es decir, el modo en que grupos humanos pertenecientes a dos o más marcos de pensamiento divergentes confrontan en un mismo espacio, dando lugar a dinámicas de contacto que van desde la curiosidad, el interés y la violencia, hasta la interrelación material e inmaterial, en cuanto a tecnología/conocimiento de aplicación práctica en el medio en que se desarrollan. En primer lugar, se analiza el contacto eminentemente utilitario, en torno al más elemental interés humano, abarcando la necesidad de satisfacer la curiosidad, los problemas de comunicación, el aprovechamiento de la coyuntura para ventaja propia frente a un tercero, y un largo etcétera de motivaciones que impulsan negociaciones, acuerdos y alianzas a distintas escalas. El segundo capítulo dentro de este nivel de análisis aborda la otra vertiente del contacto, la violencia en su más amplio sentido, desgranando el combate anfíbio con detalle, tanto a nivel material como en la inmaterialidad propia del pensamiento aplicado a la estrategia y a las tácticas de guerra en ambos espectros. Por último, este segundo nivel de análisis cierra con un capítulo sobre el contacto tecnológico, es decir, teniendo en cuenta el anterior estudio de la tecnología naval indígena y castellana, en este momento se analiza su eficiencia en este tipo de contextos y las influencias de una tradición náutica sobre la otra, tanto a nivel arquitectural como práctico.

Por último, situamos un tercer nivel de reflexión y cierre que sintetiza el análisis tanto de los factores condicionante como del propio desarrollo del contacto, permitiendo la comprensión detallada de contextos extremadamente complejos y una aproximación a las consecuencias o ecos de los procesos históricos abordados. Es decir, discernir si esas intensas coyunturas durante las primeras décadas de exploración y conquista de América generaron un aprendizaje de aplicación en otros espacios americanos, así como la configuración de un nuevo horizonte transfronterizo marcado por la experiencia y la capacidad de adaptación de unos y de otros.

Factores geográficos: sistemas fluviales del Magdalena y del Plata

El principal objetivo de este tema relacionado con los contextos geográficos analizados no es la sucesión inerte de datos geográficos, sino la aproximación analítica a las condiciones físicas que pudieron influir en el desarrollo cultural y tecnológico de las comunidades indígenas que poblaron las riberas y navegaron sus aguas, así como en la experiencia castellana durante el avance de las huestes fluviales que terminaron por dominar ambas cuencas. Para ello, se destacan fundamentalmente aspectos climáticos como temperaturas medias y humedad relativa, y aspectos hidrológicos y geomorfológicos que pueden incidir sobre la navegación de sus aguas como el caudal promedio y su estabilidad, el gradiente de altura entre nacimiento y desembocadura por su incidencia en la corriente, o su capacidad erosiva y sedimentaria.

En segundo lugar, se desarrollan dos apartados que abordan el proceso de representación cartográfica de sendas cuencas, a partir de la localización, análisis y clasificación de todo croquis, planos y mapas desde las primeras experiencias y hasta el siglo XVII, con el fin de obtener cuanta información sea posible sobre qué vieron, cómo lo vieron, cómo lo transmitieron y cómo otros lo recibieron. Si bien la imprecisión es una característica propia de las representaciones geográficas del periodo, hay rica información de distinta índole contenida en esos primeros documentos gráficos y en sus autores.

Por último, como consecuencia de los apartados anteriores y el propio criterio de la presente investigación, este capítulo termina con un apartado en el que se analizan y evalúan de forma conjunta las exigencias náuticas impuestas por dichos ríos, a fin de entender con la mayor precisión posible la intensidad del

factor geográfico sobre las naves y los marinos que las gobernaron en este tipo de contextos. Todo ello se acompaña de un cuerpo gráfico muy nutrido, compuesto por cartografía actual e histórica, fotografías sobre el terreno y composiciones gráficas, con el propósito de constituir un complemento práctico e instructivo que permita asimilar con precisión las particularidades de los complejos contextos acuáticos estudiados.

2.1. La cuenca del Magdalena

El río Magdalena transcurre a lo largo de unos 1500 km, desde las últimas estribaciones septentrionales de los Andes hasta el mar Caribe, conformando junto con los afluentes y complejos lagunares-cenagosos una cuenca de 257.000 km². Goza de una navegabilidad de 1000 km desde la desembocadura hasta los saltos ubicados en el actual municipio de Honda (territorio indígena Ondáima), espacio en el que fue establecida el final de la navegación neogranadina en el siglo XVI¹. Asimismo, el río vuelve a ser parcialmente navegable con embarcaciones menores hasta al menos 240 km curso arriba, itinerario empleado por Sebastián de Belalcázar hasta su encuentro con Jiménez de Quesada en la altiplanicie cundiboyacense².

Si atendemos a las condiciones hidrológicas, cuenta con un extraordinario promedio anual del caudal (7.154 m³/s), como consecuencia de un alto régimen de precipitaciones (2.150 mm/año), derivado de los procesos de convección y lluvias orográficas producidas por las condiciones de su nacimiento andino y su transcurrir entre las cordilleras Quindío o Central y Sumpaz u Oriental. Sin olvidar los vapores de agua y precipitaciones derivadas de su ubicación al noroeste de América del Sur entre cuatro grandes cuencas hídricas (Caribe, Amazonas, Orinoco y Pacífico). Todo ello incide en la climatología de la cuenca pues, entre los cursos medio y bajo, se registra una humedad relativa de 70-75% y una tem-

¹ Daniel Miguel Nieva Sanz, “Fundación y resignificación de puertos y varaderos en el río Magdalena a inicios del periodo hispánico”. *Memorias: Revista Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe colombiano*, 51, 2023, pp. 8-28.

² *Actas hechas en Cartagena ante el licenciado Santa Cruz*, Cartagena, 2 julio 1539. AGI, Patronato, 27.

peratura media anual de 28° C, aumentando el curso bajo hasta una humedad del 85% y 30° C de temperaturas máximas³. En lo relativo al desarrollo de las huestes por tierra y por río es importante señalar la fluctuación estacional del Magdalena que cuenta con dos estaciones secas (diciembre-marzo y junio-septiembre) y dos estaciones húmedas (marzo-mayo y octubre-noviembre); una estacionalidad que no solo condicionó el desarrollo de la hueste y el posterior establecimiento de un sistema de navegación neogranadino, sino también incidió de forma muy determinante en el desarrollo cultural de las comunidades que habitaban y navegaban sus aguas desde el periodo prehispánico⁴.

Por otro lado, la variabilidad geomorfológica del río Magdalena sirve como ejemplo del funcionamiento de esta dinámica aplicable a los análisis del resto de ríos del estudio como Pilcomayo y Bermejo, ambos especialmente cambiantes. Un sistema fluvial a nivel geomorfológico consta de tres zonas esenciales: de producción (erosión), de transferencia (transporte) y de almacenamiento (deposición). Se trata de una cadena natural al estilo “cinta transportadora”, que va dando y cambiando la forma del río a partir de la producción de sedimentos en las zonas de mayor erosión, generalmente en el curso alto, transportándolos y depositándolos en tramos posteriores⁵.

En lo que respecta al estudio, en todos los casos la zona de erosión queda fuera de los escenarios contemplados, pero no sus efectos tanto en la zona de transporte como, fundamentalmente, en la zona de deposición de sedimentos. En el caso del Magdalena, la zona de deposición comienza aproximadamente donde acaba el itinerario fluvial de Gonzalo Jiménez de Quesada (Barrancabermeja-La Tora) y continúa hasta la desembocadura en el Caribe, lo que nos habla de una intensa actividad deposicional en todo el recorrido, dando lugar a islas efímeras

³ Juan Restrepo et al., “Aspectos físicos de la cuenca del río Magdalena. Colombia: geología, hidrología, sedimentos, conectividad, ecosistemas acuáticos e implicaciones para la biota”. En: Jiménez-Segura, L. & C. A. Lasso (eds.), *Peces de la cuenca del río Magdalena, Colombia: diversidad, conservación y uso sostenible*, 2020, p. 46.

⁴ Germán Ferro Medina, “El río Magdalena. Territorio y cultura en movimiento”, *Boletín cultural y biográfico*, 47, 84, 2013, pp. 4-35.

⁵ John. M. Buffington y David R. Montgomery, “Geomorphic Classification of Rivers”. *Treatise on Geomorphology*, 3, 2013, pp. 730-767.

y permanentes, cambios de profundidad-calado, y “estorbos” superficiales como troncos, ramas o maleza.

Asimismo, esta dinámica fluvial afecta a la configuración de planicies de inundación con especial incidencia en la conocida como depresión momposina, áreas cenagosas tan determinantes en el desarrollo vital de las comunidades indígenas de este contextos y presentes reiteradamente en las crónicas, donde las huestes atravesaban “ciénagas y esteros”⁶, y lagunas costeras como la Ciénaga Grande de Santa Marta, que conforma un extraordinario ecosistema lagunar costero de 5.591 ha, alimentado a través de caños y afluentes del Magdalena.

Por último, la mejor señal de la extraordinaria actividad geomorfológica del río Magdalena es la fluctuación de su desembocadura, cuya navegación desde el Caribe constituyó un quebradero de cabeza para los primeros castellanos que lo intentaron remontar. En la actualidad existen nuevos factores que la condicionan, incluyendo el propio canal del dique inaugurado desde 1650; sin embargo, hacia el siglo XVI se estima que las bocas de ceniza o desembocadura del Magdalena estaba dotada de una anchura de entre 18 y 20 km⁷, siendo ya característica la gran cantidad de descarga de sedimentos y alta energía de oleaje que impedían una entrada segura desde el mar, como se describe con vehemencia en las crónicas⁸.

⁶ Juan de Castellanos, *Elegías de varones ilustres de Indias compuestas por Juan Castellanos* [1589], Tomo I, Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2007, p. 288.

⁷ Restrepo et al., “Aspectos físicos...”, pp. 41-83.

⁸ Castellanos, *Elegías...*, p. 301.



Mapa 5. Parte de la cuenca del Magdalena estudiada en la presente investigación y delimitación de tramos del curso a los que se añade una sub-franja que diferencia el curso bajo de la franja litoral y CGSM. **Fuente:** elaboración propia sobre la base de Google Earth.



Figura 2. Distintos tramos del río Magdalena y sus brazos y caños interconectados: A) Caño de aguas negras que conecta la CGSM con el curso principal. B) Curso principal en época de crecida (Sabana Grande). C) Caño de Pinto que conecta el brazo de Mompo y el curso principal en el Magdalena Medio. D) Amplitud del curso principal (Curso bajo sobrepasando Sabanagrande). **Fuente:** fotografías del trabajo de campo de 2022 (cámara y dron DJI Mini 3 pro).

2.2. La cuenca del Plata

*Hemos venido a un río dulce que se llama Paraná-Guazú y es extenso en la embocadura donde se deja el mar, y tiene una anchura de cuarenta y dos leguas de camino*⁹.

El río Paraná es el eje de la cuenca y el vertebrador de un territorio que abarca 3.100.000 km². Junto a los ríos Paraguay, Uruguay y el resto de los afluentes significativos constituyen el segundo mayor sistema fluvial de Sudamérica, solo por detrás de la cuenca amazónica¹⁰. En la presente caracterización vamos a centrarnos en la subcuenca del Paraná, que constituye tres cuartas partes del total de la cuenca del Plata (ca. 2.600.000 km²), excluyendo el río Uruguay y los afluentes orientales por ubicarse al margen del escenario de proyección de las huestes analizadas. En lo que se refiere a los tramos diferenciados del río, vamos a emplear la división más común en los estudios históricos y arqueológicos sobre este territorio, entendiendo el Alto Paraná desde el nacimiento hasta su confluencia con el río Paraguay, considerando Curso Medio desde este punto hasta el inicio del Delta, para definir el Paraná Inferior todo lo que tiene que ver con el área deltaica y la desembocadura¹¹.

El río Paraná (“pariente del mar” en guaraní) nace a algo más de mil metros sobre el nivel del mar en la Serra dos Pirineus, actual Brasil, desde donde transcurre a lo largo de unos 4800 kms conectando regiones intertropicales con templadas, hasta la desembocadura de La Plata en el océano Atlántico, donde converge con el río Uruguay. En lo relativo a las aguas del Paraná, este cuenta con un caudal promedio de 17300 m³/s y un régimen hidrológico fluctuante entre

⁹ Ulrico Schmidl, *Derrotero y viaje a España y las Indias*, Buenos Aires: Biblioteca Virtual Universal, 2003, p. 5.

¹⁰ Ana Inés Malvárez, *Las comunidades vegetales del Delta del río Paraná. Su relación con factores ambientales y patrones del paisaje*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Buenos Aires, 1997, p. 9.

¹¹ E. C. Drago, 1990, “Hydrological and geomorphological characteristics of the hydrosystem of the Middle Paraná river”, *Acta Limnologica Brasiliensia III*, cit. por Mariano Bonomo, et al., “Las poblaciones indígenas prehispánicas del río Paraná Inferior y Medio”, *Revista del Museo de La Plata* 4, 2019, p. 588.

estaciones, alternando fases de inundación y sequía de distinta intensidad, frecuencia y duración, siendo especialmente significativas en la llanura aluvial del curso medio¹², que dan lugar a un amplio territorio de esteros y humedales en las tres secciones del área de confluencia entre los ríos Paraná y Paraguay.

Desde el nacimiento y hasta dicha confluencia con el Paraguay se le llama Alto Paraná y se le considera un tramo muy limitado para la navegación de naves de cierto calado, por lo que las experiencias de penetración fueron reducidas inicialmente debido a los saltos Yacyretá-Apipé, que condicionaron las derrotas desde Caboto hacia el río Paraguay. Asimismo, en el curso alto encontramos otro de los afluentes del Paraná, denominado Iguazú (término guaraní que significa “agua grande”: Y-Guazú), cuyo curso protagoniza, algunos kilómetros antes de su incorporación en el Paraná, otro de los saltos más imponentes y significativos, bautizado en 1542 por Alvar Núñez Cabeza de Vaca como Saltos de Santa María, hoy cataratas de Iguazú (Ver fig. 5).

Si continuamos descendiendo el Paraná Medio, hacia su margen occidental en lo que se empieza a considerar como predelta, se prolonga el río Carcarañá hasta su confluencia con el río Coronda, desembocando juntos en el propio Paraná. Se trata de un río de caudal muy reducido (81 m³/s) y apenas gradiente de altura, pues nace de otra confluencia anterior entre los ríos Saladillo y Tercero. Este constituyó un punto de intercambios, contactos y conflictos interétnicos en época prehispánica, así como una vía fluvial de comunicación a las Sierras de los Comechingones, rasgos que condicionaron la ubicación del fuerte Sancti Spiritus por Caboto en 1527: “llegamos a Carcarañal, que es un río que entra en el Paraná que los indios dicen viene de la sierra”¹³.

Por último, en lo referente al delta del Paraná, cuenta con una extensión extraordinaria de aproximadamente 14.000 km² y conforma un amplio panorama acuoso repleto de islas fluviales mencionadas reiteradamente en las primeras crónicas¹⁴. El delta superior y el medio comparten condiciones en gran medida con el Paraná Medio, siendo el delta definido por el testigo Luis Ramírez como “muy caudaloso” y con una boca de “xxv leguas largas”¹⁵, además de contar con

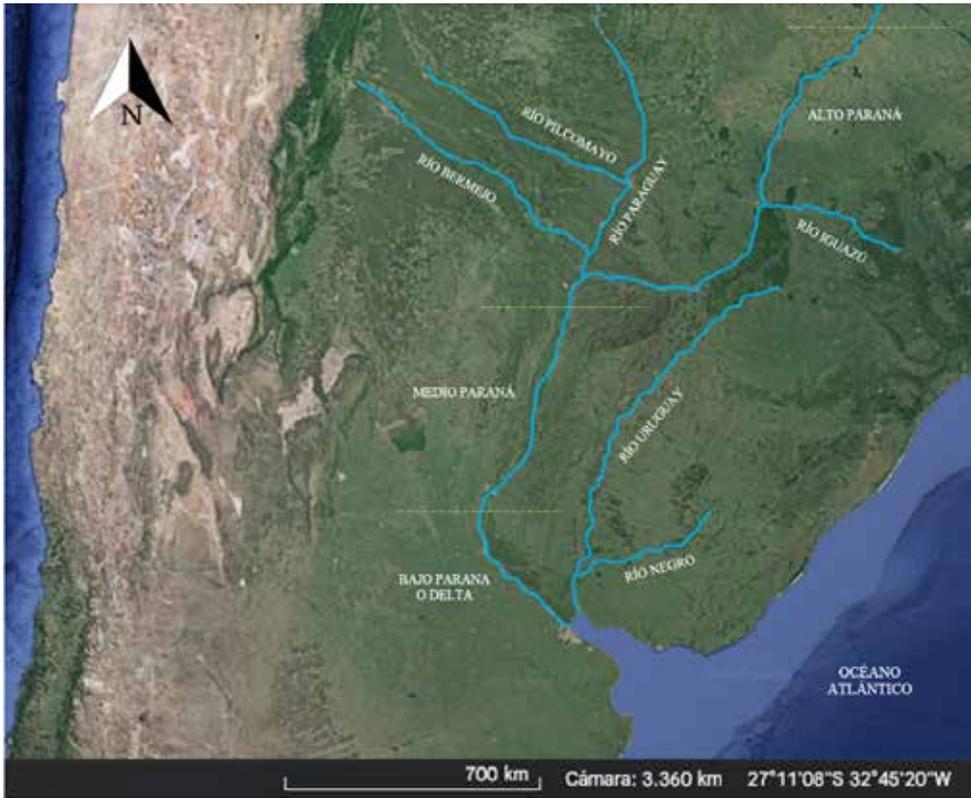
¹² Malvárez, *Las comunidades...*, p. 131.

¹³ Ramírez, *Carta...*, f. 118r.

¹⁴ *Ibidem*, f. 117v.

¹⁵ *Ibidem*.

canales de marea, bancos de arena, lagunas litorales, islas y poca profundidad que convierten su navegación en un mayor desafío¹⁶.



Mapa 6. Cuenca del Plata en la que se representa el río Paraná y sus principales afluentes, así como una división simple de sus tramos. *El tramo de alto Paraná situado entre líneas discontinuas hace referencia únicamente a la parte del alto Paraná incluida en el presente estudio. **Fuente:** elaboración propia sobre la base de Google Earth.

¹⁶ Clifton B. Kroeber, *La navegación de los ríos en la historia argentina: 1794-1860*, Buenos Aires: Paidós, 1967, p. 25.



Figura 3. Curso del río Paraná en sus diferentes tramos: A) Alto Paraná (Ayolas, Paraguay); B) Inicio del curso medio (Diamante, Argentina); C) Confluencia con el río Coronda (Santa Fe, Argentina); D) Brazos del curso bajo (Entre Ríos, Argentina). **Fuente:** fotografías del trabajo de campo entre julio-septiembre de 2023.

Los principales afluentes del Paraná: Pilcomayo, Bermejo y Paraguay

El Paraná es el eje de una gran cuenca en la que tiene lugar el proceso histórico que estamos analizando, pero se trata de un espacio geográfico y cultural compuesto por otros cursos de agua estrechamente conectados. El río Paraguay, además de vía de penetración al interior continental y clave en la fundación de la ciudad de Asunción (1537), es también el principal afluente del Paraná, alimentado a su vez por los ríos Pilcomayo y Bermejo, que atraviesan el Chaco hasta

desembocar en sus aguas¹⁷. En este sentido, no podemos comprender la dinámica cultural, ni la dimensión y complejidad del desarrollo de estas huestes fluviales, sin aproximarnos a las condiciones hídricas, geomorfológicas y climáticas de estos ríos conectados.

El río Pilcomayo (nombre quechua) o Araguay (nombre guaraní) es un río de alrededor de 1000 km de longitud, que comparte con el río Magdalena su capacidad erosiva en su curso alto y carga sedimentaria, siendo ambos ejemplos globales de tal condición. De hecho, su extraordinaria capacidad sedimentaria genera, de forma única en el mundo, la desaparición de su cauce por relleno o elevación del lecho en un proceso denominado atarquinamiento¹⁸, de ahí su bajísimo caudal medio de 175 m³/s. Su nacimiento se encuentra a unos 5500 msnm. en los Andes, desde donde recorre el sur de la actual Bolivia hasta entrar en la planicie del Chaco, para convertirse en un río de llanura y desembocar en el río Paraguay.

Por otro lado, el río Bermejo debe su nombre castellano a la coloración rojiza del sedimento que arrastran sus aguas, llamado en guaraní *Y-pytã* o agua roja, y *Teuco* o río en toba, uno de los principales grupos indígenas en el territorio. Su nacimiento también es en altura, concretamente a 3600 msnm. en la Sierra Santa Victoria (Actual Bolivia), transcurriendo en dirección sureste a lo largo de unos 1000 km de cauce para atravesar el actual Chaco argentino y desembocar en el río Paraguay. Se trata asimismo de un río con un caudal medio muy bajo (410 m³/s) y un régimen muy inestable¹⁹. Ambos ríos presentan grandes dificultades para navegar, siendo tan solo posible en los últimos tramos durante época de crecidas o con embarcaciones de fondo plano²⁰.

¹⁷ Guillermo Nicolás Lamenza, Horacio Adolfo Calandra y Susana Alicia Salceda, “Arqueología de los ríos Pilcomayo, Bermejo y Paraguay”, *Revista del Museo de La Plata* 4, 2019, pp. 481-510.

¹⁸ Gustavo Alberto Lovera Moran, “El proceso de atarquinamiento del río Pilcomayo ape-ligra la soberanía paraguaya”, *Revista jurídica. Investigación en ciencias jurídicas y sociales* 1.14, 2024, pp. 157-174.

¹⁹ Ethel B. Sennhauser, *Composición y dinámica de los bosques fluviales de la cuenca inferior del río Bermejo*. Tesis Doctoral inédita, Universidad de Buenos Aires, 1991.

²⁰ Guillermo Araoz, *Navegación del río Bermejo y viajes al Gran Chaco*. Buenos Aires: Impr. Europea, 1886, p. 44. Ya estaba presente esta dificultad en el intento de penetración acometido durante la expedición de Caboto y relatado en Ramírez, *Carta...*, f. 120v.

Por último, el río Paraguay, con 2695 km de longitud, es el mayor de este grupo como principal afluente del Paraná, cuya denominación deriva del guaraní *Payaguá-ý* (agua o río de los payaguás)²¹. Al contrario que Pilcomayo y Bermejo, su nacimiento se halla en el Mato Grosso brasileño a apenas 208 msnm. Atraviesa los mayores humedales de América en el curso alto (Bañados de Otuquis y el Gran Pantanal, históricamente Laguna de Xarayes, zona fronteriza de entre los actuales Bolivia, Brasil y Paraguay) y desemboca en el Paraná a 50 msnm. Por ende, consta un desnivel muy reducido y una formación meándrica muy marcada, lo que genera una extraordinaria lentitud del curso y favorece su navegación río arriba, aunque dificultada a su vez por los abundantes meandros o “vueltas”. Todo ello provoca un régimen muy constante, con un caudal promedio de 4316 m³/s, sin la fluctuación y alternancia de crecidas y sequías tan presentes en otros ríos como sus propios afluentes o en el propio Magdalena, donde se refieren a estas crecidas en numerosas ocasiones: “el río venía tan crecido que sobraba por la barranca”²².

2.3. ¿Cómo interpretaban el río? Localización, análisis y clasificación de las primeras representaciones cartográficas

En la horquilla temporal en la que nos encontramos, es muy limitado el conocimiento sobre las dimensiones y proporciones geográficas de los territorios que se despliegan a los ojos de los conquistadores, ya que estaba sujeto al avance exploratorio y al galopante desarrollo científico-técnico en materia cartográfica. Es preciso tener en cuenta que apenas pasaban algunas décadas de la primera representación de América en la carta de Juan de la Cosa (1500), lo que supuso un punto de inflexión extraordinario en el que comienzan a converger la tradición de los portulanos medievales y los conceptos de la cartografía moderna²³. Asimismo, es necesario reseñar la dificultad añadida que el cartografiado de ríos

²¹ *Ibidem*.

²² Gonzalo Jiménez de Quesada (atrib.), *Epítome de la conquista del Nuevo Reino de Granada* (1539). AHN, Diversos-Colecciones, 22, n. 27, f. 3v.

²³ Luisa Martín-Merás Verdejo, “La carta de Juan de la Cosa: interpretación e historia”, *Monte Buciero*, 4, 2000, pp. 71-86.

entraña, pues las difíciles condiciones de movilidad y sus fluctuaciones geomorfológicas convierten la representación de este tipo de accidentes geográficos en un verdadero desafío. En el caso del Magdalena, actualmente se desconoce con detalle la mayor parte de su cuenca en lo relativo a la evolución de sus canales y zonas de inundación²⁴.

No obstante, el estudio detallado y diacrónico de todos los planos, croquis y mapas disponibles para estos contextos constituye un parte fundamental de la investigación, al tratarse de las únicas evidencias gráficas de un caso de estudio sumamente condicionado por el medio físico. Si bien no podemos extraer datos geográficos de gran precisión a partir de estas primeras representaciones castellanas, podemos aproximarnos a cómo percibían el río en cada momento, cómo destacaban determinados elementos naturales que les preocupaban o sorprendían, cómo y con qué grado de importancia representaban embarcaciones, poblaciones o embarcaderos, o cuáles son los primeros topónimos que establecen. En este caso, la percepción es más importante que la precisión, pues se trata de aproximarnos a qué están sintiendo en un escenario repleto de estímulos nuevos, con qué tamaño representan cada elemento o accidente —signo de la importancia que se le atribuye a algo—, o qué rasgos del “Otro” deciden destacar. A continuación, se despliega el material cartográfico empleado a lo largo de toda la investigación en ambas cuencas, de forma que pueda consultarse a lo largo de la lectura de todo el estudio.

La plasmación del río Grande de la Magdalena

A lo largo de este apartado se presenta la localización y clasificación de los mapas y planos realizado sobre el río Magdalena en los siglos XVI y XVII. Es preciso tener en cuenta que el río Magdalena es uno de los diez con mayor capacidad erosiva del mundo (180 millones de toneladas de media al año), generando

²⁴ Juan. D. Restrepo, A. Cárdenas-Rozo, J.F. Paniagua-Arroyave y L. Jiménez-Segura, “Aspectos físicos de la cuenca del río Magdalena. Colombia: geología, hidrología, sedimentos, conectividad, ecosistemas acuáticos e implicaciones para la biota”. En: L. Jiménez-Segura y C. A. Lasso (eds.), *Peces de la cuenca del río Magdalena, Colombia: diversidad, conservación y uso sostenible*, Bogotá: Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt, 2020, pp. 41-83.

una diversidad geomorfológica extraordinaria que dificulta, aún hoy en día, su precisa representación²⁵. En este sentido, el material estudiado ha sido clasificado en dos grandes grupos: las primeras representaciones castellanas (hasta 1600) y aquellas tardías respecto al objeto de estudio, pero cuyo contenido puede revelar tanto información residual de las primeras representaciones como información relevante sobre su navegación tras el primer siglo de experiencia en sus aguas.

Salvando la sutil representación del río Magdalena en el *Islario general de todas las islas del mundo* de Alonso de Santa Cruz²⁶, se debe destacar la primera representación del río Magdalena y sus primeras fundaciones ribereñas elaborado por Juan Nieto, como parte de *Elegías de varones ilustres* de Juan de Castellanos en 1570, titulado *Traça chorographica de lo contenido en los tres braços que cerca de la ciudad de Popayan [...]*²⁷. Otra de las tempranas representaciones del río es *Plano de la Villa de Tenerife*, parte de la *Relación Geográfica* de Bartolomé Briones (1580)²⁸, siendo también de la misma década el *Plano de la Provincia de Santa Fe, sus pueblos y términos*, en relación firmada por Diego de la Torre sobre el buen gobierno de Nueva Granada (1584)²⁹. Por último, para cerrar el grupo de los mapas y planos del siglo XVI, cabría mencionar el Planisferio de Urbano Monti (1587) — reconstruido por la Universidad de Stanford — cuya imprecisión es muy notable en lo que respecta al río Magdalena y el Nuevo Reino de Granada, pero no así la riqueza de algunos detalles relativos a la percepción de gentes y territorios³⁰.

En lo relativo al grupos de mapas y planos tardíos (s. XVII), se debe destacar el detalle de las localizaciones derivadas de las primeras huestes en la *Descrip-*

²⁵ Juan D. Restrepo, “El impacto de la deforestación en la erosión de la cuenca del río Magdalena”, *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, 39, 2015, pp. 250-267.

²⁶ Alonso de Santa Cruz, *Islario general de todas las islas del mundo*, BNE, RES/38.

²⁷ RAH, C-028-022.

²⁸ RAH, C-028-003.

²⁹ AGI, MP, Panamá, 8.

³⁰ Urbano Monti, *Planisferio*, Milán, 1587: https://www.davidrumsey.com/uv/index.html?manifestUrl=%2F%2Fwww.davidrumsey.com%2Fluna%2Fservlet%2Fiiiif%2Fm%2FRUMSEY~8~1~303661~90074314%2Fmanifest&fbclid=IwAR2Hx6CHbbuy7feaPRVy1Sq-25DKgKz4XFkivMMO_2B5WnUD4-JfhCtOsays#?c=0&m=0&s=0&cv=0&r=270&xywh=23864%2C457%2C26272%2C56972

ción de la Audiencia del Nuevo Reino firmado en 1601 por el “cosmógrafo cronista” de Felipe II, Juan López de Velasco (1530-1598)³¹. También la obra del mismo año parte del Expediente de Luis Enríquez, bajo el título *Description del Río grande de la Magdalena*³², así como una presencia tangencial en la representación del Chocó ordenada por el gobernador de Popayán, Francisco Sarmiento de Sotomayor³³. Asimismo, para la segunda mitad del siglo XVII se deben destacar el mapa denominado *Valle del Magdalena, entre Sogamoso, Duitama y Tibasosa* (1653)³⁴, y la presencia tangencial en el *Mapa de las tierras comprendidas entre el fuerte de Guayana, en la desembocadura del Río Orinoco, hasta Maracaibo y el río de la Magdalena* (1675)³⁵, donde podemos acercarnos a poblaciones de la ribera oriental en los cursos medio y bajo, entre otros tomados en cuenta en la siguiente tabla.

Autor	Título	Río/Tramo	Año	Referencia
Alonso de Santa Cruz	Islario general de todas las islas del mundo	Magdalena (parcialmente)	(1530-1567)	BNE, RES/38
Juan Nieto (comisionado por Juan de Castellanos)	Traça chorographica de lo contenido en los tres braços que cerca de la ciudad de Popayan [...]	Bajo y Medio Magdalena	1570	RAH, C-028-022
Bartolomé Briónes (anexado)	Plano de la Villa de Tenerife	Bajo Magdalena (parcial)	1580	RAH, C-028-003

³¹ Biblioteca Virtual del Banco de la República (BVBR), <https://www.bibliotecadigitalde-bogota.gov.co/resources/2088028/>

³² AGI, MP, Panamá, 24.

³³ AGI, MP, Panamá, 29.

³⁴ AGN, SMP, 4, REF. 477a.

³⁵ AGI, MP, Venezuela, 45.

Autor	Título	Río/Tramo	Año	Referencia
Diego de la Torre (anexado)	Plano de la Provincia de Santa Fe, sus pueblos y términos	Medio Magdalena (parcial)	1584	AGI, MP, Panamá, 8
Urbano Monti	Trattato Universale Descrittione Et Sito De Tutta La Terra Sin Qui Consociuta	Magdalena (impreciso)	1587	Reconstruido por la Universidad de Stanford (David Rumsey Map Collection)
Juan López de Velasco	Descripción de la Audiencia del Nuevo Reino	Magdalena (completo)	1601	BVBR
Expediente de Luis Enríquez (anexado)	Description del Río grande de la Magdalena		1601	AGI, MP-Panamá, 24
Francisco Sarmiento de Sotomayor (remitido)	Mapa de la Provincia del Chocó	Magdalena (tangencial)	1610	AGI, MP, Panamá, 29
-	Tierra Firme y Nuevo Reino de Granada y Popayán	Magdalena (completo)	1633	AGN, SMP 4, REF. X-63
-	Valle del Magdalena, entre Sogamoso, Duitama y Tibasosa	Medio Magdalena (parcial)	1653	AGN, SMP, 4, REF. 477A
-	Mapa de las tierras comprendidas entre el fuerte de Guayana, en la desembocadura del Río Orinoco, hasta Maracaibo y el río de la Magdalena	Magdalena (tangencial)	1675	AGI, MP, Venezuela, 45

Tabla 4. Recopilación ordenada de forma diacrónica de croquis, planos y mapas del río Magdalena entre los primeros pasos castellanos y finales del siglo XVII. **Fuente:** elaboración propia.



Mapa 7. Primera representación del itinerario fluvial del Magdalena en la *Traça chorographica de lo contenido en los tres braços que cerca de la ciudad de Popayan* (1570). **Fuente:** RAH, C-028-022.

Río Paraná y sus afluentes significativos sobre plano

Como sucediera con el río de la Magdalena, la representación del Paraná fue una tarea sumamente complicada e imprecisa en las primeras décadas de experiencia castellana. No obstante, se han podido recopilar y analizar la mayor parte de representaciones de la cuenca del Plata, clasificando los resultados en tres grupos diferenciados: primeras representaciones castellanas (s. XVI), representaciones portuguesas (s. XVI) y representaciones tardías (s. XVII). Del mismo modo que con el Magdalena, se amplía el espectro cronológico con el fin extraer toda la información coetánea y tardía-residual útil para el análisis de las huestes fluviales estudiadas.

De este modo, en lo que respecta a esas primeras representaciones castellanas, los más temprano registrados son el mapa de autor desconocido y fecha estimada en la primera mitad del siglo XVI³⁶. Como en el caso del río Magdalena, el *Islario general de todas las islas del mundo por Alonso de Santa Cruz* (ca. 1530-1567)³⁷, en este caso especialmente interesante por proporcionar mayor detalle debido a la propia experiencia del autor en la expedición de Gaboto en 1525³⁸. No se olvida el mapamundi del portugués naturalizado castellano Diego Ribero (1529). Asimismo, saltando el orden cronológico para dedicar en adelante unas líneas a la cartografía portuguesa, cerramos estas primeras representaciones castellanas del siglo XVI con las dos obras de 1581: *El Río de la Plata y una relación*, de Céspedes, y *Puertos e islas tanto de la costa como del Río de la Plata Paraná*, sin autoría conocida³⁹. Además, está el *Atlas* de Joan Martines (1587)⁴⁰.

También ha resultado necesaria la valoración de la temprana cartografía portuguesa en la que se representa directa o tangencialmente la desembocadura y tramos del curso del Paraná en el siglo XVI, desde el temprano Atlas de Gaspar Viegas (1536), hasta el tardío de Fernão Vaz Dourado (1576) y el *Roteiro de Bra-*

³⁶ AGI, MP, Buenos Aires, 5.

³⁷ BNE, RES/38.

³⁸ *Relación y derrotero de Diego García: La Coruña-río Paraná*, 1530, AGI, Patronato, 44, R. 2.

³⁹ AGI, MP, Buenos Aires, 2.

⁴⁰ BNE, VITR/4/20.

sil de Luis Texeira (1586)⁴¹. Podemos mencionar también como añadido italiano a este grupo de mapas portugueses el planisferio elaborado por Urbano Monti en 1587 y reconstruido recientemente por la Universidad de Stanford⁴² que, pese a imprecisiones muy notables en el caso neogranadino, para la cuenca del Plata puede servir como fuente útil a la hora de cotejar determinados aspectos de la desembocadura. Como se ha deslizado ya al inicio del capítulo, la imprecisión de las primeras representaciones puede compensarse por la rica información que de otro modo proporcionan; por ejemplo, la sobredimensión de aquellos cursos fluviales que estiman de mayor importancia o de aquellos elementos de la morfología fluvial que pudieran ser una amenaza, así como toda la información de carácter cultural que de ellos puede extraerse.

En tercer lugar, a la hora de evaluar el poso de la experiencia de más de un siglo en el río y complementar los datos que en las primeras representaciones quedarán fuera, analizamos obras desde 1600 hasta 1688, destacando el *Mapa de la Laguna Brava y de los ríos Uruguay, Paraná y Paraguay* (1656)⁴³, el *Plano del castillo de San Ildefonso, a orillas del río Paraguay* para el río Paraguay y la representación del “otro” indígena⁴⁴ o el detalle de *Carta geográfica de las Prouinçias de la Governación del Río de la Plata...* por Iuan Ramón (1683)⁴⁵. Destaca también el detalle en información de utilidad náutica de la *Delineacyón Hidrográphi-ca [sic]* y *Geográfica del Río de la Plata con su entrada, canales, bancos, bajos y arrecifes*, elaborada por el capitán Juan Andrés Esmaili (1685)⁴⁶, entre otras obras.

⁴¹ Biblioteca Nacional de París, Biblioteca Nacional de Lisboa y Biblioteca de Ajuda en Lisboa, respectivamente. Citados por Emir Reitano, “El Río de La Plata y la cartografía portuguesa de los siglos XVI y XVII”, *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 3, 2003, pp. 159-186.

⁴² https://www.davidrumsey.com/uv/index.html?manifestUrl=%2F%2Fwww.davidrumsey.com%2Ffluna%2Fservlet%2Fiiii%2Fm%2FRUMSEY~8~1~303661~90074314%2Fmanifest&fbclid=IwAR2Hx6CHbby7fe-aPRVy1Sq25DKgKz4XFkivMMO_2B5WnUD4-JfhCtOsays#c=0&m=0&s=0&c-v=0&r=270&xywh=23864%2C457%2C26272%2C56972

⁴³ AGI, MP, Buenos Aires, 19.

⁴⁴ AGI, MP, Buenos Aires, 225.

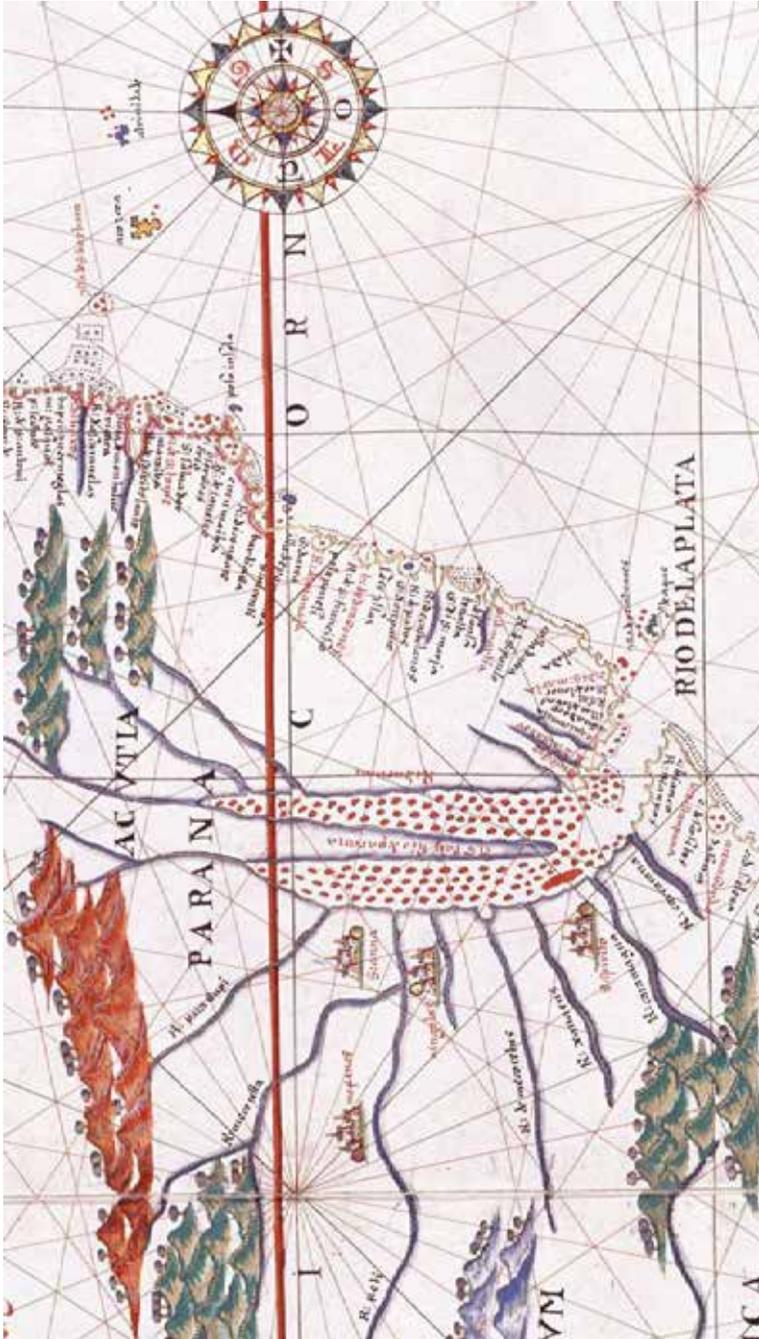
⁴⁵ AGI, MP, Buenos Aires, 29.

⁴⁶ AGI, MP, Buenos Aires, 31.

Autor	Título	Río/Tramo	Año	Referencia
s.a.	-	Paraná	1528?	AGI, MP, Buenos Aires, 5
Diego Ribero	Mapamundi	(Detalle Paraná)	1529	RAH, Sección de Cartografía y Artes Gráficas, C-018-014
Gaspar Viegas	Atlas de 26 cartas (carta 23)	Paraná	1537	Biblioteca Nacional de París cit. por Reitano, 2003.
Sebastián Caboto	Mapamundi	(Desembocadura de La Plata)	1544	BNE, SG/66 MAPA 5
Alonso de Santa Cruz	Islario general de todas las islas del mundo	Paraná	(1530-1567)	BNE, RES/38
Diego Gutiérrez	Americae Sive Quartae Orbis Partis Nova Et Exactissima Descriptio	Paraná (Mapamundi)	1562	Biblioteca del Congreso (EEUU), G3290 1562.G7
Fernão Vaz Dourado	<i>Atlas di Vinte folhas</i> (Folha 11)	Paraná	1576	Arquivo Nacional da Torre do Tombo, Lisboa, Lisboa, PT/TT/CRT/165 (Reitano, 2003)
Luis Texeira	Roteiro de Brasil	Desembocadura de La Plata	Ca. 1586	Biblioteca da Ajuda en Lisboa, ms. 52-XII-25, CA-88 (Reitano, 2003)
Çéspedes	Río de la Plata y una relación	Paraná	Ca. 1581	AGI, MP, Buenos Aires, 2
-	Puertos e islas tanto de la costa como del Río de la Plata	Paraná	Ca. 1581	AGI, MP, Buenos Aires, 2
Anónimo	Croquis del Río de la Plata y afluentes	Paraná (Banda oriental)	Ca. 1581	AGI, MP, Buenos Aires, 1
Joan Martines	Atlas de Joan Martines	Paraná	1587	BNE, VITR/4/20

Autor	Título	Río/Tramo	Año	Referencia
Urbano Monti	Trattato Universale Descriptione Et Sito De Tutta La Terra Sin Qui Consociuta	Magdalena (impreciso)	1587	Reconstruido por la Universidad de Stanford (David Rumsey Map Collection)
-	Descripción [sic] de la Isla de Maldonado	Desembocadura de La Plata	1600	AGI, MP, Buenos Aires, 13
-	Río de Ayembí que andubo [sic] don Luis de Çéspedes	Paraná (en segundo plano)	1628	AGI, MP, Buenos Aires, 17
-	Mapa de la Laguna Brava y de los ríos Uruguay, Paraná y Paraguay	Paraná Uruguay Paraguay	1656	AGI, MP, Buenos Aires, 19
-	Plano del castillo de San Ildefonso, a orillas del río Paraguay	Paraguay	1660	AGI, MP, Buenos Aires, 225
Juan Ramón	Carta geographica de las Prouincias de la Gouvernación ...	Cuenca del Plata	1683	AGI, MP, Buenos Aires, 29
Juan Ramón	Delyneación de la boca del Río de la Plata, Uruayig [sic] y Río Negro	Desembocadura de la Plata y Delta Inferior	1683	AGI, MP, Buenos Aires, 30
Capitán Juan Andrés Esmaili	Delineacyón Hidrográfica [sic] y Geográfica del Río de la Plata...	Cuenca del Plata	1685	AGI, MP, Buenos Aires, 31
Juan de Vargas Machuca	Mapa del Río de la Plata y de sus afluentes	Cuenca del Plata	1688	AGI, MP, Buenos Aires, 32

Tabla 5. Recopilación ordenada de forma diacrónica de croquis, planos y mapas de la cuenca del Plata entre los primeros pasos castellanos y finales del siglo XVII. **Fuente:** elaboración propia.



Mapa 8. Detalle del Atlas de Joan Martines. – 1587. **Fuente:** BNE, VITR/4/20.

2.4. Dificultades náuticas en contextos fluviales

Por medio de la comparativa de los diferentes contextos analizados, se muestra cómo las condiciones para la navegación fluvial difieren entre un río u otro, del mismo modo que entre distintos tramos de la cuenca y en diferentes momentos del año –imprescindibles a la hora de afrontar el estudio comparado de las huestes que los recorrieron por vez primera–, y en consonancia con estudios sobre navegación fluvial en otras regiones del planeta⁴⁷. En este sentido, hemos podido recopilar las características principales de las dos grandes cuencas y sus elementos más influyentes, de forma que podamos interpretar y comprender con más detalles las limitaciones que estos rasgos característicos suponen, es decir, qué problemas asociados al entorno pudieron encontrar los primeros castellanos y cuáles de esos problemas pudieron ser condicionantes para las respuestas tecnológicas presentes en las embarcaciones indígenas.

A modo sumario, podemos destacar la relación particular entre longitud y caudal medio en cada caso, siendo lo segundo especialmente relevante para el calado junto a la capacidad erosiva y sedimentaria; el gradiente de altura, la amplitud y grado de intercepción del cauce, relacionado con la velocidad de flujo; así como lo relativo la estabilidad de su régimen fluvial y tiempos de los ríos; todo ello sumamente relevante para el gobierno de embarcaciones en este tipo de contextos. En definitiva, el presente subapartado finaliza el tema relacionado con los factores geográficos, asentando las características fundamentales de los contextos fluviales en los que se desenvuelven las huestes analizadas, tanto a nivel textual como gráfico, proporcionando datos imprescindibles para el resto del estudio.

⁴⁷ Verónica Walker Vadillo, *The fluvial cultural landscape of Angkor*. Tesis Doctoral inédita, University of Oxford, 2016, p. 55.

Río	Longitud (km)	Caudal medio m ³ /s	Capacidad erosiva	Superficie de la cuenca	Nacimiento msnm	Desembocadura msnm	Gradiente de altura
Magdalena	1540	7154	Muy alta	257.438	3685	0	3685
Paraná	2546	17300	Media	2.582.672	1148	0	1148
Paraguay	2695	4316	Baja	365.592	208	50	158
Pilcomayo	1590	175	Muy alta	270.000	3900	>50	3850*
Bermejo	1.450	410	Alta	123.162	3.600	58	3542

Tabla 6. Registro y comparación de las características de cada río estudiado. **Fuente:** elaboración propia.

Dificultad de las desembocaduras: bajos y bancos

La desembocadura concita la mayor parte de los problemas asociados al medio fluvial y a gran intensidad. Los problemas náuticos característicos de las desembocaduras tienen que ver con la capacidad sedimentaria de los ríos —esa última fase de la cadena erosión y deposición mencionada—, debido a la acumulación de bancos de arena que generan una variabilidad de calado muy peligrosa para las naves ibéricas por el alto riesgo de encalle, como alerta Juan de Castellanos sobre los ríos en sentido amplio: “No demos al salir en la arena / Que suelen tener ríos en las bocas / Bancos secretos, arrecifes, rocas”⁴⁸. Asimismo, la propia dinámica fluvial genera en las desembocaduras, especialmente en el caso del río Magdalena, un altísimo arrastre de “estorbos” como refieren las crónicas⁴⁹, lo que sumado a una corriente fortísima convierte la entrada por la boca en un desafío realmente complejo: “Río de la Magdalena es llamado comúnmente el Río grande porque en la verdad los es harto, tanto que con el ynpetu y furia que trae a la boca, rronpe por la Mar y se coge agua dulce una legua dentro por aquel paraje”⁵⁰. Tanto la fuerte corriente como los bajos son características comunes de las desembocaduras, como alertan con claridad las relaciones también en La Plata, donde durante el invierno andan “las aguas muy altas y muy leuantadas”, y son notables también los problemas de calado al “no auer nauios pequeños en que ir”⁵¹.

⁴⁸ Castellanos, *Elegías*..., p. 158.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 436.

⁵⁰ Jiménez de Quesada (atrib.), *Extracto del epitome de la conquista de Nueva Granada* (1538), AHN, Diversos-Colecciones, 45, N. 13, 1r. De hecho, se perderán muchas naves al intentar penetrar en el río Magdalena, *Relación descubrimiento de Santa Marta*, 1539, AGI, Patronato 27, R. 14, f. 1r.

⁵¹ *Parecer de Francisco Ortiz de Zárate Vergara*, 1573, AGI, Patronato, 29, R. 29, f. 1r.

Cursos medios y navegación franca

Las primeras crónicas son muy reveladoras en tal condición, pues se destaca con vehemencia todo aquello que supuso un problema notable⁵². Una vez superadas las dificultades generadas por los bancos de arenas y las fuertes corrientes a la entrada de los ríos Paraná y Magdalena, respectivamente, llegan los tramos de curso medio en los que aparentemente podría realizarse una navegación más franca y con menor dificultad. Sin embargo, surgen también problemas como la limitación de la propulsión a vela, la fluctuación del calado, la fuerte corriente central, la desorientación por amplitud horizontal, entre otros. A pesar de la lejanía de la desembocadura, la sedimentación continúa siendo un problema debido a los cambios imprevisibles de profundidad y, por ende, de calado. Es común en ambas cuencas la presencia de numerosas islas fluviales (“vimos muchas ys-las”⁵³), que condicionan la navegación. Esta problemática se agudizaba más en el Magdalena debido a que las “isletas” mencionadas son tan efímeras que pueden variar entre crecidas⁵⁴. En algunos casos, se debía a la intervención de las propias comunidades indígenas por razones funcionales, quienes conocían la forma de canalizar la crecida hacia sus propios intereses cotidianos (ver apartado 3.3)⁵⁵.

Esta dinámica sedimentaria es sumamente influyente en la navegación, salvo para embarcaciones de fondo plano. Incluso llegaba a ser prácticamente in-viable en los casos de los ríos Pilcomayo y Bermejo. De hecho, el propio Juan de Castellanos, para el contexto fluvial del Magdalena, alerta de la necesidad del uso de sondas o sondaleza y escandallo para conocer en cada momento la profundidad y su tendencia: “descúbranse con sondas los bajíos”⁵⁶. La dificultad que la variabilidad isobática genera en la navegación fluvial se percibe de forma muy clara también en la carta de Ramírez, donde se advierte del riesgo de encalle en el primer tramo del Paraná por la cantidad de bajos y por no conocer el canal.

⁵² “El río Grande viene de creciente / Dejemos aflojar las avenidas / Pues con el ímpetu de su corriente / Las olas andan altas y subidas”. Castellanos, *Elegías...*, p. 301.

⁵³ García, *Relación y derrotero...*, f. 4v.

⁵⁴ Jiménez de Quesada, *Epítome...*, f. 1v.

⁵⁵ Edgar Rey Sinning, “Resistencia chimila: ni aniquilados, ni Vencidos”, *Palobra: Palabra que obra* 10, 2009, pp. 59 y 63.

⁵⁶ Castellanos, *Elegías...*, p. 158.

Señalaba que “en todo el viaje no pasamos tantos trabajos ni peligros como en cincuenta leguas que subimos por él”⁵⁷. Asimismo, las condiciones de erosión y sedimentación mencionadas en relación a los casos extremos del Bermejo y Pilcomayo están también presentes en las crónicas como un impedimento claro para la navegación:

Luego el señor capitán general procuró de enviar el bergantín adelante hasta que hallase la boca del río Hepetín (Bermejo), que en el lenguaje de los indios quiere decir río barriento (De mucho barro). Y según los indios dicen viene de la sierra y que por el se acorta mucho el camino para ella, pero que no es navegable por ser la corriente mucha este río viene muy barriento, según los indios dicen y nosotros vimos, que no parece sino un poco de barro desleído con agua⁵⁸.

Desorientación por amplitud

En lo relativo a la orientación, pese a la aparente unidireccionalidad de los ríos, las grandes cuencas fluviales americanas generan paisajes acuosos de extraordinaria complejidad, condicionados por las “ciénagas, pluvias y crecientes”⁵⁹, especialmente, en épocas de crecida como la enfrentada por Jiménez de Quesada en el Magdalena, cuando “el río ya venía tan fuera de madre que [...] era agua cuanto se veía”⁶⁰. La amplitud de los ríos Magdalena y Paraná en horizontal da lugar a una gran bifurcación de su curso principal en brazos y canales que generan desorientación en aquellos sin experiencia en sus aguas, pues “en este río pasamos muchos trabajos y peligros así por no saber la canal como haber muchos bajos en él”⁶¹. Por un lado, esto dificulta la progresión de las huestes pedestre en proximidad con las naves, lo que tienen implicaciones graves a nivel bélico (ver apartado 6.3) y, por otro, la propia orientación de una flotilla

⁵⁷ Ramírez, *Carta...*, f. 117v.

⁵⁸ *Ibidem*, f. 120v.

⁵⁹ Castellanos, *Elegías...*, p. 269.

⁶⁰ Jiménez de Quesada, *Epítome...*, f. 3v.

⁶¹ Ramírez, *Carta...*, f. 117v.

absolutamente perdida en un horizonte acuoso inconmensurable, lo que revela la necesidad del saber indígena respecto al territorio y su navegación (Ver fig. 2).

Corriente fluvial: velocidad y contenido

El “ímpetu de su corriente” constituyó un impedimento muy notable para la navegación a vela en ríos, pues las velas “allí no son de importancia”- Esto dejaba la propulsión a remo como absolutamente esencial en el gobierno y maniobra de embarcaciones⁶². En el Magdalena, además, las condiciones de densidad forestal descritas por Fray Pedro Simón constituían un hándicap añadido a la navegación a vela, “por tener abrigadas la madre del río las grandes arboledas que lo han cercado por uno y otro lado”⁶³. Estas condiciones no son semejantes a las riberas de los ríos Paraná y Paraguay, donde la navegación a vela tuvo cierto recorrido “y así fuimos el río arriba unas veces con viento, otras veces con toas”, aunque muy limitado⁶⁴. De hecho, la sucesión meándrica del río Paraguay, además de condicionar la fuerza del caudal, entorpece el uso de vela, “porque según el río hace las vueltas, no le puede servir ningún viento” ya que, “por fuerza, es menester a remo o a toas doblar las dichas vueltas”⁶⁵. No obstante, la mayor corriente registrada en el río Paraná corresponde al curso alto, donde la propia geomorfología y las dinámicas entre saltos generan condiciones de navegación sumamente complicadas para las embarcaciones europeas⁶⁶.

La velocidad de flujo en los ríos depende del caudal promedio (m^3/s), la amplitud del cauce (m), el grado de intercepción natural (vegetación y geomorfología) y, fundamentalmente, del gradiente de altura entre su nacimiento y su desembocadura. Si contemplamos los ríos analizados para el presente estudio y lo cotejamos con las crónicas, en el caso de la hueste de Quesada se destaca mucho más la problemática de la corriente, muy superior a la soportada en el Paraná o, especialmente, en el río Paraguay. El gradiente de altura en el río Magdalena es más del doble que en el río Paraná y veintitrés veces más que el del río Paraguay.

⁶² Simón, *Noticias Historiales...*p. 87.

⁶³ *Ibidem*.

⁶⁴ Ramírez, *Carta...*, f. 120v.

⁶⁵ *Ibidem*, f. 120v.

⁶⁶ Clifton B. Kroeber, *La navegación...*, p. 24.

En cambio, el bajísimo caudal promedio de los ríos Pilcomayo y Bermejo, así como una reducción notable del gradiente su largo tránsito por la planicie chaqueña, explican que ese aparente gradiente no sea significativo en una navegación casi inexistente (ver tabla 6). Asimismo, a la fuerza de la corriente debemos añadir el mencionado arrastre de “estorbos” en superficie, troncos convertidos en proyectiles contra los cascos de tablazón. Una circunstancia que se destaca en las crónicas junto a la preocupación de los marineros: “el río trae copia de madera / con sus raíces arbores enteros / recelase gente marinera / tiene temor aquestos caballeros”⁶⁷.

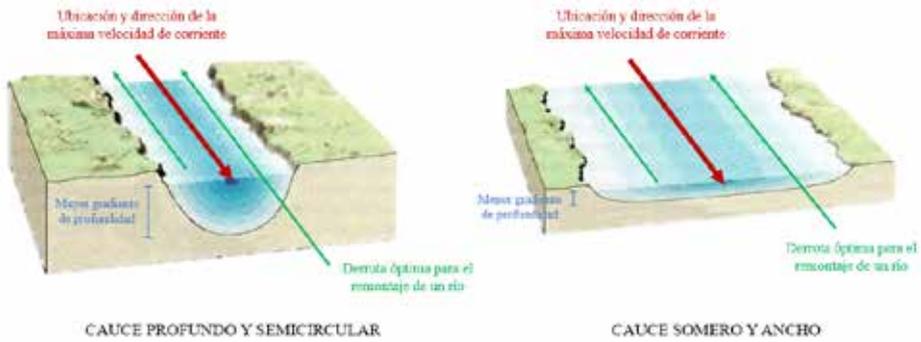


Figura 4. Composición esquemática de la dinámica de flujo de corriente fluvial en dos tipos comunes de cauce. **Fuentes:** elaboración propia.

⁶⁷ Castellanos, *Elegías...*, p. 301.

Dirección y ubicación de la corriente

La amplitud y la intercepción influyen también en la navegación, en tanto que determinan el flujo de la corriente. Así, si el cauce transcurre de forma recta y continua, las mayores velocidades se concentran en el centro del cauce debajo de la superficie mientras que las velocidades lentas quedan en las riberas y en profundidad. En cambio, si fluye de forma tortuosa y atraviesa muchas curvas, la máxima velocidad se alcanza en los lados extremos de cada recodo. Es decir, en sentido río arriba las naves castellanas habían de navegar en los márgenes cuando el cauce era amplio, de tal forma que evitaran el mayor flujo de corriente y pudieran progresar a remo o, incluso, con el método de sirga: “Más arriba de allí suben a toas / Por no les ayudar el viento bastante”⁶⁸. Esta información derivada de las características de cada río y su cotejo con la experiencia recogida en las fuentes es fundamental para comprender, a lo largo del presente estudio, las dificultades náuticas que las naves castellanas hubieron de enfrentar, así como las características destacables de las canoas indígenas, en cuanto a su adaptación a las circunstancias en las que se concibieron y desarrollaron (ver apartado 5.2).

Asimismo, las naves de mayor porte (como las naos y las carabelas) corren grandísimo peligro de encalle en los ríos analizados con su mera presencia, ante la inestabilidad generada por tormentas o grupadas⁶⁹. En el caso del Magdalena, resulta muy ilustrativo el naufragio mayoritario sufrido por la primera tanda de naves que acompañaban el avance pedestre de Gonzalo Jiménez de Quesada (1536), pues ejerció como una suerte de tamiz circunstancial al permitir pasar tan solo los dos bergantines que podrían navegar río arriba⁷⁰. Para la cuenca del Plata vemos en la relación de Diego García (1527) la preocupación “de mandar fuera del Ryo la nao porq stava en grant peligro delas gurupadas q en aquel tiempo ay en aquel Rio”⁷¹. También lo corrobora Luis Ramírez al definir al Paraná como

⁶⁸ *Ibíd.*, p. 402.

⁶⁹ El término grupada está presente en el tomo IV del *Diccionario de Autoridades* (1734), y hace referencia un “Golpe de áire o água ímpetuoso y violento”, que “anegaba los navíos”.

⁷⁰ Jiménez de Quesada, *Epítome...*, f. 1v.

⁷¹ García, *Relación y derrotero...*, f. 3v.

un río “muy alterado con poco viento cuanto más que se levantan en él grandes tormentas, y tiene muy poco abrigo”⁷².

El peligro de los saltos y raudales

Además de las dificultades propias de las desembocaduras relacionadas con los bancos de arenas y los bajos de distinta índole, a lo largo de todo el curso fluvial pueden aparecer los denominados saltos y los raudales, áreas en las que un cambio brusco de nivel genera cataratas de mayor o menor entidad (saltos) o áreas de turbulencia o virulencia de la corriente (raudales). Estos determinaban de forma muy incisiva la navegación fluvial, pues podían suponer un estorbo salvable de la navegación en los casos de menor entidad, o suponer directamente el final de la navegabilidad. Así ocurría en el caso de los saltos de Yaciretá-Apipé en Alto Paraná, Santa María en el río Iguazú (“da el río un salto por unas peñas abajo muy altas”⁷³), y los raudales de Honda en el caso del Magdalena⁷⁴, donde se pone fin a su itinerario navegable, pues “no podrían por allí navegar en ninguna manera”⁷⁵.

Configuraciones cenagosas y humedales

En relación con la desorientación y la fluctuación de profundidad, los complejos lagunares o cenagosos de la cuenca del Magdalena fueron determinantes, tanto en el desarrollo cultural de las comunidades que la habitaron, como en el avance de las huestes analizadas. Del mismo modo, sin los grandes humedales y esteros no podríamos entender la extraordinaria diversidad étnica ni los pormenores de las huestes fluviales de la primera mitad del siglo XVI. Estas configuraciones acuosas adyacentes, “alagunas y anegadizos”⁷⁶, fueron también hábitat de comunidades indígenas y zonas de tránsito por huestes castellanas. La principal

⁷² Ramírez, *Carta...*, f. 117v.

⁷³ Cabeza de Vaca, *Comentarios...*, p. 20.

⁷⁴ El “salto del río, que ahora llaman de Honda”, Simón, *Noticias Historiales...*, p. 265.

⁷⁵ *Actas hechas en Cartagena ante el licenciado Santa Cruz*, Cartagena, 2 julio 1539. AGI, Patronato, 27, ff. 15v-16r.

⁷⁶ Ramírez..., f. 120r.

dificultad que presentan tiene que ver con el calado. Se trata de zonas que no suelen superar los dos metros de profundidad, lo que implica la imposibilidad del uso de naves castellanas, por menores que puedan ser en algunos casos, y exigen el uso de canoas monóxilas de fondo plano (ver apartado 5.2). En definitiva, ya sea a bordo o a pie, este tipo de contextos constituyeron un serio hándicap para el avance de las huestes, como se destaca en la documentación: “ciénagas, esteros / Y á cada paso mil atascaderos”⁷⁷.

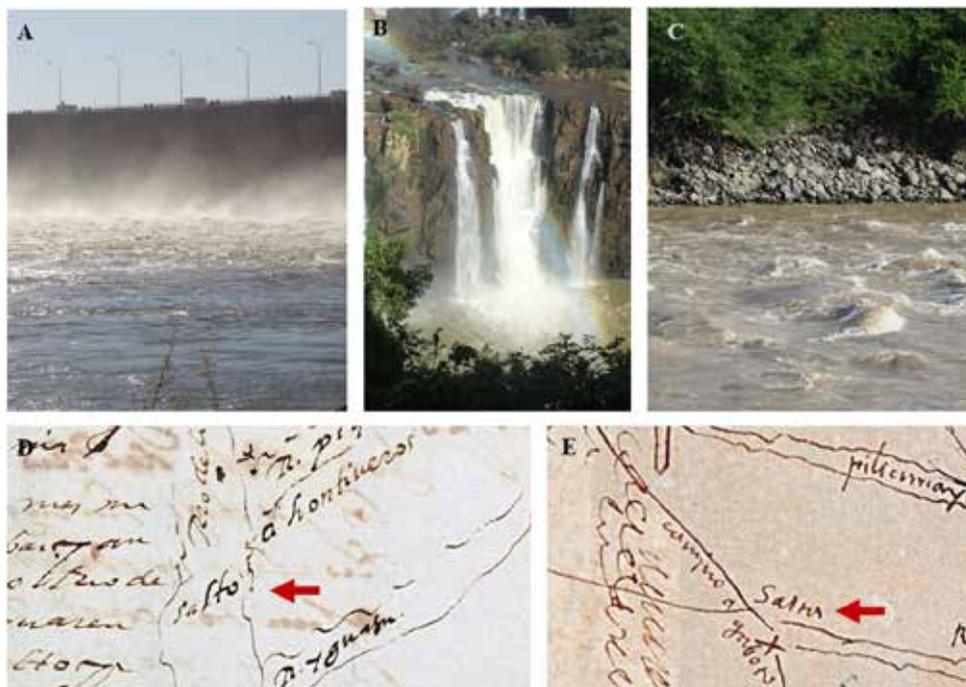


Figura 5. A) Zona del antiguo salto de Yaciretá, hoy represa de Yaciretá (Paraguay). B) Saltos de Santa María o Cataratas de Iguazú (Argentina-Brasil) C) Raudales o saltos de Honda (Colombia). D) y E) Referencias a saltos en la documentación. **Fuente:** fotografías de los trabajos de campo de 2022 y 2023, y detalles de los mapas MP-Buenos Aires, 5 y MP-Buenos Aires, 1.

⁷⁷ Castellanos, *Elegías...*, p. 304.

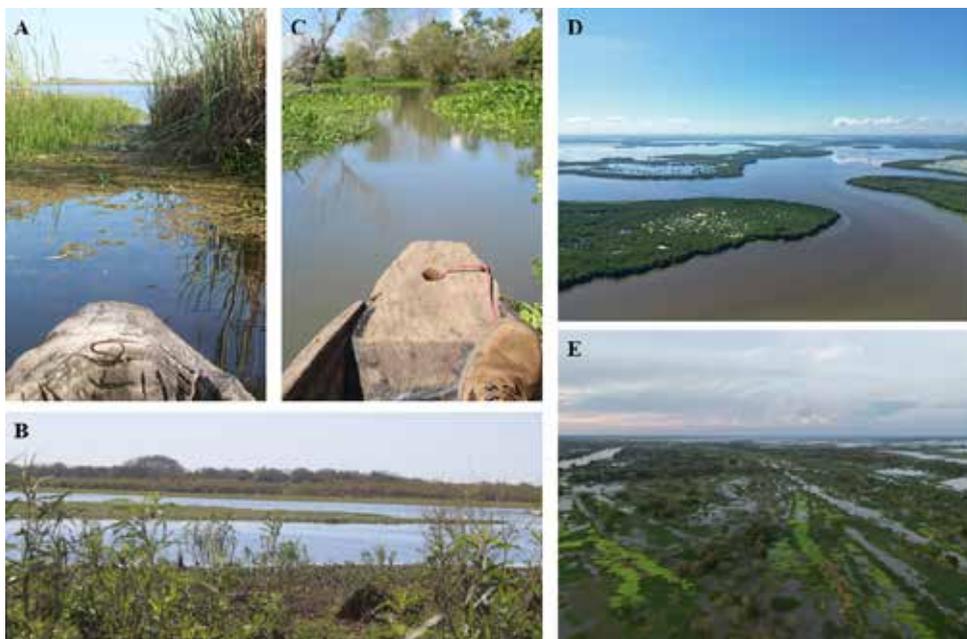


Figura 6. A) Humedales de Ñembucú (Paraguay). B) Humedales de la confluencia entre el Coronda y el Paraná (Argentina). C) Brazo de Mompox-Río Magdalena (Colombia). D) Ciénaga Grande de Santa Marta (Colombia). E) Humedales en los márgenes del Magdalena medio (Colombia). **Fuente:** fotografías de los trabajos de campo en diciembre de 2022 y julio-agosto de 2023.

Factores culturales: entre los nosotros y los otros

El estudio del factor o los factores culturales, en este primer nivel de análisis comparado, aborda los marcos de pensamiento de los grupos de actores concurrentes. Para ello, es preciso superar los axiomas y convenciones idealizantes a la hora de relacionar determinadas características positivas o negativas con colectivos concretos, lo cual responde más a fines identitarios o narrativas socialmente construidas¹, que al conocimiento del proceso histórico abordado. Precisamente ese aparente contacto entre un “Viejo” y un “Nuevo” mundo es el evento histórico que da sentido a la disciplina antropológica y su vertiente etnohistórica, al tratar de comprender ese choque entre humanidades muy alejadas en sus “normas de vida material y espiritual”². Lo sucedido en América desde finales del siglo XV sobreexcede las diferencias culturales más comunes hasta entonces entre aquellos que profesaban las diferentes religiones del Libro (judaísmo, cristianismo e islam), pues si bien cambiaba entre sí el consumo de determinados alimentos, hábitos domésticos, litúrgicos y protocolarios, no había diferencias significativas en los paradigmas relacionados con la concepción del ser³.

¹ Julian Thomas, *Time, culture and identity. An interpretative archaeology*. London-New York: Routledge, 1996, p. 52.

² Claude Lévi-Strauss, “Las tres fuentes de la reflexión etnológica”. En: Boivin, Mauricio F., Rosato, Ana, Arribas, Victoria, *Constructores de Otrredad. Una introducción a la Antropología Social y Cultural*, Buenos Aires: Antropofagia, 2004, pp. 1-3.

³ Véase sobre relaciones hispanomusulmanas Francesco Caprioli y Rubén González Cueva (eds.), *Reconocer al infiel: la representación en la diplomacia hispano-musulmana (siglos XVI y XVII)*, Madrid: Sílex, 2021.

En América estamos ante un profundo choque de ontologías donde convenciones tan asumidas en el paradigma occidental como la dualidad cuerpo-espíritu se perciben de forma opuesta⁴. Incluso, se pueden percibir de forma cuatripartita, como desarrolla Pitarch en el área mesoamericana⁵. Mientras los castellanos al ver a los indígenas por vez primera asumían que estos estaban dotados de cuerpo carnal, pero debatían en torno a si poseían o no alma⁶, por su parte los primeros indígenas que entablaron contacto con castellanos observaban los cadáveres durante el proceso de putrefacción, al dudar de la naturaleza de su cuerpo, pues su condición espiritual la daban por cierta⁷. Es decir, se percibe lo dado y lo construido de forma diferente⁸. Esto se debe a que en la ontología judeocristiana se contempla una continuidad física y una discontinuidad metafísica entre los seres del cosmos, mientras que en determinados grupos amerindios se percibe de forma exactamente opuesta, es decir, continuidad metafísica y discontinuidad física⁹.

En este sentido, el presente apartado se propone responder a las preguntas relativas a los “otros” presentes en las fuentes, pero también en aquellas relacionadas con el “nosotros” y su acervo cultural. Es cierto que las dinámicas de conquista suelen estar marcadas por la generalización respecto al “otro”, en una clara articulación de la dicotomía “nosotros y los otros” planteada por Tzvetan

⁴ Jérôme Baschet, “Alma y cuerpo en el Occidente medieval. Una dualidad dinámica, entre pluralidad y dinamismo”. En Jérôme Baschet, Pedro Pitarch y Mario H. Ruz (eds.), *Encuentro de almas y cuerpos entre la Europa medieval y el mundo mesoamericano*. Chiapas: Universidad Autónoma de Chiapas (Unach), Tuxtla Gutiérrez, 1999, pp. 41-85.

⁵ Pedro Pitarch, “Los dos cuerpos”. En Pedro Pitarch, *La cara oculta del pliegue: Ensayos de antropología indígena*, Ciudad de México: Artes de México / CONACULTA, 2013, pp. 37-65.

⁶ Se trató de un planteamiento resuelto definitivamente con la bula *Sublimis Deus* otorgada por el papa Paulo III el 2 de junio de 1537.

⁷ Claude Lévi-Strauss, *Antropología estructural: mito, sociedad, humanidades*, México: Siglo XXI, 1979, p. 309.

⁸ Roy Wagner, *The Invention of Culture*, Chicago: The University of Chicago Press, 1975, p. 18.

⁹ Eduardo Viveiros de Castro, “Perspectivismo e multinaturalismo na América indígena”, *O que nos faz pensar* 14.18, 2004, p. 241.

Todorov¹⁰. A pesar de mantener el término “indio” como el comúnmente usado en las alusiones a los naturales de las Indias, resulta sumamente enriquecedora la información contenida en las crónicas sobre los distintos grupos con los que entablaron contacto (apariciencia, comportamiento, relaciones y hábitos). En los dos contextos comparados (cuencas del Paraná y del Magdalena), se supera con claridad esa aparente categorización supra-étnica planteada por Bonfil Batalla¹¹. Sin embargo, la información derivada de las fuentes documentales, aunque de enorme interés para la investigación, debe ser sometida a una profunda crítica textual que tenga en cuenta su condición *etic* o información derivada de una observación externa e interesada¹². De este modo, es preciso cotejar los datos con los resultados de investigaciones arqueológicas y antropológicas en las últimas décadas, así como con la complementación del trabajo etnohistórico y etnográfico desarrollado por la presente investigación.

En este sentido, del mismo modo que sucede con la aproximación cartográfica, también en las representaciones gráficas y textuales del “Otro” ampliamos los límites cronológicos de nuestro estudio, al menos hasta el siglo XVII, para corroborar el modo en que fuentes posteriores proporcionan otra mirada respecto a los primeros cronistas, reinterpretados con la luz que la vivencia compartida en la cuenca ha propiciado. Además, por experiencia propia a lo largo del trabajo de campo se ha entendido que, si bien la cultura no es inmutable, hay evidentes continuidades perfectamente registrables, incluso, hasta la actualidad¹³. En consecuencia, para los casos del Magdalena y el Paraná, se emplea la clasificación: crónicas coetáneas, tardías y generales, así como notas en márgenes de formatos

¹⁰ Todorov, *Nosotros y los otros...*

¹¹ Guillermo Bonfil Batalla, “El concepto de indio en América: una categoría de la situación colonial”, *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, 39.48, 1977, p. 110.

¹² Las categorías *Etic* y *Emic* fueron propuestas en 1954 por Kenneth Lee Pike, antropólogo y lingüista. *Etic* hace referencia a la visión externa a la comunidad observada, mientras que *Emic* proviene de la visión interna. Véase la revisión teórica de Marvin Harris, “Emics and etics revisited”, en T.N. Headland, K. L. Pike y M. Harris (eds.), *Emics and etics: the insider/outsider*, Newbury Park: Sage, 1990, pp. 48-61.

¹³ En ambas cuencas ha sido posible documentar reminiscencias culturales de tradición indígena, mediante metodología etnográfica (Trabajos de campo realizados en 2022, 2023 y 2024).

cartográficos o, puntualmente, observaciones y representaciones posteriores tras su conveniente cotejo.

A continuación, se desarrollan cuatro apartados que abordan desde la perspectiva cultural, tanto a los “otros” y su diversidad descrita en las crónicas, como al “nosotros” de aquellos que empuñaron la pluma en los documentos analizados, y su marco de pensamiento. Es preciso tener en cuenta en todos los casos que la definición del “otro” tiene una enorme relevancia en la definición del nosotros¹⁴; es decir, a lo largo de la historia, los grupos humanos han tendido a autodefinirse mediante un ejercicio de contraposición a aquello que consideran no semejante y, por ende, “bárbaro” como etiqueta de alteridad que mejor define esta dinámica¹⁵.

En primer lugar, se ofrece una aproximación a la diversidad étnica de ambas cuencas fluviales americanas al momento de los contactos estudiados, teniendo en cuenta la porosidad de unas fronteras muy efímeras, habitadas por grupos que penduleaban entre un nomadismo de gran movilidad vinculado a las configuraciones sociales de tipo banda, hasta un sedentarismo entre estacional y permanente vinculado a grupos de tipo tribal y jefaturas de media escala¹⁶. De este modo, conviene señalar la problemática constante en este tipo de caracterizaciones del “otro” a través de la mirada de los primeros castellanos, que a su vez miraban a unos grupos a través de los ojos de otros rivales, denominando a los primeros con el apodo peyorativo que los segundos decidieron atribuirles, como sucedió en los casos referidos a continuación para ambas cuencas. Por otro lado, se desarrolla un apartado en el que se analiza la convergencia de la diversidad étnica en torno a la relación con medios tan impositivos como los grandes ríos americanos y el valor simbólico de su común artilugio náutico: la canoa monóxila. Por último, se aborda el imaginario de aquellos hombres que componían

¹⁴ Kalyuta, “A la búsqueda de monstruos...”, p. 72.

¹⁵ Todorov, *Nosotros y los otros...*, p. 60.

¹⁶ Categorización desarrollada por Elman R. Service, cuestionada y empleada con prevenciones por relacionar grados de complejidad social con grado de “civilidad”. Esto denota cierta influencia de los antropólogos evolucionistas de finales del siglo XIX como Lewis Henry Morgan y sus estadios de salvajismo, barbarie y civilización en *Ancient Society of Research in the Lines of Human Progress from Savagery through Barbarium to Civilization*, London: MacMillan & Company, 1877.

las huestes de la primera mitad del siglo XVI, así como las barreras culturales y miedos, que antes y durante pudieron temer, respetar o transgredir en función de la coyuntura experimentada.

3.1. Diversidad étnica de la cuenca del Magdalena

La ubicación de la cuenca del río Magdalena convirtió sus aguas en vías de comunicación extraordinariamente transitadas desde los primeros pasos humanos en el subcontinente austral americano. En el noroeste sudamericano, a la salida del istmo de Panamá, con acceso desde su desembocadura en el mar Caribe y un nacimiento en las últimas estribaciones de los Andes septentrionales, La cuenca del Magdalena gozó de una gran diversidad de nichos ecológicos convirtiéndose en escenario de un desarrollo cultural sumamente heterogéneo. Todavía en la actualidad, la actual Colombia conserva unas sesenta lenguas indígenas, reseñando solo en el área Magdalena grupos étnicos con filiación parcial o total con las tres de las cinco grandes familias lingüística americanas: *karib*, *chibcha* y *arawak*¹⁷. Es precisamente esta coyuntura geográfica, tan propia del río Magdalena y su hinterland, lo que generó una superposición de procesos de transculturación y sincretismo entre grupos que se desarrollaron con influencias andinas y grupos que penetraban por vía marítima desde el oriente continental como los caribes (o *karib*), siendo el río un vector de gran protagonismo en la configuración étnica del entorno. A continuación, se aporta una aproximación etnohistórica a la diversidad presente entonces en el río Magdalena, tomando en cuenta el carácter subjetivo de las crónicas, donde abundan las referencias generales como “indios flecheros” a ambas orillas¹⁸, pero subrayando las pequeñas especificidades que pueden ayudar al esbozado del panorama étnico al momento.

¹⁷ Jon Landaburu, “Las lenguas indígenas de Colombia: presentación y estado del arte”, *Amerindia*, 29.30, 2004, pp. 3-22.

¹⁸ Castellanos, *Elegías...*, p. 458; Aguado, *Recopilación...*, p. 410; Simón, *Noticias Historiales...*, p. 60; Acosta, *Compendio histórico...*, p. 117.

La disputa del Bajo Magdalena: chimilas, caribes y malibúes

El territorio relacionado con el curso bajo del río Magdalena abarca hasta la desembocadura y desde el inicio de la depresión Momposina, incluyendo esta la subdivisión de Ciénaga Grande de Santa Marta y litoral, que hemos establecido como herramienta explicativa. Se trata del tramo más exigente en términos climáticos, donde las comunidades humanas debieron adaptarse durante siglos a una vida en continuo contacto con el medio acuático, una marcada estacionalidad (verano e invierno), y un clima entre tropical-lluvioso y tropical-húmedo característico por la alta pluviosidad y las elevadas temperaturas¹⁹. Además de grupos litorales en torno a la población de Santa Marta como Tagangas, Gairas y Bondas, en el curso bajo del Magdalena destacaron especialmente para los cronistas los chimilas, malibúes y caribes.

En las hoy llamadas llanuras centrales del departamento del Magdalena, las crónicas ubicaron entonces a los chimilas²⁰. Si bien hoy en día los límites étnico-lingüísticos han cambiado y se consideran confusos, tienen relación de una u otra forma con las tras familias lingüísticas que convergen en la cuenca²¹. Lo relativo a la filiación de los grupos chimila ha sido materia de hondos debate científicos. Por un lado, su patrón de asentamiento disperso fue interpretado como un rasgo marcadamente *karib*²², mientras que Reichel-Dolmatoff señaló a mediados del siglo pasado una filiación *arawak* con trazos de influencia chibcha y *karib*²³. Por otra parte, desde el punto de vista de la antropología lingüística, concienzudos estudios de la *ette taara* o “lengua de la gente” plantearon una clara adscripción al subgrupo chibcha-arhuaco, por ende, vinculados con los grupos de la Sierra Nevada de Santa Marta (SNSM). En este sentido, María Trillos logró

¹⁹ Edgar Rey Sinning, *Poblamiento y resistencia: Los Chimila frente al proceso de ocupación de su territorio siglo XVIII*, Santa Marta: Conexión Cultural, 2012, p. 51 y Carlos Castaño Uribe, “Configuración cultural de los Karib en Colombia: algunos comentarios e hipótesis”, *Revista española de antropología americana*, 14, 1984, pp. 210-212.

²⁰ Castellanos, *Elegías...*, p. 412 y Aguado, *Recopilación...*, p. 45.

²¹ Rey-Sinning, *Poblamiento...*, p. 47.

²² Carlos Márquez, “Orígenes etnográficos de Cuervo Colombia”. En *II Congreso Científico Panamericano*, Washington, 1915-1916.

²³ Gerardo Reichel-Dolmatoff, “Etnografía chimila”, *Thesaurus: boletín del Instituto Caro y Cuervo*, 3.1-3, 1947, p. 146.

ratificar estas vinculaciones étnicas tras comprobar la compatibilidad estructural a nivel fonológico y gramatical, pero sin dejar de señalar que “paralelamente existen características que nada tendrían que ver con tales lenguas”²⁴. En esta aproximación a través de las menciones relacionadas con grupos denominados chimila en las crónicas, nos centramos en su relación con el medio fluvial y los condicionante que este imponía en su cotidianeidad. Eran grupos relativamente sedentarios, pero marcados por un nomadismo estacional que respondía a los tiempos del río. Es decir, la experiencia en el territorio les impulsó a adaptar su patrón de habitabilidad a los condicionantes impuestos por el contexto fluvial; podían asentarse en las proximidades del agua en verano²⁵, recuperando posiciones interiores en el periodo invernal²⁶.

Atendiendo a las primeras referencias, vemos cómo los contactos acaecidos en las primeras décadas del siglo XVI sitúan a grupos chimila en el territorio que abarca desde la población de Santa Marta hasta tocar con la banda oriental del llamado *Cariguaño*, nombre chimila para el Bajo Magdalena²⁷. De hecho, Aguado relata como la hueste de Quesada “caminó con su gente por tierra sin detenerse en ninguna parte hasta llegar á la Provincia de Chimila”²⁸. Si bien es cierto que son numerosas las denominaciones que se han atribuido hasta la fecha a este grupo, según recoge Telban²⁹, sí podemos confirmar que Juan de Castellanos empleó ya chimila en el siglo XVI³⁰. En la actualidad, se encuentran dos comunidades chimila en Sabanas de San Ángel denominadas *Issa Oristunna* y *Ette Butteriya*, donde pudimos acudir durante el trabajo de campo de 2022, y otras tres dispersas en distintas localizaciones. Una en El Copey llamada *Itti Takke*, otra integrada en la población de Gaira (*Naara Kajmanta*) y, por último, la comunidad *Diwana* ubicada en el corregimiento Mariangola. Hoy, la deno-

²⁴ María Trillos, *Categorías gramaticales del ette taara lengua de los chimila. Lenguas aborígenes de Colombia*, Bogotá: CCELA, 1997, p. 204.

²⁵ Aguado, *Recopilación...*, p. 90 y Castellanos, *Elegías...*, p. 446.

²⁶ Rey-Sinning, *Poblamiento...*, p. 47.

²⁷ *Ibidem*, p. 56.

²⁸ Aguado, *Recopilación...*, p. 78.

²⁹ Telban menciona *simza*, *shimizya*, *simiza* o *chimile*, Blaz Telban, *Grupos étnicos de Colombia: etnografía y bibliografía*, Quito: Abya-Yala, 1988, p. 163.

³⁰ Castellanos, *Elegías...*, p. 412.

minación que emplean para sí mismos es *Ette Ennaka* (gente propia), frente a *Ette Kongratte* (otra gente), de aplicación para otros grupos indígenas, así como Waacha para los “blancos”³¹.

En segundo lugar, los grupos de filiación caribe tienen una presencia muy marcada en el Bajo Magdalena, denominados de ese modo en las crónicas desde las experiencias previas en el área antillana³². Generalmente se vincula el término a una alta hostilidad que nos invita a una reflexión necesaria respecto a si el traslado de la denominación se debe a rasgos étnicos comunes o, sin embargo, lo situaron como una suerte de sinónimo o denominación genérica para el natural “violento y caníbal”³³. En el contexto del Magdalena, tanto el uso del término como su asociación con los rasgos conductuales mencionados, está presente desde el mismo *Epítome* de Quesada³⁴. Juan de Castellanos matizó esta idea al afirmar que se refieren a estos naturales como caribes no porque “allí comiesen carne humana, mas porque defendían bien su casa”³⁵. Según palabras de Pedro de Aguado, espacios concretos del área neogranadina se consideraban como la “provincia de los caribe”³⁶ por aludir de nuevo a “gente desnuda, pobre y belicosa”³⁷.

No obstante, sin olvidar esta disyuntiva terminológica, en términos de migración humana los grupos caribes proceden del Alto Xingú y el Tapajoz (Brasil), desde donde estos grupos canoeros se dispersaron hacia el área antillana y a través del río Magdalena y sus afluentes. Las investigaciones arqueológicas de las últimas décadas plantean un debate sobre la horquilla temporal en la que pudo suceder esta penetración en la cuenca del Magdalena, que oscila entre las

³¹ Jorge Isaacs, y Miguel A. Caro, *Estudio sobre las tribus indígenas del Magdalena*, Bogotá: Iqueima, 1951, p. 60.

³² En el área de la “provincia de Santa Marta” ya se tiene en cuenta su presencia desde las capitulaciones de Rodrigo de Bastidas en 1524. *Capitulaciones de Rodrigo de Bastidas para la conquista de Santa Marta*, Valladolid, 6 de noviembre de 1524. AGI, Indiferente, 415, L. 1, ff. 48v-51r.

³³ Aguado, *Recopilación...*, p. 49.

³⁴ Jiménez de Quesada, *Epítome...*, f. 2v.

³⁵ Castellanos, *Elegías...*, p. 406.

³⁶ Simón, *Noticias históricas...*, p. 61.

³⁷ Aguado, *Recopilación...*, p. 45-49.

posturas tradicionales que la ubican en el siglo XII³⁸ hasta posicionamientos que la sitúan entre los VIII y IX, sucedidas por nuevas oleadas en siglos posteriores³⁹.

Existe más información genérica sobre las caribes debido a su mayor presencia en otros contextos aledaños, lo que permite cotejarlo con la información extraída de las crónicas sobre el Magdalena. De este modo se confirma su destreza náutica y su dedicación a actividades como la pesca y la caza, así como el desarrollo de una horticultura por medio de cultivos o “sementerías” –de común aplicación en las crónicas⁴⁰–, a partir de los cuales se proveían de frijol, ají, arracacha y ahuyama, sin dejar de lado la abundante recolección de frutas como el chontaduro y la guayaba⁴¹.

En lo relativo a su distribución en el territorio, hay grupos de potencial filiación caribes y definidos como caribes por las crónicas, en buena parte de la cuenca baja, empezando por aquellos que desde el litoral y desembocadura se conocen como los turbaos, calamarías y, con dudas respecto a su filiación, el grupo mocaná⁴². Asimismo, a medida que seguimos río arriba aproximándonos a la diversidad presente en el momento de pericontacto, debemos detenernos en los llamados malibúes, en relación con pocabuyes⁴³ y sondaguas una vez que nos acercamos a la confluencia de los ríos Magdalena y Cesar, en torno al territorio de Tamalameque⁴⁴. En este sentido, sin olvidar la porosidad extrema de las fronteras étnicas en este contexto, podemos ubicar a los malibúes pegados a la margen oriental del Magdalena tocantes con la zona de presencia chimila⁴⁵.

³⁸ Castaño, “Configuración cultural...”, p. 209.

³⁹ Carlos. E. López, “Arqueología del Bajo y Medio Río Magdalena: Apuntes sobre Procesos de Poblamiento Prehispánico de las Tierras Bajas Tropicales Interandinas de Colombia”, *Revista del Museo de La Plata*, 4(2), 2019, pp. 275-304.

⁴⁰ Castellanos, *Elegías...*, p. 441.

⁴¹ Castaño, “Configuración cultural...”, p. 214 y Rivera-Sandoval, Javier, “Nuevos datos sobre la cronología de los pueblos del Bajo Magdalena en el periodo Formativo Tardío: el sitio de Barrio Abajo, Barranquilla (Colombia)”, *Arqueología Iberoamericana*, 40, 2018, p. 34.

⁴² José Vicente Rodríguez Cuenca y Camilo Rodríguez Ramírez, “Bioantropología de los restos óseos provenientes de un sitio tardío en el bajo Río Magdalena (El Salado, Salamina, Magdalena)”, *Maguaré*, 15-16, 2002, p. 190.

⁴³ Aguado, *Recopilación...*, pp. 36-37.

⁴⁴ Rodríguez y Rodríguez, *Bioantropología...*, p. 190.

⁴⁵ Reichel-Dolmatoff, “Etnografía chimila...”, p. 140.

Mientras, en la orilla occidental y en torno a la confluencia con el río Cauca se empezaría a proyectar la denominada área panzenú, situado en el territorio de lo que a partir de la presencia castellana se denominaría provincia de Cartagena.

Al contrario que caribes y chimilas, los malibúes apenas aparecen mencionados de ese modo en las crónicas castellanas, pese a una presencia muy marcada tanto en el Bajo Magdalena como en el tránsito hacia el Magdalena Medio, y ser “diestrísimos en la navegación”⁴⁶. De nuevo, la investigación nos invita a otra reflexión respecto a la interpretación de las fuentes documentales y el problema terminológico. A través del cotejo de las menciones y su vinculación con espacios geográficos, podemos aproximarnos a la interpretación de esta ausencia del término malibú como consecuencia del uso supletorio de la denominación “indios palenques”⁴⁷, cuya razón deriva de la diferencia del patrón de asentamiento entre estos y los grupos circundantes. Es decir, la tendencia malibú hacia la protección por medio de empalizadas defensivas motivó a cronistas como Pedro de Aguado a denominarlos de tal modo⁴⁸, pudiendo ser también empalizadas más complejas como apuntan estudios recientes al afirmar que “algunas aldeas tenían hasta doble palizada”⁴⁹.

Sin embargo, rastrear la presencia malibú a través de la documentación resulta una labor ciertamente compleja, dado que se trata de grupos o subgrupos de poca continuidad en el territorio una vez superadas las primeras dinámicas de contacto. Se conocen determinados rasgos de su cotidianeidad, como la producción hortícola aplicando el denominado sistema de quema o roza para el cultivo de maíz, yuca y algodón, así como una actividad pesquera muy notable a través del empleo de la canoa⁵⁰. En lo que se refiere a la procedencia o filiación, el debate es también muy hondo en este caso, hacia finales del siglo XVI, Antonio Medina en la *Relación de Tamalameque* (1579), atribuye un origen desde áreas

⁴⁶ *Ibidem*.

⁴⁷ Aguado, *Recopilación...*, p. 236.

⁴⁸ *Ibidem*.

⁴⁹ Rodríguez y Rodríguez, *Bioantropología...*, p. 192.

⁵⁰ María Modesta Aguilera Díaz, “La Mojana: riqueza natural y potencial económico”, *Documentos de Trabajo Sobre Economía Regional y Urbana*, 48, 2004, p. 9.

karib, al mencionar una llegada en canoas desde Maracapana y Caracas⁵¹. Asimismo, el mencionado de debate sobre la penetración de grupos canoeros en el Magdalena se sitúa entre los planteamientos de Carl Henrik Langebaek y Alejandro Dever⁵² –quienes lo sitúan en el siglo VII–, y otras propuestas como la de Aguilera-Díaz, quien apunta a una incorporación entre los siglos XIII o XIV⁵³.

La rivalidad interétnica del Medio Magdalena: ribera y altiplanicie

En su curso medio, el río Magdalena era llamado por los naturales Yuma⁵⁴. En sentido general sus riberas están asociadas a grupos relacionados con otra de las principales familias étnico-lingüísticas americanas: los chibchas. Sin embargo, el proceso de penetración fluvial ya mencionado generó el asentamiento de grupos caribes en las riberas, alejando del río a los grupos precedentes en un proceso de disputa territorial semejante al acaecido en el Bajo Magdalena entre caribes y chimilas⁵⁵.

En torno a las aguas del Magdalena y a esta altura de su curso encontramos menciones a yareguíes (mencionados como cararés)⁵⁶, panches, tapaces o “colimas”, muzos y pijaos, siendo la mayor parte referidos como diestros canoeros⁵⁷. Si bien se apunta a la filiación caribe de la mayor parte de los grupos, es

⁵¹ Víctor Manuel Patiño, *Relaciones geográficas de la Nueva Granada: siglos XVI a XIX*. Cali: Instituto Vallecaucano de Investigaciones Científicas, 1983, pp. 184-185.

⁵² Carl Henrik Langebaek, y Alejandro Dever, *Arqueología del Bajo Magdalena: un estudio de los primeros agricultores del Caribe colombiano*, Bogotá: ICANH, 2000, p. 18.

⁵³ Aguilera, “La Mojana...”, p. 9.

⁵⁴ Gonzalo Duque Escobar, “El Río Cauca en el desarrollo de la región”, *4º Cátedra de Historia Regional de Manizales y Caldas “Alipio Jaramillo Giraldo”*, Manizales: UCaldas, 2019, p. 2.

⁵⁵ Juan Friede, *Los Chibchas bajo la dominación española*, Bogotá: La Carreta, 1974, pp. 15-16.

⁵⁶ Rafael Antonio Velásquez Rodríguez, “Los Yareguíes: resistencia en el Magdalena medio santandereano”, *Revista Credencial* 284, 2013. En la documentación se mencionan como cararé reiteradamente, *Cartas de Audiencia*, 1603 ca., AGI, Santa Fe, 18, R. 4, N. 29, 2r.

⁵⁷ Castaño, “Configuración cultural...”, p. 216. Véase sobre pijaos Juan José Velásquez Arango, *La guerra contra los indígenas pijaos: financiamiento, organización militar y vida cotidiana, 1550-1615*, Tesis doctoral inédita, Universidad Nacional de Colombia, 2018.

aún materia de debate y está en constante actualización. Desde el punto de vista documental, se puede aportar el modo en que se referían a ellos como “gente caribe” o como “caribes panches”⁵⁸. No obstante, es necesaria aquí una honda reflexión sobre el problema terminológico que tanto afecta a toda caracterización de escenarios a partir de la visión de aquellos que describen lo nuevo que se les presenta ante sus ojos. La traslación de denominaciones puede estar relacionada con características y conductas o derivar de la propia relación entablada con cada grupo, por lo que no es necesariamente un marcador étnico objetivo. En este sentido, las diferencias entre grupos chicha de la altiplanicie, como los muiscas, y los grupos ribereños de potencial filiación caribe pueden también verificarse por la alta conflictividad de sus relaciones, dado que a partir de las crónicas comprobamos cómo muzo y panches les disputaban constantemente el terreno⁵⁹. A partir de la crónica atribuida al propio Jiménez de Quesada, se refieren algunos de los ejemplos de territorialidad interétnica más claros, subrayando el modo en que los “moxcas” o muiscas, llamados de este modo por los castellanos, son hostigados de forma reiterada por “cierta nación de indios que se llaman panches”, un grupo al que atribuyen una etiqueta comúnmente atribuida a los caribes, al asegurar “que comen carne umana”⁶⁰.

En suma, la beligerancia marca una mayor presencia en las crónicas. Los panches, tanto en crónicas coetáneas como en documentación tardía, ostentan la mayor presencia, catalogados como “yndómitos e yntractables”. Se les percibía peyorativamente en comparación constante con los grupos chicha pues “no tienen adoración como los de santa fe y tunja que se llaman moxcas”⁶¹. Esta percepción de brutalidad ya la avanzaba Quesada con afirmaciones como que “ny adoran ny creen en otra cosa syno en sus deleites y viçios”⁶². Además, aportaba dudas sobre si su filiación caribe derivaba de razones étnicas o conductuales, dado que se afirma que “como caribes, comen todos los onbres que captivan en

⁵⁸ Simón, *Noticias historiales...*, pp. 215 y 287 y Piedrahita, *Historia general...*, p. 34.

⁵⁹ Jiménez de Quesada, *Epítome...*, f. 2r.

⁶⁰ *Ibidem*, f. 2r y f. 3v.

⁶¹ En la *Relación de monasterios y frailes en el nuevo reino de granada*, s.a. IVDJ, E25, C41, 492, f. 2r.

⁶² Jiménez de Quesada, *Epítome...*, f. 5v.

el campo de batalla”⁶³. En definitiva, las etiquetas circulan al compás de la rivalidad interétnica en las riberas del Magdalena, pues también los tapaces eran referidos por los panches como “colimas”, lo que significa matador cruel⁶⁴.



Mapa 9. Aproximación a la distribución étnica de la cuenca del Magdalena en el periodo de pericontacto. **Fuente:** mapa de elaboración propia.

⁶³ Este parecer sobre los panches sigue vigente años más tarde, cuando se afirma que “comen carne humana pero no tanto como solían” La *Relación de monasterios y frailes en el nuevo reino de granada*, s.a. IVDJ, E25, C41, 492, f. 2r y Jiménez de Quesada, *Epítome...*, f. 2v.

⁶⁴ Martha Herrera Ángel, “Milenios de ocupación en Cundinamarca”. En Jorge Augusto Gamboa (coord.), *Los Muisca en los siglos XVI y XVII: miradas desde la Arqueología, la Antropología y la Historia*. Bogotá: ULA, 2008, p. 14.

3.2. Grupos étnicos de la cuenca del Paraná

La cuenca del Paraná constituye también una suerte de Mesopotamia meridional, un vasto territorio irrigado por un curso principal y numerosos afluentes que vertebran el territorio. Del mismo modo que sucedió en la altiplanicie cundiboyacense con las denominaciones de grupos étnicos en lenguas rivales, en el caso del Paraná la confusión terminológica deriva del empleo castellano de “lenguas” o intérpretes guaraníes, tanto para comunicarse con grupos guaraníes como para informarse sobre otras filiaciones étnicas como “charrúas”, “timbú” y “guayanás”. Estas palabras guaraníes significan “los turbulentos o revoltosos”, “nariz horadada” y “gente salvaje”, respectivamente⁶⁵. Este punto nos permite también reflexionar sobre las relaciones interétnicas y la percepción del “Otro” más próximo como violento, salvaje o, en ocasiones, caníbal, al igual que vimos con el caso colombiano entre muiscas y panches⁶⁶. Esta disociación de las denominaciones con la realidad étnica del territorio, si bien generaría problemas a la hora de pretender una identificación antropológica precisa, para los objetivos de la presente investigación proporciona una información extraordinaria sobre el desarrollo de las huestes, las relaciones entre castellanos e indígenas y las relaciones de grupos indígenas entre sí.

Entre el delta y el curso medio: Querandíes, charrúas, chanáes y guaraníes

Mediante la información documental y su cotejo con los resultados de investigaciones arqueológicas para este sector como los obtenidos por Bonomo y Latini⁶⁷, podemos definir fundamentalmente cuatro grupos étnicos en la desembocadura y delta del Paraná: querandíes, charrúas, chaná-timbú y los guaraníes⁶⁸.

⁶⁵ Mariano Bonomo y Sergio Latini, “Arqueología y etnohistoria de la región metropolitana: las sociedades indígenas de Buenos Aires”, José Athor (ed.), *Buenos Aires, la historia de su paisaje natural*, Buenos Aires: Fundación de Historia Natural Félix de Azara, 2012, p. 71.

⁶⁶ Jiménez de Quesada, *Epítome...*, f. 2r y 3v.

⁶⁷ Bonomo y Latini, *Arqueología y etnohistoria...*, p. 71.

⁶⁸ Ya mencionados por Ulrico Schmidl para definir esa suerte de confederación multiétnica que atacó la primera fundación de Buenos Aires. Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 8.

En primero lugar, el grupo más tempranamente mencionado en el escenario de la hueste estudiada son los llamados charrúas, presentes en las primeras fuentes como “charruases”⁶⁹. Se trata de un grupo de gran movilidad, generalmente vinculado al litoral norte de la desembocadura, “a la entrada del Ryo a la vanda del norte se llama los charruases”⁷⁰. Se trata de cazadores y pescadores nómadas diestros en el arte cinegético, como destaca el poema de Del Barco Centenera: “tras fuertes avestruces se abalanzan / hasta de ellos se ver apoderados / con unas bolas que usan, los alcanzan, / si ven que están a lejos apartados; / y tienen en la mano tal destreza, / que aciertan con la bola en la cabeza”⁷¹. Si bien su vinculación con la canoa no está muy presente en las primeras descripciones de forma específica, sí se refiere en el *Cuaderno de cuentas, cargos y descargos* presentados por don Jerónimo Luis de Cabrera⁷². Durante la llegada de la expedición de Pedro de Mendoza, se menciona que “hemos desembarcado en el día de Todos los Tres Reyes en 1535 en el Río de la Plata; allí hemos encontrado un lugar de indios que se llaman los indios Charrúas”⁷³, de quienes destaca que “estos indios andan desnudos, pero las mujeres tienen un pequeño trapo hecho de algodón, esto lo tienen delante de sus partes desde el ombligo hasta las rodillas”⁷⁴.

En lo que respecta a los querandíes, las numerosas denominaciones con que se encuentran en las crónicas como “quirandies”⁷⁵ o “quierandís”⁷⁶, entre otras, no terminan de revelar si se trata de una autodenominación o una voz de otro grupo circundante⁷⁷. Se trata de cazadores y pescadores nómadas, pues “no tienen

⁶⁹ García, *Relación y derrotero...*, f. 4v.

⁷⁰ *Ibidem*.

⁷¹ Martín del Barco Centenera, *Argentina y conquista del Río de la Plata*, Lisboa: por Pedro Crasbeeck, 1602, p. 86.

⁷² Se pagó “a unos indios charrúas, por una canoa pequeña”. Residencias Audiencia de Buenos Aires, 1647, AGI, Escribanía, 892 A, B y C. Cit. por Diego Bracco, Roberto Bracco, y Richard Fariña, “Difusión temprana del caballo en territorio de la actual República Oriental del Uruguay: Arqueología e Historia”, *Temas Americanistas* 37 (2016), p. 84.

⁷³ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 5.

⁷⁴ *Ibidem*.

⁷⁵ Ramírez, *Carta...*, f. 118r.

⁷⁶ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 6.

⁷⁷ En 1880 Ameghino afirmó que se trata de una voz guaraní asociada a un cacique. *La antigüedad del hombre en el Plata*. Buenos Aires: Igon Hermanos editores, p. 323.

un paradero propio”⁷⁸, “mantiénense de la caza que matan [...] son tan ligeros que alcanzan un venado por pies”⁷⁹. Es común en las crónicas la referencia respecto al hábito de beber sangre de animales, aunque Ulrico se encarga de asegurar que “si acaso alguien piensa que la beben diariamente, esto no lo hacen y así lo dejo dicho en forma clara”⁸⁰. En lo que se refiere a su patrón de asentamiento y ubicación, las fuentes los sitúan desde el río Carcarañá (delta superior)⁸¹, hasta la desembocadura e inmediaciones de la primera fundación de Buenos Aires como indica Ulrico: “estos susodichos Querandís no tienen un paradero propio en el país; vagan por la tierra”⁸², límites que coinciden con las investigaciones arqueológicas recientes⁸³.

Otros de los grupos y subgrupos vinculados a este tramo de la cuenca son los chanaes, beguaes⁸⁴, timbúes, chaná-timbúes⁸⁵ y chana-beguaes⁸⁶, si bien se trata de una rama étnica que generó cierto debate a finales del siglo XIX, en torno a su posible errada interpretación diferencial respecto a los guaraníes⁸⁷. Sin embargo, es continua su diferenciación en las fuentes con términos como “janaes”⁸⁸, “beguas”⁸⁹, “chanaes timbus”⁹⁰, “atembures”⁹¹, “tiembus”⁹², “atambues”⁹³ y no

⁷⁸ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 6.

⁷⁹ Ramírez, *Carta...*, f. 118v.

⁸⁰ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p.6.

⁸¹ Ramírez, *Carta...*, f. 118r.

⁸² Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 6.

⁸³ Bonomo y Latini, *Arqueología y etnohistoria...*, p. 87.

⁸⁴ Ramírez, *Carta...*, 118v.

⁸⁵ *Ibídem*.

⁸⁶ Guido P. Galafassi, “Historia económica social del delta del Paraná”, *Cuadernos de trabajo*, Universidad Veracruzana, 2004, p. 11.

⁸⁷ Ameghino, recoge un debate sobre su filiación guaraní, como la de los querandíes, a finales del siglo XIX, en *La antigüedad del hombre...*, p. 341.

⁸⁸ García, *Relación y derrotero...*, f. 4v.

⁸⁹ Ramírez, *Carta...*, 118v.

⁹⁰ *Ibídem*.

⁹¹ García, *Relación y derrotero...*, f. 4v.

⁹² Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 9. Ramírez, *Carta...*, 118v.

⁹³ García, *Relación y derrotero...*, f. 4v.

como guaraníes: “Ay otra generació andando el rrio arriba q se llaman los Janaes e otros q están cabe ellos que se llaman Janaes [afom]bures estos todos comén biter e carne e pescado”⁹⁴. Asimismo, Sousa destaca las pocas palabras guaraníes que saben decir. Ramírez y Ulrico destacan los adornos de la nariz, siendo esta la justificación de su denominación “nariz horadada”⁹⁵, puesto que “llevan en ambos lados de las narices una pequeña estrellita que está hecha de una piedra blanca y azul y son gentes grandes y garbosas de cuerpo”⁹⁶. Gonzalo de Mendoza, en su probanza de méritos de 1545 (miembro de la hueste de Mendoza), asegura que hablan una lengua diferente al guaraní⁹⁷. Las crónicas no dejan duda sobre su diferencia respecto a los guaraníes, así como el rechazo que sienten hacia estos en contraposición al modo que todos los subgrupos chanaes “son amigos e están juntos”⁹⁸, aunque también guardan diferencias lingüísticas entre sí pues son todos “de diferentes lenguajes”⁹⁹.

Todo ello, junto a las investigaciones arqueológicas sobre su cultura material¹⁰⁰, corroboran su propia definición étnica. En lo relativo a su ubicación, se trata de cazadores, pescadores y parcialmente agricultores, ubicados en torno al delta superior y Paraná Medio¹⁰¹, cuya vinculación con el río era muy estrecha, tanto en lo relativo a la pesca mediante redes y sistema de flecha, como por el uso cotidiano de canoas monóxilas¹⁰². Hacia el Paraná Medio estaban los sub-

⁹⁴ *Ibidem*.

⁹⁵ Ramírez, *Carta...*, f. 118v y Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 9.

⁹⁶ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p.9.

⁹⁷ *Méritos y servicios: Gonzalo de Mendoza: Río de la Plata, 1545*, AGI, Patronato, 93, N. 11, R. 1.

⁹⁸ García, *Relación y derrotero...*, f. 4v.

⁹⁹ Ramírez, *Carta...*, f. 118v.

¹⁰⁰ Mariano Bonomo et al., “Las poblaciones indígenas prehispánicas del río Paraná Inferior y Medio”. *Revista del Museo de La Plata* 4(2), 2019, pp. 585-620.

¹⁰¹ Flavia V. Ottalagano, “Simbolismo e identidad en las tierras bajas del Paraná: un abordaje contextual del arte mobiliario cerámico”, *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 35, 2010, pp. 195-218.

¹⁰² Schmidl, *Viaje al Río...*, pp. 37-38.

grupos chanaes denominados carcaraes¹⁰³, corondas¹⁰⁴ y carcarais¹⁰⁵. “Mas adelante” (río arriba), grupos como los mecotoes¹⁰⁶, mcoretas¹⁰⁷, mcoretais¹⁰⁸, y siguiendo el río arriba (Alto Paraná) una “generación que se decían mepenes”¹⁰⁹, que “tienen más canoas o barquillas que cualquier otra nación que nosotros hasta ahora hemos visto aquí”¹¹⁰. En este caso, Ramírez es bastante claro al vincular estos grupos indígenas “en el Paraná de Santispritus hasta la dicha Santana”, es decir, desde el actual municipio de Puerto Gaboto hasta la actual Itatí en el inicio del Alto Paraná¹¹¹.

En sentido amplio los chanaes son descritos como cazadores y pescadores, aunque hoy es sabido que eran agricultores y sedentarios más próximos a lo que se entiende por jefatura¹¹², pues también se dedicaban a determinados tipos de siembra, especialmente los carcaraes y timbus, quienes “siembran abati y calabazas y habas; y todas las otras naciones no siembran y su mantenimiento es carne y pescado”¹¹³. En suma, el grupo chaná-timbu es muy amplio y diverso, pero de forma clara se desprende de las crónicas cómo aun siendo distintas naciones quiloazas, timbuso corondas, “hablan todas una sola lengua (o al menos lenguas muy semejantes y distintas a la guaraní que conocen)” y cuentan con rasgos culturales comunes como las “estrellitas en la nariz”¹¹⁴.

Es en este punto imprescindible dedicar unas líneas a la percepción indígenas del cuerpo, donde podemos señalar una diferencia cultural muy significativa respecto a los castellanos, lo que tiene que ver con la divergente ontología entre

¹⁰³ García, *Relación y derrotero...*, f. 4v.

¹⁰⁴ “son iguales a los sobredichos Timbús”. Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 12.

¹⁰⁵ Ramírez, *Carta...*, f. 118v.

¹⁰⁶ García, *Relación y derrotero...*, f. 5r.

¹⁰⁷ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 13.

¹⁰⁸ Ramírez, *Carta...*, 120v.

¹⁰⁹ *Ibidem*, 119v y 120v. También en Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 14.

¹¹⁰ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 14

¹¹¹ Ramírez, *Carta...*, f. 120v.

¹¹² Bonomo y Latini, *Arqueología y etnohistoria...*, p. 93.

¹¹³ Ramírez, *Carta...*, 118v.

¹¹⁴ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 12.

unos y otros respecto a la dicotomía cuerpo-espíritu¹¹⁵. Si bien para los cristianos el cuerpo es algo dado y no modificable como continente del alma, en la mayor parte de grupos indígenas americanos es el alma lo dado e inmutable, debiendo hacer madurar al cuerpo a través de su modificación a lo largo de la vida¹¹⁶. En este sentido, encontramos numerosas descripciones de transformaciones corporales que van desde la perforación de las zonas cartilaginosas como orejas y narices, tejidos blandos como los labios, hasta el afeitado de todo el pelo corporal¹¹⁷, pasando por las escarificaciones descritas más tarde en los payaguaes: “ellos se tajan y se mutilan tanto en el cuerpo como en la cara, para que les queden puras señales de las heridas o cicatrices y a éstas estiman como un indicio de su valentía y coraje”¹¹⁸.

En este sentido, la no modificación del cuerpo cristiano sería un rasgo de inmadurez bajo la mirada indígena, y con sumo pudor y vulnerabilidad entre castellanos al perder toda marca cultural o de estatus¹¹⁹, así como quedar a merced de las inclemencias y peligros del propio entorno. Se percibe en las palabras de Ramírez porque “por Dios, en estos viajes que por este río arriba habemos hecho, demás de la necesidad de la hambre, nos ha constreñido mucho la necesidad de la ropa”, subrayando en la carta a su padre que, si le falta la última que le queda, “habré de parecer a los indios en el vestido”¹²⁰. Esta afirmación revela cómo la ausencia de ropa para los castellanos supone su equiparación al “otro”, al perder

¹¹⁵ Jérôme Baschet, “Alma y cuerpo en el Occidente medieval. Una dualidad dinámica, entre pluralidad y dinamismo”, en Jérôme Baschet, Pedro Pitarch y Mario H. Ruz (eds.), *Encuentro de almas y cuerpos entre la Europa medieval y el mundo mesoamericano*. Universidad Autónoma de Chiapas (Unach), Tuxtla Gutiérrez, 1999, pp. 41-85.

¹¹⁶ Roy Wagner, *The Invention of Culture*, Chicago: The University of Chicago Press, 1975.

¹¹⁷ “Se derraen de los pelos del cuerpo todo, salvo los cabellos, que dicen que tal no hacen son bestias salvajes”. Ramírez, *Carta...*, f. 115v.

¹¹⁸ Florian Paucke, *Hacia allá y para acá. Una estadía entre los indios Mocobíes, 1749-1767*, Santa Fe: Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe, 2010, p. 188.

¹¹⁹ Carlos Alfredo Rossi Elgue, “Navegando en la oscuridad. El miedo en el discurso inicial sobre el Río de la Plata”, *Hipogrifo: Revista de Literatura y Cultura del Siglo de Oro* 6.2, 2018, p. 680.

¹²⁰ Ramírez, *Carta...*, f. 122r.

todo signo de cultura y estatus, mientras que los cuerpos modificados mantienen su identidad al margen de las pieles o tejidos que los cubran.

Sin embargo, la gran configuración étnica de la cuenca, entre el delta y el Alto Paraná, son los guaraníes que “andan derramados por esta tierra y por otras muchas”, calificados por Ramírez como “gente muy traidora”¹²¹. La voz *guará-ny*, significa “combatid-los”, siendo común su uso en las crónicas junto a las numerosas denominaciones de los distintos grupos con filiación guaraní, desde los del delta mencionados en la relación de Ortiz Vergara como “guaraníes de las yslas”¹²² y por Ramírez como “chandules”¹²³, hasta los carios en el Medio Paraguay¹²⁴. Los primeros son grupos con ciertos sistemas de cultivos en las islas, recordando a las sementeras estacionales referidas por los cronistas en el Magdalena¹²⁵. Cultivan numerosas especies de tubérculos “una raíz que se llama mandioca y otras buenas raíces más que se llaman patatas y mandioca-poropí y mandioca-pepirá. La raíz de batata se parece a una manzana y tiene el mismo gusto; la mandioca-poropí tiene un gusto como castaña”¹²⁶. Eran hábiles con las canoas y el arte de la pesca, recurso ictiofaunístico que conservaban también mediante la técnica del secado y ahumado, como refiere Alonso de Santa Cruz¹²⁷.

¹²¹ *Ibidem*, 118v.

¹²² *Relación del descubrimiento del Río de la Plata*, Francisco Ortiz de Vergara a Juan de Ovando, 1568, AGI, Patronato, 29, R. 3, f. 6v.

¹²³ Ramírez, *Carta...*, f. 120r.

¹²⁴ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 9.

¹²⁵ Jiménez de Quesada, *Epítome...*, f. 1v.

¹²⁶ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 12.

¹²⁷ Santa Cruz, Alonso de, *Islario general de todas las islas del mundo*, BNE, RES/38, ff. 347r-347 v.

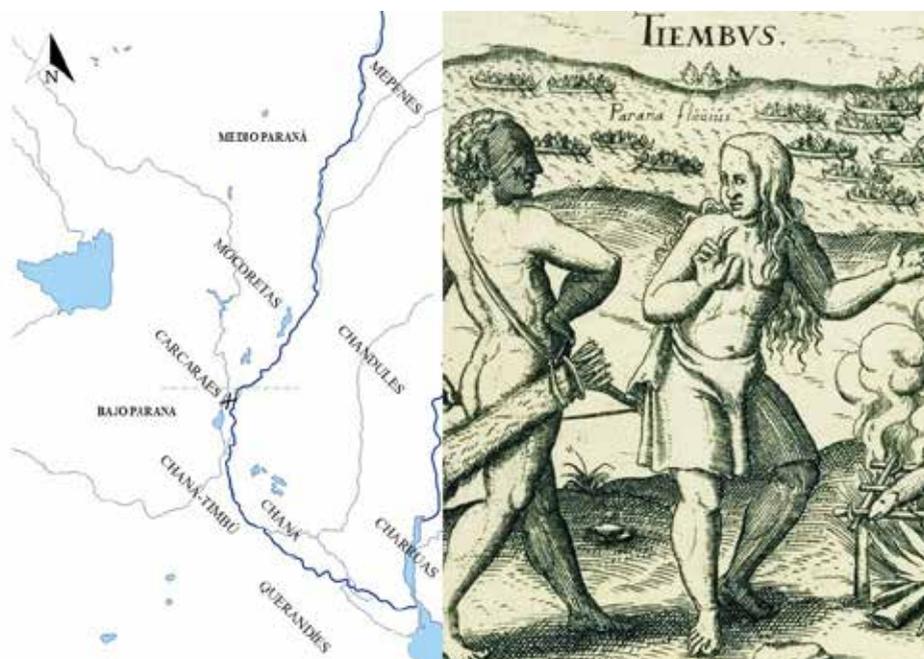


Figura 7. Una aproximación a la diversidad étnica descrita en la documentación para el Bajo y Medio Paraná durante el periodo de peri-contacto. **Fuentes:** Mapa de elaboración propia junto a detalle de ilustración de Ulrico, en la edición de su relato en 1599.

Disputas interétnicas en el río Paraguay: guaycurúes y guaraníes

La presencia de guaraníes es aún más numerosa a medida que se asciende el río (Alto Paraná), así como en la banda oriental del río Paraguay, pues “estos señorean gran parte de esta India”¹²⁸. Cuando la expedición de Caboto está a la altura de Itatí (Alto Paraná) se comunican con unos guaraníes que dicen intercambiar canoas por orfebrería con otros guaraníes (chandules), los cuales sitúan a seis jornadas río Paraguay arriba:

¹²⁸ Ramírez, *Carta...*, f. 118v.

los chandules, que son indios de esta misma generación que están sesenta, setenta leguas el Paraguay arriba, se lo daban por cuentas y por canoas que les daban. [Y que] de estas casas de estos indios a las de los dichos chandules por tierra, por do ellos van hay seis jornadas en que la mitad de este camino es todo alagunas y anegadizos¹²⁹.

Como ha sucedido en la caracterización étnica del Paraná, las descripciones presentes en las crónicas sobre los distintos grupos étnicos de las riberas del río Paraguay deriva de la conflictividad, siendo unos los que describen a los otros y viceversa. En este sentido, en la cuenca del Paraguay encontramos una clara confrontación entre grupos y subgrupos vinculados a dos grandes familias lingüísticas: tupí-guaraní y matabo-guaicurú. Por su parte, los grupos de filiación guaicurú se extienden por toda la banda occidental, afluentes y curso alto del Paraguay, siendo sumamente diversos entre sí: “Y entrando en dicha boca de Paraguay hasta lo que por ella anduvimos hay las que diré: yngatus, beoyos, conameguaes, bereses, tendeadas, hogaes; éstas las que confinan por el río que nosotros vimos, sin las de la tierra adentro que es cosa innumerable. Son de diversos lenguajes”¹³⁰.

El principal grupo a definir son los payaguaes, cuya denominación deriva también del guaraní, sus enemigos principales en el territorio. Posiblemente dieron origen al nombre guaraní otorgado al río *Payaguá-y* (río de los payaguás). Se trataba de bandas nómadas cazadoras, recolectoras y pescadoras, que dominaban las canoas disputándose las aguas del Paraguay con los guaraníes de la banda oriental¹³¹. “No siembran” puesto que su “mantenimiento es carne y pescado y lo más natural es el pescado, porque hay tanto en el río y péscanlo que es una cosa no creedera”. Incluso, Ramírez relata con detalle sus técnicas de pesca al destacar que “su arte de pescar es cuando el río esta bajo, con red, mas, cuando está crecido, que a causa de meter el pescado en los yerbazales, no se pueden aprovechar de la red, mátanlo a la flecha”¹³². Las descripciones físicas y ornamentales son ricas en el testimonio de Ulrico, “las mujeres son lindas y pintadas bajo los ojos como las susodichas mujeres y tienen también delante de sus partes

¹²⁹ *Ibidem*, f. 120r.

¹³⁰ *Ibidem*.

¹³¹ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 14.

¹³² Ramírez, *Carta...*, f. 120v.

un paño hecho de algodón”, así como su virtuosidad en la guerra por agua¹³³. Son numerosos los grupos payaguaes descritos durante los primeros años de contacto, siendo los más meridionales los agaces, en torno a la confluencia entre el río Paraguay y el río Bermejo (Ipetí)¹³⁴. Son llamados agazes por Irala¹³⁵, antes agaes en la carta de Ramírez¹³⁶ y cagaces en el derrotero de Diego García¹³⁷. No obstante, si avanzamos río arriba sigue habiendo grupos payaguaes, especialmente presentes durante la expedición sucesiva de Juan de Ayolas junto a los carios en alianza, donde estos terminaron por darle muerte¹³⁸.

En la otra banda y parte de esta disputa interétnica de las aguas del río Paraguay, encontramos guaraníes, de entre los cuales son a esta altura los carios el grupo de mayor presencia. Se trata de una comunidad muy extendida, dado que se registra su presencia desde el Alto Paraná¹³⁹, y en crónicas del siglo XVI por Ulrico a cierta altura del Paraguay: Estos Carios o Guaranís son gentes bajas y gruesas [...] tienen en el labio un pequeño agujerito, en ese meten un cristal que es de un largo como de dos jemes y grueso como un canuto de pluma y el color es amarillo y se le llama en indio un paraboe¹⁴⁰. Es decir, se trata de grupos de altísima movilidad puesto que “migran más lejos que ninguna nación que están en esta tierra”¹⁴¹. Su presencia estaba especialmente anclada al territorio en el que se fundará Asunción como fuerte en 1537 y ciudad en 1541¹⁴².

¹³³ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 14.

¹³⁴ *Ibidem*.

¹³⁵ *Relación de Domingo Martínez de Irala sobre el despoblamiento de Buenos Aires por requerimiento de Alonso Cabrera*, abril de 1541, AGI, Justicia 1131, f. 608r.

¹³⁶ Ramírez, *Carta...*, f. 120v.

¹³⁷ García, *Relación y derrotero...*, f. 4r.

¹³⁸ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 20.

¹³⁹ María Teresa Cañedo-Argüelles Fábrega, *Población indígena en el Alto Paraná. Variantes de un proceso de adaptación. Siglos XVI y XVII*, Granada: Diputación Provincial de Granada, 1988, p. 127.

¹⁴⁰ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 14.

¹⁴¹ *Ibidem*.

¹⁴² Roberto Quevedo y Alberto Duarte (coords.), *Actas capitulares y documentos del cabildo de Asunción del Paraguay, siglo XVI*, Asunción, Municipalidad de Asunción, 2001, p. 13.

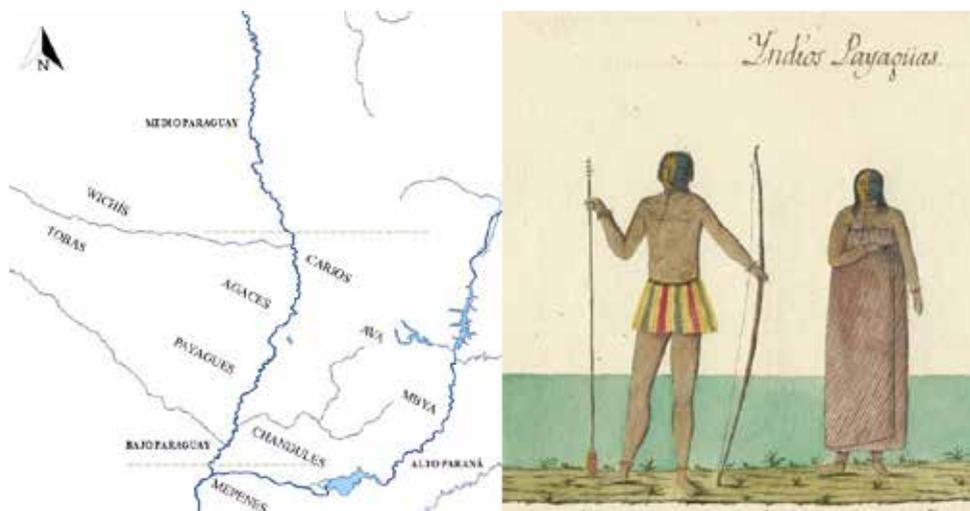


Figura 8. Una aproximación a la diversidad étnica referida en el Bajo y Medio Paraná durante el periodo de peri-contacto, junto a detalle de una representación tardía de indígenas payaguas. **Fuente:** Mapa Elaboración propia y acuarela anónima, s. XVIII.

3.3. El río como vector de convergencia cultural

En la aproximación física a las dos grandes cuencas fluviales en las que las huestes analizadas desarrollaron su avance, hemos podido comprobar la magnitud de sendos ríos y de su poder condicionante, no solo sobre aquellos que se aventuraron a transitarlos sin conocerlos, sino también sobre quienes llevaban siglos de aprendizaje y adaptación a sus duras condiciones. El presente subapartado se propone desgranar la incidencia ejercida por estos medios físicos tan impositivos en la configuración cultural de los grupos étnicos que poblaron sus riberas, isletas y ciénagas.

Por un lado, en la cuenca del río Magdalena se percibe un desarrollo cultural convergente entre los tan diversos grupos que la poblaban, como consecuencia de un largo proceso de adaptación a una vida en constante relación con el medio acuático. En este sentido, en el pasado siglo XX fue acuñada por Fals Bordá

la categoría supra-étnica “cultura anfibia”¹⁴³, relativa a este desarrollo cultural compartido y sumamente descriptiva de esta convergencia cultural derivada de la vida con el agua. Ante los resultados del trabajo de campo desarrollado por la presente investigación y el cotejo de las primeras fuentes sobre los grupos que habitaron estos territorios proponemos definir dos subcategoría o categorías que emanen de esta primera definición anfibia: cultura fluvial y cultura lagunar. Las condiciones observadas tanto en las crónicas como en los trabajos etnográficos desarrollados en ambos contextos muestran con claridad que no son iguales los condicionantes de los hábitats ribereños-fluviales que los hábitats lagunares o cenagosos, tanto para el desarrollo de la vida de las comunidades respecto a la estabilidad o inestabilidad del régimen, fluctuación de profundidad y caudal, o en lo relativo a las condiciones de aislamiento y protección natural que una y otra ofrecen.

Por un lado, como herramienta en el análisis y sin especial pretensión de prevalencia, hemos optado por la categoría “cultura fluvial” para todos los elementos culturales derivados de su vida en el río y compartidos entre las comunidades ribereñas de una y otra cuenca. El principal condicionamiento físico sufrido en este tipo de hábitat es la inestabilidad del régimen acuático, con las crecidas que alteran por completo el paisaje. Quesada lo describe de forma vehemente en el Magdalena: “El río ya venía tan fuera de madre que [...] era agua cuanto se veía”¹⁴⁴. Es decir, la influencia de la estacionalidad es muy notable en las riberas, con épocas de lluvias y de sequías que lo condicionan todo¹⁴⁵. Se aprecia desde una suerte de sedentarismo, necesariamente estacional, que depende de los tiempos del río hasta el desarrollo de un saber inmaterial que da lugar a técnicas de prevención y de intervención en las crecidas. Gracias a ello se conduce el agua para transformar el terreno a su conveniencia y se generan montículos o isletas antrópicas donde desarrollar cultivos, varaderos de canoas o viviendas

¹⁴³ Orlando Fals Borda, *Historia doble de la Costa: Tomo 1, Mompo y Loba*. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1979.

¹⁴⁴ Jiménez de Quesada, *Epítome...*, f. 3v.

¹⁴⁵ Enrique A. Bautista Quijano, *Cuerpos anfibios, soma y sema del cuerpo prehispánico, la otra medida del cuerpo a través del tiempo y el espacio: análisis bioarqueológico sobre las urnas funerarias en cerámica de los valles alto y medio-bajo del Río Magdalena*, Tesis inédita, Colombia. Bogotá: UNAL Colombia, 2013, p. 104.

temporales¹⁴⁶. Esta práctica, propia de la cultura fluvial y no de la lagunar, se describe de forma clara en el Magdalena, tanto en los primeros cronistas¹⁴⁷, como en el propio testimonio de Gonzalo Jiménez de Quesada. Este afirma que “hallaron quel rrio venia ya tan fuera de madre que no avia lugar de indios en la costa dél, sino muy pocos en algunas isletas”¹⁴⁸, así como que la crecida “hacía más duro y excesivo el trabajo de estos españoles la inundación del río”¹⁴⁹.

Asimismo, también registramos este tipo de islas antrópicas o antropizadas sobre una estructura natural, donde las comunidades indígenas propiciaban el desarrollo de estos “cerritos” mediante la acumulación de materiales orgánicos e inorgánicos¹⁵⁰. Todas las crónicas coetáneas coinciden en destacarlo y vincularlo a los grupos del río como los “guaraníes de las yslas”¹⁵¹. También destaca Diego García el hecho de vivir “en algunas yslas”¹⁵², o en el *Islario* de Alonso de La Cruz:

dentro del río de La Plata ay gran numero de yslas grandes y pequeñas todas las mas despobaldas por ser baxas y cada año cubrilas el rio en las avenidas que trae, aunque los veranos algunas deestas se habitan por causa de las sementeras que en ellas tienen los indios¹⁵³.

Por otro lado, con la misma funcionalidad e intención que la anterior, empleamos “cultura lagunar” en aquellas comunidades de ambas cuencas que han

¹⁴⁶ Edgar Rey Sinning, “Resistencia chimila: ni aniquilados, ni Vencidos”, *Palabra: Palabra que obra*, 10, 2009, pp. 59 y 63.

¹⁴⁷ Castellanos, *Elegías...*, p. 413.

¹⁴⁸ Jiménez de Quesada, *Epítome...*, f. 1v.

¹⁴⁹ Aguado, *Recopilación...*, p. 90. La documentación tardía refleja la preocupación por el tiempo de lluvias pues “no ay playas ni se puede navegar”, parte de las *Ordenanzas de Juan de Junco*, 1560 y 1570, por Lope de Sarriá, fiscal de la Audiencia del Nuevo Reino de Granada, Santa Cruz de Mompóx, 1573. AGI, Patronato, 196, R. 4, f. 33v.

¹⁵⁰ Mariano Bonomo et al. “Las poblaciones indígenas prehispánicas del río Paraná Inferior y Medio”, *Revista del Museo de La Plata* 4, 2019, p. 595.

¹⁵¹ *Relación del descubrimiento del Río de la Plata*, Francisco Ortiz de Vergara a Juan de Ovando, 1568, AGI, Patronato, 29, R. 3, f. 6v y Ramírez, *Carta...*, f. 119v.

¹⁵² García, *Relación y derrotero...*, f. 4r.

¹⁵³ Santa Cruz, Alonso de, *Islario general de todas las islas del mundo*, BNE, RES/38, f. 347r.

convenido en determinados elementos culturales en función de su desarrollo vital en ciénagas y lagunas. Aun cuando forman parte de estos sistemas fluviales, los tiempos del río en lo relativo a crecidas y sequías no inciden con el grado superlativo que lo hacen en las riberas. En las ciénagas del sistema acuoso del Magdalena se mantiene una profundidad media que oscila de forma muy moderada¹⁵⁴, así como son divergentes las exigencias náuticas para cada contexto. En este caso se trata de aguas calmadas y de poquísima profundidad; incluso en los casos de humedales y esteros son tan someras que ejercen también como barrera de protección natural. En este sentido, es muy recurrente en América el aprovechamiento de este tipo de contextos como autoprotección –el caso más conocido es el de las comunidades uros del lago Titicaca¹⁵⁵–. Aparece claramente presente también en estas dos cuencas con casos como la ciénaga de Zapatosa, en el Magdalena Medio¹⁵⁶, y los quiloazas que vivían en una laguna (actual laguna argentina de Setúbal)¹⁵⁷. Tal circunstancia también la aprovechaban las comunidades ribereñas cuando las inundaciones de las crecidas generaban condiciones muy semejantes a las cenagosas y lagunares para facilitar su aislamiento. Tal como relata Ulrico, “cuando vinimos al pueblo había agua y muy honda alrededor del pueblo, no pudimos ganarles nada”¹⁵⁸.

El valor simbólico de la canoa

La diversidad étnica ante la llegada de las primeras huestes castellanas a ambas cuencas era extraordinariamente rica, lo que evidenciaba de nuevo el dinamismo intrínseco en los hábitats desarrollados en contextos fluviales y cenagosos. El cotejo de las primeras crónicas y las investigaciones recientes muestran con claridad la diferencia notable entre los distintos grupos que poblaron los

¹⁵⁴ Daniel Miguel Nieva Sanz, “Pescadores y canoas entre dos aguas. La comunidad pesquera de Tasajeras (Magdalena, Colombia)”, *Revista Andaluza de Antropología*, 25, 2023, p. 90.

¹⁵⁵ Víctor Manuel Guerrero Ayuso, *Prehistoria de la navegación: origen y desarrollo de la arquitectura naval primigenia*. Oxford: BAR International Series, 2009, pp. 19 y 229-235.

¹⁵⁶ Aguado, *Recopilación...*, p. 54.

¹⁵⁷ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 12.

¹⁵⁸ *Ibídem*, p. 14.

sistemas acuosos de La Plata y del Magdalena, desde grupos nómadas como los querandíes y charrúas, hasta jefaturas sedentarias como los chaná y los múltiples grupos y subgrupos guaraníes en el primero, y grupos y subgrupos caribe, arawak y chibcha en el segundo. Sin embargo, el denominador común entre todos ellos era la vinculación con un medio acuático enormemente impositivo, que actuó como vector de convergencia cultural hacia un marco, si bien no unitario ni homogéneo, sí confluyente. En él, la eficiencia en la movilidad constituía una necesidad imprescindible para la supervivencia en el plano material. A su vez, se generaba una incidencia significativa en el plano inmaterial o simbólico. Teniendo en cuenta que la condición material y funcional se aborda con detalle en el aparatado de factores tecnológicos, las siguientes líneas se encargan de analizar el valor simbólico, pues este trasciende más allá de su materialidad, del artilugio náutico común a todos los grupos analizados: la canoa monóxila (Ver capítulo 5.2). Para ello, se evalúa la relación de la canoa en las diferentes convenciones culturales de una comunidad, como sugiere el modelo de análisis de Moyano Di Carlo¹⁵⁹.

Por un lado, la documentación nos muestra el modo en que la canoa se sitúa en ambas cuencas como símbolo de poder y de violencia, pues al margen de la funcionalidad de la canoa en su aplicación bélica, sin duda, constituye un símbolo muy poderoso en las relaciones entre grupos indígenas y frente a las huestes castellanas. Son numerosas las referencias que vinculan canoa y guerra, a lo que debemos añadir el engalane de sus tripulantes mediante el uso de pintura corporal y plumajes. Lo destacan en situaciones de enfrentamiento violento tanto crónicas (como las de Castellanos¹⁶⁰ y Simón¹⁶¹) como representaciones gráficas en el río Paraguay. Pese a no referir directamente en la embarcación ningún tipo de ornamentación que busque un efecto apotropaico o de otra índole, como los ojos de Isis o las rodas con terminación zoomorfa¹⁶², sí constituye una clara escenificación de poder y de doble intención. Es decir, en lo que respecta al “nosotros”,

¹⁵⁹ Julián Moyano Di Carlo, *Mucho más que barcos: una aproximación teórica a las funciones, capacidades náuticas, bases materiales y dimensión social de la tecnología naval prehistórica*, Oxford: BAR International Series 2901, 2018, p. 74.

¹⁶⁰ Castellanos, *Elegías...*, p. 457.

¹⁶¹ Simón, *Noticias Historiales...*, p. 92.

¹⁶² Moyano, *Muchos más...*, p. 77.

se aseguran de reafirmar y actualizar el estatus del guerrero en la comunidad, al mismo tiempo que supone una estrategia de intimidación frente a los “otros”, tanto el resto de los grupos indígenas en conflicto como frente a los foráneos castellanos que los ven en son de guerra por vez primera. En suma, el artilugio náutico es esencial, dado que son grupos en ambas cuencas cuya forma de guerra “es por el agua”¹⁶³. Ocupaban un protagonismo práctico y simbólico como históricamente ha ejercido el caballo en sociedades en las que este constituye el principal instrumento de guerra, y cuya posesión empoderaba al propietario¹⁶⁴.

Por otro lado, debemos tener en cuenta la condición del paisaje como constructo sociocultural, tanto en el plano cognitivo como en el plano físico, y sus profundas implicaciones simbólicas para los seres humanos que lo habitan¹⁶⁵. En este sentido, los significados atribuidos a cada uno de los paisajes y por cada una de las comunidades humanas que los intervienen e interpretan puede variar, incluso entre observadores de un mismo grupo, en función de su propia experiencia, interacción o marco cultural. Las cuencas fluviales que nos ocupan constituyen un contexto físico sumamente impositivo y generan una relación casi continua con las vías de agua. Esto propicia la comunicación y al tiempo supone una cierta dicotomía física y simbólica entre el medio acuoso y el terrestre, especialmente en aquellos tramos donde el curso es tan caudaloso y correntoso que “quiebra” a su paso la vegetación, fragmenta el territorio o establece una suerte de “fronteras” en la distribución de cada grupo. Tal es el caso entre caribes y malibúes, panches y hondas en el Magdalena, claramente registrado en mitos chimilas¹⁶⁶. Igual ocurre entre guaraníes y payaguaes en el río Paraguay, evidenciado en su propia denominación guaraní como “río de los payaguas”¹⁶⁷.

¹⁶³ Aguado, *Recopilación...*, p. 89 y Schmidl, *Relatos de la conquista...*, pp. 42 y 43.

¹⁶⁴ Adolfo J. Domínguez Monedero, “Jinetes en Grecia y sus ecos en la cultura ibérica”, *Gladius*, 25, 2005, p. 212.

¹⁶⁵ Felipe Criado Boado, “Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la arqueología del paisaje”, *Criterios y convenciones en Arqueología del paisaje* 6, Santiago de Compostela: Grupo de investigaciones en Arqueología del paisaje, 1999, p. 6.

¹⁶⁶ Reichel-Dolmatoff, “Mitos y cuentos chimilas”, p. 8.

¹⁶⁷ Félix de Azara (1742-1821), *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata*, Buenos Aires: Editorial Bajel, 1943, p. 142.

En este sentido, el artilugio náutico constituye el instrumento esencial para el tránsito entre espacios, tanto por su virtud funcional, respondiendo a las exigencias del medio, como en su valor simbólico. La canoa generalmente se percibe como un elemento de doble filiación, al pertenecer al ámbito terrestre, pero estar destinada al acuoso, lo que le otorga un simbolismo muy elevado y un papel preponderante también en la cosmovisión de los distintos grupos indígenas¹⁶⁸.

Asimismo, esta capacidad de vehículo que transita entre espacios materiales se puede trasladar hacia espacios inmateriales. A lo largo de la historia ha sido muy habitual que grupos con una relación estrecha con la navegación marítima o fluvial perciban el medio acuoso como un *locus* simbólico y de alguna manera frontera entre realidades conocidas y desconocidas, mundanas y divinas, tangibles e intangibles. De hecho, hay numerosos paralelos etnográficos en distintos continentes, como la interpretación africana en de los bakongo (grupo étnico africano) en tanto que el mar es visto como la frontera entre vivos y muertos llamado *kalunga*, especialmente importante durante el fenómeno afrodiaspórico de la trata transatlántica¹⁶⁹. También en los grupos indígenas más australes del planeta, los yámana de Tierra del Fuego, que interpretan el horizonte marítimo como el lugar al que se marchan los *kexpix* o espíritus¹⁷⁰. Sin olvidar el papel de las barcas funerarias egipcias como metáfora del reinicio de la vida¹⁷¹, y el grecolatino mito de Caronte como consustancial a la cultura occidental¹⁷². Estos ejemplos nos aportan oportunos paralelos globales en relación a la significación inmaterial del medio acuoso y, por ende, al valor simbólico de las embarcaciones como vehículos que posibilitan el movimiento entre espacios y realidades¹⁷³.

¹⁶⁸ Christer Westerdahl, “Maritime cosmology and Archaeology”, *Deutsches Schifffahrtsarchiv* 28, 2005, p. 20.

¹⁶⁹ Jerome Branche, Jerome, “Malungaje: hacia una poética de la diáspora africana”, *Revista Poligramas*, 31, 2009, p. 29.

¹⁷⁰ Martín Gusinde, Martín, *Los indios de Tierra del Fuego*, Tomo II, Vol. 1, Centro Argentino de Etnología Americana, Buenos Aires: CONICET, 1986, p. 1070.

¹⁷¹ Guerrero Ayuso, *La prehistoria...*, p. 168.

¹⁷² Francisco P. Díez de Velasco Abellán, *El origen del mito de caronte. Investigación sobre la idea del paso al mas allá en la atenas clasica*. Tesis inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1988.

¹⁷³ Daniel Miguel Nieva Sanz, “Más allá de la materialidad del artefacto náutico: el valor simbólico de la canoa yámana”, *Temas Antropológicos, Revista Científica de Investigaciones*

En este sentido, pese a contar con datos muy escasos, en la cuenca del Magdalena fue registrado a mediados del siglo XX un rito funerario chimila que consistía en enterrar al difunto con un remo votivo, lo que supone una clara reminiscencia del valor simbólico de la canoa en su vinculación con la transcendencia¹⁷⁴. De hecho, existen paralelos más precisos de áreas de influencia amazónica-orinoco y de grupos del noroeste peruano como los chama, panobo, kokama, aguano o kico. También en el Cono Sur y más próximos a la cuenca del Plata se encuentran prácticas semejantes a través del uso de canoas funerarias o wampo¹⁷⁵. En el caso chimila no se registra el uso de canoa mortuoria, pero sí un remo de tipo canaete elaborado para la ocasión, que escenifica el viaje final o último del espíritu presente en los mitos, cuyo destino es vagar hasta encontrar el curso del Magdalena “donde le va muy bien”¹⁷⁶.

3.4. Mitos, miedos y primeras barreras mentales en las huestes castellanas

La presente investigación asume la necesidad de tener en cuenta la ontología de los grupos indígenas presentes en estas grandes cuencas fluviales y el valor simbólico de su relación con el paisaje físico y cultural, el saber práctico e inmaterial que ostentaban y los marcos mentales con los que contaban a la hora de experimentar unas dinámicas de contacto de tal envergadura. Sin embargo, a fin de interpretar adecuadamente la profundidad de las expediciones analizadas, en este apartado relacionado con el análisis de los factores culturales también se incorpora la aproximación al imaginario y acervo cultural de los hombres que conformaron las huestes de Indias. En cierta forma, es necesario aproximarnos a los marcos de pensamiento y percepción de la época pues, aun tratándose aquellos hombres del siglo XVI objetos de estudio aparentemente más cercanos en lo

Regionales, 43, 2021, p. 149.

¹⁷⁴ Reichel-Dolmatoff, “Etnografía chimila”, p. 140.

¹⁷⁵ Diego Carabias, Nicolás Lira y Leonor Adán, “Reflexiones en torno al uso de embarcaciones monóxilas en ambientes boscosos lacustres precordilleranos andinos, zona centro-sur de Chile”, *Magallania*, 38.1, 2010, p. 99.

¹⁷⁶ Reichel-Dolmatoff, “Etnografía chimila”, p. 141.

cultural, la distancia cronológica entre los castellanos de la época y los actuales españoles suele mostrar abismos que no siempre se toman en cuenta con la suficiente atención.

En este sentido, eran hombres de su tiempo que se adentraban en lo doblemente ignoto a sus ojos y de una “extrañeza radical”¹⁷⁷, sumamente imbuidos por un imaginario conformado por la tradición bíblica, los mitos griegos, los libros de viajes medievales como el del célebre Marco Polo y la literatura caballeresca, así como las descripciones monstruosas de Plinio el Viejo que ornamentaban las primeras representaciones cartográficas¹⁷⁸. En cierta forma, coincidiendo con lo apuntado por Cabarcas¹⁷⁹, los testimonios de los primeros cronistas son su realidad y su verdad, pues no se trataba de conocer lo desconocido, sino de reconocer, en tanto que no incorporan lo desconocido como diferencialmente nuevo, lo interpretan con los parámetros que su cultura les proporciona. Le atribuyen categorías conocidas en la tradición cultural como las sirenas de la *Odisea*, las amazonas de la *Iliada*, los gigantes o los caníbales de Plinio el Viejo¹⁸⁰, o la interpretación bíblica de los pueblos caníbales Gog y Magog, los gigantes y las razas monstruosas interpretadas por San Agustín¹⁸¹, cuando lo visto u oído les daba pie a tal relación de ideas en un proceso semejante al de los primeros griegos en llegar a Iberia y el traslado de los mitos hacia el Mediterráneo occidental¹⁸².

¹⁷⁷ Tzvetan Todorov, *La conquista de América: el problema del otro*, México, Siglo XXI, 1987, p. 9.

¹⁷⁸ Pablo Castro Hernández, “Monstruos, rarezas y maravillas en el Nuevo Mundo. Una lectura a la visión europea de los indios de la Patagonia y Tierra del Fuego mediante la cartografía de los siglos XVI y XVII”, *Revista Sans Soleil-Estudios de la Imagen* 4.1, 2012, p. 31.

¹⁷⁹ Hernando Cabarcas Antequera, *Bestiario del Nuevo Reino de Granada. La imaginación animalística medieval y la descripción literaria de la naturaleza americana*, Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1994, p. 43.

¹⁸⁰ Homero, *La Odisea...*, p. 172, y *La Iliada* (trad. Rubén Bonifaz Nuño), Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma De México, 2019, p. 50; Plinio, *Historia Natural*, libros VII-XI, Madrid: Editorial Gredos, 2003, p. 11.

¹⁸¹ Kalyuta, “A la búsqueda de monstruos...”, p. 74.

¹⁸² Julio Mangas, Domingo Plácido, Elvira Gangutia Elícegui, Helena Rodríguez Somolinos, *La Península Ibérica en los autores griegos: de Homero a Platón*, Madrid:

Del Guadalquivir al cruce del Mar Tenebroso

Las masas de agua del orbe han suscitado en el hombre a lo largo de la historia miedo y respeto a partes iguales, pues en su inmensidad concitan las fuerzas naturales y los misterios divinos otorgándole una carga simbólica de enorme peso. En este sentido, para valorar en su justa medida el imaginario de las huestes que remontaron los ríos americanos, es preciso antes valorar su obligada experiencia transatlántica. Recordando el refrán español “si quieres aprender a orar, entra en la mar”¹⁸³, se trataba del medio natural más temido con notable diferencia. Si nos situamos a finales de la centuria decimoquinta e inicios de la decimosexta, el máximo exponente acuoso de lo desconocido era el Mar Tenebroso u Océano Atlántico, aquel cuya navegación estuvo estigmatizada desde la antigüedad y con mayor ahínco por los infundios medievales sobre las singladuras hacia el oeste. Sin embargo, los atrevimientos de los marinos ibéricos a finales del siglo XV culminarían la triada de navegaciones oceánicas más significativas protagonizadas por Cristóbal Colón en 1492, Vasco de Gama en 1498 y Magallanes/Elcano entre 1519-1522, lo que propició la apertura de una nueva dimensión geográfica de difícil asimilación para la mentalidad de la época. Asimismo, esta sucesión de experiencia oceánicas permitió una paulatina superación de estigmas medievales como el *Leviatán* o el abismo del oeste¹⁸⁴, pero no evitó que su mirada, como hombres de su tiempo, estuviera condicionada por códigos y perspectivas propias del marco sociocultural al que pertenecían¹⁸⁵.

Editorial Complutense, 1998 y Francisco R. Adrados, “Topónimos griegos en Iberia y Tartessos”, *Emerita* 68.1, 2000, p. 2.

¹⁸³ Refranero del Centro Virtual Cervantes:

<https://cvc.cervantes.es/lengua/refranero/Ficha.aspx?Par=59530&Lng=0>

¹⁸⁴ Vera Moya Sordo, “‘El infierno está vacío y todos los demonios están aquí’. Apariciones infernales durante las navegaciones atlánticas ibéricas, siglos XV-XVI”, *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, Correspondiente de la Real de Madrid, 2017, p. 15.

¹⁸⁵ Alberto José Gullón Abao, “La percepción del ‘otro’ en la primera expedición del capitán de navío D. Antonio de Córdoba al estrecho de Magallanes (1785-1786)”, *Temas Americanistas* 51, 2023, pp. 77-103; Daniel Miguel Nieva Sanz, “Las australes hogueras de la primera vuelta al mundo: un análisis etnohistórico de la cultura marítima fueguina a través del contacto con navegantes europeos entre los siglos XVI-XIX”, En: *Primus*

En este sentido, el mundo marinero ha estado a lo largo de la historia muy marcado por lo sobrenatural y religioso, tanto es así que la honda fe era una característica requerida en los pilotos ibéricos, como García de Palacio apuntaba hacia 1587: “ser el hombre buen cristiano y temeroso de Dios”¹⁸⁶. Como sucederá en los territorios desconocidos de América, era una constante que las interpretaciones de los episodios ocurridos durante la navegación estuviesen vinculadas a su propia visión del mundo¹⁸⁷. En consecuencia, los fenómenos meteorológicos que incidían directamente en la seguridad de la nave se relacionaban con antojos infernales o castigos divinos, como destaca Jean Delumeau en su obra de referencia *El miedo en occidente*: “la tempestad no era considerada –ni vivida–, por tanto, como un fenómeno natural”¹⁸⁸.

El Océano era visto ya por San Agustín como un espacio dominado por el demonio en el que criaturas diabólicas habían de campar a sus anchas; el leviatán, o reencarnación de la serpiente de Adán, era la bestia de mayor presencia en la superstición marinera-cristiana, pues creían que moraba en las profundidades esperando a desencadenar de nuevo el caos que precedió a la Creación¹⁸⁹. Por otro lado, las toninas o delfines eran vistos “volar sobre los mástiles y antenas de la carabela” relacionándolos con malos augurios al considerarlos “diablos, e no pescados” para engañar a la tripulación, como afirmó Fernández de Oviedo¹⁹⁰.

circundedisti me. La odisea transoceánica de Magallanes y Elcano (1519-1522), Madrid: SETIDC, 2022, p.128.

¹⁸⁶ García de Palacio, Diego, *Instrucción náutica, para el buen uso y regimiento de las naos, su traça, y su gobierno conforme a la altura de México* (Virreinato de Nueva España, 1587). Edición Facsímil, Valladolid: Editorial Maxtor, 2007, pp. 111-112.

¹⁸⁷ Véase trabajos recientes sobre la percepción del otro en América Pablo Ortega del Cerro, “Dibujando al Otro: La descripción etnográfica en las expediciones navales del siglo XVIII”, En: Lilyam Padrón Reyes, y Vicente Pajuelo Moreno (eds.), *Dominar los océanos: ciencia y navegación en los siglos XVI-XVIII*, Madrid: Sílex, 2023, 359-388. Y referentes como Todorov, *La conquista...* p. 13.

¹⁸⁸ Jean Delumeau, *El miedo en occidente*, Madrid: Taurus, 2022, p. 49.

¹⁸⁹ Vera Moya Sordo, “Entre la vida y la muerte: averías, tormentas y naufragios. Manifestaciones de miedo durante los viajes atlánticos ibéricos, siglos XV-XVII”, *Academia Nacional de la Historia (Venezuela). Boletín de la Academia Nacional de la Historia* 93.371, 2010, p. 15.

¹⁹⁰ Cita Fernández de Oviedo, en *Ibíd.*, pp. 141-142.

Son numerosos los testimonios que relacionan la presencia de grupos grandes de delfines y catástrofes náuticas, lo que hace que la superstición marinera sea incluso más fuerte que las creencias religiosas que la rechazan, pues ya en su tiempo el religioso Fray Antonio de Ciudad Real consideraba que “todo aquello era superstición y burlería; lo que tiene por cierto es que de ordinario vayan huyendo aquellas toninas del viento, cuando sienten la tempestad, y cuanto más recias van anunciando mayor viento y tormenta”¹⁹¹.

También las fuerzas benignas tenían espacio en las navegaciones oceánica de la modernidad, pues el llamado “fuego de San Telmo” ya fue visible en el segundo viaje de Colón, cuando afirmó que durante una noche de bruma su mediación divina les proporcionó mejores condiciones dejando un mar “tan liso como mármol pulido”¹⁹². También en las palabras recogidas por Pigafetta en su célebre diario escrito durante la primera circunnavegación a la tierra, “en más de una ocasión el cuerpo Santo, esto es, Santo Elmo, como otra luz entre las nuestras, sobre la noche oscurísima, y de tal esplendor cual antorcha ardiendo en la punta de la gavia”¹⁹³.

En este sentido, también existen testimonios como el recogido por Gonzalo Fernández de Oviedo en su *Libro último de los infortunios y naufragios*: “...a hombres de la mar e a otras personas de crédito que han navegado e hallándose en naufragios e grandes tormentas, que han oído voces como humanas hablar en el aire, en los tiempos que más peligro tenían, e han visto cosas espantables e demonios [...]”¹⁹⁴. Pero no solo voces ajenas y distantes estaban presentes durante estos episodios desconcertantes, sino también la aparente presencia de hombres extraños que entorpecían las labores náuticas a fin de lograr el peor de los resultados para la nave cristiana y sus fieles tripulantes. Este es el caso recogido por Fray Antonio de Ciudad Real sobre un marinero portugués que “vio en el combés de la barca, unos hombres que no conoció, los cuales se les ponían de-

¹⁹¹ Pablo Emilio Pérez-Mallaína Bueno, *Naufragios en la Carrera de Indias durante los siglos XVI y XVII: el hombre frente al mar*, Sevilla: Editorial Universidad de Sevilla, 2015, p. 101.

¹⁹² En Moya, “El infierno...”, p. 15.

¹⁹³ Pigafetta, *Primer viaje...*, p. 12.

¹⁹⁴ Fernández de Oviedo en Moya, “Entre la vida y la muerte...”, p. 139.

lante y les estorbaban [para] que no acudiesen a poner remedio, y creyó que eran demonios”¹⁹⁵.

Cada uno de ellos hubo de debatir consigo mismo contraponiendo lo oído sobre la experiencia de singladuras exitosas que se iban produciendo a las convicciones y temores que desde niño había aceptado como ciertas en torno al mar y sus misterios. En lo relativo a los testimonios vinculados al objeto de estudio, están presentes estos miedos marineros desde muy temprano en las palabras de Americo Vesputi: “nos entró gran pavor que ya casi toda esperanza de vida habíamos perdido. En estas verdaderamente tan terribles borrascas del mar y del cielo, plugo el Altísimo mostrar ante nosotros el continente y nuevos países y otro mundo desconocido”¹⁹⁶.

El traslado de la frontera de lo mítico y de lo épico

De igual manera que otrora hicieran los navegantes griegos al arribar por vez primera a Iberia, abundaban también entre los marinos ibéricos la explicación mítica de lo desconocido, descripciones mitográficas de las nuevas tierras a occidente o de la inmensidad del piélago, lo que supone el traslado de las fronteras de su imaginario mítico hacia un nuevo espacio más ignoto en el que el mito halla mejor su morada¹⁹⁷.

Es decir, si en los mitos marineros y exploratorios por excelencia de la tradición clásica como las *Argonáuticas* y *La Odisea* los atrevidos marinos se topaban con cosas extraordinarias, los castellanos no dudaban que se toparán con lo mismo al desafiar los límites de lo conocido y atravesar fronteras nunca antes cruzadas por sus semejantes. En esa mixtura de cristianismo y elementos provenientes de las tradiciones clásica y medieval, el horizonte de lo desconocido esta-

¹⁹⁵ Antonio de Ciudad Real, *Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al Padre fray Alonso Ponce en las provincias de Nueva España...*, Imp. de la Viuda de Calero, 1873-75, p. 339.

¹⁹⁶ Roberto Levillier, *Américo Vespucio. El Nuevo Mundo. Cartas relativas a sus viajes y descubrimientos*, Buenos Aires: Editorial Nova, 1951, p. 101.

¹⁹⁷ Sobre la mitología de frontera véase Juan Gil, *Mitos y utopías del descubrimiento: I Colón y su tiempo*, Tomo I, Madrid: Alianza, 1989, p. 32.

ba plagado de cosas pavorosas como los gigantes, las amazonas, los caníbales¹⁹⁸, y amplía *monstra marina* como las ballenas que “cuando vienen próximas a los barcos los hacen zozobrar y hundirse”¹⁹⁹.

Asimismo, la épica de los héroes griegos y romanos está presente en la mente de aquellos que están a las puertas del gran desafío de sus vidas. No son casualidad las menciones a las mañas de Ulises, el valor de César y la sed de Alejandro como “virtudes de otros muchos varones á quienes el mundo por sus prodigiosas hazañas y heroicas obras, el día de hoy tiene particular respeto”²⁰⁰. Son muy numerosas las muestras de recepción de la cultura clásica mediante analogías entre lo que están viviendo y lo vivido *in illo tempore*. Tal es el caso en la hueste de Quesada, cuando un hijo decide cargar entre la espesura a su padre mortalmente herido, pues “sobre sus piadosos hombros carga / La presea mejor de sus preseas / Ocupados mas tiempo con la carga / Que con Anquises fueron los de Éneas”²⁰¹. Del mismo modo que hablando de los capitanes de Santa Marta, Aguado señala que “parecíales que por mandar podían quebrantar cualesquiera leyes y juramentos”, y lo ejemplifica citando a Eurípides, Julio César y Marco Tulio Cicerón²⁰².

Del mismo modo, son comunes las alusiones a divinidades del olimpo grecolatino pese a la profunda fe cristiana de sus autores. El propio Fray Pedro de Aguado asocia al sol con el dios griego “cuando ya sus rayos extendía Apolo”²⁰³, así como Juan de Castellanos asocia fortaleza con figuras mitológicas al afirmar que “y aun no estaban enteros como antes / Los que del escuadrón eran atlantes”²⁰⁴.

En la caracterización del marco de pensamiento de las huestes del siglo XVI, vemos cómo la presencia de la épica clásica es continua pero también tamizada por la mirada medieval y el desarrollo del ideal de caballería. Toda esa tradición

¹⁹⁸ En la propia crónica de Ulrico sobre la cuenca del Plata, aparecen caníbales y amazonas, *Relatos de la conquista...*, pp. 45 y 68; gigantes en Pigafetta, *Primer viaje...* p. 19.

¹⁹⁹ Schmidl, *Relatos de la conquista...*, p. 108.

²⁰⁰ Aguado, *Recopilación...*, p. 6.

²⁰¹ Castellanos, *Elegías...*, p. 304.

²⁰² Aguado, *Recopilación...*, p. 32.

²⁰³ Castellanos, *Elegías...*, p. 319.

²⁰⁴ *Ibidem*, p. 306.

caballesc medieval se condensa en la Guerra de Granada²⁰⁵ y da lugar a una suerte de transición hacia un concepto de hueste y de caballero que arrastra elementos pretéritos, pero debe resignificarse en un nuevo escenario de guerra: las Indias Occidentales.

En este sentido, además del marco de pensamiento consolidado sobre la tradición clásica y la tradición judeocristiana como pilares fundamentales, hay un fuerte ideal caballesc medieval. Este se vivía con especial intensidad en el contexto peninsular por aquellos territorios de frontera en las guerras hispanomusulmana. Se novelaba desde finales del siglo XV a través de una literatura de caballería que halló popularidad con el desarrollo de la imprenta, pese a los intentos de censura que la consideraba literatura pernicioso²⁰⁶. Este tipo de literatura se basaba en hechos extraordinarios, combates épicos, aventuras imposibles y el triunfo de las virtudes caballesc frente a la tiranía o la injusticia, en un ejercicio idealizador que dotaba las obras de felices finales en forma de casamientos con princesas huidas o rescatadas. Así se recoge en la que puede considerarse la primera del género en España, *Libro del cavallero Zifar* (1512 [1467]), y en narrativa menos idealizada en la novela valenciana *Tirant lo Blanch* (1490; traducida a castellano en 1511). Ambas fueron opacadas por la que constituye el mejor ejemplo del contenido en una novela de caballería de la época, y más popular en castellano, *Amadís de Gaula* (1508)²⁰⁷.

En este sentido, pese a la crítica que las definía como “historias mentirosas”, a lo largo del siglo XVI este fenómeno alcanzó a todos los estamentos de la sociedad castellana, desde el pueblo hasta la alta nobleza y el clero²⁰⁸. En consecuencia, es difícil que esta literatura no incidiera sobremanera en aquellos que viajan al otro lado del Atlántico y veían cosas nunca vista a sus ojos. Efectivamente, cientos de libros de caballerías viajaron con los conquistadores

²⁰⁵ Juan Marchena Fernández y Ramón Romero Cabot. *El origen de la hueste y de la institución militar indianas en la Guerra de Granada*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, 1983, p. 96.

²⁰⁶ Irving, *Los libros del conquistador...*, pp. 26 y 30.

²⁰⁷ Amadís de Gaula en Ramón María Tenreiro, *Libros de caballerías*, vol. 20. Valladolid: Editorial Maxtor, 2007.

²⁰⁸ Desde el emperador Carlos V a Santa Teresa de Jesús. En Leonard, *Los libros del conquistador...*, p. 33.

durante las primeras décadas, pues hacia 1540 superan el millar los ejemplares de *Espejo de caballería*, así como en varios cientos los *Amalis de Gaula* y *Alexos*²⁰⁹. La influencia de esta cultura popular en la visión de los conquistadores es bastante marcada, tanto en los casos generales como Cortés y Pizarro, como en los conquistadores concretos aquí abordados, cuyas crónicas están repletas de alusiones fantásticas, y sus vivencias cargadas de episodios en los que persiguieron un destino mítico como la ciudad de los Césares, la isla de las Amazonas o el Dorado²¹⁰. Tan imbuidos por el ideal de caballería pudieron estar tanto los que iban como los que desde la península seguían sus buenas o malas nuevas, que proyectaban ese arquetipo, como se desliza del vocabulario y las alusiones contenidas en las grandes elegías como la de *Varones Ilustres* de Juan de Castellanos, o la mirada tardía de Miguel de Cervantes, quien pudo inspirarse en la vida de los Quesada para su obra magna quijotesca, según sostuvo en el pasado siglo German Arciniegas²¹¹.

En definitiva, pese a la diversidad de procedencias presentes en las empresas indianas, los hombres que conformaban las tripulaciones de las naves que cruzaban el Mar Tenebroso y las huestes de Indias compartían, en mayor o en menor medida, un acervo cultural que condicionaban su mirada y su voluntad. Como indica el propio Pigaffeta, estaban predispuestos a observar “cosas admirables [...] por los libros que había leído”²¹². En buena parte, esto ilustra la explicación de imaginario como esa elaboración simbólica de lo que tememos o de aquello cuya existencia deseamos²¹³. A través de la mirada de los hombres de su tiempo, vemos sus temores tanto como sus deseos de experimentar las epopeyas griegas

²⁰⁹ *Ibidem*, p. 94.

²¹⁰ Tanto el Dorado como las Amazonas están muy presentes en la experiencia de Jiménez de Quesada, quien afirmó que le habían informado de una “tierra donde mujeres reinan y mandan”, Jiménez de Quesada, *Extracto del epitome...*, f. 5v. Sobre el Dorado véase Juan Gil, *Mitos y utopías del descubrimiento: El Dorado*, Tomo III, Madrid: Alianza, 1989.

²¹¹ Germán Arciniegas, *Jiménez de Quesada*, Bogotá: ABC, 1939, p. 337.

²¹² Cita del propio Pigafetta, *Primer viaje...*, p. 3. Respecto a la predisposición colombina véase M^a. Flores, “Los relatos de viaje al Océano Pacífico: el Estrecho de Magallanes y la leyenda de los patagones”, *Tiempos Modernos*, 28, 2014, pp. 1-28.

²¹³ Néstor García Canclini, “¿Qué son los imaginarios y cómo actúan en la ciudad? (entrevista realizada por Alicia Lindón, 23 de febrero de 2007)”, *EURE*, 99, 2007, p. 90.

y romanas, y vivir aventuras reseñables como las que leían o escuchaban en novelas de caballería, libros de viajes o cantares medievales.

Miedos propios y extraños

El miedo es inherente a nuestra naturaleza, ambiguo y un reflejo indispensable, como afirma uno de quienes más páginas ha dedicado a su estudio en la historia del ser humano, Jean Delumeau²¹⁴. Es fundamental como mecanismo de defensa que permite la respuesta a las amenazas de la propia supervivencia, pero también constituye un terrible bloqueo cuando sobrepasa las dosis tolerables. De hecho, es referido por Tomás de Aquino (s. XIII) en la *Suma Teológica*²¹⁵ como una pasión de ira que cercena la imaginación de futuro o esperanza y el comportamiento audaz²¹⁶. En este sentido, a lo desconocido se le profesa tradicionalmente un miedo especial por su propia condición inédita, que puede o suele mezclarse con el resto de los miedos convencionales. Por un lado, se manifiesta el ya comentado miedo a esa primera fase transatlántica por la inmensidad del mar²¹⁷, muy presente en los relatos de los casos estudiados. El propio Luis Ramírez destaca el “gran espanto” que sintieron cuando “las naos comenzaron a jugar por las grandes olas que la mar hacía con el gran viento”, que a aquellos que nunca lo habían experimentado “nos puso en tanto aprieto y congoja como nunca pensamos ver”²¹⁸.

Una vez llegados a las Indias occidentales, la avidez de novedades junto a los estímulos visuales y olfativos hacían que la imaginación desembarcara antes que los pies, dando rienda suelta a todas esas historias que desde infantes habían oído en las epopeyas y los cantares, y a las grandilocuentes experiencias de los primeros marinos que pocos años antes les precedieron. En estas primeras experiencias sobre los territorios de ultramar, se generan algunas bisoñas dinámicas

²¹⁴ Jean Delumeau, *El miedo en occidente*, Madrid: Taurus, 2022.

²¹⁵ En cierta forma sintetiza la corriente de pensamiento clásico y el de San Agustín. Tomás de Aquino, *Suma Teológica* (s. XIII), Madrid: Biblioteca de autores cristianos, 2001.

²¹⁶ Dolores Pralon-Julia, “Una teoría del miedo en el siglo XVII: el De metu... de Cabrerros de Avendaño”, *Criticón* 23, 1983, pp. 40-41.

²¹⁷ En lo relativo al miedo a la mar, véase Moya, “Entre la vida y la muerte...”, pp. 127-158.

²¹⁸ Ramírez, *Carta...*, f. 116r.

semejantes a las experimentadas por las infantiles mentes de niños en sus primeros pasos con el mundo, donde tratan de comprender todo lo nuevo que perciben convergiendo lo concreto, lo abstracto y lo surgido de esa interrelación, como plantea Henri Lefebvre respecto a lo percibido, lo concebido y lo vivido²¹⁹. Es sobre el terreno donde los hombres de las huestes estudiadas experimentaron el miedo a la “barbarie” del Otro, donde era de temer los indios caníbales, pues “comen carne vmana”²²⁰. Problema el de la aparente voracidad del “Otro”, que no solo hace temer el dolor de la muerte terrenal, sino el destino de sus restos “sepultados en su vientre”. Así sucedió a los naufragos de las naves de apoyo para Quesada en el Magdalena²²¹, o a los cautivados por indígenas del Magdalena, cuyos cráneos hicieron las veces de cuencos:

por debajo de la lengua agujereaban el paladar a los españoles y les echaban una cabuya que es los mismo que sogas o cordel y las traían por sus borracheras, y otros les iban cortando de la carne y asándola en su presencia, de la calavera hazían totumas para beber²²².

En este sentido, encontramos una fuerte expresión cultural en la necesidad de intentar garantizar cristiana sepultura a los compañeros²²³, como les gustaría que con ellos fuera, llegado el caso: “que sy fuese su capitán muerto q no los dexase [en] el Rio que lo sacase porque haría servicio a diós e a V. M e yo dixese

²¹⁹ Henri Lefebvre, *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing Libros, 2020.

²²⁰ Ramírez, *Carta...*, ff. 118v y 120v; Schmidl, *Derrotero y viaje...*, pp. 15 y 27. Y en el Magdalena Jiménez de Quesada, *Epítome...*, fol. 2v; o Aguado, *Recopilación...*, p. 49. Y años más tarde, la *Relación de monasterios* afirma de los panches que “comen carne humana pero no tanto como solían”. IVDJ, E25, C41, 492, f. 2r.

²²¹ Aguado, *Recopilación...*, p. 80. Y en *Relación del descubrimiento y población de Santa Marta*, fechado por error en 1532/1533, Patronato, 27, R. 9, s. f.

²²² Caso relatado tardíamente sobre los españoles cautivos por indígenas carares en el río Magdalena *Cartas de Audiencia*, 1603. AGI, Santa Fe, 18, R. 4, N. 29, f. 4v.

²²³ El ritual funerario judeocristiano otorga gran importancia al tratamiento material de los fallecidos en una práctica sincrética entre la tradición judía y elementos romanos. Bonifacio Bartolomé Herrero, “Los usos funerarios en la Alta Edad Media. Tradición cristiana y reminiscencias paganas”, *Medievalismo* 6, 1996, p. 38.

que [me] plazia q no los dexaria”²²⁴. Esta trágica circunstancia también la experimentaron en el caso del Magdalena aquellos hombres enfermos que se llevaban a bordo pues “cada día morían” sin otro miramiento que arrojarlos por la borda, siendo el río su fría y única mortaja²²⁵.

Asimismo, también se teme la pérdida del cuerpo por ser devorado por bestias, como aquellos que “fueron sepulturas vivas entrañas de las bestias fieras” o aprovechado por la “aves carniceras”²²⁶. Esto nos permite enlazar con otro de los miedos que tuvo especial recorrido en América, las fauces de las fieras que en tierra y en agua amenazaban sus vidas. En el agua y sus proximidades los caimanes y las anacondas eran las fieras temidas, puesto que no dejaban lugar al despiste en las bordas y en las riberas. En el contexto magdalenense son las crónicas más numerosas de descripciones sobre caimanes, “pues por los ríos desta circunstancia / Hay destas bestias fieras abundancia”²²⁷. Asimismo, Fray Pedro de Aguado detalla las características del llamado caimán: “son pescados de á diez, doce, quince, veinte y más pies de largo, de hechura de lagartos y de ferocidad de carniceras y caribes fieras”; así como su proceder al arrebatar a los soldados de tal forma que eran “sumergidos debajo del agua, sin poder ser remediados ni socorridos, y así recibían muy miserables y crudelísimas muertes”²²⁸.

Por su parte, las anacondas llamaban poderosamente la atención de los castellanos, cuyas experiencias con culebras peninsulares distaba mucho en dimensiones de lo que estaban viendo, lo que favorecía la traslación de la monstruosidad pliniana. En las crónicas sobre ambas cuencas se describe esta “acuática serpiente / Que hasta hacer presa no se siente”²²⁹, como culebra de “unos buenos catorce pasos y en el medio [...] tan grande como un hombre en la grosura y era salpicada de negro y amarillo”²³⁰. Es interesante la coincidencia en el modo con que ambas huestes perciben a estos grandes y peligrosos animales, y el interés

²²⁴ *Relación y derrotero de Diego García: La Coruña-río Paraná*, 1530, AGI, Patronato, 44, R. 2, f. 4r.

²²⁵ Simón, *Noticias...*, p. 95; Jiménez de Quesada, *Epítome...*, f. 2r.

²²⁶ Castellanos, *Elegías...*, p. 439.

²²⁷ *Ibidem*, p. 384.

²²⁸ Aguado, *Recopilación...*, p. 90.

²²⁹ Castellanos, *Elegías...* p. 407.

²³⁰ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 13.

que muestran en describir su forma de ataque, a modo de prevención a todo aquel que lea sus líneas:

Cuando éstos, sean gentes o animales salvajes, quieren beber o bañarse o quieren nadar hacia la otra banda del río, viene la víbora o serpiente; estira siempre la cabeza por sobre el agua y mira [...] viene nadando bajo el agua hacia donde está el hombre o el animal salvaje y la víbora pega su cola alrededor de las piernas o el cuerpo [...] los arrastra con ella bajo el agua y los ahoga y los come; y de esto yo y mis compañeros damos testimonio²³¹.

En tierra el miedo a los ataques de los felinos americanos era una constante, pues “por parte de tierra menos seguros iban, y con no menos temor de recibir semejantes daños”, afirmando que “en todas aquellas riberas y tierras comarcanas al río grande” hay unos tigres que son “animales ferocísimos y enemiguísimos de la humana naturaleza”²³². Estos jaguares están también presentes en la cuenca del Plata, pues “también hay de los tigres muchísimos”²³³ y “son cosa muy temerosa”²³⁴, siendo su denominación actual derivada de yaguareté en lengua guaraní. Su proceder es descrito también con mucho detalle en el Magdalena:

al tiempo que hace la presa este animal es tan veloz y tan ligero en el acometer, y tan cruel en el echar mano ó asir del hombre, que del primer golpe queda con las manos y uñas, secundando con la presa de la boca, que aunque le quiten la presa de entre las manos no tiene remedio su vida, y por eso pocas veces los soldados y españoles procuran seguir un animal de estos á quitarle el hombre que ha tomado, el cual llevan á cuestas ó arrastrando con tanta facilidad como un gato lleva un ratón²³⁵.

En las descripciones presentes en las crónicas, vemos el modo en que se busca explicar lo desconocido con los parámetros conocidos, pues la “similitud así en el talle de la persona como en el acometer y hacer la presa, es muy grande

²³¹ Schmidl, *Relatos de la conquista...*, pp. 54-55.

²³² Aguado, *Recopilación...*, p. 90; también presente en Castellanos, *Elegías...*, p. 304.

²³³ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 48.

²³⁴ Ramírez, *Carta...*, f. 118v.

²³⁵ Aguado, *Recopilación...*, p. 90.

la que el tigre tiene al gato, excepto que es de grandor de un muy crecido mastín y mayor”²³⁶. Esta intención de “traducir” todo lo que experimentan bajo códigos inteligibles es una constante en la descripción de los peligros naturales, lo hemos visto con el uso de culebras y lagartos para anacondas y caimanes, la comparativa del jaguar con gatos y mastines en las dimensiones, y sucede con las aves carniceras (el buitre negro llamado “gallinazo” o gallinaza”²³⁷, en alusión a la gallina de raza castellana negra)²³⁸. Lo mismo ocurre con los gusanos que bajo la piel generan inflamación, que llamaron “barros” al compararlos con los gusanos que en Castilla se meten en los bueyes y los corzos cuando andan por barrizales²³⁹.

La oscuridad de la noche también incrementa los miedos del hombre, pues como conocen por los salmos es momento en que sobrevienen las felinas fieras y “animales dañinos”²⁴⁰. Así lo experimentan sobre el terreno cuando pese a colgar “muy alta la hamaca” del compañero herido, el silente felino “antes que la aurora lumbre diese / Llevólo sin que nadie lo sintiese”²⁴¹. Juan de Castellanos situó en el Magdalena la noche como escenario predilecto de las “bestias fieras [...] que saltan en las noches oscuras”²⁴². En este sentido, no cabe duda de que la oscuridad merece unas líneas en este apartado, pues se revela necesario acercarnos a la sensación de absoluta vulnerabilidad que pudieron sentir aquellos pocos hombres acampados en las desconocidas riberas de estos ríos, cuando la oscuridad

²³⁶ Aguado, *Recopilación...*, p. 91.

²³⁷ Castellanos, *Elegías...*, p. 231.

²³⁸ El término gallinazo se recoge por Guillermo Abadía Morales en el *Vocabulario Folclórico Colombiano*, Bogotá: Fondo de Promoción y Cultura del Banco Popular, 1994, p. 119; pero no alude a su origen y presencia en las primeras crónicas castellanas como la mencionada, lo que sitúa el término como resultado de la experiencia propia y nueva en el siglo XVI. La gallina de raza negra castellana era predilecta de la reina Isabel y promovió su envío a ultramar. Véase Noelia del Val Castellanos, “Estudio e investigación de mercados sobre la gallina de raza negra castellana”, Tesis doctoral inédita, Valladolid: Universidad de Valladolid, 2019.

²³⁹ Aguado, *Recopilación...*, p. 91; Castellanos, *Elegías...*, pp. 439 y 443; *Relación de monasterios y frailes en el nuevo reino de granada*, IVDJ, E25, C41, 492, f. 3v.

²⁴⁰ Referencia bíblica parte del imaginario castellano. En *Salmos* 104, 20.

²⁴¹ Castellanos, *Elegías...*, p. 440.

²⁴² *Ibidem*, p. 439.

de la noche les dejaba a merced de aquellos guerreros naturales que conocían el territorio y sus “caminos”.

La noche y sus tinieblas son un miedo clásico del hombre cristiano²⁴³, muy presente en la tradición bíblica como contraposición a la luz de Cristo²⁴⁴, y recursos literario recurrente, como lo emplea Lope de Vega en sus *Rimas*, definiendo la noche como “una fabricadora de embelecós” a la que todo lo malvado se le atribuye²⁴⁵. Por su parte, es la noche también temida en el testimonio de Ramírez cuando relata cómo “en el camino se levantó un tiempo que nos tomó de noche en mitad del río”²⁴⁶. Tuvieron entonces que aligerar lastre y buscar una isla cuanto antes para no quedar en la oscuridad a merced de un río que, si ya se percibe hostil por el día, más devorador lo es por la noche. En definitiva, la oscuridad da paso a otro mundo en el que vagan con libertad e indistinción toda clase de amenazas propias y extrañas.

Además de los peligros externos derivados de los conflictos con grupos indígenas y de la peligrosa fauna que a cada paso encontraban, debemos tener en cuenta los miedos a los peligros internos. En primer lugar, el infortunio o la mala planificación generaban situaciones de extrema necesidad, hambrunas tan terribles que se convertían en la principal causa de mortalidad, como en la larga espera de la hueste de Quesada a los bergantines que remontaban el río²⁴⁷, o la mala planificación de Pedro de Mendoza a la hora de preparar la empresa indiana que empujó al hambre extrema en la joven fundación de Buenos Aires²⁴⁸. Observando a aquellos que lograban superar este tipo de situaciones extremas, es muy notable el modo en que se deshacían en toda clase de agradecimientos a Dios y a la Virgen por haber atendido a sus ruegos y oraciones: “Yo gracias a Nuestro Señor al cabo de tantas fatigas y trabajos [...] estoy muy bueno de salud”²⁴⁹.

²⁴³ Delumeau, *El miedo...*, p. 110.

²⁴⁴ Juan 12, 96; Is. 60, 19 ss.; Miq. 7, 8 ss.

²⁴⁵ Lope de Vega, poema CXXXVII “A la noche”, en *Rimas*, 1605.

²⁴⁶ Ramírez, *Carta...*, f. 118r.

²⁴⁷ Aguado, *Recopilación...*, p. 52.

²⁴⁸ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, pp. 7 y 8.

²⁴⁹ Ramírez, *Carta...*, f. 115r. “Mas plugo a Nuestra Señora de nos salvar, de manera que ninguna persona pereció”, f. 117r.

Por otro lado, se puede agradecer a quien le otorga protección en la misma medida que se teme su castigo, puesto que otro de los miedos registrados tiene que ver con el castigo divino como consecuencia de acciones que entendían “desservicio de Dios”. Son numerosos los episodios en el amplio proceso de conquista en América que pudieron acarrear mala conciencia y el consiguiente castigo divino bajo la interpretación de sus protagonistas²⁵⁰. Concretamente, en los casos analizados, encontramos desde los primeros pasos de los castellanos en Santa Marta expresiones como “quisieron como cristianos poner á su Dios en medio, á quien no se debía hacer ningún desacato, so pena de *ipso facto* recibir temporal y espiritual castigo”²⁵¹.

Valor simbólico de las naves castellanas

La importancia simbólica que en la cosmovisión cristiana se les otorga a las embarcaciones es notablemente menor que la evaluada en los casos indígenas. Sin embargo, dentro de las tradiciones que conforman el imaginario ibérico, no son pocos los mitos bíblicos y grecolatinos en los que la embarcación constituye un instrumento de la divinidad, desde el arca encargado por Dios a Noe para enfrentar el Diluvio en el Antiguo Testamento²⁵², hasta la nave Argo en la que navegaron Jasón y los argonautas protegidos por la diosa Hera en las *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas²⁵³, sin olvidar al ya mencionado barquero del Hades, Caronte²⁵⁴. Esta vinculación simbólica con la nave halla su inicio en el ritual consagración, bautismo y botadura, puesto que la encomendación a Dios, a la Virgen y a los santos se antojaba fundamental para lograr que una nave fuera “bien aventurada” y no cayera en gafe o en desgracia. En el ámbito hispánico los

²⁵⁰ Como la ejecución de Atahualpa y la consiguiente maldición vengadora, en Francisco M. Gil García, “Los incas de principio a fin. Mito, historia y tradiciones inventadas”, *Actas de las Jornadas de Historia sobre el Descubrimiento de América*, 2019, p. 296.

²⁵¹ Aguado, *Recopilación...* p. 32.

²⁵² “Noé lo hizo todo tal como Dios se lo había ordenado”. *Gn* 6, 22.

²⁵³ Apolonio de Rodas, *Argonáuticas*, Madrid: Edición BNE, 1919.

²⁵⁴ Francisco P. Díez de Velasco Abellán, *El origen del mito de Caronte. Investigación sobre la idea del paso al más allá en la Atenas clásica*. Tesis doctoral inédita, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1988.

nombres mayoritariamente de carácter devoto de las embarcaciones se declinan en dos vertientes: santos a quienes se entrega la nave o patronos de la feligresía del lugar de construcción²⁵⁵.

En este sentido, cuando una nave está terminada y se dispone a tocar agua para su primer gobierno, el sacerdote rociaba con agua bendita las distintas partes vitales de la nave al tiempo que las recorría leyendo los evangelios con protagonismo del de San Juan sobre el episodio de Jesús caminando sobre las aguas, hasta finalmente cerrar con “Benedictio Dei omnipotentis, Patris et Filii et Spiritus Sancti descendant super hanc navim et navegantes in ea, et maneat Semper. Amen”²⁵⁶. Asimismo, este acto de bendición se combinaba o era sucedido con prácticas de raigambre pagana propias de los carpinteros, como la imposición de un ramo, amuletos o una suerte de banquete de comida y vino²⁵⁷. Aunque con menor asiduidad que el ceremonial marítimo de botadura, existe también un tratamiento especial cuando los barcos terminan su vida útil, que puede variar dependiendo de su condición y tiempo, pero que cierra un ciclo vital que nuevamente hace intuir una cierta personificación simbólica de las naves, en tanto que pasan una fase de gestación en el astillero, un nacimiento y bautismo, una vida plena y un final digno²⁵⁸.

En este sentido, siquiera todas las deficiencias que podían existir en el oficio de la mar, la tripulación establecía un fuerte vínculo inmaterial con la nave, como *in illo tempore* hicieran los argonautas, con la que a partir de ese momento compartirían destino. A través de Diego García de Palacio en su temprana obra sobre náutica publicada en Nueva España en 1587, se evidencia lo habituales que eran las analogías entre un ser vivo y la nave: “pues en él hay anima y cuerpo,

²⁵⁵ Elisa Ferreira Priegue, “Benedictio navis novae. Aportaciones al estudio de las celebraciones en torno a la construcción y botadura del buque en la Edad Media y Moderna”, En Manuel Núñez Rodríguez (ed.), *El rostro y el discurso de la fiesta*, Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, 1994, p. 161-162.

²⁵⁶ *Ibidem*, p. 168.

²⁵⁷ Prácticas registradas en el trabajo etnográfico realizado en los astilleros de cántabros de Pasaia (Mayo de 2022).

²⁵⁸ Fernando Ramos Fernández, “El ceremonial marítimo: historia, tradiciones y usos”,

^{en} Dolores del Mar Sánchez González (ed.), *I Congreso Internacional El Protocolo contemporáneo. Desde el Congreso de Viena hasta la actualidad (1814-2014)*, Madrid, Sociedad de Estudios Institucionales, 2014, p. 25.

y potencias aplicadas para todas las obras necesarias a su conservación: y tiene acciones y movimientos necesarios a sus fines, y ordenadas a las vegetativas y a las sensitivas, y estas a las intelectuales”²⁵⁹. De hecho, además de un nombre, cada barco era dotado con ciertos rasgos de personalidad, que lo convertían en una suerte de auxiliar no humano más cerca del caballo que del carro, como se percibe desde la Edad Media en analogías como la hecha por Alfonso X en *Las Partidas*, donde asemeja el aparejado de un caballo con el de un barco, así como las precauciones y las virtudes con las que ambos están igualmente dotados²⁶⁰.

Dicho esto, además de un vehículo esencial, la embarcación constituía también un “refugio” práctico ante los miedos reales e imaginados que se han analizado anteriormente. En alta mar es el barco el único lugar seguro ante una inmensidad acuosa repleta de amenazas, como lo es también durante el remontaje de los grandes ríos americanos donde fuera de la nave “acechan” indígenas caníbales “que comen carne humana”²⁶¹, y Amazonas o mujeres guerreras “con un solo pecho”, como refiere el propio Ulrico²⁶², así como fieras de distinta condición que juzgaban como “cosa muy temerosa”²⁶³. Esta suerte de refugio u hogar itinerante acentúa la condición de espacio social inherente en las embarcaciones como plantea Patrice Pomey, junto a otras facetas funcionales que serán analizadas en adelante²⁶⁴. En suma, vemos como el “nosotros” no está tan lejos de los “otros” tampoco en otorgarle cierto valor simbólico al vehículo con el que protagonizan los desafíos materiales e inmateriales más importantes de su tiempo.

²⁵⁹ García de Palacios, *Instrucción...*, p. 89.

²⁶⁰ Ferreira Priegue, “Benedictio navis novae...”, p. 159.

²⁶¹ Pigafeta sobre el río Paraná, donde relata como devoran años antes a Solís, Pigafeta, *Primer viaje...*, p. 19.

²⁶² Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 31.

²⁶³ Ramírez, *Carta...*, f. 118v.

²⁶⁴ Pomey, “Defining a ship...”, pp. 25-46.

3.5. Antropofagia: ¿una práctica exclusiva del “otro”?

Cuando se habla de canibalismo o antropofagia, se antoja necesario tomar la información con la mayor de las reservas, puesto que se trata del tropo mejor adaptado a la dicotomía de la alteridad²⁶⁵. Es decir, se trata de una etiqueta habitualmente atribuida al “otro”, temido y desconocido, tanto en la percepción castellana del indígena –derivada del imaginario pliniano²⁶⁶–, como en los conflictos interétnicos preexistentes. Así ocurre desde el extremo meridional americano entre yámana y alacalufes de Tierra de Fuego²⁶⁷ hasta los mitos chimila del Bajo Magdalena recogidos por Reichel-Dolmatoff, donde se relata un episodio de canibalismo, “así lo hicieron y lo asaron y se lo comieron”²⁶⁸. Pasa también por las sospechas de canibalismo que los indígenas tenían sobre esos extraños advenedizos barbados, cuando Aguado relata que estas “gentes comen carne humana, y pensaban que asimismo la comían los españoles”²⁶⁹.

En la cuenca del Magdalena este comportamiento se vincula en las fuentes especialmente con aquellos grupos de filiación caribe, concretamente los denominados directamente caribes y caribes-panches. De forma reiterada se les refleja en las crónicas como caníbales²⁷⁰, así como a partir de las acusaciones de unos grupos sobre otros. Tal es el caso de los panches, de quienes Quesada recoge la percepción muisca al referirlos “como caribes, comen todos los onbres que captivan en el campo de batalla”²⁷¹. Por otro lado, en la cuenca del Plata son los grupos guaraníes los descritos reiteradamente como caníbales desde el Delta y Medio Paraná donde “abitan ([tan]) en las yslas otra generació q se llaman los

²⁶⁵ En lo relativo a las dinámicas de contacto con el “otro”, véase Todorov, *Nosotros y los otros...* e Ídem, *La conquista...*

²⁶⁶ Plinio “el Viejo”, *Historia Natural*, libros VII-XI, Editorial Gredos, p. 11. Y Domingo F. Sanz, “El fenómeno del canibalismo en las fuentes literarias grecorromanas: su mención en la mitología y la filosofía antigua”, *Emerita* 81.1, 2013, pp. 111-135.

²⁶⁷ Gusinde, *Los indios...*, p. 1255.

²⁶⁸ Reichel-Dolmatoff, “Mitos y cuentos...”, p. 13.

²⁶⁹ Aguado, *Recopilación...*, p. 45.

²⁷⁰ Jiménez de Quesada, *Epítome...*, f. 2v; o Aguado, *Recopilación...*, p. 49. Y años más tarde, la *Relación de monasterios* afirma de los panches que “comen carne humana pero no tanto como solían”. IVDJ, E25, C41, 492, fol. 2r.

²⁷¹ Jiménez de Quesada, *Epítome...*, f. 2v.

guaraníes, estos comen carne humana”²⁷². También en el Alto Paraná se refiere que “estos comen carne humana”²⁷³, mientras que en la cuenca del río Paraguay:

Los Carios han comido carne humana cuando nosotros vinimos a ellos; cómo la comen lo sabréis en lo que sigue. Cuando estos susodichos Carios hacen la guerra contra sus enemigos, entonces a quien de estos enemigos agarran o logran, sea hombre o mujer, sea joven o vieja, sean niños, los ceban como aquí en esta tierra se ceba un cerdo, pero si la mujer es algo linda, la conservan un año o tres. Cuando ya están cansados de ella, la matan y la comen²⁷⁴.

Asimismo, también en esta cuenca meridional hay contraejemplos como el de Diego García, que describió como “ay vna generacion que se llama chavrruaes que estos no comen carne vmana”²⁷⁵, del mismo modo que las crónicas no atribuyen este comportamiento a grupos chanaes como los mepenes, carca-raes, tambues, incluso chandules-guarníes, que “no comen carne vmana ni hazen mal a los xpianos, antes son amigos suyos”²⁷⁶.

Por otro lado, nos preguntamos si el canibalismo es exclusivo de los “otros” o está presente también el “nosotros” referido por las crónicas. Las huestes fluviales objeto de estudio en este análisis comparativo sufrieron condiciones extremas en un territorio del todo desconocido y durante periodos extraordinariamente largos. En este sentido, hemos podido registrar inaniciones severas en ambos casos, que invitan a un interesante análisis respecto al modo en que el canibalismo es observado y señalado en el “otro”, al tiempo que puede llegar a practicarse entre los propios castellanos como señala fray Pedro de Aguado en el Magdalena, donde hubieron de hacerlo “por conservar su vida”²⁷⁷.

Cada cultura vinculada a una comunidad desarrolla una clasificación alimenticia compartida por todos, en torno a los alimentos comestibles y los no co-

²⁷² García, *Relación y derrotero...*, ff. 4r y 4v.

²⁷³ Ramírez, *Carta...*, ff. 118v y 120v.

²⁷⁴ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 15.

²⁷⁵ García, *Relación y derrotero...*, f. 3v.

²⁷⁶ *Ibidem*, f. 4r.

²⁷⁷ Aguado, *Recopilación...*, p. 53 y Simón, *Noticias...*, p. 80.

mestibles²⁷⁸. Lo que nos ofrecen estos fenómenos es analizar cómo, en coyunturas de extrema necesidad y supervivencia, un grupo puede convenir en trasgredir esos códigos culturales y acceder a lo que consideraban no-alimentos, pues “fue tal la pena y el desastre del hambre que no bastaron ratones, ni ratas ni víboras ni otras sabandijas; también los zapatos y cueros”²⁷⁹. Incluso, “de dos perros que allí teníamos nos combinó matar el uno y comerle”, pues “todo tuvo que ser comido”²⁸⁰. Del mismo modo que se conviene eludir la clasificación cultural de los alimentos comestibles y no comestibles como perros o sabandijas, incluso los no alimentos como los propios zapatos o el cuero de sus aparejos, la necesidad empuja a acceder también a lo censurado tanto en el “otro”, comer la carne de la propia especie, como vimos en la referencia de Simón y destaca sutilmente en el río Magdalena Juan de Castellanos: “la hambrienta gana y atrevida, ninguna cosa halla proivida”²⁸¹. También en las huestes fluviales del río Paraná encontramos ejemplos de antropofagia, cuando Ulrico describe el modo en que tras un ajusticiamiento en el que quedaron los cuerpos a la intemperie, “por parte de otros españoles que ellos han cortado los muslos y los pedazos de carne del cuerpo y los han llevado a su alojamiento y comido”²⁸².

²⁷⁸ Óscar Eduardo Rueda Pimiento, “Consideraciones en torno a la alimentación en la expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada al interior de Colombia (1536-1537). Aportes para una antropología del asco”, *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, n.49, 2015, p. 114.

²⁷⁹ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, pp. 7 y 8.

²⁸⁰ Ramírez, *Carta...*, f. 118r. Y “comía sino hierbas que nunca los hombres tal comieron”. *Ibidem*, f. 119v.

²⁸¹ Castellanos, *Elegías...*, p. 441.

²⁸² Schmidl, *Derrotero y viaje...*, pp. 7 y 8.

Factores logísticos: la preparación de las huestes fluviales

Las empresas de Indias requerían de una labor de preparación logística lo más precisa posible, dado lo remoto de su desarrollo, distante de todo control, apoyo o corrección rápida, lo delicado de su encaje jurídico y lo desconocido de su proyección. Por un lado, el marco jurídico era fundamental para garantizar el difícil control de la Corona sobre los conquistadores y su proceder, así como evitar la superposición de jurisdicciones entre unos y otros, marcando límites geográficos tan solo estimados, dado el bisoño conocimiento de las proporciones reales del orbe. Por otro lado, el desconocimiento y complejidad geográfica del territorio americano exigía una logística que garantizase un aprovisionamiento suficiente, sin olvidar que antes de cada desarrollo de una hueste en América se había de realizar el cruce del Atlántico, lo que implicaba una preparación y un racionamiento que permitiera superar la primera fase sin consecuencias graves para las sucesivas.

Asimismo, era imprescindible estipular el armamento y pertrechos necesarios, como herramientas o material de apoyo, en relación con las necesidades presupuestas por la información recogida en experiencias previas, tanto si se contaban con base de partida establecida como si no¹. En este sentido, a lo largo del

¹ El concepto de base de partida hace alusión tanto al primer asentamiento desde la arribada en Indias, en casos de huestes directas, como aquellos asentamientos avanzados para los casos de huestes de ampliación o derivadas que ya han salido de una base de partida previa. Véase Demetrio Ramos, “Funcionamiento socioeconómico de una hueste de Conquista: la de Pedro de Heredia en Cartagena de Indias”, *Revista de Indias* 29, 1969, p. 395.

presente capítulo será examinada toda la labor logística previa al desarrollo de las huestes fluviales de la década de los treinta del siglo XVI en los ríos Magdalena y Paraná. Para ello, son desplegados cuatro apartados en los que se analiza el aprendizaje obtenido en las experiencias inmediatamente anteriores, las capitulaciones de Pedro Fernández de Lugo y Pedro de Mendoza, su planificación jurídica y la composición de sendas huestes. Es decir, se diseccionan los factores logísticos abordando las tres vertientes claras observadas: una empírica basada en el aprendizaje de experiencias anteriores, otra jurídica centrada en el marco en que estas empresas se deben encajar y otra organizativa relativa a su composición humana y material.

4.1. Logística y aprendizaje sobre la experiencia: prueba y error

La selección concienzuda de la información acumulada en experiencias previas constituye uno de los pilares fundamentales de una buena preparación, pues como si de un trillado de trigo se tratara, la relación y decantado de todo lo acontecido permite separar el grano de la paja, aprender de la experiencia y aplicarla en adelante. Es decir, los intentos de remontaje que precedieron a las dos grandes huestes tuvieron una relevancia determinante en la logística planteada para el desarrollo de la empresa, respecto a los intereses potenciales, el conocimiento del territorio que recorrer, las gentes con las que entablar contacto o la estimación de fuerza y naves a necesitar. A continuación, siguen dos apartados destinados a analizar todos los antecedentes de Pedro de Mendoza y Pedro Fernández de Lugo en los ríos Paraná y Magdalena, respectivamente, fijando la atención en todas aquellas experiencias que formaron parte, de una u otra forma, en la planificación de sendas empresas fluviales.

Las claves de los intentos fallidos en el río Magdalena

Superada la confusión de la primera fase antillana y, especialmente, tras el descubrimiento a ojos castellanos del Mar del Sur (1513), por el adelantado Vasco Núñez de Balboa —lo que dejó el ánimo de todos “embargado por la sorpresa

y admiración”²—, se incrementó de forma muy notable el interés por encontrar un paso que permitiera alcanzar las islas de las especierías, entre el Índico y el Pacífico. Si bien esta circunstancia sería beneficiosa para la sucesión de expediciones enviadas a las latitudes meridionales de la desembocadura de La Plata, generó también un efecto negativo en la cuenca sur del Caribe. Añadido a la desazón por fracasos de inicios de la centuria como el de Alonso de Ojeda (1509), cundió el desinterés por esta suerte de “Tierra de nadie”, parte nominal de la Castilla de Oro, pero carente de la mirada y control de la Corona, lo que la convertía *de facto* en un espacio propicio para ilícitas incursiones que aprovechaban el vacío de autoridad³.

No obstante, se trata de un periodo muy cambiante por las continuas expediciones que de forma simultánea recorrían mares y océanos, cambiando la percepción de la geografía global de forma muy rápida. En este sentido, la odisea de Magallanes-Elcano logró la primera circunnavegación del orbe, entre 1519 y 1522, lo que tanto demostraba su esfericidad como confirmaba la lejanía de las especierías⁴. Este cambio de perspectiva, junto a conquistas renombradas como la de Hernán Cortés sobre Tenochtitlan (1521), comenzó a situar sobre la mesa objetivos nuevos y propios del vasto territorio cuya silueta habían progresivamente dibujado a lo largo de la navegación de su litoral.

De este modo, al tiempo que se estableció el Consejo de Indias con independencia del de Castilla (1523-1524), Tierra Firme y sus posibilidades comenzaron a captar un interés otrora ausente. El sevillano Rodrigo de Bastidas, quien había visionado la desembocadura de un río Grande en 1501⁵, fue nombrado capitán general y adelantado. Se le dotó de jurisdicción desde el Cabo de la Vela hasta la desembocadura del “río grande” mediante capitulaciones firmadas en Valladolid el 6 de noviembre de 1524, con el fin de “conquistar y poblar”, bajo la imponente Sierra Nevada y en la costa caribe, una provincia y puerto de referencia que

² Clemente L. Fregeiro, *Juan Díaz de Solís y el descubrimiento del Río de la Plata*, Buenos Aires: Porvenir, 1879, p. 51.

³ Juan Friede, *Los Chibchas bajo la dominación española*, Bogotá: La Carreta, 1974, pp. 25-27.

⁴ Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del globo*. Valladolid: Editorial Maxtor, 2017.

⁵ David Ernesto Peñas Galindo y Oscar Arquez Van-Strahlen. *Espacio, poblamiento y sociedad en la región momposina*. Medellín: Editorial Lealon, 1994, p. 19.

ejerciera como puerta de Tierra Firme: Santa Marta⁶. El fundador y gobernador de Santa Marta procuró desarrollar una política pactista con los “indios comarcanos” y acabar con los abusos precedentes, pues “de ningún arte consentia a los indios hacerse demasía”, evitando también el trabajo forzado “sin que por ello diesen justa paga”⁷. La cantidad de pobladores varía mucho en las crónicas⁸. En la capitulación se exigía al menos “çinquenta vecinos, que los quince de ellos sean casados y tengan consigo a sus mujeres”⁹, entre los que se produjo una confabulación que terminó en atentado contra el gobernador¹⁰. Bastidas había tratado de hacer cumplir su compromiso con la Corona como capitulante respecto al tratamiento de los indígenas —“tengáis mucho cuidado que sean tratados como nuestros vasallos y libres e yndustriados en cosas de nuestra Fée”¹¹ —, por lo que hubo de poner límites a los desmanes de algunos capitanes¹².

La muerte del gobernador en 1527 exigió a la Corona buscar una solución que frenara el caos sobrevenido con el mando coyuntural de los capitanes sucesores. Estos, con Rodrigo Álvarez Palomino a la cabeza, no aceptaban la autoridad del gobernador provisional enviado desde la Audiencia de Santo Domingo, Juan de Vadillo¹³. Para ello, la Corona nombró gobernador al comerciante burgalés García de Lerma, quien llegó a Santa Marta con unas trescientas personas, según refleja la relación de gente de 1528¹⁴, con el objetivo de lograr la estabili-

⁶ *Capitulación de Rodrigo de Bastidas por la conquista de Santa Marta*, 6 de noviembre de 1524, Valladolid, AGI, Indiferente, 415, L. 1, 48v-51r.

⁷ Castellanos, *Elegías...*, p. 375.

⁸ Aguado, *Recopilación...*, p. 14; Castellanos, *Elegías...*, p. 375.

⁹ *Capitulación de Rodrigo de Bastidas por la conquista de Santa Marta*, 6 de noviembre de 1524, Valladolid, AGI, Indiferente, 415, L. 1, 48v.

¹⁰ *Carta del gobernador García de Lerma a la Real Audiencia de Santo Domingo sobre desorden y muerte de Bastidas*, 10 de febrero de 1530, AGI, Patronato, 197, R. 8.

¹¹ *Capitulación de Rodrigo de Bastidas por la conquista de Santa Marta*, 6 de noviembre de 1524, Valladolid, AGI, Indiferente, 415, L. 1, 51r.

¹² Castellanos, *Elegías...*, p. 375; Aguado, *Recopilación...*, p. 20.

¹³ Aguado, *Recopilación...*, pp. 30-32; Castellanos, *Elegías...*, pp. 380-381.

¹⁴ *Relación de la gente que va en compañía de García de Lerma, gobernador de la provincia de Santa Marta*, 8 de octubre de 1528, AGI, Contratación, 5536, L. 2, f. 115.

dad necesaria sobre la provincia en que la Corona aún depositaba grandes expectativas como acceso predilecto a Tierra Firme¹⁵.

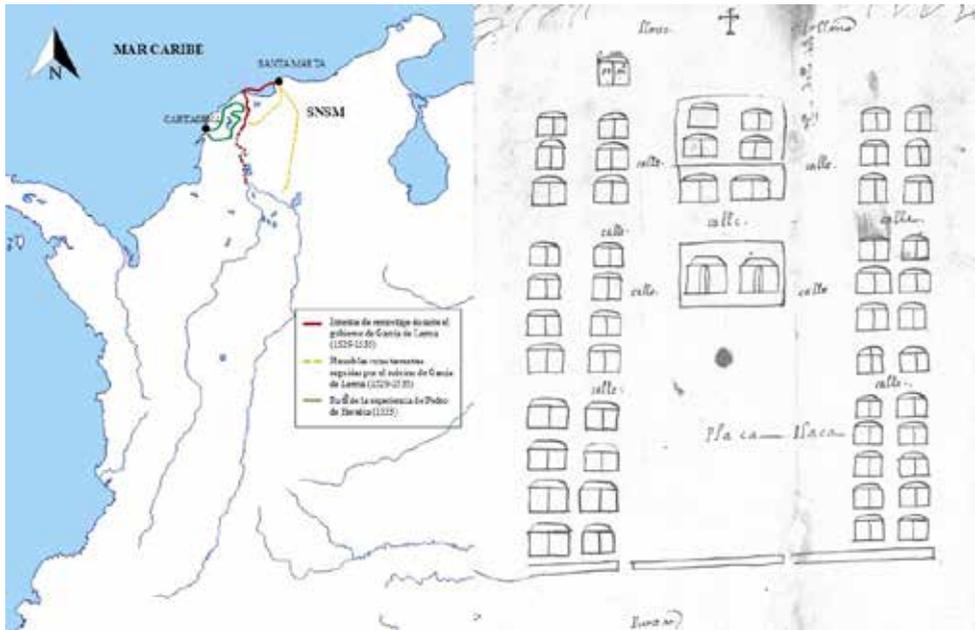


Figura 9. Una aproximación a las rutas de las expediciones castellanas que precedieron al remontaje de 1536. Tanto la experiencia de Heredia en la banda occidental del Magdalena, como los primeros avances por tierra y por agua durante el gobierno de García de Lerma. A la derecha plano de la primera Santa Marta. **Fuentes:** Mapa de elaboración propia junto a dibujo basado en el plano de Santa Marta, AGI, MP-Panamá, 273.

La perenne inestabilidad que asfixiaba a la base de partida por excelencia, Santa Marta, condicionaba de forma muy notable la exploración de un río tan portentoso, dado que esta requería una dedicación de naves, hombres y recursos inviable para una ciudad en la que la hostilidad generada con los grupos indígenas, la ausencia aún de rutas marítimas continuas y la división interna lastraban su porvenir y asfixiaban su presente. No obstante, más allá de la precariedad

¹⁵ Simón, *Noticias historiales...*, p. 56.

sufrida en Santa Marta, la corriente y carga de troncos y ramajes que el río Magdalena desembocaba incluso hasta cuatro millas adentro del mar Caribe, junto a lo impracticable de sus riberas para el avance de una hueste por tierra, había constituido uno de los principales impedimentos para su remontaje durante los primeros años de presencia castellana¹⁶. Sin embargo, conforme se desarrollaba el gobierno de García de Lerma (1528-1535), fueron solventándose paulatinamente los hándicaps que presentaba el ya llamado “río grande de la Madalena”¹⁷. Por un lado, el sobrino del gobernador, Pedro de Lerma, reconoció por tierra una ruta para renganchar el curso principal del río¹⁸, lo que permitía contemplar la posibilidad de un avance simultáneo tierra-agua, mediante el cual bergantines (liberados de peso) y hueste (tan solo con provisiones de medio plazo) pudieran darse apoyo y desarrollar la expedición fluvial con mayor eficiencia¹⁹. No obstante, para ello era necesario que las naves, aún más ligeras, lograran pasar la temida desembocadura y remontar el curso efectivo del río, de lo contrario la hueste tendría que cargar todas las provisiones y pertrechos, progresando por un terreno sumamente abrupto, incluso, contemplando la posibilidad de cargar los bergantines “en piezas por tierra”, para montarlos una vez alcanzado el curso despejado del río, como informa García de Lerma al Rey en 1531²⁰.

En consecuencia, era necesario lograr el modo de superar el delta con una flotilla de embarcaciones ligeras como hasta entonces no se había podido, ya que “la furia de él es tan grande, que no los deja subir”²¹. Efectivamente, tras sucesivos intentos, los pilotos Rodrigo Llano y Jerónimo Melo, castellano y portugués respectivamente, singlaron treinta leguas río arriba y fueron informados por indí-

¹⁶ Castellanos, *Elegías...*, p. 436.

¹⁷ *Carta García de Lerma al rey*, Santa Marta, 9 de septiembre 1532. AGI, Santa Fe, 49, R. 1, N. 4, f. 1r.

¹⁸ Aguado, *Recopilación...*, p. 46.

¹⁹ *Relación de la expedición Pedro García de Lerma*, 19 de abril de 1531. AGI, Patronato, 197, R. 9.

²⁰ *Carta de García de Lerma a Carlos V*, Santa Marta, 26 de octubre de 153. AGI, Santa Fe, 49, R. 1, N. 2.

²¹ *Carta de García de Lerma a Carlos V...*, f. 1v.

genas que aún se podía navegar otras cien²². Así se resolvió el rompecabezas con el que el río Grande había desafiado a Castilla desde principios de siglo.

No obstante, pese a saber que se podía “navegar por el río cinco meses con navíos”, la huida de muchos hombres hacia la llamada de fama que del Perú estaba llegando y la falta de determinación traducida en expediciones frágiles lastraron la posibilidad de culminar un remontaje exitosa durante el gobierno de García de Lerma. Tan solo puede mencionarse el intento de 1534 con 150 hombres y “tres barcos”²³, cuyos resultados insuficientes no hicieron sino aumentar las tensiones con los naturales y alejarse del propósito de la Corona, convencida de consolidar Santa Marta como “las puertas donde se entra a Tierra Firme”²⁴.

En la otra banda del río Magdalena, fue mandado el madrileño Pedro de Heredia, con quien la Corona había firmado capitulaciones el 5 de agosto de 1532, a fin de “poblar y conquistar la costa de Tierra Firme” desde la banda occidental del río Grande de la Magdalena hasta el río del golfo de Urabá²⁵. Según López de Gómara, Heredia pasó a Indias con “cien españoles y cuarenta caballos, en tres carabelas bien artilladas y abastecidas”²⁶. Logró asentarse en el golfo de Cartagena, llamado así por Juan de La Cosa en 1503 por su semejanza al peninsular²⁷. Allí, Heredia fundó el homónimo poblamiento en 1533, que se convertiría en el principal puerto de Tierra Firme: Cartagena de Poniente o de Indias²⁸. Pese a las advertencias de la Corona sobre el tratamiento que había de tener con los naturales, para que “los bautice, yndustrie y enseña las cosas de nuestra santa fe Cató-

²² *Carta García de Lerma al rey*, Santa Marta, 9 de septiembre 1532. AGI, Santa Fe, 49, R. 1, N. 4, f. 1r. Las leguas mencionadas hacen referencia a la legua castellana, correspondiente a 5000 varas castellanas de Burgos o 4190 metros. Sustituida por la legua común por Felipe II en 1568.

²³ *Cartas de gobernadores*, Cartagena, 1 de agosto de 1534, AGI, Santa Fe, 49, R. 1, N. 5 y Castellanos, *Elegías...*, p. 412.

²⁴ Simón, *Noticias históricas...*, p. 56.

²⁵ *Capitulación con Pedro de Heredia*, Medina del Campo, 5 de agosto de 1532, AGI, Indiferente, 415, L. 1, ff. 69r-71v.

²⁶ Gómara, *Historia General...*, p. 81

²⁷ *Ibidem*.

²⁸ Piedrahita, *Historia general...*, pp. 81-82.

lica”²⁹, las relaciones con los grupos indígenas de la región fueron nefastas, por lo que “vinieron a España él y su hermano presos”³⁰. Las infaustas experiencias que se desarrollaron de esta banda del río también constituyeron un ejemplo significativo para la hueste de Quesada, que sí lograría los objetivos y señaló a unos y a otros como culpables de no tener “respecto a otro bien publico nin pribado, sino a sus intereses”. Según Quesada, sus antecesores saquearon y acabaron con los poblados cercanos e, incluso, “las sepulturas del Cenú”³¹. La hueste de Heredia realizó cabalgadas por la banda occidental del río Magdalena y avanzó por el curso bajo del río Cauca³².

Año	Capitán	Río/Tramo	Capitán general	Naves / hombres	Fuente
1526	Capitanes de Bastidas	Bajo Magdalena	Bastidas	-	Aguado
1531	Pedro de Lerma (Sobrino del gobernador)	Bajo Magdalena (ruta alternativa por tierra)	García de Lerma	200 hombres	AGI, Patronato, 197, R. 9 y Aguado
1532	Rodrigo Llano y Jerónimo Melo	Magdalena Medio (30 leguas río arriba)	García de Lerma	2 o 3 naves / 50-120 hombres	AGI, Santa Fe, 49, R. 1, N. 4 y cronistas coetáneos
1533-1535?	Los hermanos Heredia	Río Cauca y banda occidental del Magdalena	Pedro de Heredia	-	Santa Fe, 72, N. 1

Tabla 7. Expediciones o intentos de remontaje que precedieron a Gonzalo Jiménez de Quesada. **Fuente:** elaboración propia.

²⁹ *Capitulación con Pedro de Heredia*, Medina del Campo, 5 de agosto de 1532, AGI, Indiferente, 415, L. 1, ff. 69r-71v.

³⁰ Gómara, *Historia General...*, p. 81.

³¹ Jiménez de Quesada, *Extracto del epitome...*, f. 2r.

³² 26 mayo de 1535, AGI, Santa Fe, 72, N. 1. Y en Gómez, *Pedro de Heredia...*, p. 37.

En resumen, la experiencia acumulada en intentos previos de remontaje constituye una fuente extraordinaria de información para la logística y planificación de la hueste, que logrará remontar el río Magdalena bajo el mando de Jiménez de Quesada en 1536: “Los de estas provincias de Santa Marta y Cartagena, aunque mas los de S Martha que estuvo poblada mucho antes que Cartagena dende que Bastidas la poblo, yban siempre por este río Grande los gobernadores o sus capitanes descubriendo las tierras y provincias que hallaban”³³.

Por un lado, desde que Rodrigo de Bastidas ve la boca por vez primera y hasta las infructuosas expediciones mandadas por García de Lerma, se acumularon toda una serie de dinámicas de contacto con naturales en las que por “lenguas de indios” fueron conociendo las posibilidades del río³⁴. Esto motivó a la Corona a firmar con Pedro Fernández de Lugo una de las capitulaciones más ambiciosas por número y calidad de la gente³⁵. Por otro lado, los fracasos de García de Lerma sí permitieron superar los hándicaps y proporcionar las pistas a la logística de quien continuara la labor. Quedó clara la necesidad de realizar un avance simultáneo tierra-agua mediante la combinación de bergantines que remontaran el río “vandeando y dando ayuda”, al tiempo que el resto de la hueste avanzara por las riberas³⁶. Asimismo, esas infructuosas experiencias pusieron sobre la mesa la necesidad de tomarse el remontaje con seriedad y determinación, sin detenerse en los primeros tramos a rescates y cabalgadas³⁷. El futuro gobernador Fernández de Lugo alentó a los hombres que bajo el mando de Gonzalo Jiménez de Quesada

³³ Jiménez de Quesada, *Extracto del epitome...*, f. 1r.

³⁴ *Carta García de Lerma al rey*, Santa Marta, 9 de septiembre 1532. AGI, Santa Fe, 49, R. 1, N. 4, f. 1r.

³⁵ *Capitulación con Pedro Fernández de Lugo*, Madrid, 22 de enero de 1535, AGI, Indiferente, 415, L. 1.

³⁶ Jiménez de Quesada, *Extracto del epitome...*, f. 2v.

³⁷ Por rescate se entiende entonces como de “cambio o permúta”. *Diccionario de Autoridades*, Tomo V (1737), 3º entrada. Aplicándose en Indias como un intercambio de elementos manufacturados por materias primas de alto valor. Gutiérrez Escudero, Antonio, Las capitulaciones de descubrimiento y rescate: La Nueva Andalucía Araucaria. *Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, vol. 11, núm. 21, 2009, p. 261. Por cabalgada se entendía realizar incursiones en territorio “enemigo”, El *Diccionario de Autoridades* lo define en su primera entrada como “La acción de correr la gente de guerra y dañar las tierras enemigas, que oy mas comunmente se llama Correría”, Tomo II (1729).

había destinado a la expedición fluvial y les auguró éxito si “tomais mas de veras que Lerma lo tomo tiempo pasado”³⁸.

Primeras experiencias en la cuenca del Plata

De modo parecido al río Grande de la Magdalena, el primer visionado de la desembocadura de La Plata por parte de navegantes europeos se produce apenas iniciando la centuria decimosexta. En este caso, se lo debemos a Américo Vesputio, florentino naturalizado castellano en 1505, quien mandado por Manuel I de Portugal buscaba paso meridional a las especierías a inicios del siglo XVI³⁹. Estas experiencias tan superficiales no aportan gran información a las que les sucedan, como vemos también en el paso por la desembocadura de La Plata de la expedición de Fernando de Magallanes, otro castellano naturalizado y caballero comendador de la orden de Santiago, que mandó en 1520 a Juan Rodríguez Serrano que realizara una pequeña exploración en el río Uruguay⁴⁰. Por otra parte, en lo que a las experiencias netamente portuguesas se refiere, entre 1514 y 1530 se producen distintos viajes exploratorios que buscan definir el litoral brasileño desde la desembocadura del Amazonas hasta la de La Plata, siendo las más destacadas las de João de Lisboa y Estêvão Fróis (1514) y la de Pero Lopes de Sousa (1530)⁴¹.

Hallar un paso o estrecho hacia las especias era la principal motivación de las naves que singlaban al oeste en estas primeras décadas de centuria, especialmente motivado tras el mencionado hallazgo de Núñez de Balboa⁴². Precisamente, este fue el cometido que la Corona otorgó en asiento a Juan Díaz de Solís en 1515, natural de Lebrija y titulado piloto desde 1508⁴³, quien se convirtió en el

³⁸ Castellanos, *Elegías...*, p. 434.

³⁹ Gómara, *Historia general...*, p. 102.

⁴⁰ Pigafetta, *Primer viaje...*, p. 19.

⁴¹ Gustavo G. Politis, “Las implicancias arqueológicas del Diario de Pero Lopes de Sousa (1531) durante su viaje al Río de la Plata y al Delta Inferior del río Paraná”, *Revista del Museo de Antropología* 7.2, 2014, p. 318.

⁴² Fernández de Oviedo, *Historia general...*, p. 81.

⁴³ *Título de piloto a Juan Díaz de Solís*, Burgos, 22 de marzo de 1508, AGI, Indiferente, 1961, L. 1, f. 21r. (2).

primer español que encaraba la desembocadura de La Plata y se adentraba “algunas jornadas”⁴⁴. Al bajar en botes, fue muerto a manos indígenas y canibalizado junto a parte de sus hombres. El desenlace quedó registrado en la Tesorería de la Casa de la Contratación, pues “el viaje el qual dicho Juan Diaz de Solís no hubo otro provecho alguno por causa de la muerte del dicho [...] al qual mataron los indios en un río dulce junto a la isla Martín García”⁴⁵. A esto añade Pigafeta en la crónica de su paso por la desembocadura que aquí Juan de Solís “fue comido con sesenta hombres de su tripulación por los caníbales”⁴⁶. No cabe duda de que se trató de un episodio muy traumático y de gran impacto en el imaginario de todo aquel que se aproximaba a estas meridionales latitudes, como denota su también presencia en cronistas generales de Indias como López de Gómara (1552)⁴⁷.

Sin embargo, las dos principales y más relevantes expediciones que preceden a Pedro de Mendoza en el remontaje del río Paraná son la de Diego García de Moguer y la de Sebastián de Caboto, ambas entre 1526 y 1530. Del primero, natural de Huelva, sabemos su amplia experiencia en la mar con participaciones en algunas expediciones tan relevantes como la del propio Solís, pues fue parte de la tripulación que regresó tras el incidente y con quien “había descubierto aquellas tierras”⁴⁸. Además, aún se debate su plausible participación en la mencionada primera circunnavegación planetaria entre 1519-1522⁴⁹. Del segundo, natural de Venecia, procedía de una familia náutica que alternaba sus servicios entre Inglaterra y España y fue nombrado piloto mayor en reemplazo de Juan de Solís en 1518⁵⁰.

⁴⁴ Díaz de Guzmán, *Descripción...*, p. 64.

⁴⁵ *Libro manual de cargo y data de la Tesorería de la Casa de la Contratación*, 1515-1524, AGI, Contratación, 4675B, L. 2, f. 6v.

⁴⁶ Pigafetta, *Primer viaje...*, p. 19.

⁴⁷ Gómara, *Historia General...*, p. 133.

⁴⁸ *Relación y derrotero de Diego García: La Coruña-río Paraná*, 1530, AGI, Patronato, 44, R. 2, f. 4r.

⁴⁹ Fernando Rodríguez de la Torre, “Diego García de Moguer”, *Diccionario Biográfico Español*, 2018, <https://dbe.rah.es/biografias/14222/diego-garcia-de-moguer>.

⁵⁰ *Real provisión nombrando piloto mayor y examinador de los pilotos navegantes de Indias a Sebastián Caboto*, Valladolid, 5 de febrero de 1518, AGI, Indiferente, 419, L. 7, ff. 691r-692v.

En ambos casos, se trata de expediciones con distintos propósitos. Diego García de Moguer partió de La Coruña en enero de 1526 con el mandato de penetrar en aquel río que junto a Solís había conocido diez años atrás. Por su parte, Sebastián Caboto salió de Sanlúcar de Barrameda en abril de 1526 para “hazer el dicho viaje y descubrimiento” con el fin de hallar un paso a las especierías o nuevas islas de especias y relacionar toda la información geográfica posible⁵¹.

Sin embargo, es Caboto quien llega primero a la desembocadura de La Plata, donde halló a un náufrago superviviente de la expedición de Solís, que “dio muy buena relación, y también de la gran riqueza que en ella había, diciéndole los ríos que había de subir hasta dar en la generación que tiene este metal”⁵². Esta fuente de información empírica resultó sumamente relevante para el conocimiento del escenario a transitar y la gente con la que tratar; al tiempo, representó una tentación que movió al veneciano a abandonar su mandato original y decidir remontar el río Paraná probando fortuna. Este cambio de planes se recoge de forma excelente en la carta de Luis Ramírez a su padre, hombre de Caboto, pues para la llegada de Diego García a la confluencia con el río Carcarañá, Caboto ya había fundado el fuerte Sancti Spiritus (hoy Puerto Gaboto)⁵³, durante el pentecostés de 1527 y se hallaba explorando ya el río Paraná arriba:

habiendo andado hasta treinta leguas de la boca del dicho Río de Paraguay, estando surtos en una isla por causa del mal tiempo que nos hacía, vimos asomados velas que no pudimos pensar qué velas pudiesen ser. Luego envió el señor capitán general allá una canoa con ciertas personas para que supiesen quienes eran. Y venida la dicha canoa, dijo como era armada de nuestro Emperador, y que venía en ella por capitán general uno que se decía Diego García de Moger; y luego vinieron el teniente del dicho capitán general y un [contador] de Su Majestad para hablar a nuestro general⁵⁴.

⁵¹ *Registro de Armada que incluye Asiento dado a Sebastián Caboto*, 4 de marzo de 1525, AGI, Indiferente, 2495, L. 1, f. 1r.

⁵² Ramírez, *Carta...*, f. 117v.

⁵³ “llamavale la fortaleza desantispíritus” García, *Relación y derrotero...*, f. 4r.

⁵⁴ Ramírez, *Carta...*, f. 121v.

Lógicamente, esta circunstancia supuso un considerable choque entre ambos capitanes y su primacía, que hubo de resolverse enviando por separado emisarios a España. Además, pactaron sobre el terreno mandar de forma conjunta una expedición que llegó con seis bergantines hasta el río Paraguay y las desembocaduras de los ríos Bermejo y Pilcomayo⁵⁵. Pese al buen avance de cada jornada, optaron por regresar al ser informados por un “lengua” sobre una posible confabulación interétnica que se estaba organizando⁵⁶. Ya en el fuerte y reunida la fuerza, recibieron las buenas nuevas traídas por una expedición terrestre capitaneada por Francisco César, quien informó de las riquezas extraordinarias que vieron hacia latitudes andinas, lo que dio lugar a la leyenda de la tierra de los césares sostenida algunas décadas después por el conquistador y cronista Ruy Díaz de Guzmán (1612)⁵⁷.

Finalmente, un ataque indígena en ausencia de los capitanes acabó con la destrucción de Sancti Spiritus, que había quedado con una guarnición de ochenta hombres y tres bergantines. Diego García decidió volver a España en 1529, mientras que Caboto esperó algunos meses para dar represalia por el fuerte y regresar a la península, donde llegó de nuevo antes aun habiendo salido después que García de Moguer. No quedó población castellana estable en la cuenca del Plata hacia 1530⁵⁸.

⁵⁵ *Ibidem*.

⁵⁶ Ricardo N. González, *Puerto Gaboto, génesis y desarrollo social del primer pueblo argentino*, Rosario, s. e., 2014.

⁵⁷ Mito que deriva de la desaparición de la avanzadilla enviada por Caboto a la Sierra de la Plata, encabezada por el capitán Francisco César en 1528. Díaz de Guzmán, *Descripción...*, p. 68.

⁵⁸ *Relación y derrotero de Diego García: La Coruña-río Paraná*, AGI, Patronato, 44, R. 2.

Año	Capitán	Río/Tramo	Capitán General	Naves / hombres	Fuente
1516	Juan Díaz de Solís	Delta medio y alto *	Solís	3 naves / 60 hombres	Fregeiro y Pifageta
1520	Magallanes y Pígfafa	Desembocadura	Magallanes	5 naves / 250 hombres	Pifageta
1520	Juan Rodríguez Serrano	Río Uruguay	Magallanes	1 nao / < 80 hombres	Pifageta
1526	Sebastián Caboto	Medio Paraná y río Paraguay	Caboto	4 naves/ 200/220	Ramírez
1528	Diego García de Moguer	Delta y Predelta	García de Moguer	1 carabela, 1 patache y 1 bergantín desmontado / < 100 hombres	García y Ramírez
1529	Caboto y García de Moguer	Medio y Alto Paraná	Ambos	6 bergantines	Ramírez y García

Tabla 8. Expediciones que precedieron a Pedro de Mendoza en el río Paraná. **Fuente:** elaboración propia a partir de las fuentes documentales.

A partir de las experiencias previas a la expedición de Pedro de Mendoza (1536), se maneja una información absolutamente imprescindible para la organización logística de la misma. Por un lado, se cambia la denominación de río de Solís a río de La Plata, como consecuencia de los vehementes testimonios de Caboto y García respecto a la Sierra de la Plata que desde aquellos ríos se puede alcanzar⁵⁹. Esto supuso un mayor acicate para desarrollar en expediciones sucesivas un remontaje mucho más intenso, del mismo modo que en el río Magdalena pudo suceder con los panes de sal o las esmeraldas. Es decir, se confirma la proyección de grandes ríos desde la desembocadura de La Plata hacia la cordillera conformando la gran cuenca. Esta información es tenida en cuenta a juzgar por el cambio en hombres y naves destinados para Pedro de Mendoza, que multiplica varias veces la mayor de las anteriores dado que las expectativas son más altas. Asimismo, hay información mucho más detallada de las “generaciones” que allí se pueden hallar, lo que condicionó, sin duda, la organización de la hueste, en consonancia con la evolución del contenido de las capitulaciones entre décadas. Mientras que las expediciones de Solís, Caboto y la de Diego García —quizá esta última con mayor interés de población—, eran empresas exploratorias, la de Pedro de Mendoza es una empresa fundamentalmente de conquista y población, como evidencia el garantizar un número muy elevado de hombres y caballos con “armas y artillería necesaria”⁶⁰.

⁵⁹ Ramírez, *Carta...*, f. 119v y García, *Relación y derrotero...*, f. 4r.

⁶⁰ *Capitulación con Pedro de Mendoza*, Toledo, 21 de mayo de 1534, AGI, Indiferente, 415, l. 1, f.144v.

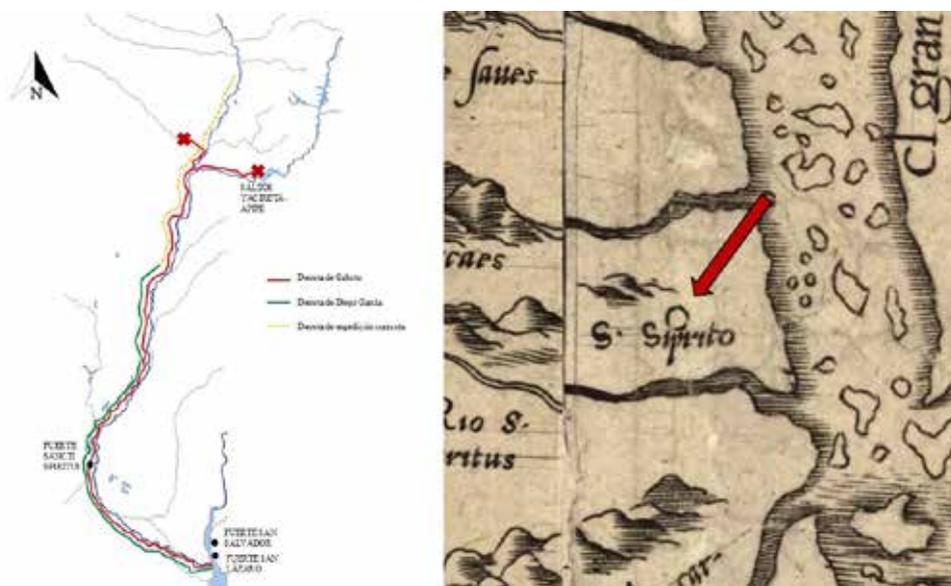


Figura 10. Una aproximación a las rutas de las expediciones castellanas que precedieron a la de Pedro de Mendoza y capitanes. A la derecha detalle en el que se refiere el Fuerte Sancti Spiritus **Fuente:** mapa aproximativo de elaboración propia y detalle del Mapa de Diego Gutiérrez (1562), LC G3290 1562.G7.

Por último, es de tal importancia lo visto y vivido en las experiencias anteriores, que el propio Pedro de Mendoza suplica y pide por merced llevar consigo aquellos que ostentaban ese gran tesoro que suponía la información, tanto castellanos como indígenas. Por un lado, solicita llevar consigo a “los marineros y otra gente de los que fueron en el armada de Sebastian de Caboto”, para lo que la Corona resuelve que los que “quieran yr con vos de su voluntad lo puedan hacer”⁶¹. Por otro, solicita también llevar consigo a los indígenas que la empresa de Caboto había llevado a la península, “De su voluntad y sin premia alguna tornar a la dicha provincia con el dicho don pedro”⁶². Asimismo, se produce una cierta

⁶¹ *Gente para la armada de Pedro de Mendoza*, 21 de mayo en Toledo, AGI, Buenos Aires, 1, L. 1, f. 6v.

⁶² *Licencias de pasajeros para indios de Caboto*, Palencia 22 de agosto de 1534, AGI, Buenos Aires, 1, L. 1, F. 31r.

conexión entre los dos principales capitulantes, pues Fernández de Lugo anheló capitular por La Plata antes que por la provincia de Santa Marta. Así lo deja claro el experimentado Caboto tras ser consultado por la navegación en redondo, pues cuenta que recibió “una carta del adelantado de Canarias por la qual me parece que todavía tiene gana de tomar la empresa del río de parana”⁶³. En definitiva, tal es el valor de la experiencia, que aquellos que aspiraban a emprender expediciones en Indias procuraban consultar o incluso llevar con ellos a todos los que conocieran los horizontes casi ignotos a donde se dirigían.

4.2. El marco jurídico de las huestes: capitulaciones y nombramientos

Hasta 1501 no se establece de forma generalizada la firma de capitulaciones como paso previo para las empresas indianas, aunque sí se había empleado de cierta manera en Canarias o en las conocidas Capitulaciones de Santa Fe, firmadas entre Cristóbal Colón y los Reyes Católicos a finales de la centuria anterior. Precisamente, la razón principal para su regulación fueron los problemas derivados del gobierno de Colón en La Española y la necesidad por parte de la Corona de buscar mecanismos que permitiesen mantener la empresa conquistadora, controlando el proceder de los conquistadores, pero sin que dicho control ahuyentara la iniciativa y los recursos privados, de tal modo que continuaran salvaguardando los propios y minimizando los riesgos⁶⁴.

En este sentido, la Real Provisión de 1495 y sucesivas suponían la ruptura de la autoridad de Colón y la actualización de un sistema de capitulaciones que propiciara la participación de caudales privados y ejerciera como método de control. Esta hornada de capitulaciones que comienzan a promulgarse en el primer tercio del siglo XVI abarca las primeras experiencias superficiales en los grandes ríos analizados, ya que en ellas capitulan nombres como Alonso de Ojeda, quién junto a Rodrigo de Bastidas vio por vez primera la desembocadura del río Grande

⁶³ *Carta de Sebastián Caboto a Juan de Samano*, 24 de junio de 1533, AGI, Indiferente, 1092, N. 46.

⁶⁴ Vas Mingo, *Las capitulaciones...*, p. 29.

de la Magdalena⁶⁵, o Juan Díaz de Solís, cuya penetración en la desembocadura de La Plata sucedió tratando de hallar un paso al Mar del Sur. Entre 1501 y 1518, las capitulaciones tienen un carácter marcadamente exploratorio ante un vasto territorio que cada vez sorprende con nuevas áreas de proyección, dando lugar a una complejidad mayor en adelante, cuando las capitulaciones comienzan a articular todo lo necesario para realizar grandes empresas destinadas a “descubrir, conquistar y poblar”⁶⁶. Esa horquilla temporal, entre la segunda y la séptima década del siglo, es precisamente cuando capitulan las huestes que protagonizan por tierra y por agua el remontaje de los grandes ríos americanos.

Capitulaciones de Pedro de Mendoza y Pedro Fernández de Lugo

El primer paso era entablar contacto entre aquel que quiere promover una empresa de Indias y la Corona, la única con facultad para conceder capitulaciones, a través del “conducto reglamentario” del Consejo de Indias a partir de 1524⁶⁷. En el caso Pedro de Mendoza (1499-1537)⁶⁸, natural del municipio granadino de Guadix, gentilhomme de cámara y caballero de la orden de Santiago, sabemos que escribió al Consejo de Indias transmitiendo su interés en servir para el descubrimiento del río de Solís (La Plata), a juzgar por la respuesta de este respecto a que “puede venir cuando desee a sentar la capitulación”⁶⁹. Por su parte, Pedro Fernández de Lugo (1475-1536)⁷⁰, natural de Sevilla, hijo de conquistador de Canarias a quien sucedió como segundo Adelantado, siendo su hijo quien se encargó de solicitar y negociar su capitulación para Santa Marta “en nombre de don Pero Hernandes de Lugo”, por medio de un “poder espiçial y bastante que

⁶⁵ *Capitulación de Rodrigo de Bastidas por la conquista de Santa Marta*, 6 de noviembre de 1524, Valladolid, AGI, Indiferente, 415, L. 1, ff. 48v-51r.

⁶⁶ *Capitulación con Pedro Fernández de Lugo*, Madrid, 22 de enero de 1535, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 51v y *Capitulación con Pedro de Mendoza*, Toledo, 21 de mayo de 1534, AGI, Indiferente, 415, L. 1.

⁶⁷ Vas Mingo, *Las capitulaciones...*, p. 35.

⁶⁸ Rodríguez de la Torre, “Pedro de Mendoza...”.

⁶⁹ *Carta del Consejo de Indias a [Pedro de Mendoza]*, Ocaña, 30 de marzo de 1531, AGI, Indiferente, 422, L. 15, f. 22r (2).

⁷⁰ Lucena Salmoral, “Pedro Fernández de Lugo...”.

para ello presentastes en el nuestro Consejo de las Yndias⁷¹. En este sentido, lo que se producía en esos contactos previos era una suerte de negociación entre partes, en todo lo relativo a exenciones de tributos, mercedes, concesiones de distinta naturaleza, límites geográficos y temporales, composición etc. como iremos viendo. Generalmente no se tiene registro de esta negociación precedente, puesto que la Corona refleja en las capitulaciones lo acordado y no lo negociado, pero en los propios ítems o en reclamaciones posteriores podemos deducir qué tipo de asuntos fueron centrales en cada caso⁷².

Las capitulaciones podían ser dadas por “mandato real”, como consecuencia de decisiones estratégicas que la Corona sostenía (especialmente en esa primera fase de capitulaciones de exploración), o capitulaciones sostenidas a costa de los capitulantes, que fueron la mayoría entre 1518 y 1596⁷³. En este sentido, los casos que nos ocupan como centrales son huestes que cubren por cuenta propia o con medios propios la mayor parte, sino todos, los costes de la empresa. Son numerosos los ejemplos en los que la Corona deja claro que no tiene obligación de sufragar los gastos generados o gastos nuevos derivados de contratiempos en su desarrollo. Así reza en la capitulación de Fernández de Lugo: “sin que en ningund tiempo seamos obligados a le pagar ni satisfacer los gastos que en ello fiziere mas de lo que en esta capitulación le será otorgado”⁷⁴; también en el caso de Pedro de Mendoza: “en ningún tiempo seamos obligados a vos pagar ni satisfacer los gastos que en ello hizierdes”⁷⁵.

Si bien los intereses y motivaciones de cada escalón de las huestes serán analizados más tarde, los propósitos oficiales podían derivar de la Corona o del capitulante, siendo en el segundo caso conveniente también para los intereses y

⁷¹ *Capitulación con Pedro Fernández de Lugo*, Madrid, 22 de enero de 1535, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 51v.

⁷² *Gente para la armada de Pedro de Mendoza*, 21 de mayo en Toledo, AGI, Buenos Aires, 1, L. 1, f. 6v (1). Respuesta a la petición clara de Pedro de Mendoza sobre hombres con experiencia en el viaje de Caboto.

⁷³ Vas Mingo, *Las capitulaciones...*, p. 38.

⁷⁴ *Capitulación con Pedro Fernández de Lugo*, Madrid, 22 de enero de 1535, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 51v.

⁷⁵ *Capitulación con Pedro de Mendoza*, Toledo, 21 de mayo de 1534, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 145r.

estrategias de la Corona, por lo que Vas Mingo propuso una cierta categorización de capitulaciones: comercio o rescate; comercio y pacificación; descubrimiento; descubrimiento y conquista; descubrimiento, conquista y población; y población⁷⁶. Como suele suceder con las categorías, estas no son fijas ni inmutables, pero están relacionadas con las condiciones, beneficios y ofertas de las partes. En sendos casos analizados el propósito era “descubrir, conquistar y poblar”⁷⁷. Se trataba de territorios en los que la presencia de grandes ríos invitaba a las mayores esperanzas, pues el gobernador García de Lerma ya había informado de las posibilidades del Magdalena: “Aquel rio es de mucha importancia, y tengo creído que Vuestra Majestad se ha de servir de él más que de todas las Indias juntas”⁷⁸. Asimismo, las experiencias de Caboto y García de Moguer habían avivado la idea de la Sierra de la Plata, río Paraná arriba⁷⁹.

Por otro lado, deberíamos añadir la finalidad del “socorro” en esa categorización de Vas Mingo, puesto que este es el propósito convenido para la empresa de Cabeza de Vaca a La Plata tras el resultado incierto de la hueste de Mendoza-Ayolas analizada, para que fuera en “socorro de la gente que en la provincia del rio de la plata esta”⁸⁰.

Si bien la Corona no aportaba dinero en metálico, sí concedía una serie de privilegios si se llevaba la empresa a cabo con éxito. Estas mercedes suponían una fuente de dinero para su receptor, como el título de adelantado, el cargo de gobernador y el oficio de alguacil mayor (vitalicio o por dos vidas), no consolidados si no se realiza o no se logran cumplir los objetivos pactados. De este modo,

⁷⁶ Vas Mingo, *Las capitulaciones...*, p. 39. Un ejemplo de capitulación para poblar sería la de Rodrigo de Bastidas en 1524 quien nes enviado para “poblar”. *Capitulación de Rodrigo de Bastidas*, 6 de noviembre de 1524, Valladolid, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 48v.

⁷⁷ *Capitulación con Pedro Fernández de Lugo*, Madrid, 22 de enero de 1535, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 51v y *Capitulación con Pedro de Mendoza*, Toledo, 21 de mayo de 1534, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 145r.

⁷⁸ *Carta de García de Lerma a Carlos V*, Santa Marta, 9 de septiembre de 1532. AGI, Santa Fe, 49, R. 1, N. 4, f. 2r.

⁷⁹ Ramírez, *Carta...*, f. 119v y García, *Relación y derrotero...*, f. 4r.

⁸⁰ *Navíos para la expedición de Alvar Núñez*, Madrid a 1 de junio de 1540, AGI, Buenos Aires, 1, L. 1, f. 147r. *Traslado de la capitulación original y presente Alvar Nuñez Cabeza de Vaca en el pleito q tratan sobre el socorro q fuese a hazer a la provincia del rio de la Plata*, 18 de marzo 1540, AGI, Justicia, 1130.

la Corona no asume grandes riesgos más allá del equilibrio de su estrategia territorial y algunos nombramientos que atañen al desarrollo desde su partida como capitán de la armada. En cualquier caso, se trataba de una relación asimétrica en lo que respecta al riesgo que asumen las partes de esta vinculación contractual⁸¹.

Los capitulantes aspiraban al cargo de gobernador, que se vinculaba habitualmente con el oficio de alguacil mayor, como en el caso de Pedro de Mendoza, a quien se promete “hazer nuestro Gobernador y Capitan General [...] y hazemos merçed del offiçio de Alguaçilazgo Maior”⁸². Por su parte, Pedro Fernández de Lugo fue también nombrado “Gobernador y Capitán General”⁸³, sin mencionar el alguacilazgo. En lo que se refiere al título de adelantado, se otorga desde 1512 y está inspirado en los “Adelantados Mayores de Castilla”, aunque con menores atribuciones⁸⁴. Se trata de un título que solía estar apoyado al oficio de alguacil mayor, razón por la que quizá no se refleje el alguacilazgo de Fernández de Lugo pero sí su nombramiento de adelantado, como también se le otorga a Pedro de Mendoza: “vos haremos merçed de titulo de nuestro Adelantado”⁸⁵.

Asimismo, es preciso hablar de las atribuciones como la elección de sucesores, los nombramientos sobre el terreno o la asignación de repartimientos (incluyendo a los indígenas), todo ello delegado en los capitulantes. Ya en la capitulación de Pedro Fernández de Lugo se hace reflejar que “cuando Dios nuestro señor fuere servido de llevar al dicho Adelantado” sea su hijo Alonso de Lugo quien le suceda en la gobernación y conserve el título de adelantado⁸⁶. Por su

⁸¹ Este proceder más o menos arbitrario quedará regulado a partir de 1573 “Las Ordenanzas de descubrimientos y Nuevas Poblaciones”. *Ordenanzas de descubrimiento y población*, 13 de julio de 1573, Bosque de Segovia, AGI, Indiferente, 427, L. 29, ff. 67r-93v.

⁸² *Capitulación con Pedro de Mendoza*, Toledo, 21 de mayo de 1534, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 145r.

⁸³ *Capitulación con Pedro Fernández de Lugo*, Madrid, 22 de enero de 1535, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 52r.

⁸⁴ Vas Mingo, *Las capitulaciones...*, p. 70.

⁸⁵ *Capitulación con Pedro de Mendoza*, Toledo, 21 de mayo de 1534, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 145r.

⁸⁶ *Capitulación con Pedro Fernández de Lugo*, Madrid, 22 de enero de 1535, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 52r y 52v.

parte, Pedro de Mendoza nombra a Juan de Ayolas su sucesor sobre el terreno⁸⁷, haciendo uso de la potestad que se le otorgó en la capitulación, pues este solicitó que, si moría sin acabar “el dicho descubrimiento y población”, lo continuara “la persona que por vos fuere nombrada” y gozara de las mercedes que le habían sido concedidas⁸⁸.

Del mismo modo que las propias capitulaciones, también las atribuciones derivadas han transitado por distintas etapas denotando ese carácter de improvisación y adaptación propio de este proceso de conquista. Para la horquilla temporal que afecta a las huestes de la década de 1530, la potestad para realizar atribuciones descansa en los capitulantes, que podían asignar repartimientos durante el tiempo que durase su gobernación. En el caso de Fernández de Lugo fue a dos vidas y vitalicio en el de Pedro de Mendoza. Es decir, se cede a los capitulantes la potestad para realizar repartimientos de tierras o “solares en que hedifiquen casas y tierras”⁸⁹, recordando que debe hacerse como “lo han fecho y hazen los otros nuestros gobernadores de las otras provincias de las nuestras Yndias”⁹⁰.

No obstante, el hecho de no financiar las huestes no significa renunciar a beneficios. Es decir, haya o no haya habido apoyo económico por parte de la Corona, esta es por defecto receptora de todo lo ganado, salvo aquello en lo que estime oportuno conceder. Además de los cargos y atribuciones, sí encontramos una serie de concesiones económicas por parte de la Corona como participaciones en los beneficios del rey o exenciones de impuestos, fundamentalmente concerniente al almojarifazgo y la alcabala, relativos a la salida y entrada de productos, respectivamente. Así se especifica a Mendoza: “franqueamos a vos [...] por todos los días de vuestra vida del dicho almorarifazgo de todo lo que llevardes

⁸⁷ Ratificado por la Corona en *Nombramiento de gobernador en favor de Juan de Ayolas*, 18 de octubre de 1539, AGI, Buenos Aires, 1, L. 1, ff. 107v-108v.

⁸⁸ *Capitulación con Pedro de Mendoza*, Toledo, 21 de mayo de 1534, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 146r.

⁸⁹ *Capitulación con Pedro de Mendoza*, Toledo, 21 de mayo de 1534, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 147r.

⁹⁰ *Capitulación con Pedro Fernández de Lugo*, Madrid, 22 de enero de 1535, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 52v.

[...] con tanto que no sea para vender”⁹¹. Esto podría concederse únicamente al capitulante o los pobladores en extensión; si se quiere incentivar la consolidación poblacional, “franqueamos a los que fueren a poblar las dichas tierras [...] y poblaren el dicho río [...] del almojarifazgo de todo lo que llevaren para proveimiento y provisión de sus casas”⁹².

También se podría pactar participaciones en los beneficios futuros de la Corona sobre los territorios mediante el llamado “juro de heredad”, que podía variar, aunque 1/12 era lo más común en este periodo y se fijaban montos máximos (1500 ducados) y tiempo de percepción⁹³. Por otro lado, a los miembros de la hueste también se les concede el “derecho de cabalgada”, derivado de los servicios que los súbditos cristianos habían de realizar en la guerra peninsular contra el musulmán, mediante razias rápidas de desgaste⁹⁴. Se trata del apoderamiento de todo aquello que tomen a los indígenas, siempre y cuando se trate de “guerra justa”, de modo que se incentive a los conquistadores con la expectativa del botín. En las huestes de la década de 1530 vemos este mecanismo de incentivo de forma clara; la Corona establece que por defecto todo “pertenesçe a Nos”, pero decide ceder a los conquistadores parte de ello una vez saquen el quinto real, “considerando los grandes peligros y trabajos”⁹⁵.

Asimismo, en ocasiones se especifican los casos en los que se halle un tesoro escondido en cerro o templo, que es también para la Corona, aunque cede la mitad a la persona que lo haya encontrado y pena muy gravemente a todo aquel que lo oculte o lo niegue a los oficiales. Por último, también se ofrecen reducciones de impuesto al 1/10 en la explotación en productos preciados como el oro, la plata, las esmeraldas o las perlas durante los primeros años, hasta llegar al pago

⁹¹ *Exención de almojarifazgo a Pedro de Mendoza*, Palencia, 22 de agosto, AGI, Buenos Aires, 1, L. 1, ff. 31r-31v y *Capitulación con Pedro de Mendoza*, Toledo, 21 de mayo de 1534, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 147r.

⁹² *A don Pedro de Mendoza sobre concesiones a habitantes de su gobernación*, 22 de agosto, Palencia, AGI, Buenos Aires, 1, L. 1, ff. 33r-33v y *Capitulación con Pedro de Mendoza*, Toledo, 21 de mayo de 1534, AGI, Indiferente, 415, L. 1, ff. 146v y 147r.

⁹³ Vas Mingó, *Las capitulaciones...*, p. 73.

⁹⁴ *Ibidem*.

⁹⁵ *Capitulación con Pedro de Mendoza*, Toledo, 21 de mayo de 1534, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 146v.

del 1/5 convencional (“del oro que se cogere en las minas nos paguen el diezmo [...] y así descendiendo en cada año hasta llegar al quinto”⁹⁶). Esto era aplicable también al comercio del resto de mercancías⁹⁷.

Mecanismos de control desde la Corona

Si bien por capitulación se entiende como una suerte de contrato⁹⁸, se trata de una figura que no tiene parangón jurídico⁹⁹, pues la Corona no estaba obligada a un proceder recíproco, sino que su papel era autorizar y limitar de forma unilateral una acción sobre territorios conocidos o por conocer¹⁰⁰. Si podemos definirlos como un documento público cuyo autor es el rey (jurídicamente hablando, aunque haya sido redactado por un oficial real), destinado al capitulante o capitulantes que reciben ciertos derechos y se sujetan a ciertas obligaciones. Por esta razón, los autores más destacados del siglo pasado la denominan “concesión por merced Real”¹⁰¹, pues la Corona conserva el monopolio del premio-castigo¹⁰². De hecho, en las capitulaciones estudiadas son habituales referencias a la petición previa de los capitulantes con expresiones como la “mucho voluntad que teneys” y “abeis suplicado” en el caso de Mendoza¹⁰³, o de igual modo en la capitulación

⁹⁶ *Ibidem*, f. 147r.

⁹⁷ Vas Mingo, *Las capitulaciones...*, pp. 72 y 73.

⁹⁸ En el *Diccionario de Autoridades*, tomo II (1729), se define como “Concierto, pacto, convénio hecho entre dos o mas personas para dar fin a alguna dependéncia, sobre que se altercaba o litigaba, o para ajustar algún tratado común a las partes. Parece haverse tomado de la voz Capitulatio de la baxa Latinidad. Latín. Conditio. Pactio”.

⁹⁹ Francisco Morales Padrón, “Las capitulaciones”, *Suplemento de Anuario de Estudios Americanos, Sección Historiografía y Bibliografía* 17.3, 1973, p. 197.

¹⁰⁰ Demetrio Ramos Pérez, *Historia de la colonización española en América*, Madrid: Pegaso, 1947, p. 24.

¹⁰¹ Vas Mingo, *Las capitulaciones...*, pp. 45 y 46.

¹⁰² Arndt Brendecke, *Imperio e información: funciones del saber en el dominio colonial español*, Madrid: Iberoamericana, 2012, p. 258.

¹⁰³ *Capitulación con Pedro de Mendoza*, Toledo, 21 de mayo de 1534, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 146r.

de Fernández de Lugo con expresiones como “me suplicasteis” o “me feçisteis relación de la voluntad”¹⁰⁴.

En este sentido, repasado anteriormente todo lo relativo a la financiación y beneficios, nos centramos ahora en los mecanismos de control que la Corona ejercía o podía ejercer sobre las huestes de Indias, desde el mismo momento de su firma y en adelante hasta su completa finalización. Por un lado, se reclama una suerte de fianza “llanas o abonadas”, siendo en el periodo de las capitulaciones abordadas más propio una suerte de aval, cuyo fiador sí debe ser “lega, llano, abonado”, es decir, que tenga hacienda y no goce de fuero de nobleza o eclesiástico para, dado el caso, poder ejercer el embargo sin cortapisas¹⁰⁵. Por otro lado, se obliga al control en el puerto de toda la carga material y personal, cobrando por ello los derechos reales por salir del reino, cuando no se haya acordado exención como en el caso mencionado de Mendoza¹⁰⁶.

Por otro lado, la Corona se aseguraba llevar ojos allá donde no podía ver, por lo que las huestes habían de incluir a “nuestros offiçiales” durante todo el desarrollo de la misma, o con “parecer y acuerdo de los nuestros officales” en territorios donde ya los hubiera, a fin de garantizar el cumplimiento de los compromisos y el adecuado reparto de lo obtenido¹⁰⁷. Asimismo, en lo tocante a la misión evangelizadora se especificaba la condición *sine qua non* de llevar religiosos que posibilitaran el cumplimiento de las ordenanzas y leyes relativas a la protección de los naturales:

con condición que cuando salierdes destos nuestros reinos y llegardes a la dicha tierra, ayais de llevar y tener con vos las personas rreligiosas o eclesiastcas que por nos serán señaladas para instrucción de los indios naturales de aquella tierra

¹⁰⁴ *Capitulación con Pedro Fernández de Lugo*, Madrid, 22 de enero de 1535, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 51v.

¹⁰⁵ Vas Mingo, *Las capitulaciones...*, pp. 46-47.

¹⁰⁶ *Capitulación con Pedro de Mendoza*, Toledo, 21 de mayo de 1534, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 146v y 147r.

¹⁰⁷ *Capitulación con Pedro de Mendoza*, Toledo, 21 de mayo de 1534, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 146v y *Capitulación con Pedro Fernández de Lugo*, Madrid, 22 de enero de 1535, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 52r.

nuestra Santa Fee Catholica, con cuyo parecer y no sin ellos abeis de hazer la conquista¹⁰⁸.

Condición también presente en la capitulación con Fernández de Lugo que “aya de llevar y tener con él las personas rreligiosas [...] porque de lo contrario nos ternemos por deservidos”¹⁰⁹. En consecuencia, estaban obligados a llevar los religiosos que la Corona designase y “pagar el flete y matalotaje y los otros mantenimientos neçesarios conforme a sus personas [...] vos encargamos que así lo guardéis y cumpláis como cossa del servicio de Dios y nuestro”¹¹⁰. Se trata de una exigencia que resulta sumamente controvertida en el desarrollo de toda hueste, tanto oficiales reales como religiosos, solían convertirse en un inconveniente para los conquistadores y sus ambiciones, puesto que no dejaban de ser ojos reales y espirituales, respectivamente, que podían juzgar cada acción sobre el terreno¹¹¹. De hecho, el propio Pedro de Mendoza parece haber tratado de eludir esta obligatoriedad, según carta del Consejo de Indias a los oficiales de la Casa de Contratación en 9 de junio de 1535, en la que se denuncia que “somos informados que el dicho don pedro de Mendoza se quiere yr a la dicha conquista y no lleva consigo religiosos ni personas eclesiásticas de que ay [...] necesidad para ynstruir a los naturales de aquella provincia”¹¹².

En este sentido, las huestes estaban obligadas no solo a cumplir lo comprometido en las capitulaciones, sino también las “hordenanzas e instrucciones que para esto tenemos fechas”¹¹³, cuya violación repercutiría en penas reflejadas con vehemencia en algunos casos. Si bien a partir de las ordenanzas tomadas en Gra-

¹⁰⁸ *Capitulación con Pedro de Mendoza*, Toledo, 21 de mayo de 1534, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 147v.

¹⁰⁹ *Capitulación con Pedro Fernández de Lugo*, Madrid, 22 de enero de 1535, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 53r.

¹¹⁰ *Capitulación con Pedro de Mendoza*, Toledo, 21 de mayo de 1534, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 148r.

¹¹¹ Vas Mingo, *Las capitulaciones...*, p. 47.

¹¹² *Carta Acordada del Consejo de Indias a los Oficiales de la Casa de la Contratación*, 9 de junio de 1535, Madrid, AGI, Indiferente, 1961, L. 3, f. 282r.

¹¹³ *Capitulación con Pedro de Mendoza*, Toledo, 21 de mayo de 1534, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 148r.

nada en 1526 la obligación de llevar clérigos es clara en los puntos 3º y 4º¹¹⁴, esta determinación de la Corona tiene antecedentes. Las denuncias por el tratamiento a los naturales se venían produciendo desde al menos el sermón del padre Montesinos en 1511¹¹⁵; además, en capitulaciones precedentes como la de Rodrigo de Bastidas de 1524 se refleja preocupación por los abusos, pues se le alerta sobre que los naturales sean: “tratados e ynstituidos como nuestros subditos naturales y vasallos ... vos encargamos la conciencia, teniendo por cierto que haciendo lo contrario cayreis en nuestra yndignacion y mandaremos executar en vuestra persona y bienes las penas en que por ello ovieredes yncurrido”¹¹⁶.

Las primeras décadas del siglo XVI están repletas de pleitos contra conquistadores en los que podían variar las penas según gravedad y recaer sobre su propia hacienda, así como prisión o ejecución previo juicio, como los numerosos casos en este periodo. En este sentido, la Corona subraya el problema en la propia capitulación con Lugo, “porque siendo ynformados de los males y desordenes que en descubrimientos y poblaciones nuevas se han fecho y hazen”¹¹⁷. Coincide casi letra por letra en lo visto en las capitulaciones de Bastidas, respecto al obligado cumplimiento de las directrices, pues de lo contrario “mandaremos castigar y proçeder contra él como contra persona que no guarda e cumpla”¹¹⁸, exigen a Alonso de Lugo y a su padre como capitulante; así como directamente

¹¹⁴ “3º: que quantos, con la expresa licencia o mandado real, emprendan nuevos descubrimientos, lleven por lo menos dos religiosos o clérigos ordenados en su compañía, previa aceptación del Consejo de Indias. 4º: dichos religiosos se ocuparán de lograr buen trato para los indios, denunciando a quienes les maltraten, que serán castigados”, *Ordenanzas de buen tratamiento de los indios e instrucción de descubrimientos*, AGI, Indiferente, 421, L. 11, ff. 332r-336v.

¹¹⁵ Fraile dominico Antonio Montesino, quien en 1511 lanzó el sermón *Ego vox clamantis in deserto*. Luis Arranz Márquez, “Antonio Montesino”, *Diccionario Biográfico Español*, 2018, <https://dbe.rah.es/biografias/16504/antonio-montesino>.

¹¹⁶ *Copia capitulación de Rodrigo de Bastidas por la conquista de Santa Marta*, Valladolid, 6 de noviembre de 1524, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 51r.

¹¹⁷ *Capitulación con Pedro Fernández de Lugo*, Madrid, 22 de enero de 1535, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 53 v.

¹¹⁸ *Ibidem*

a Pedro de Mendoza como contrayente: “vos mandaremos castigar y proceder contra vos”¹¹⁹.

Sin embargo, como se ha mencionado en lo relativo a las atribuciones e incentivos, era aceptado el “derecho de cabalgada”, en el que también vemos otro mecanismo de control para intentar que se respeten las ordenanzas respecto al tratamiento de los naturales. En este caso, si se produce la muerte del cacique en combate o por ajusticiamiento —teniendo en cuenta lo subjetivo de los juicios en Indias, como el emblemático caso de Atahualpa—, la hacienda real requisaría la mitad de lo obtenido y dejaría solo el resto para los conquistadores, sacando antes el obligado quinto real:

en caso quel dicho cacique o señor principal mataren en batalla o después por vía de justicia o en otra cualquier manera que en tal caso de los tesoros y bienes susodichos que del se ovieren justamente ayamos la mitad, la qual ante todas las cosas cobren nuestros offçiales y la otra mitad se rreparta sacando primeramente nuestro quinto¹²⁰.

En último lugar, cuando la empresa finalizaba y la hueste o parte de la hueste regresaba a la Península debía dar cuenta de lo sucedido mediante una revisión o visita de oficiales reales. Esta práctica la estipulaba de forma general la Corona y se especificaba en las propias capitulaciones, especialmente en las de los años 1530 y 1540, cerrando así el círculo de control en la salida y en el regreso, no siempre verificado con precisión¹²¹.

Para terminar, cabría mencionar las razones contempladas para el cese del capitulante, que abarcan todas las variables posibles. Por un lado, incumplir uno o varios de los capítulos hacía incurrir en penas que varían según cada caso. Por otro lado, no haber iniciado la expedición al tiempo estipulado, lo que sucede en reiteradas ocasiones, llevaba a la suspensión de las capitulaciones y su atribución a otro capitulante, como fue el caso de Juan de Sanabria y su hijo Diego de Sana-

¹¹⁹ *Capitulación con Pedro de Mendoza*, Toledo, 21 de mayo de 1534, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 148r.

¹²⁰ *Capitulación con Pedro de Mendoza*, Toledo, 21 de mayo de 1534, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 146v.

¹²¹ Vas Mingo, *Las capitulaciones...*, p. 49.

bria, quienes no cumplieron en tiempo y forma por muerte del padre sus capitulaciones para ir al “socorro q se mando hazer a los españoles q están en el dicho rio (Paraná)”¹²². Por último, en los dos casos centrales de la investigación, la causa para suspender las capitulaciones es la muerte del capitulante y su sucesión sobre el terreno. A la muerte de Fernández de Lugo en 1536 fue sucedido por su hijo, cuando aún la expedición de Jiménez de Quesada no había culminado¹²³. Del mismo modo, Pedro de Mendoza murió de regreso a España habiendo dejado en el río Paraná a Juan de Ayolas como sucesor¹²⁴. Ante estos dos ejemplos, la muerte del capitulante ejerce como condicionante de diferente modo, en el caso de Santa Marta, la muerte del gobernador genera una desconfianza que impulsa a Quesada a evitar regresar a su punto de origen y singlar mejor a Cartagena en 1539; mientras que en el caso Paraná, la prematura muerte de un capitulante que estaba decidido a liderar la hueste de remontaje, genera inestabilidad en un liderazgo que sufrirá numerosos relevos en un reducido lapso de tiempo.

4.3. Preparación y composición de la hueste

La lógica y desarrollo de las huestes de Indias revela una continuidad muy marcada de las dinámicas de guerra bajomedieval en la Península, adquiriendo paulatinamente características propias de la lejanía y particularidad del destino ultramarino, una aparente autonomía respecto a un control eficiente y unas desorbitadas expectativas alimentadas por las grandilocuentes nuevas que llegaban sin cese, y el imaginario caballeresco propio del Siglo de Oro¹²⁵. Además del uso y resignificación de procederes medievales como el ya visto “derecho de cabalgada”, resulta relevante tener en cuenta a las mesnadas para la comprensión de la relación establecida entre los miembros de la hueste¹²⁶. La hueste indiana no con-

¹²² *Acusaciones a Diego de Sanabria*, AGI, Justicia 1132, N2, R1, f. 2r.

¹²³ Aguado, *Recopilación...*, p. 57.

¹²⁴ Ratificado por la Corona en *Nombramiento de gobernador en favor de Juan de Ayolas*, 18 de octubre de 1539, AGI, Buenos Aires, 1, L. 1, ff. 107v-108v.

¹²⁵ Irving Leonard, *Los libros del conquistador*, Fondo de Cultura Económica: México, 1996.

¹²⁶ Marchena y Romero, “El origen de la hueste...”, pp. 92-94.

lleva vínculo feudo-vasallático entre el capitán y la tropa, en lo que a obligatoriedad se refiere, sino el compromiso de contribución a una empresa común con la que cada uno unía su destino y expectativa de riqueza, fama y honra. Tanto hidalgos como plebeyos u hombres de bien sin hidalguía esperaban de este modo el anhelado ascenso social que en la Península resultaba mucho más complicado¹²⁷.

Las huestes de Indias resultan sumamente complejas de estudiar en su composición. Pese a tratarse de una suerte de “servicio militar”, no eran unidades mínimamente organizadas como los tercios que combatían en el Mediterráneo o en Flandes¹²⁸. Estamos ante composiciones basadas en conocidos, vecinos, familiares y advenedizos que respondían a la llamada del capitulante a través de la “publicación de la jornada”¹²⁹. En este sentido, la Corona fijaba en la capitulación el número y calidad de los efectivos a llevar, pero la recluta era responsabilidad del titular de la capitulación¹³⁰, del mismo modo que todos los pertrechos que se requerían y las condiciones que con cada uno se establecían, todo “a su costa”.

Es decir, el capitulante se convertía en una suerte de gerente de esa convergencia voluntaria de intereses¹³¹, y se hacía cargo de todos los gastos derivados de la hueste, también de las naves, teniendo en muchos casos que recurrir a financistas o armadores particulares con los que pactar una asociación o un “fijado”, a través del cual estos esperaban grandes beneficios, movidos por las mismas expectativas de éxito que el resto de la hueste¹³². Tanto armadores y financistas como cada miembro de la hueste firmaban con el capitulante una suerte de capitulaciones privadas, que recogían todo lo acordado por las partes. En el caso de los hombres de armas, su inversión era la propia vida; en ocasiones, su panoplia

¹²⁷ Gómez y Marchena, “Los señores de la guerra...”, p. 169.

¹²⁸ Antonio José Rodríguez Hernández, *Breve historia de los Tercios de Flandes*. Madrid: Nowtilus, 2015.

¹²⁹ “Para juntar a la gente que tenía concertada Pedro de Mendoza para llevar el Río de la Plata”, *Licencia de reclutamiento a Sancho Martínez de Cádiz*, 8 de diciembre de 1535, AGI, Buenos Aires, 1, L. 1, ff. 74r-74v.

¹³⁰ Vas Mingo, *Las capitulaciones...*, p. 78.

¹³¹ Ramos, “Funcionamiento socioeconómico de una hueste de Conquista...”, p. 394.

¹³² Vas Mingo, *Las capitulaciones...*, p. 78.

de soldados y caballo propio, todo lo cual se tenía en cuenta en el reparto de beneficios¹³³.

Capitulante	Total hombres comprometidos	Hombres de pie	Jinetes	Caballos/yeguas	Año	Fuente
P. Fernández de Lugo	1700	1500	200	200	1535	Capitulación
Pedro de Mendoza	1000	500 (+500*)	100?	100	1534	Capitulación

Tabla 9. Efectivos comprometidos por ambos capitanes en sendas capitulaciones. **Fuente:** elaboración propia a partir de las capitulaciones conservadas en el Archivo General de Indias.

En el primero de los casos analizados, Fernández de Lugo se compromete a llevar “mil y quinientos hombres de a pie, escopeteros e arcabuceros e vallesteros e rodelleros y doscientos hombres de a caballo con caballos e hieguas de silla e que an los de pie como los de a caballo yran bien armados y adereçados de lo necesario todo ello a su costa”¹³⁴. No obstante, a diferencia de Pedro de Mendoza, los efectivos de Fernández de Lugo se sumaron a los castellanos ya presentes en Santa Marta. Esto dio lugar a una nueva organización y reparto de fuerzas de la que surgirá la hueste de remontaje capitaneada por Jiménez de Quesada río arriba. Sus cifras fluctúan mucho entre cronistas coetáneos, que las sitúan en torno al millar, con aproximadamente seiscientos soldados de a pie, cien jinetes y varios centenares a bordo de los bergantines, además de la gente de servicio¹³⁵.

¹³³ Gómez y Marchena, “Señores de la guerra...”, p. 156.

¹³⁴ *Capitulación con Pedro Fernández de Lugo*, Madrid, 22 de enero de 1535, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 53r.

¹³⁵ Jiménez de Quesada, *Epítome...*, f. 1v; Aguado, *Recopilación...*, p. 78 y Castellanos, *Elegías...*, p. 435.

Cronistas	Total	De a pie	De a caballo	A bordo	pp./ff.
Aguado	900	600	100	200	78
Quesada	-	600	-	200	1v
Castellanos	1000	500	30 y 30	460	435

Tabla 10. Efectivos que Pedro Fernández de Lugo designó para la realización del remonta-
je del río Magdalena en 1536. **Fuente:** elaboración propia a partir de relaciones y crónicas
coetáneas.

En el caso de Pedro de Mendoza, llevaba “a vuestra costa y mincion mil hombres, los quinientos en el primer viaje [...] y çient caballos yeguas, y dentro de dos años siguientes, los otros quinientos hombres”¹³⁶. Se trata de una cifra muy controvertida, pues dista mucho de la referida por cronistas coetáneos, tardíos y generales, que sitúan el número de hombres siempre en torno a los dos mil¹³⁷. Según López de Gómara, fue el “mayor número de gente y mayores naves que nunca pasó capitán a Indias”¹³⁸.

No obstante, las cifras con que contamos para el desarrollo de las distintas fases del remontaje fluvial nunca superan demasiado los quinientos entre expedicionarios y gente acuartelada. Las cifras para el paso de españoles rondan esos quinientos, mientras que puede haber un cierto número de hombres de otras naciones, especialmente recomendados en este caso¹³⁹. De este modo, sí podemos asumir un número por encima de los quinientos, pero no alcanzando las grandilocuentes cifras aportadas por algunos cronistas. No obstante, no son cuantitativos los problemas aquí analizados, sino la condición de los componentes, las di-

¹³⁶ *Capitulación con Pedro de Mendoza*, Toledo, 21 de mayo de 1534, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 144v.

¹³⁷ Ruy Guzmán en 1612 dice que Mendoza “traía dos mil y doscientos hombres entre oficiales y soldados”, *Descripción...*, p. 128.

¹³⁸ Gómara, *Historia General...*, p. 133.

¹³⁹ *Recomendación de Pedro de Mendoza en favor de Allard Bouton, Charles de Oubrin, Francisco de Doubrin, Halayn, Llodio Voysey...*, Valladolid, 19 de julio de 1534, AGI, Buenos Aires, 1, L. 1, f. 7v (1-4). O el caso del inglés Enrique Parterni, Valladolid, 19 de julio de 1534, AGI, Buenos Aires, 1, L. 1, ff. 18r-18v.

námicas de contacto y los procesos de adaptación y aprendizaje experimentados en los grandes ríos americanos.

Una vez se funda por vez primera Buenos Aires en 1536, se produce una exploración de la cuenca del Plata que consta de diferentes fases, sobre las que tan solo aportaremos en este apartado las cifras aproximadas. En primer lugar, se encarga al capitán Jorge Luján una fase preliminar de reconocimiento con 350 hombres, seguido de un remontaje reorganizado con el propio Pedro de Mendoza al mando de 400 hombres y una continuación ya bajo el liderazgo de Juan de Ayolas llevando entre 300 y 400 hombres río arriba.

Capitán	Expedición	Hombres	Tramo	Fuente
Jorge Luján	Mendoza	350	Delta del Paraná	Schmidl
Mendoza	Mendoza	400	Bajo Paraná	Schmidl
Ayolas	Mendoza*	400	Paraná Medio	Schmidl
Ayolas	Mendoza*	300	Paraguay	Schmidl

Tabla 11. Hombres destinados en cada fase de expedición en los ríos Paraná y Paraguay. **Fuente:** elaboración propia a partir de la crónica de Ulrico Schmidl.

Además del capitulante referido en ambos casos como “gobernador y capitán general”¹⁴⁰, forman parte de la hueste “*personas calificadas de mucho lustre y valor*”¹⁴¹, capitanes que se distribuirán la fuerza y las responsabilidades. Generalmente, estos son los más notables hidalgos del conjunto o los que realizan un mayor aporte en armas u hombres a la empresa. Estos se reparten el mando de la “gente de guerra” o las naves y la “gente de mar”, en el caso del remontaje de

¹⁴⁰ *Capitulación con Pedro Fernández de Lugo*, Madrid, 22 de enero de 1535, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 52r y *Capitulación con Pedro de Mendoza*, Toledo, 21 de mayo de 1534, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 145r.

¹⁴¹ Según Quesada los capitanes de la gente de guerra eran: Juan de San Martín, Juan de Céspedes, Pedro Fernández de Valenzuela, Lázaro Fonte, Antonio de Lebrija, Juan de Junco y Gonzalo Juárez. Jiménez de Quesada, *Extracto del epitome...*, ff. 2v-3r; confirmado por Piedrahita, *Historia General...*, p. 102 y Aguado, *Recopilación...*, p. 78. A quienes Castellanos añade a Baltasar Maldonado y a Hieronimo de Insa, capitán de los macheteros, *Elegías...*, p. 434.

sendos ríos¹⁴². Siguiendo la lógica organizativa mencionada, en torno al capitulante y los capitanes se produce una suerte de “ajuntamiento”, mediante el cual todos los miembros unen sus destinos en aras de la expectativa¹⁴³. Tanto el capitulante como el resto de los capitanes asumen un rol paternalista que trasciende de lo meramente militar¹⁴⁴, por lo que el carisma y liderazgo natural de estos constituye una característica fundamental para la viabilidad de la empresa. Esta debe armarse por las vías mencionadas: los caudales del capitulante, los caudales y gente de los capitanes o “gente principal”, las armas y caballos que aporten los componentes de menor jerarquía y, fundamentalmente, los ya mencionados prestamistas, armadores y socios inversores que participarían del reparto de beneficios sin hacerlo de forma directa en la expedición¹⁴⁵.

La documentación también nos habla de caballeros o gente de a caballo, hidalgos capaces de costear el transporte y mantenimiento de uno de los principales instrumentos de guerra en la época: el caballo. No cabe duda del potencial físico y del efecto estratégico-psicológico que los caballos podían proporcionar en las operaciones de exploración y combate desarrolladas en una América sin parangón zoológico. En lo que se refiere a los planteamientos de las últimas décadas, indican que estos constituían una suerte de “médula operativa” que solía alcanzar un tercio del total de la hueste¹⁴⁶. No obstante, las expediciones fluviales están inevitablemente condicionadas por un medio muy adverso para el desplazamiento, que no solo afecta a la navegación, sino también a hombres y animales en el progresar por sus riberas, cruzar la densa espesura y sufrir crecidas de los ríos. Por tanto, caballos y jinetes no ostentaron un rol táctico especialmente significativo en las huestes fluviales analizadas, ni de facto alcanzaron porcentajes superiores al 20% (ver tabla 10). Si atendemos a las capitulaciones, Pedro de

¹⁴² En el caso del Magdalena sabemos que los capitanes de las naves y gente de mar eran: Diego de Urbina, Juan Chamorro, Antonio Díez Cardoso, Luis de Manjarrés y un tal Albaracín. Aguado, *Recopilación...*, p. 78 y Piedrahita, *Historia General...*, p. 102.

¹⁴³ Gómez y Marchena, “Señores de la guerra...”, p. 156 y Marchena y Romero, “El origen de la hueste...”, p. 110.

¹⁴⁴ Vas Mingo, *Las capitulaciones...*, p. 78.

¹⁴⁵ Francesco D’Esposito, “La hueste indiana...”, p. 69.

¹⁴⁶ Gómez y Marchena, “Los señores de la guerra...”, p. 173.

Mendoza llevó “çient cavallos y yeguas” de un total de quinientos hombres¹⁴⁷, mientras que Pedro Fernández de Lugo se comprometió a llevar “doçientos hombres de a caballo”¹⁴⁸.

Cuando aludimos a gente de guerra, estamos hablando de un grueso mayoritario de rodeleros (infantería convencional) y ballesteros, además de la gente que, siendo de guerra, como arcabuceros o artilleros en las naves, son generalmente referidos como gente de servicio, junto a macheteros zapadores, portaestandarte real, entre otro personal dedicado al apoyo de la hueste¹⁴⁹. Esta gente de a pie y guerra constituía el escalón más modesto de la hueste, hombres libres cuya aportación a la empresa era su propia vida, su trabajo y sus pertrechos personales¹⁵⁰. De modo que, eludiendo el impulso a definir categorías herméticas, es preciso señalar que los actores ejercían una u otra función en respuesta a la coyuntura¹⁵¹.

Si bien son comunes las dudas respecto a la movilidad ocupacional en las huestes, como las planteadas por Gómez y Marchena¹⁵², los casos estudiados muestran de forma clara la resignificación de la gente de mar para formar parte de las huestes que combaten río arriba y participan en la fundación de pueblos y ciudades¹⁵³. En los contextos fluviales estudiados las naves son imprescindibles¹⁵⁴ y su gobierno dista mucho de una navegación convencional. Por ello, la

¹⁴⁷ *Capitulación con Pedro de Mendoza*, Toledo, 21 de mayo de 1534, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 144v.

¹⁴⁸ *Capitulación con Pedro Fernández de Lugo*, Madrid, 22 de enero de 1535, AGI, Indiferente, 415, L. 1., 51v.

¹⁴⁹ *Capitulación con Pedro Fernández de Lugo*, Madrid, 22 de enero de 1535, AGI, Indiferente, 415, L. 1., f. 51v y Piedrahita, *Historia general...*, p. 102.

¹⁵⁰ Gómez y Marchena, “Los señores de la guerra...”, pp. 163-164.

¹⁵¹ Simón, *Noticias historiales...*, p. 73. Véase Gómez y Marchena, “Los señores de la guerra...”, p. 170.

¹⁵² Plantean una cierta inmovilidad fijada en origen entre la condición de gente de guerra y gente de mar, Marchena y Romero, “El origen de la hueste...”, p. 94.

¹⁵³ Esta reorganización lleva a que en La Tora todos los enfermos y heridos vuelvan en los bergantines, para que el resto continuara sierra arriba. Aguado, *Recopilación...*, pp. 95 y 112-113.

¹⁵⁴ Ulrico sigue haciendo la diferenciación al referirse a “gente de guerra” de forma distinta a los “marineros que debían gobernar el barco”, río arriba. Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 23.

“gente de mar” era la más marinera disponible y debía estar presente en la expedición al tiempo que realizaba también otras funciones de guerra, lo que invita a subrayar que se trata de categorías coyunturales y no sólidamente establecidas. Tanto es así que la gente de guerra abarca un gran número de roles que fluctuaban dentro de la estructura de la hueste en función de la coyuntura. Tampoco hay que olvidar que, como sucede en otras facetas de la investigación, el estudio de la información aportada por los cronistas debe tener en cuenta su conocimiento o no de asuntos de guerra, así como su intención a la hora de asignar determinadas funciones o destacar méritos en unos u otros¹⁵⁵.

Además de lo relativo al combate era necesaria toda una serie de especialistas que resolvieran problemas logísticos y emergencias sobrevenidas durante el desarrollo de expediciones tan sumamente complicadas. Este es el caso de los zapadores / gastadores, cirujanos, boticarios, herreros, espaderos y carpinteros; además de todos “técnicos en el fuego artillero”, generalmente, estos últimos procedentes otras naciones¹⁵⁶. Asimismo, también en la gente de servicio estaban incluidos los indígenas cargueros, guías e intérpretes/lenguas¹⁵⁷, a quienes se dedica un apartado especial por tratarse del resultado del contacto y la embrionaria formulación de estrategias transfronterizas.

En este sentido, tanto en el cruce del Atlántico como en la proyección de la hueste en América, la presencia de aquellos dedicados a la salud era imprescindible. La Corona exigía que “seáis obligado de llevar a la dicha tierra un médico y un cirujano y un boticario”¹⁵⁸. Esta obligatoriedad buscaba evitar que los capitulantes desatendieran la salud de la hueste por ahorrar caudales y futuros repartos, pues deben darle un salario a cada uno de ellos “que comiencen a correr desde el día que hicieren bela con vuestra armada”¹⁵⁹. La presencia de este tipo

¹⁵⁵ Treinta años más tarde Jiménez de Quesada refleja los méritos de sus hombres. *Memoria de los descubridores del Nuevo Reino de Granada*, Gonzalo Jiménez de Quesada, s. f., AGI, Patronato, 27, R. 39.

¹⁵⁶ Gómez y Marchena, “Los señores de la guerra...”, p. 164.

¹⁵⁷ Castellanos, *Elegías...*, p. 434.

¹⁵⁸ *Capitulación con Pedro de Mendoza*, Toledo, 21 de mayo de 1534, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 147v.

¹⁵⁹ *Salarios del médico, cirujano y boticario*, 22 de agosto de 1534, Palencia, AGI, Buenos Aires, 1, L. 1, f. 32r.

de personal “para que curen los enfermos”¹⁶⁰ reduce los daños de una actividad que genera una morbilidad extraordinaria derivada de un medio ambiente nuevo, guerra, hambre y cansancio. Incluso muchas veces resultaba insuficiente la labor sanitaria ante la novedad, pues los venenos con que ungían las flechas los indígenas del Magdalena generaban un daño para el que no sirve “ninguna antigua experiencia de cirujanos ni letras de médicos que en su campo trajere”¹⁶¹.

Por otro lado, la presencia de artesanos era fundamental teniendo en cuenta el periodo y las materias primas por excelencia: madera, hierro y cuero. Todo instrumento, herramienta o artilugio podía ser remendado e, incluso, elaborado sobre el terreno para la resolución de problemas. Los carpinteros de ribera ejercían un papel fundamental desde que zarpaba la empresa en la Península, supervisando el comportamiento de las maderas de la nave, reparándola y coordinando operaciones de construcción de naves sobre el terreno (ver apartado 7.3). Por su parte, los conocimientos de forja son fundamentales en la época. Un herrero podía elaborar herramientas para el carpintero, clavazón y pernería, herraduras para caballos y cuchillería, entre otras tantas actividades, además del imprescindible reutilizado del metal que de la Península trajeran¹⁶². Ambos oficios eran de una importancia extraordinaria, tanto para el desarrollo de la hueste como el de los asentamientos que sobre el terreno se fueran realizando.

Aquellos que a nivel logístico no podían faltar eran los especialistas en abrir paso donde no lo había. La documentación señala constantemente la ausencia casi total de senderos o caminos que permitieran un avance por tierra efectivo, razón de ser del empleo de bergantines y los cursos fluviales en ambos casos, pues “los indios por agua se mandaban”¹⁶³. Sin embargo, de cara a progresar por tierra (siendo más claro en el caso del Magdalena), es imprescindible mencionar a los “azadoneros” y “macheteros”, cuya labor (equiparable a los hoy conocidos como gastadores militares¹⁶⁴) estaba perfectamente definida dentro de la hueste. Incluso se le

¹⁶⁰ *Capitulación con Pedro de Mendoza*, Toledo, 21 de mayo de 1534, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 147v.

¹⁶¹ Aguado, *Recopilación...*, p. 59.

¹⁶² Aguado, *Recopilación...*, p. 227.

¹⁶³ Castellanos, *Elegías...*, p. 439.

¹⁶⁴ *Carta al rey del gobernador García de Lerma*, Santa Marta, 16 de enero de 1530, AGI, Patronato, 197, R. 6, f. 32v.

atribuía su propio oficial (capitán de macheteros o capitán de gastadores)¹⁶⁵. Esta clara distinción revela la importancia práctica y previsión en términos logísticos en lo relativo a la necesidad de abrir caminos, pues como indica Juan de Castellanos “vuelven los macheteros a su oficio, haciendo de espesura partes rasas”¹⁶⁶. Dedicaban para ello un tiempo no desdeñable en las estimaciones de proyección, pues según Acosta, en ocasiones, “gastaban los macheteros ocho días en abrir el camino que debía recorrerse en uno solo”, lo que ralentizaba el progresar por tierra y generaba problemas como los experimentados especialmente por la hueste de Quesada. Estos especialistas no solo cumplían la función de los modernos gastadores, sino también de los zapadores que deben garantizar pasos donde no los hay, es decir, en zonas de humedales como las mencionadas ciénagas y áreas anegadas por las crecidas. Ellos elaboraban sobre el terreno “puentes de madera y otras máquinas y artificios con que poder atravesar las hondables ciénagas, inundaciones y ríos que por su hondura no se podían vadear”¹⁶⁷. Tal labor les situaba en una situación de vulnerabilidad mucho mayor, en tanto que estaban más expuesto a los peligros del río al tener que avanzar en la espesura o con el agua “hasta los sobacos”, a merced de las “fieras” que tanto en tierra como en agua amenazaban sus vidas¹⁶⁸.

4.4. Motivaciones e intereses

Las huestes de conquistas constituían una suerte de microsociedades con representación de la mayor parte de los estamentos sociales¹⁶⁹; por ello, hablar de las motivaciones de la hueste como un todo homogéneo sería un error grave de apreciación. Para responder a cuáles fueron las motivaciones de las huestes de Indias, habría que comprender que no se trataba de iniciativas monolíticas, sino que en

¹⁶⁵ Aguado, *Recopilación...*, p. 49.

¹⁶⁶ Castellanos, *Elegías...*, p. 448.

¹⁶⁷ Acosta, *Compendio histórico...*, p. 117; Aguado, *Recopilación...*, p. 90. Juan de Castellanos también se refiere a su labor haciendo “puentes para las ciénagas y esteros”, *Elegías...*, p. 439.

¹⁶⁸ Aguado, *Recopilación...*, p. 53 y Castellanos, *Elegías...*, p. 441.

¹⁶⁹ Incluso los capitulantes pudieron ser desde el estamento llano a baja nobleza pasando por clérigos y oficiales reales, según Vas Mingo, *Las capitulaciones...*, p. 51.

su organización y desarrollo interactuaban distintos intereses, a veces compartidos y otras contrapuestos.

En este sentido, podemos diferenciar al menos los intereses de la Corona, los “socios financistas” que contribuía con la empresa, los capitulantes y el conjunto de la hueste en sentido amplio. Si bien el paso a las especierías fue el principal objetivo de la Corona desde las primeras empresas ultramarinas a finales del siglo XV, la información recogida por las primeras experiencias había incrementado el interés por un interior continental que parecía contener “mucho oro e plata e grandes riquezas”¹⁷⁰. De este modo, de los meros intereses estratégicos relacionados con las rutas comerciales, inicialmente, se pasa paulatinamente al interés por la incorporación de nuevos territorios, nuevos súbditos y por el aprovechamiento de recursos naturales de alto valor. En este sentido, hemos visto en el apartado jurídico cómo, en las décadas de los veinte y treinta del siglo XVI, se capitula para “conquistar y poblar”, superando los primeros años exploratorios en los que el principal objetivo era “descubrir”¹⁷¹. Por su parte, aquellos que financiaban los costos de la hueste y acordaban condiciones con el capitulante perseguían beneficios económicos que multiplicaran su inversión¹⁷².

Los intereses de la hueste propiamente dicha también podían ser diversos, aunque cada uno de los miembros coinciden en una intención clara: medrar (ascenso social)¹⁷³. Tanto los capitulantes como el resto de los capitanes y de la fuerza, cada uno a su escala, anhelaban romper la dificultad para el movimiento vertical en la escala social que sufrían en la Península; es decir, medrar a través de botín, territorios, fama de conquista y títulos, así como a través del entronque matrimonial con linajes nobles indígenas¹⁷⁴. Es decir, si bien la riqueza podía conseguirse con otras actividades como la mercantil, las empresas de Indias fija-

¹⁷⁰ García, *Relación y derrotero...*, f. 5r.

¹⁷¹ Vas Mingo, *Las capitulaciones...*, p. 55.

¹⁷² Gómez y Marchena, “Señores de la guerra...”, pp. 185-187.

¹⁷³ *Ibidem*, p. 169.

¹⁷⁴ Josefina Muriel, *Las indias caciques de Corpus Christi*. No. 6. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1963, p. 10. Véase el caso de los capitanes de Quesada en Antonio García-Abásolo, “Efectos de la conquista en el entorno familiar de los conquistadores. Hernán Venegas y Pedro Fernández de Valenzuela, capitanes de la hueste de Gonzalo Jiménez de Quesada”, *Anuario de Estudios Americanos* 74.1 2017, p. 17.

ban la expectativa del ennoblecimiento, un ascenso social ambicionado no solo por los hidalgos sino también por el común¹⁷⁵; pues asumían altísimos riesgos en aras de un progreso personal y familiar casi utópico. Ellos mismos trataban por todos los medios de materializar en las Indias sus aspiraciones, escribieron sus crónicas y diseñaron sus escudos de armas, “en memoria del ánimo y esfuerzo [...] en sobir por el dicho río arriva”¹⁷⁶. Así aseguraban dejar constancia de sus méritos, como Diego García y Jiménez de Quesada con sus respectivas crónicas.

No obstante, si bien el común de la hueste compartía aspiraciones semejantes, es notable la preocupación de los soldados por la permanente búsqueda de territorios óptimos para poblar y fértiles para sembrar. Es claro cómo junto a las alusiones a los metales preciosos¹⁷⁷, se entremezclan referencias constantes a la campestre forma de vida castellana y su potencial adaptación a los nuevos territorios por poblar. Luis Ramírez subrayaba el potencial uso ganadero, pues “hay muchas ovejas salvajes, de grandor de una mula de un año, y llevarán de peso dos quintales”¹⁷⁸, así como la fertilidad de la tierra de cara al cultivo de trigo:

Hago saber a Vuestra Merced que esta tierra donde ahora estamos es muy sana y de mucho fruto, porque [...] se sembraron en esta tierra para probar si daba trigo y sembraron cincuenta granos de trigo y cogieron por cuenta CCLV granos, esto en tres meses, de manera que se da dos veces al año¹⁷⁹.

Más tarde, Ulrico destaca también la caza, pues describe “venados y puercos del monte, avestruces, también conejos que son iguales a una rata grande salvo que no tienen cola”¹⁸⁰. Por su parte, Quesada destacó ya en la altiplanicie cundi-

¹⁷⁵ Francisco Castrillo Mazerés, *El soldado de la conquista*, Madrid: Fundación Mapfre, 1992, p. 47.

¹⁷⁶ *Real cédula dando licencia al adelantado del Nuevo Reino de Granada, el mariscal Don Gonzalo Jiménez de Quesada, para imprimir un libro suyo*. AGI, Indiferente, 425, L. 24, ff. 413r y 414r.

¹⁷⁷ *Escudo de armas de Gonzalo Jiménez de Quesada*, AGI, MP-Escudos, 2, f. 2v.

¹⁷⁸ García, *Relación y derrotero...*, f. 5r.

¹⁷⁹ Ramírez, *Carta...*, f. 118v.

¹⁸⁰ *Ibidem*, f. 122v.

¹⁸⁰ Schmidl, *Derrotero y Viaje...*, p. 13.

boyacense que es “tierra en extremo sana, sobre todas quantas se han visto”¹⁸¹. Buscaba las condiciones propias en los nuevos territorios, razón por la que bautiza el Nuevo Reino como el “viejo” Reino de Granada, “porque ambos están en sierras y montañas, ambos son de un temple, más fríos que calientes”¹⁸².

En este sentido, es claro que ese grueso de la hueste, del común y sin título¹⁸³, eran hombres de los campos de Castilla cuyas interpretaciones de lo que ven en territorios desconocidos se hacen bajo lentes propias y utilizando analogías con aquello que conocen¹⁸⁴. Sus intereses en el terreno están relacionados con las posibilidades de población y desarrollo agropecuario. Así vemos las observaciones citadas de Ramírez, como las de los hombres enviados por Quesada a evaluar el terreno desde La Tora, quienes al regreso transmitían con vehemencia que había tierra “fría con moderación, aparejada en todo para la vivienda humana: tierra al fin que lo ha de poner á nuestros trabajos, mediante Dios”¹⁸⁵.

En suma, las motivaciones relacionadas con el poblamiento de los territorios tienen una incidencia notable en la logística, pues además de los elementos materiales y animales relacionados con la guerra (como el molino de hierro llevado de Cádiz por Pedro de Mendoza para hacer pólvora¹⁸⁶), debían proveerse de recursos que garantizaran la viabilidad de la población en los nuevos territorios, no solo jurídicamente con las regulación de los repartos de lotes mencionados, sino mediante el transporte de animales, semillas, herramientas y saberes relacionados con su cotidianidad peninsular, es decir, todo lo necesario para el “proveimiento y provision de sus casas”¹⁸⁷, dicho de otro modo, para lograr un poblamiento con continuidad. Si bien la capitulación determina la configuración de la

¹⁸¹ Jiménez de Quesada, *Extracto del epitome...*, f. 5v.

¹⁸² *Ibidem*, f. 6r.

¹⁸³ Gómez y Marchena, “Los señores de la guerra...”, p. 163.

¹⁸⁴ La alusión mencionada sobre los gusanos “que los bueyes crían”, Aguado, *Recopilación*, p. 91.

¹⁸⁵ Simón, *Noticias historiales...*, p. 92.

¹⁸⁶ “tiene necesidad de un molino de hierro q tenemos”, *Real Cédula a los oficiales de la Casa de la Contratación*, 19 de julio de 1534, AGI, Buenos Aires, 1, L. 1, ff. 20v-21r.

¹⁸⁷ *Capitulación con Pedro de Mendoza*, Toledo, 21 de mayo de 1534, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 146v.

hueste y no al revés¹⁸⁸, estas empresas de la década de los treinta del siglo XVI procuran proveerse de todo lo necesario según la lectura de sus predecesores.

Por último, como cierre del presente capítulo y como paralelo de cierta semejanza con el mecanismo de la hueste indiana y la lógica del establecimiento de nuevas fronteras hispánicas, encontramos también la defensa de Oran y Mazalquivir. Esta era entendida como una empresa colectiva y reconocida en el alcaide, quién firmaba con la Corona un asiento o una suerte de contrato al estilo capitulaciones, cuyo cumplimiento exigía esfuerzos personales, logísticos y financieros, para lo que el titular había de valerse de su experiencia y de toda una red clientelar compuesta por parientes y demás clientes¹⁸⁹. Estos ejemplos norteafricanos de las primeras décadas del siglo XVI proporcionan a la presente investigación un contrapunto interesante, a la hora de evaluar qué rasgos de los procesos estudiados son comunes en el proceder hispánico y cuales constituyen una nueva adaptación a las exigencias contextuales de Indias.

¹⁸⁸ Ramos, “Funcionamiento socioeconómico de una hueste de Conquista...”, p. 394.

¹⁸⁹ José Miguel Escribano-Páez, *Juan Rena and the Frontiers of Spanish Empire. 1500—1540*. Nueva York: Routledge, 2020, pp. 79-80.

Factores tecnológicos y técnicos: naves y navegación fluvial

El presente capítulo se propone analizar con detalle los factores técnicos y tecnológicos que concurrieron en el desarrollo de las expediciones fluviales comparadas. Es decir, tanto las técnicas de navegación conocidas y las adaptadas, como las embarcaciones de castellanos e indígenas que hubieron de responder a las exigencias de los grandes ríos americanos. Hasta qué punto se enfrentaba experiencia frente a bisonñez o, dicho de otro modo, qué tan nuevo o qué tan conocido era para unos y para otros el desplazamiento por entornos fluviales de semejante envergadura.

Por un lado, las empresas de Indias eran constituidas por una gran diversidad de hombres, gente de mar con experiencia náutica, pero también un alto porcentaje sin ella, incluso sin saber nadar, como relata el propio Ramírez: “me vieron caer como sabían que no sabía me tuvieron por perdido”¹. De entre aquellos que conocían el arte de marear en el Mediterráneo o el Atlántico, los menos habían navegado ríos de la envergadura que estaban prontos a enfrentar, limitando su experiencia fluvial al río Guadalquivir. Si bien se trataba de un río de mayor entidad que la que hoy luce², otrora también llamado río grande en árabe (al-wādi al-kabīr) y objeto de líricas como la dedicada por Luis de Góngora, “¡Oh gran

¹ Ramírez, *Carta...*, f. 119r.

² Como consecuencia de desvíos, encauces y embalses que debilitan su caudal; en Carmelo Conesa García et al. “Cambios históricos recientes de cauces y llanuras aluviales inducidos por la acción del hombre”, *Nimbus: Revista de climatología, meteorología y paisaje* 29, 2012, p. 169.

río, gran rey de Andalucía”³, distaba mucho del desafío que suponía remontar los grandes ríos americanos. Además de las diferencias físicas ya repasadas como la longitud y caudal, las 16 leguas que habían de recorrer las naves desde Sevilla hasta la desembocadura en Sanlúcar de Barrameda suponían una navegación generalmente acompañada, unas riberas sumamente intervenidas con abundante sucesión de pueblos “propios”, astilleros y un tránsito continuo de embarcaciones⁴. Por el contrario, los ríos que entonces merecieron remplazar al Guadalquivir en tan acertado sobrenombre multiplicaban por mucho las dimensiones de este, se desconocían sus características físicas, se transitaban en absoluta soledad y, a priori, no era amiga ninguna ribera, isla o aldea a la vista. Es decir, salvo aquellos pocos marineros de expediciones anteriores que pudieron enrolar, las naves castellanicas estaban manejadas por hombres que desconocían las aguas y territorios por los que progresar, y su morfología no estaba preparada para las imposiciones náuticas que entonces encontraron.

Al otro lado, las comunidades indígenas vinculadas a las cuencas fluviales estudiadas llevaban siglos de adaptación funcional a un entorno que habitaban y navegaban sin dificultad. Sus formas de vida, sus técnicas de navegación, la concepción y la construcción de sus embarcaciones constituían respuestas prácticas a problemas presentados por un medio acuoso extremadamente impositivo. Al margen de la convergencia cultural entre los distintos grupos étnicos, es necesario aproximarnos a la convergencia tecnológica; es decir, qué técnicas de navegación y qué embarcaciones utilizaban los grupos indígenas de ambas cuencas, así como qué cualidades náuticas comunes permitían a estas concepciones de aparente “menor complejidad” dominar con brillantez la navegación fluvial de América.

Con este fin, el presente capítulo se centra en desarrollar un análisis náutico dual, que aborde las naves castellanicas e indígenas en los planos tipológico y fun-

³ Luis de Góngora, “A Córdoba”, soneto. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Unidad Audiovisual-Área de Comunicación, 2002.

⁴ Marcos Pacheco Morales Padrón, “La organización portuaria del Bajo Guadalquivir en los siglos XVI y XVII: el compás de las naos y sus antepuertos fluviales”, *Chronica nova: Revista de historia moderna de la Universidad de Granada* 47, 2021, p. 426. Véase también Loïc Menanteau, “La navegación en el río de Sevilla (estuario del Guadalquivir) en época de la Carrera de Indias”, en *La Flota de Nueva España y la búsqueda del galeón Nuestra Señora del Juncal*. Madrid: Ministerio de Cultura y Deporte, 2021, p. 50.

cional, procurando definir de forma clara qué tipos de embarcaciones emplearon para estas complejas empresas fluviales unos, y cuales ya empleaban los otros, así como qué defectos y qué cualidades náuticas presentaron ante condiciones desconocidas para unos y bien conocidas para otros.

5.1. Naves castellanas: análisis tipológico, náutico y funcional

No es posible concebir las tipologías navales ibéricas del siglo XVI como en una suerte de muestrario ordenado fruto de un desarrollo lineal, sino que es mucho más preciso entenderlo como una realidad poliédrica que responde a varios factores concurrentes: desarrollos locales muy diversos, la convergencia de las tradiciones atlántica y mediterránea, la falta de estandarización constructiva y la permanente incorporación de mejoras e innovaciones copiadas a embarcaciones enemigas -ya fuera por captura o espionaje⁵. Tampoco se puede olvidar la confusión en torno a la nomenclatura como consecuencia de los errores en los registros portuarios⁶, el empleo de términos genéricos o la ambigüedad en la descripción de elementos técnicos⁷. Entre todas ellas, la falta de estandarización sumada a la escasez de madera en la Península serán las mayores preocupaciones de un desarrollo naval en su fase más embrionaria⁸. La construcción naval a lo largo de la centuria decimosexta carecía de parámetros comunes, salvo algunas reglas fundamentales de proporción⁹. Esto daba lugar a un crisol de tipologías tan heterogéneo como los astilleros del propio imperio, donde cada nave era obra del

⁵ José Luis Casado Soto, “La construcción naval hispana en época moderna”, *Monografías del CASC 8, Arqueología náutica y mediterránea*, 2009, p. 405.

⁶ José Luis Casado Soto, “Aproximación a la tipología naval cantábrica en la primera mitad del siglo XVI”, *Itsas memoria*, 2, 1998, pp. 171-172.

⁷ Daniel Miguel Nieva Sanz, “Panorama naval ibérico en los siglos XVI y XVII: desarrollo, innovaciones y guerra naval”, *Revista Historia Autónoma*, 15, 2019, pp. 81-82.

⁸ En lo relativo a la preocupación de Carlos V y Felipe II sobre la escasez de madera véase Henry Kamen, *Felipe de España*, Barcelona: Siglo XXI, 1998, p. 192.

⁹ Marcelino González Fernández, “Los barcos españoles en el Pacífico. Siglos XVI a XVIII”, *El océano Pacífico*, Madrid: Fundación Ramón Areces, 2014, p. 89.

genio de un maestro astillero y derivaba en importantes problemas logísticos relacionados con su reparación y/o almacenaje, algo que no se resolvió parcialmente hasta la centralización llegada en el siglo XVIII¹⁰. En este sentido, a la hora de abordar las embarcaciones menores protagonistas de las expediciones analizadas, debemos añadir también la falta de trabajos específicos sobre naves de menor porte e “importancia”, lo que convierte en una labor muy compleja la presente aproximación a su naturaleza y prestaciones.

A pesar de los problemas de estandarización, la construcción naval ibérica convenía en ciertas reglas de proporción como la regla denominada “as, dos, tres”: as o uno para la manga, dos para la quilla y tres para la eslora¹¹. Según esta referencia, desde el punto de vista constructivo, en la península ibérica habían confluído las tradiciones mediterránea y atlántica y predominaba la construcción “a esqueleto previo” y una composición del casco a tope¹². De este modo, los barcos seguían el eje longitudinal de proa a popa o de branque/roda a codaste, pasando por la quilla. Esta constituía la espina dorsal de la embarcación, desde la que se pronunciaba un armazón compuesto por cuadernas paralelas perpendiculares al eje, sobre las que se forraba el casco mediante tracas o tablas dispuesta “a tope”, más tarde calafateadas. El casco constituye el elemento más importante para la viabilidad de la nave. Se dividía en dos partes: la que sobresale de la línea de flotación, llamada obra muerta, y la obra viva que queda sumergida, por lo que resultaba la más relevante para la integridad e hidrodinámica del barco¹³, especialmente en contextos en aguas con una capacidad erosiva tan grande que arrasaban hasta troncos enteros¹⁴. Asimismo, estas cuadernas eran clausuradas por

¹⁰ Alfredo José Martínez González, “La elaboración de la Ordenanza de Montes de Marina, de 31 de enero de 1748, base de la política oceánica de la monarquía española durante el siglo XVIII”, *Anuario de Estudios Americanos*, 71.2, 2014, p. 575.

¹¹ Marcelino González Fernández, “Los barcos españoles...”, p. 89.

¹² Bernardo Revuelta Pol, “La construcción naval en los escritos de los siglos XVI y XVII”, en Alicia Cámara Muñoz y Bernardo Revuelta Pol (eds.), *La palabra y la imagen: tratados de ingeniería entre los siglos XVI y XVIII*, Madrid: Fundación Juanelo Turriano, 2017, p. 56.

¹³ Francisco José González, “Del Arte de marear a la navegación astronómica: Técnicas e instrumentos de navegación en la España de la Edad Moderna”, *Cuadernos de Historia Moderna, Anejos*, 5, 2006, p. 37.

¹⁴ Castellanos, *Elegías...*, p. 301.

los baos sobre los que nuevas tracas constituían la cubierta. Sostenido por este cuerpo de madera se alza toda la arboladura; por un lado, los palos (mayor, mesana y trinquete, cuando eran tres), fijados en la quilla mediante su encaje en una pieza denominada carlinga. Por otro lado, todo el velamen se aparejaba en ellos con el fin de transformar la fuerza motriz del viento en propulsión para la nave.

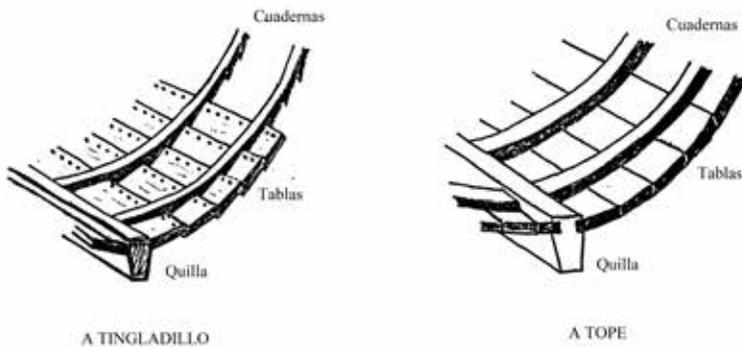


Figura 11. Mixtura de estilos de unión de tablas en la reconstrucción de una de las chalupas de la nao San Juan del s. XVI. Y dibujos esquemáticos de uniones de tablas a tope y a tingladillo. **Fuentes:** fotografía del trabajo de campo en el astillero de Pasaia (España). Mayo de 2022.

No obstante, en los astilleros del Cantábrico permaneció parcialmente la concepción a “casco previo” y constitución del casco “a tingladillo” hasta al menos el siglo XIX¹⁵, especialmente, en embarcaciones menores como las chalupas balleneras vascas, donde se puede apreciar incluso la combinación de ambas en una misma embarcación fotografiada durante el trabajo de campo en el astillero de Pasaia. La información recogida en las crónicas estudiadas no permite decantarse por una u otra concepción como predominante en las expediciones fluviales. Sin embargo, es de notable relevancia tener en cuenta el uso de tingladillo o el uso mixto en embarcaciones menores, dado que fueron de este porte y consideración las que auxiliaron en el remontaje de estos grandes ríos.

Por último, el uso de unas maderas u otras en la Península estaba muy condicionado por la disponibilidad y proximidad de cada astillero, pero podemos referir que la madera preferente era la de los robles (*Quercus spp.*) y pino (*Pinus spp.*), además de especies endémicas de la Península como el roble carrasqueño (*Quercus Faginea*) y el roble marajo o negro (*Quercus Pyrenaica*), ambas presentes en la construcción naval en el Atlántico peninsular¹⁶. La madera de roble era empleada para las distintas piezas estructurales de la nave; los troncos rectos se destinaban a la tablazón, baos y puntales, y los troncos guiados en el bosque para las piezas curvas como las cuadernas. Asimismo, para mástiles y vergas se empleaba madera de abeto (*Abies alba*), y madera de haya (*Fagus sylvatica*) para la quilla, como muestra el caso de la nao San Juan¹⁷, una nao ballenera construida en los astilleros de Pasaia en 1563 y hundida en Terra Nova en 1565¹⁸.

¹⁵ José Manuel Matés Luque, “Arqueología intermareal en Bizkaia. Documentando la flota abandonada de embarcaciones vascas en los estuarios del Lea y del Artibai. Problemas y soluciones”, *Kobie. Paleoantropología*, 37, 2019, p. 54.

¹⁶ Ana Crespo Solana, “ForSEAdiscovery: la construcción naval y el comercio de la madera del siglo XVI al XVIII”, *Revista PH*, 96, 2019, pp. 114-141.

¹⁷ Fernando Peraza, “La nao San Juan, un ballenero vasco del siglo XVI, en reconstrucción”, *Boletín de información técnica [de] AITIM*, 290, 2014, pp. 52-57.

¹⁸ Robert Grenier, Marc-André Bernier, Willis Stevens, *The underwater Archaeology of Red Bay: Basque Shipbuilding and Whaling*, Ottawa: Canadian Museum of Nature, 2007.

Análisis tipológico

Es preciso tener en cuenta en este apartado las discrepancias entre crónicas, lo que exige su comparación y cotejo diferenciando entre las llamadas coetáneas y tardías, así como la información contenida en los documentos manuscritos del momento. En este sentido, Juan de Castellanos se refiere a la primera flotilla como compuesta por “bergantines, el uno dellos buena carabela”, lo que puede esconder un uso genérico del término “bergantín”, como efectivamente hace también Pedro de Aguado¹⁹. Sin embargo, es el propio Aguado quien más tarde asegura que eran cinco los bergantines y una fusta las naves presentes en la primera tanda²⁰. Ratifica este número de bergantines la carta de San Martín y Lebrija, capitanes de Quesada, quienes afirmaron que fueron “por agua cinco vergantines con la gente”²¹. Como cierre de los testimonios entendidos como coetáneos, nos referimos al propio Jiménez de Quesada en su *Epítome*, a partir del cual no se puede especificar el número de naves, ya que se refiere a “ciertos bergantines”²². Probablemente se deba a que partió con la hueste terrestre cuando aún se estaban alistando las naves en Santa Marta y no estuvo presente ni en la salida de la primera flotilla ni en los contratiempos que exigieron el envío de una segunda tanda tras perder cuatro naves en la desembocadura²³. Por otro lado, los cronistas tardíos, aunque más alejados del acontecimiento, pueden tener una visión de conjunto más detallada, como Pedro Simón, quien menciona “seis bergantines y un barco” concretado después como una carabela²⁴. Mientras, Fernández de Piedrahita asegura la presencia de dos carabelas, una naufragada en la boca del río (cuyos supervivientes encuentra la segunda tanda)²⁵ y la otra en Morro Hermoso (datos de naufragio que nos permiten detallar que la segunda carabela es la fus-

¹⁹ Aguado, *Recopilación historial...*, p. 77; Castellanos, *Elegías...*, p. 436.

²⁰ Aguado, *Recopilación historial...*, pp. 77-78.

²¹ *Relación descubrimiento de Santa Marta*, Santa Marta, 1539. AGI, Patronato 27, R. 14, f. 1r.

²² Jiménez de Quesada, *Epítome...*, f. 1v.

²³ Aguado, *Recopilación historial...*, p. 80.

²⁴ Simón, *Noticias historiales...*, pp. 58 y 62.

²⁵ Fernández de Piedrahita, *Historia general...*, pp. 102-103.

ta de Urbina)²⁶. Sin embargo, incluso los errores aportan información. El hecho de confundir la fusta con una carabela nos permite ir acotando la entidad de los bergantines, pues consideran a la fusta más cercana a la carabela, mientras que los bergantines quedan ajenos, como un tipo más ligero, lo que nos aporta una información relativa que puede auxiliar al análisis tipológico.

En suma, la primera flotilla se compuso por siete naves (cinco bergantines, una fusta y una carabela cargada de provisiones), ratificado por Castellanos al hablar de “seis barcos y en una carabela”²⁷. De ellos tan solo sobrepasan la desembocadura dos bergantines, a los que se añaden otros tres para finalmente remontar el río con cinco: “hallándose en pocos días con estos tres bergantines y pareciéndole que con los dos que en el río grande estaban era bastante armada para seguramente navegar el río arriba é ir á socorrer la gente”²⁸.

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ Castellanos, *Elegías...*, p. 434.

²⁸ Aguado, *Recopilación historial...*, p. 82.

Cronista	Capitán General	Tramo	Fase	Naves (Total)	Bergantín	Fusta	Carabela	Pp. Fol/s
San Martín y Lebrija	Quesada	Delta	1°	-	5	-	-	1r.
Jiménez de Quesada	Quesada	Delta	1°	-	“Ciertos” 5	-	-	1v. 139*
Juan Castellanos	Quesada	Delta	1°	7			1	436
Pedro de Aguado / Antonio Medrano	Quesada	Delta	1°	7	5	1	1	77-78
Aguado	Quesada	Sompa-llón	2°	5	2+3	-	-	82
Piedrahita	Quesada	Sompa-llón	2°	5	2+3	-	-	124

Tabla 12. Número de naves y tipologías referidas para cada tanda y tramo recorrido por la expedición fluvial de Jiménez de Quesada. **Fuente:** elaboración propia.

Por otro lado, en el caso de Pedro de Mendoza en La Plata, resulta también claro que embarcaciones mayores como las naos “no podían pasar por el Paraná adentro”, fruto de ese aprendizaje de experiencias anteriores como la referida por Ramírez²⁹. Una vez las condiciones de Buenos Aires resultaban tan miserables como las vistas en el caso de Santa Marta, se dispone la primera flotilla exploratoria al mando del capitán Luján, compuesta por siete naves de las cuales eran “cuatro barcos pequeños llamados bergantines” y otras tres que Ulrico Schmidl refiere como barquillas, bateles o botes, según traducción³⁰.

A la vuelta de esta primera flotilla de vanguardia, sin resultados positivos y con la mitad de los hombres, se dispuso la principal flotilla que remontaría el Paraná con Pedro de Mendoza y Juan de Ayolas en una suerte de mando colegiado, dada la debilidad física cada vez más notable en el primero. Para ello se organizan ocho “bergantines y botes” en los que embarcar a la mayor parte de la fuerza, según Ulrico Schmidl cuatrocientos hombres³¹. En tercer lugar, dos de los ocho bergantines volvieron con Pedro de Mendoza enfermo hasta Buenos Aires, desde donde toma dos de los cuatro “barcos grandes” para regresar a España³². Esta referencia a los barcos grandes fondeados en Buenos Aires permite que, a pesar de la ambigüedad terminológica y tipológica, se haga una clara diferencia entre barcos grandes destinados a la navegación oceánica e impedidos en el río y barcos menores traídos o criollos, cuyas características se adaptan mejor a las exigencias del medio. De este modo, restarían seis bergantines con Ayolas, que más tarde vuelve a referir como ocho, quizá por error o por la reincorporación de estos una vez llevado a Mendoza³³. Asimismo, la última referencia relevante respecto a naves empleadas en las distintas fases de remontaje, desarrolladas entre 1536 y 1537, son los cinco barcos con los que Ayolas continuó río Paraguay arriba una vez fundado el fuerte que más tarde será la ciudad de Asunción. No

²⁹ Ramírez, *Carta...*, f. 117v.

³⁰ Ulrico Schmidl, *Relatos de la conquista del Río de la Plata y Paraguay 1534-1554* (primera edición en Nuremberg, 1602), Madrid: Alianza, 1986, p. 34.

³¹ Schmidl, *Relatos de la conquista...*, pp. 36-37.

³² *Ibidem*, p. 38.

³³ Schmidl, *Relatos de la conquista...*, p. 39.

especifica tipología, pero los primeros debían de ser entre bergantines y bateles, por las condiciones de abastecimiento y la gente que embarca³⁴.

Cronista	Capitán General	Tramo	Fase	Naves (Total)	Bergantín	Batel / bote	pp. Fol/s
Schmidl	Mendoza	Delta del Paraná	1º	7	4	3	34
Schmidl	Mendoza-Ayolas	Paraná Medio	2º	8	Sí	Sí	36
Schmidl	Ayolas	Alto Paraná y Paraguay	2º	8 / 6 (6 + 2)	-	-	39
Schmidl	Ayolas	Paraguay	3º	5	-	-	49

Tabla 13. Número de naves y tipologías referidas para cada tanda y tramo recorrido por la expedición fluvial de Pedro de Mendoza. **Fuente:** elaboración propia.

De este modo, vemos cómo resulta claro que las condiciones fluviales obligaron al empleo de embarcaciones menores. Como en el Magdalena, el bergantín era la tipología por excelencia en las expediciones fluviales de los dos grandes ríos analizados, contando con bateles o botes que auxiliaban o llevaban más hombres acompañando a los primeros. En sentido estricto, tendríamos tres tipologías mencionadas en las crónicas: bergantín, fusta y carabela, además de los bateles o botes en el caso del Paraná.

Carabela y fusta

A continuación, se relacionan esas dos tipologías de presencia muy reducida, carabela y fusta, en oposición respecto a los bergantines que sí lograron remontar tramos complicados del río. En el caso concreto de la primera no llegó a remontar el río Magdalena por naufragar en su desembocadura, mientras que en La Plata no es empleada en ninguna de las fases de la empresa de Mendoza, aun-

³⁴ *Ibíd.*, p. 47.

que sí se refiere con limitaciones en la experiencia anterior de Caboto³⁵. Se trata de una de las tipologías más representativas de finales del siglo XV y principios del XVI, aunque se trata de una tipología más medieval que moderna, pues hunde sus raíces en la tradición atlántica del siglo XIII, vinculada a la construcción naval propia de Portugal, Galicia, algunos astilleros cántabros y la Andalucía occidental³⁶. Si atendemos a sus características arquitectónicas, estamos ante naves de una sola cubierta, popa llana y espolón a proa que apareja tres palos con velas latinas³⁷, aunque Casado Soto apunta a que los ejemplares ibéricos tendían al uso de aparejo redondo, pudiendo carecer de cubierta las de menor entidad a fin de apoyar la propulsión con remos³⁸. De hecho, es el propio García de Lerma quien confirmó la necesidad de esta implementación en el contexto analizado, pues “las carabelas pueden ser de remos como los bergantines, porque cuando les faltare viento pueden subir al remo”³⁹.

En segundo lugar, cerramos este párrafo de las tipologías con menor presencia refiriendo algunas características de la mencionada fusta. Se trata de una tipología ambigua, que podemos definir como de bajo bordo y de buena eslora, semejante tanto a la llamada pinaza como a una galera pequeña, incluso próxima a una carabela modesta, cuya propulsión es también viable de forma mixta combinando el uso de remos con las velas arboladas en dos o tres palos⁴⁰. Fray

³⁵ Ramírez, *Carta...*, f. 119v.

³⁶ José Luis Casado Soto, “Los barcos del Atlántico Ibérico en el siglo de los Descubrimientos: Aproximación a la definición de su perfil tipológico”, en Bibiano Torres Ramírez (ed.), *Andalucía, América y el mar*. Sevilla: UNIA, 1991.

³⁷ José de Lorenzo, Gonzalo de Murga y Martín Ferreiro, *Diccionario marítimo español: que además de las voces de navegación y maniobra en los buques de vela, contiene las equivalencias en francés, inglés e italiano y las más usadas en los buques de vapor*, Madrid: Establecimiento tipográfico T. Fortanet, 1864, p. 132; Diego García de Palacio, *Instrucción náutica, para el buen uso y regimiento de las naos, su traça, y su gobierno conforme a la altura de México*, México: en casa de Pedro Ocharte, 1587, edición Facsímil, Valladolid: Maxtor, 2007, p. 137.

³⁸ Casado Soto, “Los barcos del Atlántico...”, p. 138.

³⁹ *Carta de García de Lerma a Carlos V*, Santa Marta, 9 de septiembre de 1532, AGI, Santa Fe, 49, R. 1, N. 4, f. 1v.

⁴⁰ Lorenzo, Murga y Ferreiro, *Diccionario marítimo español...*, p. 271; Casado Soto, “Los barcos del Atlántico...”, p. 141.

Pedro de Aguado menciona la fusta de Urbina como una embarcación superior en prestaciones a los bergantines⁴¹, pudiendo haber llevado a error al cronista tardío Piedrahita, que la interpreta como carabela⁴².

Bergantín

La principal tipología empleada en ambas expediciones es el bergantín, cuyo empleo como nave habilitada para combinar remo y vela en una propulsión mixta se mantiene hasta finales del siglo XVII. Su ligereza y su capacidad marinera convertían al bergantín en una nave extraordinariamente versátil⁴³. Desde su origen en el siglo XIV también sufrió redefiniciones, pero atendiendo al testimonio del oidor Diego García de Palacio, vemos cómo en el siglo XVI era tenido por un “navío chico y ligero”⁴⁴, lo que cuadra a la perfección con el uso y descripciones estudiados. Asimismo, debemos destacar los elementos morfológicos básicos de una embarcación europea, respecto a que podía contar con uno o dos palos (mayor y trinquete), bauprés y velas cuadras. La nomenclatura de la nave variaba en función de su aparejo⁴⁵.

Lógicamente se deben guardar las reservas oportunas por el empleo genérico de los términos en materia náutica, pero se trata de una tipología absolutamente protagónica en la exploración castellana de América, especialmente en aguas continentales: bergantines son referidos en crónicas de esta primera mitad del siglo XVI, desde el afamado caso de Hernán Cortés en la toma de Tenochtitlan

⁴¹ Aguado, *Recopilación historial...*, p. 80.

⁴² Fernández de Piedrahita, *Historia general...*, p. 102.

⁴³ Lourdes Odriozola Oyarbide, *Construcción naval en el País Vasco, siglos XVI y XIX*, San Sebastián: Diputación foral de Gipuzkoa, 2002, p. 124.

⁴⁴ García de Palacio, *Instrucción náutica...*, f. 133r.

⁴⁵ Lorenzo, Murga y Ferreiro, *Diccionario marítimo español...*, pp. 83-84.

sobre el lago Texcoco (1521)⁴⁶, hasta Francisco de Orellana y Diego de Ordax en el Amazonas y el Orinoco, respectivamente⁴⁷.

Botes, barcas o bateles

También se registran numerosas alusiones en ambas cuencas a botes o bateles⁴⁸, generalmente embarcaciones menores como esquifes, dedicadas a tareas auxiliares de las naves mayores (mantenimiento del casco, aproximaciones a costa y carga y descarga de mercancía)⁴⁹. Una de las referencias más cercanas es la de García de Palacio en el glosario que cierra su instrucción náutica de 1587, donde define batel como embarcación “con que se sirve la nao y se carga y descarga”⁵⁰. Resulta verosímil su uso ante exigencias fluviales dadas las continuas alusiones en las crónicas a estas embarcaciones menores como barcas, barquetas, baquetillas, botes o bateles⁵¹, junto a su configuración arquitectural, pues eran extremadamente ligeros y de fondo plano en ocasiones.

⁴⁶ “Mandó que con gran diligencia se hiciesen los bergantines para poder vadear la laguna y entrar mejor en México”. Fray Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de Nueva España*, México: UNAM, 1977, p. 95.

⁴⁷ Gaspar de Carvajal, *Relación del nuevo descubrimiento del famoso Rio Grande que descubrió por muy gran ventura el capitán Francisco de Orellana*, Carvajal, Quito: Biblioteca Amazonas, 1942; y Enrique Fernández-Prieto Domínguez, “Diego de Ordax, conquistador en Centro y Suramérica”, *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo* 6, 1989, p. 623.

⁴⁸ “Un género de barco pequeño”, según el *Diccionario de Autoridades*, Tomo I (1726).

⁴⁹ García de Palacio, en el glosario que cierra su tratado de náutica de 1587, refiere que batel “es con que se sirve la nao y se carga y descarga”. García de Palacio, *Instrucción náutica...*, f. 132v.

⁵⁰ *Ibidem*.

⁵¹ Schmidl, *Relatos de la conquista...*, pp. 5 y 34. En el Paraná y para el Magdalena, desde las primeras experiencias castellanas en Santa Marta, se menciona el uso de barcas en una función pareja a las canoas. Carta de García de Lerma a Carlos V, Santa Marta, 1529, AGI, Patronato, 197, R. 6, f. 32v.

Estimación del porte y capacidad de carga de los bergantines

En lo referente a la capacidad de carga, continúan los problemas de coherencia entre fuentes y falta de estandarización naval del momento⁵². No obstante, el cotejo entre fuentes y la estimación de hombres a bordo por nave pueden darnos una idea más aproximada del porte de estas, pese a no poder definir una tipología en su momento vital. En el caso del Magdalena, fueron unos doscientos hombres los transportados en los seis bergantines, lo que nos proporciona un promedio de poco más de treinta hombres por nave⁵³, pues a la carabela se le atribuye una función de almacén flotante y transportaría exclusivamente provisiones y tripulación funcional. Si nos fijamos en la segunda tanda, son ciento ochenta hombres transportados en tres bergantines, según Piedrahita⁵⁴, una carga doblada que podría tratarse de un error del cronista tardío o de un síntoma de la urgencia coyuntural que en ese momento la empresa de remontaje estaba viviendo tras el primer naufragio y paupérrima espera de la hueste terrestre⁵⁵. Por otro lado, las siete naves que manda Jorge Luján por orden de Pedro de Mendoza en misión exploratoria del Paraná cargan “cuarenta hombres encada uno”⁵⁶. Cuatrocientos hombres embarcaron en los ocho bergantines de la expedición principal al mando de Mendoza y Ayolas, lo que nos proporciona un promedio de cincuenta hombres por bergantín⁵⁷. Estos mismos hombres y naves continúan, según Ulrico Schmidl, al mando único de Juan de Ayolas hasta el río Paraguay⁵⁸. En suma, el tipo de bergantín referido en ambos casos es de un porte reducido, cuya capacidad de carga oscila entre los 30 y 40 hombres, en función de la coyuntura y la necesidad, llegando a cargar 50 y 60 hombres en aquellas situaciones en las que fuera imprescindible.

⁵² Nieva Sanz, “Panorama naval...”, p. 78.

⁵³ La fusta de Urbina zarpó con cincuenta hombres según Aguado, *Recopilación historial...*, p. 80.

⁵⁴ Fernández de Piedrahita, *Historia general...*, p. 124.

⁵⁵ Aguado, *Recopilación historial...*, pp. 81 y 88.

⁵⁶ Schmidl, *Relatos de la conquista...*, p. 34.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 36.

⁵⁸ *Ibidem*, p. 39.

La propulsión de los bergantines

Una de las diferencias más significativas entre navegación marítima y navegación fluvial es la propulsión, pues pese a partir con “las velas a los aires”⁵⁹ no son estas de gran importancia “por tener abrigadas la madre del río las grandes arboledas que lo han cercado por uno y otro lado”⁶⁰, además de la fuerza de la corriente que de forma unidireccional e incesante impide todo esfuerzo de remontaje. No obstante, en lo relativo al viento, no se da en todos los ríos ni en todos los tramos la misma circunstancia. Quizá el Paraná fuera más propicio que el Magdalena al uso alternado de la vela, pues desde la experiencia de Ramírez sabemos que anduvieron “algunas veces a la vela, otras veces, a toas”⁶¹.

En este sentido, el sistema de propulsión mayoritario es el remo, lo que implica remplazar la fuerza del viento por la de los brazos, bogando al unísono y a contracorriente sin descansos ni paio que valga, dado que cualquier parada en agua remontando un río supone desandar fácilmente lo andado⁶². Descartando la vela como no habitual ni eficiente, los métodos más empleados y subrayados en la documentación para “batallar continuamente con los raudales del río”⁶³, fueron el remo y la sirga o toa⁶⁴.

Por un lado, el remo se convertía en estos contextos en el compañero inseparable del soldado, pues de él dependía el movimiento⁶⁵, referido continua-

⁵⁹ Castellanos, *Elegías...*, p. 402.

⁶⁰ Simón, *Noticias históricas...*, p. 87.

⁶¹ Ramírez, *Carta...*, f. 119v.

⁶² Circunstancia experimentada en ambos trabajos de campo, pues en aquellas jornadas en las que tuvimos averías, pudimos perfectamente comprobar como aún hoy, una embarcación fluvial que queda con su sistema de propulsión inoperante ya sea mecánico o manual, es arrastrada río abajo desandando el camino.

⁶³ Fernández de Piedrahita, *Historia general...*, p. 104.

⁶⁴ *Ibidem*; Castellanos, *Elegías...*, p. 437 y Simón, *Noticias históricas...*, pp. 72-73.

⁶⁵ Castellanos, *Elegías...*, p. 443. Esa relación inseparable entre el soldado y el remo se refleja en la literatura del Siglo de Oro, pues Cervantes subraya en *El Amante liberal* cómo en situación de urgencia en la mar, “sólo se atendía a no dejar los remos de las manos”. (1^o Edición Valladolid: Imprenta de Juan de la Cuesta, 1613), Barcelona: Imprenta De A. Bergnes y Comp. 1832, p. 35.

mente también en los bergantines de Mendoza, pues “se movían con remos”⁶⁶. La propulsión a remo es una actividad que implicaba un desgaste físico enorme, pues permitía avanzar, pero “con harta fatiga”⁶⁷, por lo que se ayudaban ocasionalmente y cuando los fondos someros lo permitían, con palancas o pértigas con las que propulsarse usando el fondo como contraimpulso⁶⁸. Por otro, cuando no era “a puro remo”⁶⁹, era común en ambos casos el uso de sirga, toa o maroma desde las orillas y barrancas⁷⁰. Esto implicaba llevar hombres y caballos fuera de las naves que remolcaran a estas y aumentaba los riesgos de accidentes de consideración y la vulnerabilidad a ataques de depredadores e indígenas del entorno⁷¹. Se trata de un sistema de propulsión que ya pusieron en práctica en la navegación de Caboto, pues “a las veces andando a toas todo este tiempo con mucha fatiga”⁷².

En definitiva, los bergantines mencionados en ambos casos, cuya morfología pudo variar atendiendo a las condiciones materiales, experiencia de carpinteros o coyuntura —en alguno caso incluso privados de cubierta⁷³—, coinciden en su ligera condición, propulsión preferiblemente a remo y reducido calado. Por tanto, a juzgar por las crónicas analizadas, en ambos casos se trató de bergantines sumamente ligeros que tuvieron que enfrentarse con exceso de carga a unos ríos extraordinariamente difíciles de navegar, especialmente la desembocadura del Magdalena, donde cada milla recorrida era un desafío para superar las barras de arena y la maleza que arrastraba⁷⁴. No obstante, pese a las limitaciones funcio-

⁶⁶ Schmidl, *Relatos de la conquista...*, p. 34.

⁶⁷ Ramírez, *Carta...*, f. 119v.

⁶⁸ Castellanos, *Elegías...*, p. 437; Simón, *Noticias historiales...*, pp. 72-73; Fernández de Piedrahita, *Historia general...*, p. 104.

⁶⁹ Ramírez, *Carta...*, f. 120r.

⁷⁰ Aún hoy en las riberas del Paraná sigue presente la ley de sirga o ley de camino de sirga, por la cual no se pueden vallar las fincas hasta el extremo de la ribera del río, para permitir que una embarcación pueda, si lo necesita, remolcarse a toas o a sirga río arriba. Ley N° 17711, ART. 2639 del Código Civil de Argentina.

⁷¹ Fernández de Piedrahita, *Historia general...*, p. 104; Castellanos, *Elegías...*, p. 437 y Simón, *Noticias historiales...*, pp. 72-73.

⁷² Ramírez, *Carta...*, f. 119v.

⁷³ Castellanos, *Elegías...*, p. 436.

⁷⁴ *Ibidem*.

nales mostradas en la suma de ambas expediciones, los bergantines se muestran de enorme resistencia a estos nuevos entornos fluviales. Tan solo se registraron incidentes en la primera tanda de Quesada, donde dos bergantines naufragaron junto a la fusta y la carabela, pero quedaron otros tres más el refuerzo disponible para el remontaje. Del mismo modo, no se registran pérdidas de consideración de bergantines ni en el Paraná ni en el Paraguay producidos por las condiciones naturales, aunque sí por ataques indígenas.

Análisis náutico: virtudes y problemas

Una vez aproximados a la tipología empleada en ambos casos, el presente apartado se centra en analizar sus cualidades náuticas y funcionales. Es decir, tomando como referencia la propuesta de Keith Muckelroy en lo relativo a la conceptualización de los barcos⁷⁵, el análisis náutico se enfoca en conocer los bergantines en su condición de máquinas que flotan y se desplazan sobre el agua, gracias a determinadas características. Mientras, el análisis funcional hará lo propio con la concepción de estos como un sistema militar o parte de este, dotado de unas funciones vitales para el desarrollo de sendas empresas fluviales y sus desafíos. De este modo, para acometer este análisis es necesario valorar las cualidades náuticas que garantizan la llamada eficacia marinera o *seaworthy*; es decir, la capacidad de realizar una navegación de forma regular, eficaz y segura⁷⁶. Para ello se toman en cuenta las categorías propuestas por Pujol (hidrodinámica, flotabilidad, estabilidad, estanqueidad y solidez)⁷⁷, a través de la actualización propuesta por Moyano Di Carlo, que las fija en cuatro: flotabilidad, estabilidad, movimiento y resistencia estructural⁷⁸.

⁷⁵ Muckelroy, *Maritime...*, p. 215.

⁷⁶ Robert W. Jobson y William R. Hildebrandt. “The distribution of oceangoing canoes on the north coast of California”, *Journal of California and Great Basin Anthropology* 2.2, 1980, pp. 165-174.

⁷⁷ Marcel Pujol i Hamelink, “La terminologia de construcció naval i el seu origen: mediterrani/atlàntic”, *Drassana* 14, 2006, p. 168.

⁷⁸ Julián Moyano Di Carlo, J. *Mucho más que barcos. Una aproximación teórica a las funciones, capacidades náuticas, bases materiales y dimensión social de la tecnología naval prehistórica*. Oxford: BAR International Series 2901, 2018, p. 54.

Flotabilidad y estabilidad

La flotabilidad de una embarcación viene dada por su morfología y densidad de su casco, sintetizado en el principio de Arquímedes (s. II a. C.); es decir, el empuje vertical hacia arriba que el agua ejerce es proporcional a la cantidad de agua que desplaza. Por tanto, dado que las concepciones europeas desarrollan embarcaciones compuestas⁷⁹, se construyen cascos atendiendo a este principio físico. Por otro lado, en el diseño y construcción del casco también se considera la relación eslora-manga mencionada, pues proporciona una estabilidad transversal muy buena si la comparamos con la relación eslora-manga analizada en las embarcaciones indígenas que la duplican y triplican. En sentido general, podemos asumir que las naves castellanas gozaban de una flotabilidad y una estabilidad óptimas, a lo que se sumaban un francobordo propio de naves marítimas, lo que impediría *a priori* entradas de agua excesivas aún en lances más o menos complicados contra la corriente fluvial.

Movimiento eficiente

En lo que se refiere al movimiento eficiente en el que convergen hidrodinámica y aerodinámica, hay dos elementos para tener en cuenta aquí: calado y ligereza. Por un lado, se opta por embarcaciones menores porque calan mucho menos que las mayores, es decir, necesitan menos agua para navegar pudiendo hacerlo en aguas someras como las de ambas cuencas por sectores⁸⁰. No obstante, hay tramos y zonas de ciénagas y humedales anexos que siguen presentando una profundidad extremadamente baja, impidiendo su navegación, y así lo refleja Acosta, pues “advirtieron que desde allí no tenía el río agua suficiente para los

⁷⁹ En el presente análisis se emplea “tradición europea”, haciendo una síntesis de las distintas corrientes que convergen en la construcción ibérica, especialmente, en contraposición a las embarcaciones de tradición indígena analizadas.

⁸⁰ “pues los barcos grandes sólo podían llegar a una distancia de un tiro de arcabuz de la tierra, por eso se tienen las pequeñas esquifes; a éstas se les llama bateles o botes”, Schmidl, *Relatos de la conquista...*, p. 5, ya antes subrayado por Ramírez, *Carta...*, f. 117v y por García: “aquella nao no podía entrar en el rrio q hera muy Grande y ellos no quisieron sv [no] hazermela llevar Cargada con esclaus”, *Relación y derrotero...*, f. 3v.

Barcos”⁸¹. Por otro lado, la ligereza también está relacionada con el movimiento eficiente, tanto con el calado como con el propio desplazamiento de la nave, especialmente cuando las condiciones exigen una propulsión a remo y a contracorriente, siendo las embarcaciones menos pesadas mejor solución ante los problemas que el medio exige.

Resistencia estructural

Por cuarto y último lugar, la resistencia estructural de unas naves u otras cobra gran importancia en contexto fluviales debido a la cantidad de estorbos que la corriente arrastra, y a las numerosas veces que las naves deben hacer fondeos de alto riesgo y varadas en las isletas y riberas. La resistencia estructural está sometida a fuerzas externas e internas de la nave, por lo que en este tipo de navegaciones y operaciones de riesgo se sufre mucho tanto por el contexto en el que se realizan, como por la sobrecarga de gente que remontan el río abordo. De forma general, la concepción compuesta de las naves ibéricas tiene una resistencia estructural menor a las monóxilas, dado que su propia composición genera numerosos puntos débiles entre las tracas a tope y en juntas o puntos con mucha conjunción de piezas, que pueden acabar en vías de agua si se someten golpes, roces o roturas por presión.

Análisis funcional de las naves castellanas

Centrándonos ya en la multifuncionalidad presentada por los bergantines, esta constituye la respuesta funcional a los problemas, en forma de dificultades medioambientales y humanas, que ambos ríos impusieron. En este sentido, podemos encontrar funciones que compartan ambos casos y otras completamente divergentes, teniendo en cuenta que la expedición de Jiménez de Quesada contó con una fase muy larga de avance simultáneo que solo se dio ocasionalmente en el caso de Mendoza-Ayolas.

⁸¹ Acosta, *Recopilación historial...*, p. 120.

Apoyo a la movilidad y reconocimiento

No cabe duda de que la principal función de las naves como vehículo y como parte de un sistema de “guerra” es facilitar la movilidad, puesto que el río es la mejor vía de comunicación en un territorio donde se desconocen caminos tanto en el Magdalena⁸² como en las primeras experiencias de La Plata, donde ya reflejan que “el mejor camino y más breve era por el Río Paraná arriba y de allí entrar por otro que entra en el que se dice el Paraguay”⁸³.

En el caso Quesada-Magdalena los bergantines cumplen una función auxiliar a la movilidad pedestre por las riberas, aportando soluciones cuando el camino se torna impracticable: “en la necesidad de pasaje en algún dificultoso paso la gente de tierra los pasase en ellos”, es decir, cuando la hueste quedaba bloqueada y no lograban “hallar vado”, los esperaban haciendo “venir a los bergantines” para evitar grandes desvíos que retrasasen y desgastasen más la expedición⁸⁴. En lo que se refiere al Paraná-Paraguay, en la mayor parte del avance toda la fuerza va embarcada en las naves, penetrando en tierra cuando fuera necesario como ya hicieron⁸⁵.

Por otro lado, relacionado también con la movilidad fueron numerosas las ocasiones en las que uno o varios bergantines son enviados a vanguardia a fin de reconocer el terreno, tanto en el caso de Quesada que mandó a “los bergantines a descubrir por el río”⁸⁶ en una ocasión, y en otra avisar cuando “navegasen lo que pudiesen el río arriba y viesen lo que en él había”⁸⁷. Hizo lo propio Pedro de Mendoza, quien desde los primeros momentos de Buenos Aires mandó naves río arriba a reconocer⁸⁸.

⁸² Castellanos, *Elegías...*, p. 439.

⁸³ Ramírez, *Carta...*, f. 118v.

⁸⁴ Castellanos, *Elegías...*, p. 440.

⁸⁵ Schmidl, *Relatos de la conquista...*, p. 64.

⁸⁶ Jiménez de Quesada, *Epítome...*, f. 3v.

⁸⁷ Castellanos, *Elegías...*, p. 443.

⁸⁸ Schmidl, *Relatos de la conquista...*, p. 34.

Abastecimiento y reabastecimiento simultáneo

El aprovisionamiento regular y suficiente es fundamental para la viabilidad de cualquier empresa de Indias, especialmente en terrenos tan complejos como los abordados. En consecuencia, transportar, garantizar e, incluso, conseguir el abastecimiento es uno de los principales roles que las naves desempeñaron en ambos casos. En el caso de Jiménez de Quesada, tras largas semanas atravesando la abrupta vegetación tropical, la hueste se hallaba casi moribunda y dependía exclusivamente del encuentro con los bergantines cargados de provisiones en la confluencia con el río Cesar⁸⁹. Por otro lado, Pedro de Mendoza, atormentado por la hambruna sufrida en Buenos Aires, mandó cuatro bergantines para que consiguieran “comida y bastimentos”⁹⁰. Por tanto, cada flotilla que se alistaba, en uno y otro caso, sabía que había de asegurarse cargar suficientes “víveres y otras cosas más que se necesitan en este viaje”⁹¹.

Este rol de proveedor se torna aún más importante cuando se desarrolla un avance simultáneo, en el que tanto los que van a bordo como los que van por tierra se prestan apoyo mutuo. Esta coyuntura está más marcada en el caso del Magdalena, pues una vez reunidas las naves que sobrevivieron al naufragio y las de la segunda tanda con la hueste pedestre, estos avanzan “río arriba en compañía y en conserva de la gente que por tierra fuese”, lo que propicia una dinámica muy clara de apoyos de “unos á los otros”⁹²; una suerte de proceder simbiótico reflejado también en verso por Juan de Castellanos: Porque mientras dudare la demanda / El orilla será nuestra carrera / Y los barcos por una y otra banda / Buscaran de comer por la ribera / Acudiendo con alguna vianda / A los que nos hallamos acá fuera / Y si por acá hallan buenos nidos / También serán los barcos proveídos⁹³.

En la cuenca del Plata este tipo de avance se produce de forma distinta. Por un lado, la fuerza se desplaza fundamentalmente por agua y reproduce esta di-

⁸⁹ Castellanos, *Elegías...*, pp. 434-435.

⁹⁰ Schmidl, *Relatos de la conquista...*, p. 34.

⁹¹ Es el caso de Cabrera con los cuatro bergantines que suben en apoyo de los hombres de Ayolas. En Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 11.

⁹² Aguado, *Recopilación historial...*, p. 77 y Simón, *Noticias historiales...*, p. 58.

⁹³ Castellanos, *Elegías...*, p. 438.

námica de forma intermitente; es decir, se detiene en puntos determinados en los que parte de los hombres penetran en el territorio y cuentan con las naves como despensa⁹⁴, para lo que cargan suficientes “provisiones de trigo turco y otro bastimento”⁹⁵. Por otro lado, en las expediciones ulteriores lideradas por los capitanes que suceden a Mendoza en su propósito también se utiliza esta dinámica de despensa estacional pues “no teniendo más comida tuvimos que regresar a los barcos”⁹⁶, sumado a un avance simultáneo tierra-agua más parecido a lo experimentado por Quesada en el Magdalena, donde “se los hizo marchar por cien leguas de camino por la tierra de los Carios y nosotros viajamos por el río”⁹⁷.

Transporte auxiliar de heridos y enfermos

Las condiciones geográficas y la intensidad del avance hasta la extenuación y el hambre son factores que generaban en este tipo de expediciones niveles de morbilidad muy altos⁹⁸. En términos militares, la morbilidad es mucho más complicada de gestionar que la mortalidad; es decir, los enfermos necesitan asistencia, ralentizan el avance y colocan al grueso en una situación de vulnerabilidad física y mental mayor, mientras que las bajas no. Por tanto, los bergantines ejercieron un rol de vital importancia en ambos casos, pues permitieron desplazar a “los enfermos y matalotajes”⁹⁹, tanto en el transcurso del avance como de vuelta a bases de partida anteriores. En el caso de Quesada esta función posibilita la continuación de la empresa subiendo la Sierra del Opón y enviando a “los dolientes para

⁹⁴ Schmidl, *Relatos de la conquista...*, p. 64.

⁹⁵ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 18.

⁹⁶ Schmidl, *Relatos de la conquista...*, p. 64.

⁹⁷ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 28.

⁹⁸ Subrayamos la diferencia entre morbilidad (relacionado con la enfermedad) y mortalidad (relacionado con la muerte) por las diferentes exigencias logísticas que imponen una y otra condición.

⁹⁹ Simón, *Noticias históricas...*, p. 58 y Aguado, *Recopilación histórica...*, p. 89.

se reparar en Santa Marta”¹⁰⁰. Por otro lado, en el Paraná corroboramos la puesta en práctica de esa función tanto en los antecedentes relatados por Luis Ramírez (“a que el dicho bergantín se hizo al largo del río y toda la gente que en el venía, herida, y algunos muy malamente”¹⁰¹) como en la experiencia del propio Pedro de Mendoza en su regreso a Buenos Aires en dos bergantines¹⁰². También lo harían los capitanes posteriores cuando “aquellos que estaban dañados o heridos de entre nosotros los cristianos y Yapiirus, los enviamos de vuelta”¹⁰³.

Sin embargo, en el caso Quesada-Magdalena las cifras de heridos y enfermos llegan a niveles tan desmesurados que ponen en riesgo la gobernabilidad de las naves¹⁰⁴. Esta problemática nos permite reflexionar sobre un aspecto fundamental de la náutica pues, aun pareciendo una obviedad, las naves no son máquinas cuya funcionalidad es autónoma, si no que requieren de una tripulación suficientemente cualificada para su correcto funcionamiento. Por lo tanto, en el afán de conservar los sanos para continuar con la empresa, no se puede olvidar de dotar a las naves que regresen con los heridos y enfermos, de “gente sana para que los bogue, defienda y gobierne en sus faenas y correrías que han de hacer á una banda y á otra del río para descubrir lo que hay en él”¹⁰⁵.

Apoyo ofensivo y defensivo

Su participación en la guerra no es la principal función atribuida a las naves en estos casos; sin embargo, su capacidad ofensiva y defensiva posibilitó el desempeño de un rol también relevante en la faceta bélica de la expedición, mediante el uso de la artillería ligera y como plataforma para arcabuceros, que apoyaran a la gente de guerra en las riberas o barrieran a canoas indígenas sobre el río¹⁰⁶. No obstante, esta dinámica de apoyos se daba de forma recíproca, puesto que los bergantines sin apoyo de la gente de guerra quedaban a merced de que

¹⁰⁰ Castellanos, *Elegías...*, p. 449.

¹⁰¹ Ramírez, *Carta...*, f. 121r.

¹⁰² Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 38.

¹⁰³ *Ibidem*, p. 37.

¹⁰⁴ Aguado, *Recopilación historial...*, p. 89.

¹⁰⁵ Simón, *Noticias historiales...*, pp. 58 y 74.

¹⁰⁶ Acosta, *Recopilación historial...*, p. 117.

“los indios del río grande no los damnificasen con la mucha cantidad de canoas que podían juntar”¹⁰⁷. Del mismo modo, Ulrico Schmidl en el Paraná subraya que “tampoco podíamos alejarnos mucho de nuestros barcos por temor a que los pudiesen atacar”¹⁰⁸

La versatilidad de los bergantines en facetas ofensivas y defensivas les situaba como un excelente complemento para las expediciones fluviales, puesto que proporcionaba al mando recursos tácticos frente a grupos indígenas de ambas cuencas que “solo pelean por el agua”¹⁰⁹. En el caso del Magdalena, incluso fueron utilizados para “cerrar” el río en algunos tramos de forma que se pudiera acampar sin miedo acometidas sorpresivas desde canoas¹¹⁰. Un ejemplo que ilustra muy bien esta práctica se refleja en la jornada en que Quesada avanza con algunos hombres en canoas y, a su regreso, es confundido en la lejanía con indígenas por los “dos bergantines que andaban asegurando el río”. Estos habían resistido un ataque de madrugada y abrieron fuego “con un verso de los que llevaban” al tomarlos por “canoas rezagadas”, hasta que estos lograron alzar una bandera que fuera “divisada de la gente de los bergantines”¹¹¹.

En definitiva, a través de la documentación coetánea ha sido posible valorar la multifuncionalidad de los bergantines como fundamental en ambas empresas fluviales, pivotando su importancia como apoyo a la movilidad, el reconocimiento, el abastecimiento y la defensa y ofensa agua-agua y agua-tierra. En este sentido, el análisis desarrollado sitúa al bergantín como máquina y como sistema funcional, habiendo repasado ya su faceta como sistema social y simbólico anteriormente.

¹⁰⁷ Aguado, *Recopilación historial...*, pp. 81 y 88; Castellanos, *Elegías...*, pp. 445 y 456.

¹⁰⁸ Schmidl, *Relatos de la conquista...*, p. 43.

¹⁰⁹ *Ibidem*, pp. 42 y 43.

¹¹⁰ Aguado, *Recopilación historial...*, p. 109.

¹¹¹ *Ibidem*.

Cronista	Río	Mov. / Reco.	Abastecimiento	Refugio heridos y enfs.	Guerra	pp./ff.
Castellanos	Magdalena	X				440, 443
Castellanos	Magdalena		X			434, 438
Castellanos	Magdalena			X	X	449, 456
Aguado	Magdalena	X	X			77
Aguado	Magdalena			X		89
Aguado	Magdalena				X	109
Simón	Magdalena			X		58
Simón	Magdalena				X	98-99
Quesada	Magdalena	X				3v
Quesada	Magdalena		X			2v
García Mo-guer	Paraná-Pa-raguay	X				4r
Ramírez	Paraná					121r
Ramírez	Paraná				X	121r
Schmidl	Paraná	X				34
Schmidl	Paraná		X			64
Schmidl	Paraná-Pa-raguay			X		38 y 79
Schmidl	Paraná-Pa-raguay				X	36 y 42

Tabla 14. Referencias a las distintas funciones de los bergantines en los testimonios de cronistas precedentes y coetáneos. **Fuente:** elaboración propia.

5.2. Canoas indígenas: análisis tipológico, náutico y funcional

A fin de tener claro de dónde partimos a la hora de valorar las condiciones tecnológicas en materia náutica de todos los actores implicados, es preciso aproximarnos de forma breve a la navegación en la América prehispánica. Antes de la introducción de herramientas metálicas y conceptos de arquitectura naval exó-

genos, en el continente americano se desarrollaron algunas de las concepciones náuticas más comunes en la historia náutica mundial¹¹². Entre ellas destacan distintos tipos de flotadores de piel o changos¹¹³, balsas simples y complejas como las desarrolladas en la navegación en el Pacífico¹¹⁴ —también balsas votivas muisca como la conservada en el Museo del oro de Bogotá—, canoas compuestas por piezas de corteza como las empleadas en Tierra de Fuego¹¹⁵ y, entre otros, canoas monóxilas o de una sola pieza de árbol como las presentes tanto en las islas y litorales del área circuncaribe, como en buena parte de los ríos, ciénagas y lagos del continente americano¹¹⁶.

Análisis tipológico (fuentes documentales, materiales y etnográficas)

Si bien podían emplearse distintos tipos de embarcaciones, la canoa es predominante en las grandes cuencas fluviales analizadas. El término “canoa” es la denominación presente de forma reiterada en la documentación del periodo. Desde el punto de vista lingüístico, se trata de una voz antillana, oída por vez primera a finales del siglo XV¹¹⁷, y replicada en cada contexto americano en que

¹¹² Víctor M. Guerrero Ayuso, *Prehistoria de la navegación: origen y desarrollo de la arquitectura naval primigenia*, Oxford: BAR International Series, 2009.

¹¹³ Javiera Letelier Cosmelli y Victoria Castro Rojas, “Changos en el Puerto de Cobija. Transformaciones sociales durante el siglo XIX”, *Revista Española de Antropología Americana* 47, 2017, pp. 127-142.

¹¹⁴ Gabriel Prieto, “Balsas de totora en la costa norte del Perú: una aproximación etnográfica y arqueológica”, *Quingnam* 2, 2016, pp. 139-186.

¹¹⁵ Martín Gusinde, *Los indios de Tierra del Fuego*, Tomo II, Vol. 1, Centro Argentino de Etnología Americana, Buenos Aires: CONICET, 1986.

¹¹⁶ Lira, “Cadena operativa...”, pp. 200-211; Marcelo Lins y Carlos Ríos, “Canoas monóxilas da Lagoa de Extremoz, RN, Brasil”, *Fundamentos* 13, 2016, pp. 94-107 y Daniel Miguel Nieva Sanz, “Astilleros y canoas en la Ciénaga Grande: etnografía náutica sobre la cultura anfibia del Morro/Nueva Venecia (Colombia)”, *Cuadernos de Antropología*, 33(2), 2023, pp. 1-18 e Ídem, “La canoa monóxila y el saber inmaterial de sus últimos carpinteros: trabajo de campo en El Horno (Magdalena, Colombia)”, *Revista Española de Antropología Americana*, 54(1), 2024, pp. 101-113.

¹¹⁷ Gonzalo Fernández de Oviedo. *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar océano*, Madrid: Real Academia de la Historia, 1851, p. 170.

las huestes castellanas observaban embarcaciones indígenas semejantes. En este sentido, cuando hablamos de canoas monóxila (μονόξυλος), nos referimos a una canoa elaborada a partir del ahuecamiento del tronco de un árbol, utilizando para ello el término griego *monos* (uno) y *xilon* (madera). Estamos ante una de las tipologías navales de mayor presencia en el planeta, aunque en el caso americano y en el periodo de contacto o peri-contacto, constituyen marcadores evidentes de tradición prehispánica, junto al uso tradicional de determinadas especies arbóreas y la ausencia de herramientas metálicas en su proceso constructivo¹¹⁸.

En lo que se refiere a la identificación de esta tipología en el territorio a través de las primeras referencias históricas, contamos con definiciones generales de Indias como las de Fernández de Oviedo (1535) —“canoa es de una sola pieza”—¹¹⁹ o López de Gómara —“canoa, que son como artesas hechas de una pieza”—¹²⁰. En la cuenca del Magdalena y litoral caribe la primera mención sería la de García de Lerma en carta de 1530¹²¹, seguida de las principales crónicas coetáneas como la de Juan de Castellanos¹²². Por otro lado, además de las menciones periféricas de Pigaffeta y Solís, plenamente en el río Paraná se traslada también la voz “canoa”. Fue referida de este modo por vez primera en 1526 por Luis Ramírez, quien habla de “canoa de indios”¹²³, seguido por García de Moguer antes de su entrada en la desembocadura¹²⁴ y el resto de los cronistas referidos en adelante, destacando por el mayor detalle Ulrico Schmidl, quien las menciona y relata su condición constructiva: “las canoas que utilizan se fabrican del tronco de un árbol que tiene”¹²⁵.

¹¹⁸ Víctor Manuel Patiño, *La Tierra en la América equinoccial*, Bogotá: Presidencia de la República, 1997, p. 87.

¹¹⁹ Fernández de Oviedo, *Historia general y natural...*, p. 170.

¹²⁰ Francisco López de Gómara, *Historia General de las Indias*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979 [1552], p. 23.

¹²¹ *Carta del gobernador García de Lerma a Carlos V*, Santa Marta, 16 de enero de 1530, AGI, Patronato, 197, R. 6, f. 32v.

¹²² Castellanos, *Elegías...*, p. 402.

¹²³ Ramírez, *Carta...*, f. 118r.

¹²⁴ *Relación y derrotero de Diego García: La Coruña-río Paraná*, 1530, AGI, Patronato, 44, R. 2, f. 3v.

¹²⁵ Schmidl, *Relatos de la conquista...*, p. 38.

Concepción y construcción

En este punto, a fin de definir de forma clara la tipología, se antoja necesario centrarnos en la descripción organizada del proceso de concepción y construcción de canoas, diferenciación de suma importancia en procesos de elaboración de embarcaciones¹²⁶. Pese a la aparente simpleza de esta tipología, implica una cadena operativa realmente compleja y necesitada de la cooperación comunitaria en todas sus fases de desarrollo (talado, desbastado, ahuecado, acabado, curado y botado). En lo que respecta a la concepción irá de la mano de la elección de la materia prima, condicionando lo uno sobre lo otro y viceversa, dado que la morfología de las canoas monóxilas está inevitablemente constreñida por las dimensiones del fuste del árbol empleado.

Una vez decidido el árbol con el que trabajar, tenía que ser tumbado mediante la quema controlada de su base, no sacrificando demasiado tronco aprovechable para la elaboración de la canoa. Una vez dispuesto sobre el suelo, se iniciaba la fase de construcción compuesta de tres pasos fundamentales: desbastado, ahuecado/preforma y acabado. En primer lugar, mediante el uso de herramientas líticas u óseas se desbastaba el tronco despojándolo de ramaje y corteza, pasando a un siguiente paso en el que, mediante la llamada técnica sustractiva¹²⁷, se ahuecaba por capas utilizando las herramientas referidas con el apoyo de quemaduras controladas de cada capa para debilitar su resistencia física¹²⁸. En tercer lugar, el último paso de la fase de construcción implicaba realizar los acabados de la canoa procurando obtener formas hidrodinámicas.

¹²⁶ Sobre la concepción y construcción de embarcaciones véase Pomey, “Defining a Ship...”, pp. 25-46 y Patrice Pomey y Eric Rieth, *L’archéologie navale*, Paris: Editions Errance, 2005.

¹²⁷ Eric Rieth, *Des bateaux et des fleuves, archéologie de la batellerie du Néolithique aux temps modernes en France*, Paris: Editions Errance, 1998, p. 55.

¹²⁸ Patiño, *La Tierra...*, p. 87.

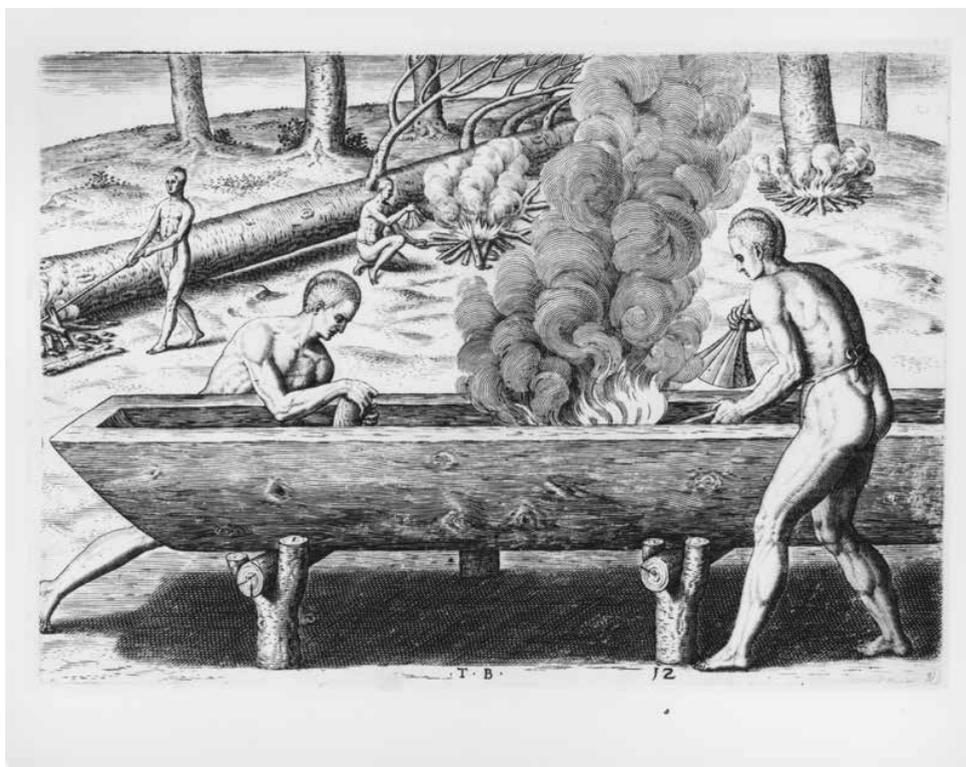


Figura 12. Ilustración del siglo XVI sobre el proceso de construcción de una canoa monóxila mediante las técnicas y herramientas prehispánicas. **Fuente:** Theodorus de Bry, *Collections peregrinationum in Indiam Occidentalem et Indiam Orientalem*, Fráncfort, 1590, vol. 1, tav. XII.

Este proceso constructivo del periodo de peri-contacto es descrito con detalle por cronistas generales de Indias como Fernández de Oviedo:

Cada canoa es de una sola pieza ó solo un árbol, el qual los indios vacían con golpes de hachas de piedras enhastadas [...] y con estas cortan ó muelen á golpes el palo, abocándolo, y van quemando lo que está golpeado y cortado, poco á poco, y matando el fuego, tornando á cortar y golpear como primero; y continuándolo assi, hacen una barca quasi de talle de artesa ó dornajo; pero honda é lengua y estrecha,

tan grande y gruesa como lo sufre la longitud y latitud de el árbol, de que la hacen; y por debaxo es llana y no le dexan quilla, como á nuestras barcas y navíos¹²⁹.

Asimismo, de forma escueta también son referidas estas prácticas artesanales por los cronistas de los ríos estudiados como Juan de Castellanos, quien las refiere como “unos leños cavados”¹³⁰ y manuscritos en que refieren que se trata de canoas “hechas de una pieça”¹³¹. Asimismo, en el Paraná también son muy claras descripciones como las de Ulrico Schmidl, quien asegura que “las canoas que utilizan se fabrican del tronco de un árbol”¹³². En definitiva, todas son coincidentes en lo conceptual, manteniéndose de este modo, pero alterando el proceso constructivo a partir de la incorporación de herramientas metálicas derivadas de las dinámicas de intercambio y “rescate” entre castellanos e indígenas (ver apartado 6.2)¹³³.

Materia prima: árboles para canoas

Es lo relativo a la materia prima una de las labores más difíciles del estudio de canoas monóxilas del periodo de peri-contacto. El uso de unos árboles u otros puede tener implicaciones funcionales y simbólicas, y relación directa entre propiedades, esfuerzos y durabilidad. En lo relativo a la denominación de las especies arbóreas se abre nuevamente la tan presente problemática de la disociación término y tipo de árbol, teniendo que diferenciar entre nombres puestos por los primeros castellanos, los nombres referidos por las comunidades aún presentes en esas riberas y los nombres científicos. Si atendemos a las crónicas coetáneas en la cuenca del Magdalena, ya Juan de Castellanos menciona “ceiba”, una especie arbórea ratificada algunas décadas más tarde por la documentación de la ad-

¹²⁹ Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural...*, p. 170.

¹³⁰ Castellanos, *Elegías...*, p. 407.

¹³¹ *Cartas de Audiencia*, 1603, AGI, Santa Fe, 18, R. 4, N. 29, f. 2r.

¹³² Schmidl, *Relatos de la conquista...*, p. 38.

¹³³ Como refiere Juan de Castellanos alrededor de Maracaibo. Castellanos, *Elegías...*, p. 182.

ministración del territorio pues “desde antiguo [...] suelen bogar en ceybas”¹³⁴, sumando también el almendro y el cedro¹³⁵. Es decir, en la cuenca del Magdalena son mencionados fundamentalmente el cedro (*Cedrela odorata* L), la ceiba (*Ceiba pentandra* [L.] Gaertn.) y el almendro (*Terminalia catappa* L.)¹³⁶, entre otras.

Fuente	Madera	Uso	Área	Año	Fol./p.
J. Castellanos	Ceiba	Canoa	Bajo Magdalena	1589	441
J. Castellanos	Ceiba		-	1589	182
Fray Pedro Simón	Ceiba	General	-		62 y 79
Cartas a la Audiencia de Santa Fe	Almendro	Canoa	Magdalena Medio	1603	2r
Cartas a la Audiencia de Santa Fe	Cedro	Canoa	Magdalena Medio	1603	2r
Ordenanzas para la Ciénaga	Ceiba	Canoa	Ciénaga	1600	s.f.

Tabla 15. Menciones a especies arbóreas vinculadas con la construcción de canoas de tradición indígena durante la centuria estudiadas y tránsito a la subsiguiente. **Fuente:** elaboración propia.

Por su parte, en la cuenca del Plata las menciones coetáneas a las especies arbóreas empleadas para la construcción de canoas son muy escasas. No obstante, tanto la documentación y cronistas más tardíos¹³⁷, como el estudio transdisciplinar por parte de la investigación en lo relativo a la revisión de las canoas conservadas o el trabajo etnográfico con comunidades indígenas de la cuenca,

¹³⁴ *Auto de ordenanzas para el pueblo de La Ciénaga de Santa Marta*, 14 de junio de 1600, AGI, Santa Fe, 96, N. 5B.

¹³⁵ *Cartas de Audiencia*, 1603, AGI, Santa Fe, 18, R. 4, N. 29, f. 2r.

¹³⁶ Identificación arbórea desarrollada en colaboración con Grupo de investigación en Restauración ecosistémica y Ecología Urbana, Universidad del Magdalena.

¹³⁷ Florian Paucke, *Hacia allá y para acá. Una estadía entre los indios Mocobíes, 1749-1767*, Santa Fe: Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe, 2010, p. 615.

revelan que se usaba el timbó/cimbó (*cathormion plyathum*)¹³⁸, y el cedro/Ygary (*Cedrela fissilis*) en el río Paraná y parte del Paraguay, pudiendo ampliarlo al palo borracho/samu'u (*ceiba speciosa*). La relación simbólica con el árbol es muy clara en casos como los guaraníes y el cedro/ygary (“Que camina sobre el agua”), dado que es el árbol sagrado por excelencia en su cosmología, *yvyra ña-mandu* (árbol del creador)¹³⁹.

Por otro lado, a través del trabajo de campo se ha podido plantear una hipótesis plausible que explique el porqué del empleo de maderas más blandas como el palo borracho frente a maderas más duras como el almendro. Los esfuerzos en la construcción y el transporte fuera del agua de una canoa con una madera pesada son excesivos en cuencas como la del Pilcomayo, cuyo régimen es tan cambiante que muchas veces el punto de aprovisionamiento de madera y área de labrado de la canoa quedan demasiado lejos del agua. Este es el caso de las comunidades toba aún presentes en sus riberas, cuyo proceso de construcción fue posible registrar, empleando tan solo una jornada con herramientas metálicas (Ver figura 28). No obstante, si bien el uso de maderas más blandas facilita su labrado y su transporte en tierra, reduce drásticamente su vida útil; así, es de entre uno y dos años en el caso de las canoas toba de palo borracho, frente a las décadas que una canoa monóxila de cedro podía durar en las riberas del Magdalena¹⁴⁰.

¹³⁸ Sobre el Timbó Félix de Azara dice que “es un arbolon de primer orden, bastante sólido, no pesado, y de manera que jamas se raja; por cuyos motivos la prefieren para canoas”, *Descripción e historia del Paraguay...*, p. 63.

¹³⁹ Héctor Alejandro Keller. “Importancia de las especies con ‘madera de ley’ para los guaraníes de Misiones, Argentina”, *Revista Forestal YVYRARETA* 17, 2010, p. 29.

¹⁴⁰ Nieva, “La canoa monóxila...”, p. 110.



Figura 13 (Izq.) Palo borracho/samu'u (*ceiba speciosa*). **Fuente:** fotografías del trabajo de campo en territorio toba/wichí (Argentina, 2023), y resultado de la identificación arbórea en colaboración con ingenieros ambientales de la UOCÑ, Pilar (Paraguay).

Figura 14 (Dcha.) Ceiba roja (*Ceiba pentandra [L.] Gaertn*). **Fuente:** fotografía del trabajo de campo entre diciembre y enero de 2022 y 2023, y parte de la identificación arbórea desarrollada en colaboración con el Grupo de investigación en Restauración Ecosistémica y Ecología Urbana. Universidad del Magdalena (Colombia).

Medidas, capacidad de carga/porte

La morfología de la canoa está muy condicionada por las medidas del tronco empleado en su construcción lo que, añadido a su condición de factura artesanal, impide establecer un estándar de medidas y capacidades, pudiendo ser de “palos grandes y pequeños” como afirma el propio Juan de Castellanos¹⁴¹. Si atendemos a las crónicas del Magdalena, tanto Aguado como Castellanos hablan de un promedio de cuatro personas por canoa; mientras que en la cuenca del Plata Ulrico Schmidl refiere que “tienen un ancho de tres pies y en el fondo un largo de ochenta pies”. Según la conversión del llamado pie de burgos o pie castellano, nos habla de una canoa de 2,40 metros de eslora por unos 0,90 m de manga. Su afirmación de que pueden viajar “en ellas hasta diez y seis hombres”¹⁴² difícilmente se ajusta a la realidad, salvo que se haya producido un error en la traducción en medidas, tripulantes o esté hablando de más de una canoa. Asimismo, a través de las campañas de trabajo de campo desarrolladas por la presente investigación, se han registrado en uso, conservadas y en semiabandono cinco canoas monóxilas o de base monóxila en la cuenca del Magdalena, cinco canoas monóxilas conservadas en el Alto Paraná, nueve en uso en los esteros de Ñeembucú (Paraguay) y una más durante el proceso de construcción de la comunidad toba del río Pilcomayo (ver tablas 18).

El cotejo de los datos expresados en las siguientes tablas arroja un promedio de 7,43 m de eslora por 60 cm de manga en el Magdalena¹⁴³, 5 m de eslora y 53 cm manga en el Alto Paraná y 3,5 m de eslora y 55 cm de manga en los humedales ñeembuqueños del Paraguay. Como puede apreciarse en las tablas 16, 17 y 18, se detecta una variabilidad de tamaños clara, pero oscilando siempre en una horquilla razonable con relación a las dimensiones promedio de los árboles. Habida cuenta de lo dicho anteriormente, la morfología de estos artilugios náuticos no puede exceder las proporciones que la materia prima impone, lo que constituye uno de los principales factores condicionantes¹⁴⁴.

¹⁴¹ Castellanos, *Elegías...*, p. 407.

¹⁴² Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 10.

¹⁴³ Exceptuando el ejemplar registrado en el Museo Naval (15 m de eslora y 1,13 de manga), debido a su aparente origen en el río Sinú, próximo al ámbito estudiado.

¹⁴⁴ Jonathan Adams, “Ships and boats as archaeological source material”, *World Archaeology*, 32(3), 2001, p. 301.

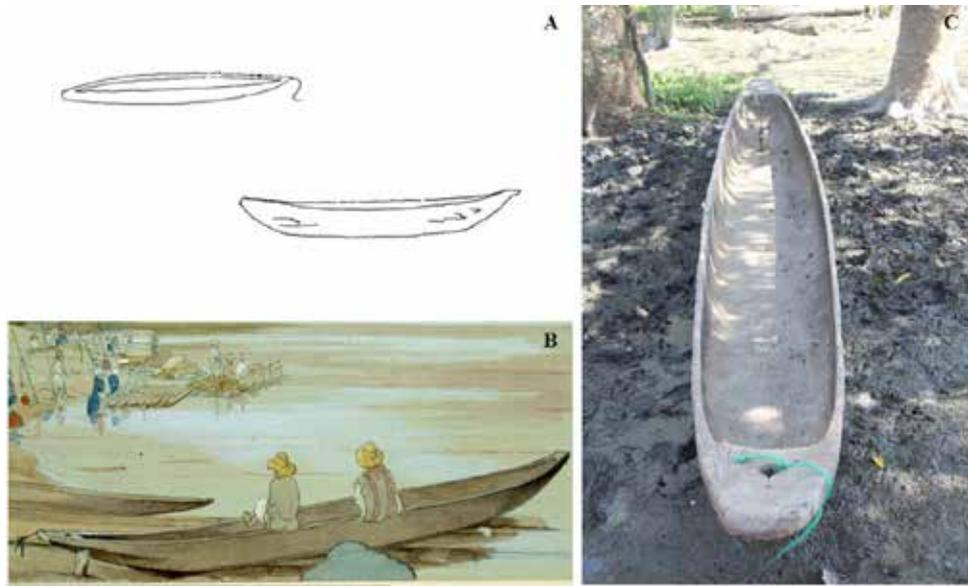


Figura 15. Composición gráfica que expone dibujos de las primeras representaciones de canoas en el río Magdalena (A); acuarelas del siglo XIX que ratifican su continuidad conceptual y funcional (B); y ejemplar monóxilo Horno-1 registrado por la presente investigación (C). **Fuente:** A) Dibujos extraídos de *Plano de Tenerife...*, 1580, RAH, C-028-003 y *Mapa del Río Grande de la Magdalena...*, 1601, AGI, MP-Panamá, 24; B) Acuarela *Puerto de Ambalema (Río Magdalena)* por Edward Walhouse, 1846; C) Fotografía del trabajo de campo en 2023.

Ejemplar	Esloza (m)	Manga (cm)	Madera	Contexto funcional	Ubicación	Origen	Año de hallazgo
Horno 1	5,10	45	Aji/coral	Sí	Municipio El Horno (San Zenón)	Brazo del Mompox	2022
Horno 2	7,05	65	Ceiba	Sí	Municipio El Horno (San Zenón)	Brazo del Mompox	2022
Morro 1	7,70	58	Ceiba	Sí	Ciénaga Grande de Santa Marta	Ribera del Magdalena	2023
Morro 2	9,87	73	Cedro	Sí	Ciénaga Grande de Santa Marta	¿?	2023
Cartagena-1	15	113	Caoba	No	Museo Naval (Madrid)	Cartagena de Indias (río Simú)	1862

Tabla 16. Relación que recoge medidas y datos complementarios de las canoas monóxilas y de base monóxila registradas por la presente investigación en la cuenca del Magdalena. Especies referidas: Aji (*phyllanthus elstiae*), ceiba (*Ceiba pentandra L. Gaertn.*), cedro (*Cedrela odorata L.*) Caoba (*Swietenia macrophylla*) **Fuente:** elaboración propia a partir del trabajo de campo en Colombia durante los años 2022 y 2023.

Exemplar	Esloza (m)	Manga (cm)	Madera	Contexto funcional	Ubicación	Factura	Origen	Año de hallazgo
Cambas-1	6,60	52	Timbó	No	Museo Aníbal Cambas (Posadas-ARG)	Guarani	Comunidad Guaraní (Misiones-ARG)	1940
Itaipú-1	4,62	35	Cedro	No	Museo de Itaipú Tierra Guaraní	Avá Guaraní	Ribera del río Paraná en la actual represa de Itaipú	En las obras de la presa de Itaipú 1975 y 1981
San Ignacio-1	2,99	88	Timbó	No	Museo Horacio Quintero (San Ignacio-ARG)	-	-	s. XX
San Ignacio-2	5,80	43	¿Timbó?	No	Museo reducción San Ignacio	Mbya guaraní	Comunidad Mbya guaraní	s. XX (Lorenzo Ramos)
San Ignacio-3	5 (dañada)	51	¿?	No	Museo Nadasdy	Mbya guaraní	Ribera del río Paraná	Hallada en el siglo XX en la ribera del Paraná
Cabildo-1	-	-	-	No	Museo del Cabildo de Asunción (Paraguay)	-	-	-
Payagua-1	3,40	57	Timbó	No	Museo Etnográfico “Andrés Barbero”	Mabayae y pasada a los Chamacocos (Confeción payaguae)	Chaco	1934 (Hallada por María F. de Casati)

Tabla 17. Relación que recoge medidas y datos complementarios de las canoas monóxilas conservadas en el Alto Paraná. **Fuente:** elaboración propia a partir del trabajo de campo en Argentina durante el año 2023.



Figura 16. Composición gráfica que expone la primera representación de canoas en el río Paraná (A) Canoas varadas en el fuerte de Buena Esperanza en 1536, y los ejemplares San Ignacio-2 (B) y Cambas-1 (C), ambos de factura guaraní y conservados en instituciones culturales o museos. **Fuentes:** A) Schmidl, *Viaje al río de la Plata...* (B) Fotografía del trabajo de campo de 2023, realizada en el Museo reducción San Ignacio y (C) Fotografía del trabajo de campo de 2023, realizada en el Museo Aníbal Cambas (Posadas-ARG).

Ejemplar	Eslora (m)	Manga (cm)	Madera	Contexto funcional	Ubicación	Año hallazgo
CuaPora-1	4,90	70	Timbó	Sí	Guazú Cua	En uso
Potrero-1	3,16	38	Timbó	Sí	Potrero González	En uso
Potrero-2	3,05	44	Timbó	Sí	Potrero González	En uso
Potrero-3	4,72	50	Laurel	Sí	Potrero González (Enfermería)	En uso
Potrero-4	3,53	45	Timbó	Sí	Potrero González	En uso
Potrero-5 (Parcial)	4,56	54	Timbó	Sí	Potrero González	2023
OkápeY-1	3,14	56	Timbó	No	Museo del Cabildo de Pilar	¿?
OkápeY-2	2,7	57	¿?	No	Domicilio particular (Pilar)	Paso de Pindó (2018)
OkápeY-3	2,2	81	¿?	No	Museo "Coronel Pedro Hermosa"	¿?
Toba-1	3,82	0,62	Palo bo-rracho	Sí	Comunidad Toba	2023

Tabla 18. Relación que recoge medidas y datos complementarios de las canoas monóxilas, registradas por la presente investigación, en uso actual a lo largo de los humedales de Ñeembucú (Paraguay). **Fuente:** elaboración propia a partir del trabajo de campo en Paraguay durante el año 2023.



Figura 17. Composición que recoge representaciones gráficas de canoas en el río Paraguay (A), y los ejemplares CuaPora-1 (B) y Potrero-3 (C), ambos de factura contemporánea y en uso. **Fuentes:** A) Acuarela anónima, s. XVIII y (C y D) Fotografías del trabajo de campo en 2023.

Propulsión y técnica de navegación

El uso de la vela en época prehispánica es aún todo un debate abierto en las investigaciones sobre navegación indígena. Resulta plausible su aplicación en el litoral pacífico, como indicaba el mito de Tupac Yupanqui y demostró a nivel experimental Thor Heyerdahl en la expedición del Kon-Tiki¹⁴⁵. Sin embargo, no podemos confirmar de forma clara su uso en los contextos estudiados, pues en lo que se refiere a la cuenca del Plata no hay registrado ningún testimonio que haga alusión al uso de vela en el momento de peri-contacto. Mientras, en el noroeste de América del Sur, quizá en el litoral caribe puede haber ciertos indicios como la denominación del “Cabo de la Vela”, puesto que según el cronista general de Indias Gonzalo Fernández de Oviedo lo asocia con que “allí se vio una gran canoa o piragua de indios que iba a la vela”. También afirmó que en el área circuncaribe “navegan con velas de algodón y al remo”¹⁴⁶. No obstante, más allá

¹⁴⁵ Thor Heyerdahl, *Early man and the ocean: A search for the beginnings of navigation and seaborne civilizations*, Nueva York: Doubleday, 1978.

¹⁴⁶ Fernández de Oviedo, *Historia general y natural...*, pp. 63 y 171.

del debate a nivel continental sobre el uso prehispánico de vela, no se registra con claridad en ninguna de las dos cuencas, cuyos contextos fluviales no son especialmente propicios para este tipo de propulsión.

En consecuencia, los principales métodos de propulsión de canoas monóxilas presentes en la documentación y corroborados en el trabajo de campo son el remo o canaleta y la palanca o pértiga. También los hubieron de asumir los primeros castellanos, “ora con remos / ora con palanca”¹⁴⁷, pues “todos deben remar y tienen remos”¹⁴⁸. Por un lado, la fuerza motriz en la navegación sobre canoas monóxilas viene fundamentalmente del uso del remo como instrumento esencial para cualquier desplazamiento, pues “las mueven con remos”¹⁴⁹. Remar o bogar es la acción mediante la cual la canoa avanza¹⁵⁰; canaleta es el término más apropiado para referirnos al instrumento que permite tanto propulsar la canoa como dirigirla a modo de timón de “espadilla”. Se trata una suerte de remo corto y de una sola pala con terminación ovalada, elaborado en una pieza de madera. La variabilidad de medidas y formas es extraordinaria entre cuencas y en cada una de ellas, pero podemos definir de forma general sus distintas partes como pomo, mango, cuello y pala.

¹⁴⁷ Castellanos, *Elegías...*, p. 437.

¹⁴⁸ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 10.

¹⁴⁹ Schmidl, *Relatos de la conquista...*, p. 38.

¹⁵⁰ Bogar ya se define como la acción de remar por García de Palacio, *Instrucción náutica...*, f. 133v.

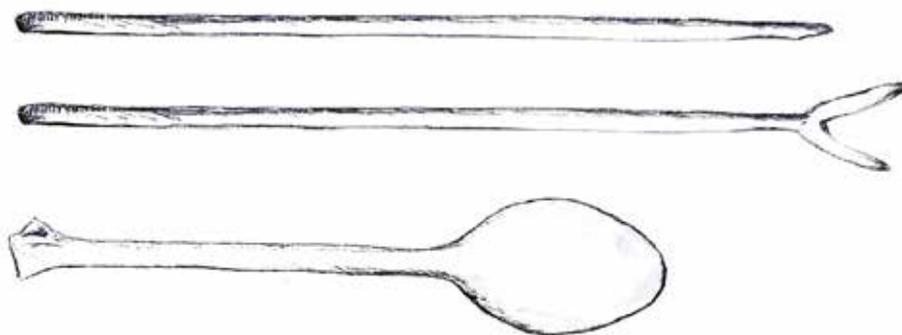


Figura 18. (Arriba) Elementos de propulsión registrados en la cuenca del Magdalena. (Abajo) Dibujos de elementos de propulsión registrados en distintos puntos de la cuenca. **Fuente:** fotografías de los trabajos de campo de 2024 y dibujos elaborados para la investigación.

Por otra parte, en aguas mayoritariamente someras como las referidas en ambas cuencas, testimonian también el uso de palanca o pértiga, una suerte de vara larga terminada en horqueta, tridente o pullón, a fin de propulsar la embarcación haciendo fuerza contra el fondo del río, la ciénaga o el canal. Estos dos sistemas de propulsión y gobierno de canoas son descritos en las primeras crónicas, lo que verifica su tradición indígena, además de pervivir en ambas cuencas

hasta la actualidad como reminiscencias funcionales de una forma de navegar perfectamente adaptada a las exigencias del medio.

En suma, mediante el trabajo de campo ha sido posible registrar reminiscencias de estas técnicas de navegación de tradición indígena, y la necesidad de la virtud del que gobierna la canoa para resolver las posibles carencias que una tipología u otra pudieran tener. Es decir, la necesidad de la mano del experimentado canoero recuerda que las embarcaciones no son funcionales *per se*, sino que son sistemas funcionales combinados¹⁵¹, pues su desempeño eficiente requiere tanto de virtudes materiales derivadas de su concepción y construcción como de virtudes inmateriales ostentadas por aquellos que dominan su gobierno y propulsión.

Análisis náutico

Del mismo modo que en el caso de las naves castellanas, se despliega un análisis náutico de las canoas monóxilas empleadas en ambas cuencas. En lo que se refiere a la evaluación de las cualidades náuticas de flotabilidad, estabilidad, movimiento y resistencia estructural, además de la información derivada del estudio pormenorizado de las fuentes documentales, se cuenta con el trabajo etnográfico y experimental con ejemplares de tradición indígenas registrados y estudiados a partir dibujos, modelos fotogramétricos e impresión 3D.

Flotabilidad y estabilidad

En el caso de las canoas monóxilas su flotabilidad no es un propósito ganado en su concepción y construcción, sino que la densidad del propio tronco sobre el que se concibe es muy inferior a la densidad del agua (agua dulce 998 kg/m³ - agua salada 1 026 kg/m³). No obstante, el labrado del tronco sí permitirá una buena situación del centro de carena.

La estabilidad puede ser estática (aguas tranquilas) y dinámica (sometido a fuerzas internas y externas), así como longitudinal y transversal. La estabilidad más importante para que una embarcación recupere el centro de gravedad y evi-

¹⁵¹ Muckelroy, *Maritime...*, p. 215.

tar el riesgo de volcado es la estabilidad transversal. En las canoas monóxilas, la relación muy marcada entre eslora y manga (entre 1-8 y 1-10) contribuye a una estabilidad longitudinal muy buena. Sin embargo, resulta muy deficiente la estabilidad transversal, que solo puede subsanarse con una estiba correcta de material y tripulantes próximos al centro de gravedad para reducir figura y, fundamentalmente, mediante una virtuosa técnica de navegación, pulida a lo largo de siglos de adaptación a esas condiciones. La clave estriba en combinar una posición adecuada, un equilibrio imprescindible y una aplicación moderada y precisa de la fuerza necesaria para el desplazamiento. En este sentido, la labor etnográfica y la navegación experimental ha permitido ratificar que el déficit de estabilidad transversal puede ser el punto débil de estas embarcaciones, aun siendo sumamente eficientes en aguas continentales, dado que las fuerzas externas son considerablemente menores a las presentes en aguas marítimas.

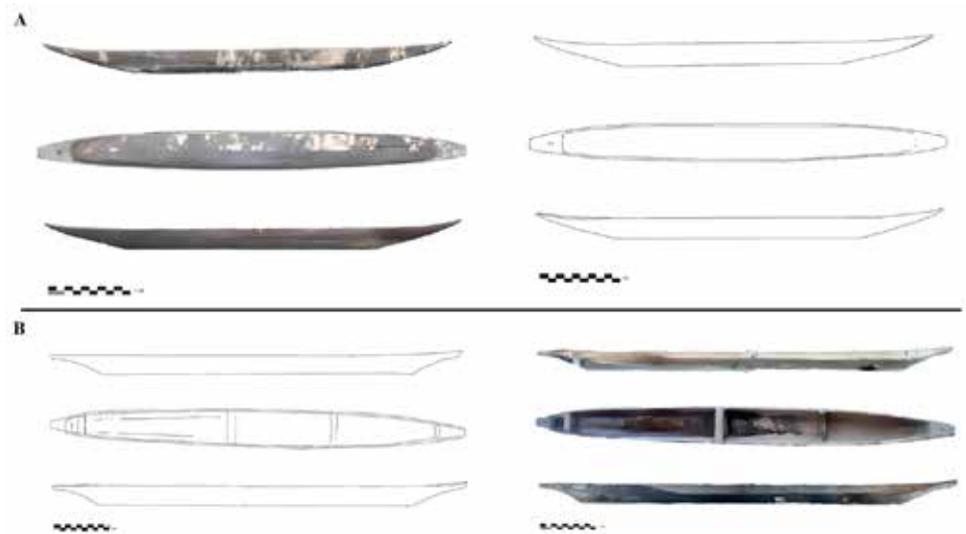


Figura 19. Modelo fotogramétrico y dibujo de los ejemplares Horno-1 (A) y Morro-1 (B).
Fuente: elaboración a partir del trabajo de campo desarrollado en 2022 y 2023.

Movimiento

La morfología de las canoas monóxilas propicia condiciones hidrodinámicas y aerodinámicas óptimas como consecuencias de los acabados de sus formas, el reducido arrufado y francobordo¹⁵². Si bien la relación eslora-manga resultaba un hándicap para la estabilidad, se torna beneficiosa en términos de versatilidad de movimiento por propiciar el desplazamiento por caños tan angostos como los que conectan el río Magdalena con las ciénagas adyacentes. Esto permitía mayor accesibilidad e, incluso, una sutileza de gran utilidad en dinámicas de combate (ver apartado 6.3.3.). Sin embargo, a través del registro etnográfico podemos comprobar que las diferencias en los acabados son también determinantes en la respuesta náutica de la embarcación; por ejemplo, los ejemplares contemporáneos registrados en la confluencia entre el río Paraná y el río Paraguay tienen mucho menor grado de acabado y regularidad.

¹⁵² En náutica se entienden por arrufadas aquellas embarcaciones cuya pérdida de horizontalidad en proa o en popa es muy pronunciada hacia sus tramos finales de la roda y/o el codaste. Y francobordo hace referencia a la distancia vertical de la embarcación, entre la línea de flotación y el final la última cubierta, es decir, la altura de todo aquello que sobresale del agua en navegación.

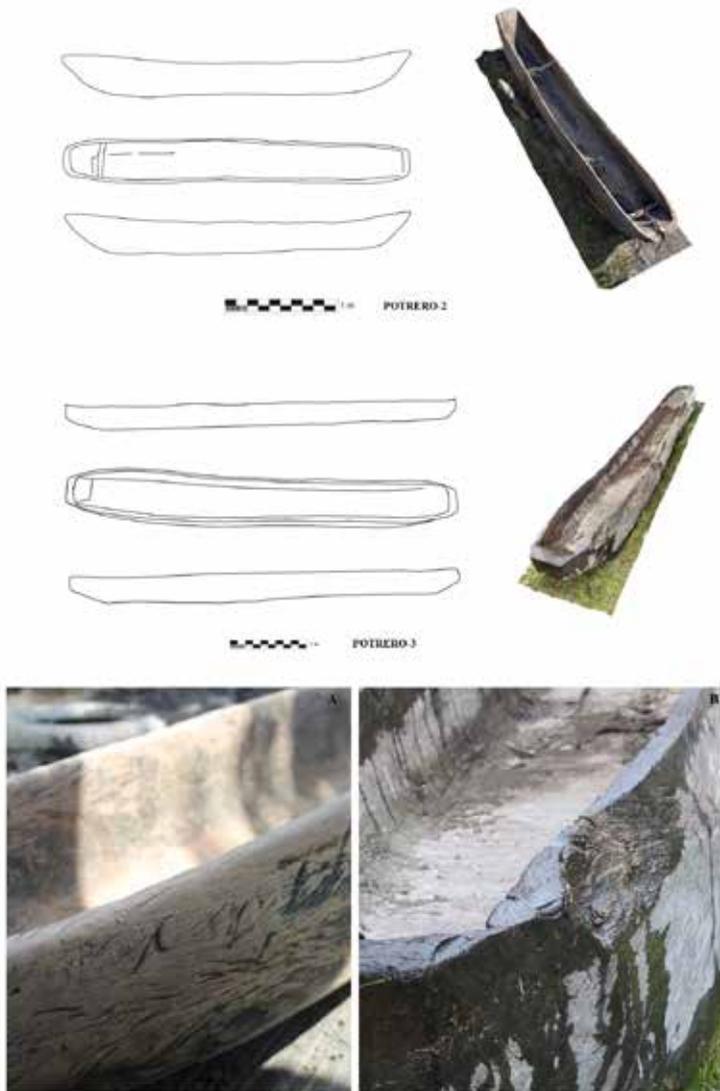


Figura 20. (Arriba) Dibujo y modelo fotogramétrico de los ejemplare Potrero 2 y 3 (Ñem-bucú- Paraguay). **Fuente:** elaboración a partir del trabajo de campo desarrollado en Paraguay durante el año 2023. (Abajo) Detalle de la robustez de las bandas de canoas monóxilas en distintos contextos continentales: A) Brazo de Mompox, Río Magdalena (Colombia) y B) Humedales entre los ríos Paraguay y Paraná (Paraguay). **Fuente:** fotografías de trabajos de campo en 2022 y 2023.

Resistencia estructural

Para cerrar con la cuarta de las cualidades náuticas a valorar, nos encontramos con la principal diferencia entre bergantines y canoas. La resistencia estructural de las canoas monóxilas es muy superior a la de los bergantines por una cuestión conceptual, dado que las canoas son de una sola pieza de árbol labrado y ahuecado sin dejar juntas ni puntos que debiliten el conjunto. En este sentido, este tipo de artilugios náuticos son un todo homogéneo que resiste mucho mejor los golpes producidos por estorbos sobre el agua y los roces y contracciones generadas por su varado en tierra.

Análisis funcional

La vida de las comunidades indígenas presentes en ambas cuencas estuvo extraordinariamente condicionada por el medio natural. Tal convergencia cultural se definió en la cuenca del Magdalena a finales del siglo pasado como cultura anfibia¹⁵³. Se puede emplear cultura fluvial o ribereña a fin de abarcar también las dinámicas semejantes en la cuenca del Plata, cuyas comunidades ribereñas desarrollaron una vida en continua relación con el medio acuático. Las motivaciones que impulsaron a los seres humanos hacia la elaboración de artilugios que les permitieran penetrar en el medio acuático constituyen un debate aún abierto al pendular entre razones de movilidad, subsistencia, guerra o ritualidad. El aprovechamiento de los recursos marinos vinculados a la subsistencia goza de mayor peso en referentes del estudio de la navegación desde la Prehistoria como Guerrero Ayuso¹⁵⁴. En este sentido, más allá del valor simbólico/ritualidad de la canoa ya analizado, en las próximas líneas vamos a desgranar su valor estrictamente funcional en torno a esos tres pilares fundamentales: movilidad, subsistencia y guerra.

¹⁵³ Orlando Fals Borda, *Historia doble de la Costa: Mompo y Loba*. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1979.

¹⁵⁴ Guerrero Ayuso, *Prehistoria...*, p. 3.

La canoa y la movilidad

La canoa es el instrumento cotidiano por excelencia en los contextos fluviales estudiados, dado que la movilidad en un territorio sumamente fragmentado, tanto por el curso principal como sus numerosos caños y esteros o humedales, exige que su comunicación sea fundamentalmente “por el agua en canoas y no por tierra”¹⁵⁵. En la cuenca del Magdalena no cabe duda de esta condición imprescindible del artilugio náutico, pues “los indios por agua se mandaban en todos sus contactos y haciendas”¹⁵⁶. Lo ratifican cronistas tardíos como Pedro Simón, quien reitera que “todos los indios de aquellas riberas del Río Grande se sirviesen con canoas”¹⁵⁷. En la cuenca del Plata, la canoa es también omnipresente en todas las alusiones a la movilidad fluvial, desde las primeras experiencias descritas por Luis Ramírez en la desembocadura cuando “vimos venir una canoa de indios”¹⁵⁸, hasta las innumerables menciones de Ulrico Schmidl tanto en el río Paraná como en el Paraguay¹⁵⁹. Además, las cualidades náuticas de la canoa monóxila, especialmente su fondo plano, les permite una versatilidad extraordinaria también en aguas muy someras como las ciénagas anexas al Magdalena y los esteros y humedales de la cuenca del Plata, pues “se habían metido por ciertos esteros en canoas”¹⁶⁰. Asimismo, se debe destacar también el rol de la canoa en las dinámicas de intercambio fluvial, dado que “el principal trato, comercio” de los naturales se realiza por el agua usando canoas¹⁶¹. El rol comercial de la canoa es doble, puesto que es el vehículo que posibilita la circulación de productos lejanos entre sí y su llegada a puntos de intercambio, como el propio Jiménez de Quesada revela en lo relativo a la subida y bajada de panes de sal¹⁶². Además, la

¹⁵⁵ Aguado, *Recopilación historial...*, p. 89.

¹⁵⁶ Castellanos, *Elegías...*, p. 439.

¹⁵⁷ Simón, *Noticias historiales...*, p. 75.

¹⁵⁸ Ramírez, *Carta...*, f. 116r.

¹⁵⁹ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, pp. 13, 17 y 19.

¹⁶⁰ Ramírez, *Carta...*, f. 121r.

¹⁶¹ Aguado, *Recopilación historial...*, p. 89.

¹⁶² Jiménez de Quesada, *Epítome...*, f. 2r.

propia canoa era también un valioso elemento de intercambio, como relata Luis Ramírez: “se lo daban por cuentas y por canoas que les daban”¹⁶³.

La canoa y la subsistencia

En lo relativo a la explotación de los recursos ofrecidos por el río, no cabe duda que el pescado constituyó parte esencial de la dieta en los grupos de ambas cuencas. El uso de la canoa era esencial para acometer estas actividades sobre el agua o desde el agua, “si el rio no va alto en parándose la canoa echan bolantines con ansuelos los de boga y sacan donzellas que es pescado como trucha”¹⁶⁴. La pesca constituía una de las principales ocupaciones cotidiana de estos grupos ribereños, especialmente caribes y malibúes en el Magdalena¹⁶⁵, y la mayor parte de los grupos descritos en la Plata: charrúas, chaanaes, guaraníes y payaguaes¹⁶⁶. Se trata de dos cuencas con una calidad ictiofaunística extraordinaria, destacada ya desde primeras experiencias, pues:

el pescado de esta tierra es mucho y muy bueno; es tal y tan sano que nunca los hombres vieron que con venir todos o los mas enfermos e hinchados de diversas maneras de enfermedades, con tener dieta con pescado y agua asta hartar, en menos de dos meses que allí llegamos estábamos todos tan buenos y tan frescos como quando salimos de España¹⁶⁷.

En el río Magdalena la variedad de especies abarcaba al bagre rayado y blanco, el bocachico, la doncella y la corvinata¹⁶⁸, a lo que añadir mamíferos acuáticos como el manatí y reptiles como caimanes, babillas, tortugas e iguanas¹⁶⁹.

¹⁶³ Ramírez, *Carta...*, f. 120r.

¹⁶⁴ *Cartas de Audiencia*, 1603, AGI, Santa Fe, 18, R. 4, N. 29, f. 4r.

¹⁶⁵ Rey Sinning, *Poblamiento y resistencia...*, p. 68.

¹⁶⁶ *Relación y derrotero de Diego García: La Coruña-río Paraná*, 1530, AGI, Patronato, 44, R. 2, 4v y Ramírez, *Carta...*, f. 120v.

¹⁶⁷ Ramírez, *Carta...*, f. 118v.

¹⁶⁸ *Cartas de Audiencia*, 1603, AGI, Santa Fe, 18, R. 4, N. 29, f. 4r.

¹⁶⁹ José Vicente Rodríguez Cuenca y Camilo Rodríguez Ramírez, “Bioantropología de los restos óseos provenientes de un sitio tardío en el bajo Río Magdalena (El Salado, Salamina,

“Los huevos como de ánsar y mayores / En el arena deja sepultados /.../ Toman en ellos gustos y sabores / Los indios, aunque sean empollados / Y aun si lo matan, como cosa buena / De carne del caimán hacen su cena”¹⁷⁰. Por su parte, en los ríos Paraná y Paraguay las especies de peces más destacada son el boga, el surubí y el bagre, entre otros, así como también destaca la presencia del caimán (*yacaré* en guaraní), serpientes (*mbói kurijú* en guaraní) e, incluso, mamíferos de vida parcialmente acuosa como el carpincho (*capibara* en guaraní). Ya en el derrotero de Diego García se relaciona cada grupo ribereño con un consumo de pescado protagónico: “comen pescado e cosa de caça e no tienen otro mantenimiento ninguno”¹⁷¹. Luis Ramírez afirma de forma categórica que “su principal mantenimiento es pescado”, lo más natural y abundante, pues “hay tanto en el río y péscanlo que es una cosa no credera”¹⁷². Por tanto, el pescado constituía el principal elemento de su dieta, en algunos casos como los querandíes descritos por Ulrico Schmidl, además era consumida “harina de pescado, también manteca de pescado”¹⁷³.

Esta estrecha relación cotidiana con el medio acuático dotaba de un conocimiento sobre la morfología y los tiempos del río, que posibilitaba la eficiencia en la explotación de los recursos que este ofrecía. En el caso del Magdalena, se podía pescar a lo largo de todo el año, pero era imprescindible conocer el momento estival en que salen algunas especies de ciénaga a desovar¹⁷⁴, o la entrada invernal de especies migratorias que aprovechan la subida de las aguas¹⁷⁵. Todo este conocimiento práctico relativo a los ritmos del río está presente en el registro arqueológico de yacimientos prehispánicos¹⁷⁶. Además, en la documentación

Magdalena)”, *Maguaré*, 15-16, 2002, p. 191.

¹⁷⁰ Castellanos, *Elegías...*, p. 282.

¹⁷¹ García, *Relación y derrotero...*, f. 4v.

¹⁷² Ramírez, *Carta...*, f. 120v.

¹⁷³ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 7.

¹⁷⁴ Víctor Manuel Patiño, *Historia de la cultura material en la América equinoccial*, Tomo I. Alimentación y alimentos. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2012, p. 169.

¹⁷⁵ María Modesta Aguilera-Díaz, “La Mojana: riqueza natural y potencial económico”, *Documentos de Trabajo Sobre Economía Regional y Urbana*, 48, 2004, p. 38.

¹⁷⁶ German Peña, “Pescadores de los raudales del río Magdalena durante el periodo formativo tardío”, *Caldasia*, 33.2, 2011, p. 296.

coetánea y del primer siglo de presencia castellana se afirma que los naturales recogían “miles de arrobas” en época de “subienda”¹⁷⁷, denominación ya empleada entonces para definir la dinámica fluvial relativa a la migración contracorriente de algunas especies al inicio de cada año¹⁷⁸. Por otro lado, en lo que respecta a La Plata también en la documentación encontramos ese conocimiento práctico relativo a los tiempos del río, pues “su arte de pesca es cuando el río está bajo, con red, mas, cuando está crecido que, a causa de meter el pescado en los yerbazales, no se pueden aprovechar de la red, mátanlo a la flecha”¹⁷⁹. Incluso llegaban de otros sectores en el tiempo que corresponde, como Ulrico Schmidl destaca de los chanaa, quienes “habían venido al río Paraná para pescar”¹⁸⁰.

La canoa y la guerra

Teniendo en cuenta que su valor como símbolo de poder se ha valorado en el análisis simbólico, debemos aquí centrar el análisis en la aplicación funcional de la canoa a prácticas bélicas en contextos acuosos, lo que supone una de las referencias más habituales en las primeras crónicas, dado lo recurrente del combate anfíbio. En el caso del Magdalena, Fray Pedro de Aguado ilustra con palabras el modo en que para los naturales de aquellas riberas la “guerra es por el agua”¹⁸¹, pues era una herramienta extraordinaria para aproximaciones silentes y sorpresivas¹⁸². Por su parte, en el río Paraná también son numerosas las referencias a la guerra por el agua. Ulrico Schmidl destaca de los mepenes que “este pueblo nos recibió de forma hostil en el agua con quinientas canoas [...] solo pelean por el agua”¹⁸³. Incluso Domingo de Irala refiere la virtud indígena para la guerra sobre el agua al afirmar que “siempre que se quiere hazer alguna guerra van en nuestra companya mill yn-

¹⁷⁷ *Cartas de Audiencia*, 1603. AGI, Santa Fe, 18, R. 4, N. 29.

¹⁷⁸ Germán Ferro Medina, “El río Magdalena. Territorio y cultura en movimiento”, *Boletín cultural y biográfico*, 47, 84, 2013, p. 9.

¹⁷⁹ Ramírez, *Carta...*, f. 120v.

¹⁸⁰ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 13.

¹⁸¹ Aguado, *Recopilación historial...*, p. 89.

¹⁸² Simón, *Noticias Historiales...*, p. 98 y Castellanos, *Elegías...*, pp. 452-457.

¹⁸³ Schmidl, *Relatos de la conquista...*, pp. 42 y 43.

dios en sus canoas”¹⁸⁴. Por ello, desde el punto de vista táctico y en consonancia con el contexto en el que se da la guerra en ambos casos, la canoa proporcionaba cierto contrapeso en la aparente asimetría tecnológica entre castellanos e indígenas. Tan elevada es la función bélica de la canoa, que son destruidas todas las que los grupos con los que hay entablada hostilidad poseen: “hallamos doscientas cincuenta canoas o barquillas, las cuales hemos quemado y destrozado”¹⁸⁵.

Cronista	Fuente	Río	Movilidad	Subsistencia	Guerra	pp./ff.
Diego García	Derrotero	-	X			3v
Ramírez	Carta	Paraná	X	X		118r 119v
Ramírez	Carta	Paraná	X			120r
Ramírez	Carta	Paraná	X		X “corsarios”	118v
Schmidl	Crónica	Paraná	X		X	42
Schmidl	Crónica	Paraguay	X	X		66
Irala	Relación	Paraguay	X		X	608r
Del Barco Centenera		Paraná	X		X	157
Aguado	Crónica	Magdalena	X	X		89, 96, 233
Aguado	Crónica	Magdalena			X	50,53, 83, 88
Castellanos	Elegía	Magdalena	X	X		439
Castellanos	Elegía	Magdalena			X	417, 454
Simón	Crónica	Magdalena	X	X		75
Simón	Crónica	Magdalena			X	66

Tabla 19. Referencias a las distintas funciones de la canoa en los testimonios de cronistas coetáneos y documentación de archivo **Fuente:** elaboración propia.

¹⁸⁴ *Relación de Domingo Martínez de Irala sobre el despoamiento de Buenos Aires por requerimiento de Alonso Cabrera*, abril de 1541, AGI, Justicia, 1131, f. 608r.

¹⁸⁵ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 14.

En definitiva, también la multifuncionalidad de las canoas indígenas es muy clara en ambas cuencas, dado que son embarcaciones que responden a las exigencias del contexto y a los fines para las que son concebidas. Sus cualidades náuticas y funcionales convierten a las canoas monóxilas en el vehículo cotidiano e imprescindible de las comunidades indígenas de las riberas, en su principal herramienta de subsistencia y en la mejor arma para una guerra eminentemente anfibia. En suma, el análisis desarrollado en el presente capítulo pone sobre la mesa los elementos técnicos y tecnológicos, en materia náutica, con que castellanos e indígenas contaron durante las dinámicas de contacto que tuvieron lugar en ambas cuencas fluviales.

6

Dinámicas de contacto: entre la curiosidad, el interés y la violencia

Así como ignoramos las naciones extrañas, así nos son ocultas sus costumbres en la guerra y en la paz.

Fernández de Oviedo, 1535¹

La magnitud de la diversidad humana la convierte en un horizonte casi infinito y extraordinariamente difícil de abarcar², donde los encuentros y los desencuentros entre grupos étnicos o marcos culturales aparentemente divergentes han generado a lo largo de la historia múltiples resultados³. Sin embargo, el esbozo de la alteridad implica necesariamente una homogenización tanto del “nosotros” como de los “otros”, de tal forma que ambas unidades puedan contraponerse y reconocerse como otra cosa radicalmente distinta⁴. En el caso que nos ocupa, dependiendo de la escala, no se parte de una marcada bipolaridad en la que hallemos dos bloques homogéneos, pues América propone una diversidad étnica muy marcada y las huestes de Castilla también cuentan con cierta heterogeneidad en su composición. No obstante, ahora es el momento de evaluar precisamente lo

¹ Fernández de Oviedo, *Historia general y natural...*, p. 220.

² Todorov, *Nosotros y los otros...*

³ Carlos Wagner, “Comercio, colonización e interacción cultural en el Mediterráneo antiguo y su entorno: ensayo de aproximación metodológica”, *Colonos y comerciantes en el Occidente mediterráneo*, Almería, Universidad de Almería, 2001, p. 34.

⁴ Todorov, *La conquista...*, p. 13.

común en el contacto, aquellos rasgos elementales y comunes en la naturaleza humana, que inevitablemente se articulan al momento de establecer contacto entre grupos que apenas pueden comunicarse. Es decir, cómo la curiosidad natural, el pragmático interés y la cruda violencia se convierten en las vías por las que transitar sin apenas conocerse. En este sentido, el presente capítulo analiza en tres apartados las prístinas dinámicas de contacto a través del mero utilitarismo de unos y otros, la bisoñez y la complejidad de una diplomacia sui géneris, y la crudeza de la guerra anfibia ante un casi deshumanizado desconocido.

6.1. La bidireccionalidad del contacto utilitario

A lo largo de los casos abordados, se percibe una cierta convergencia de intereses entre aquellos que sabiéndose sometidos buscan encontrar espacios en los que subsistir y aquellos que desde el dominio buscan optimizar a los sometidos. En ese sentido, un primer nivel de esta suerte de colaboración forzada sería el empleo de naturales como cargueros y asistentes integrados en ese heterogéneo sector de la hueste denominado “gente de servicio”. Este tipo de relación no se daba siempre a través de la aplicación de la fuerza, sino también tras una mera aceptación circunstancial de roles, sobre la que pueden superponerse otros rasgos del contacto como la impostura, la mímica y el mimetismo⁵. En el ámbito del Magdalena durante el gobierno de García de Lerma se relacionan a los “indios de paz” en labores de reconocimiento y comunicación, como guías, rastreadores y lenguas⁶. En la hueste de Quesada están incluidos desde su origen asistentes y cargueros, pues llevaban “indios é indias para el servicio de los españoles”⁷.

⁵ Michael Taussig, *Mimesis and alterity: A particular history of the senses*, Nueva York: Routledge, 1993.

⁶ Aguado, *Recopilación Historial...*, pp. 96-97. Esta etiqueta de “indios de paz” es directa traslación de los “moros de paz” con los que se tenía previa experiencia en el reino de Granada o el Mediterráneo. Vid. Cristelle Baskins, “*De Aphrodisio expugnato: the siege of Mahdia in the Habsburg imaginary*”, *Il Capitale culturale*, Supplementi 06, 2017, pp. 25-48.

⁷ Aguado, *Recopilación Historial...*, p. 225. También Juan de Castellanos menciona que “Solas tres indias iban de servicio”, *Elegías...*, p. 435.

En los casos de la Plata, este tipo de relación se originó tras los primeros contactos, tanto en los intentos previos durante la viabilidad del Fuerte Sancti Spiritu fundado por Caboto⁸ como durante la expedición de Pedro de Mendoza, quien llevó también “doscientos esclavos negros”⁹.

Por otro lado, se ha mencionado ya la importancia de la experiencia y la comunicación en situaciones en las que todo lo que se ve y oye es desconocido, pues los recién llegados andaban “ciegos por no saber en la tierra en que estaban y también porque lenguas como entenderse con los indios ya no las avía”¹⁰. Aquellos que entre “los otros” destacaban o se hacían destacar a ojos castellanos, en materia de lingüística, o mediante elocuentes respuestas a las preguntas sobre lo que había río arriba, encontraban un valiosísimo nicho dentro del polo dominador donde pervivir e, incluso, medrar al tiempo que se convertían en valiosísimos instrumentos para el avance. De este modo, los guías e informantes están presentes en todos los casos y de forma muy intensa. Aportaban información de rutas, riesgos y tiempos del río, grupos rivales, recursos naturales valiosos, áreas de caza y aguadas, etc. Lo vemos desde las primeras experiencias de García de Lerma, a quien los naturales le informaron de “muchas cosas y secretos de aquella tierra”¹¹, así como confirmado por el propio Quesada en el Magdalena, pues “siempre tenían esperanza por lenguas de yndios que muy adelante el río arriba avía grandes riquezas y grandes provincias y señores dellas”¹². También en el Bajo y Medio Paraná el propio Ramírez asegura tempranamente que:

el señor capitán general mandó a las lenguas se informasen de toda la tierra y del camino más cercano a la sierra; y en fin que al cabo de se haber bien informado de todo, dijeron al señor capitán general que el mejor camino y más breve era por el Río Paraná arriba y de allí entrar por otro que entra en el que se dice el Paraguay¹³.

⁸ Ramírez, *Carta...*, f. 119v.

⁹ *Licencias de esclavos negros a Pedro de Mendoza*, Valladolid, 19 de julio de 1534, AGI, Buenos Aires, 1, L. 1, f. 17r.

¹⁰ Jiménez de Quesada, *Extracto del epitome...*, f. 4v.

¹¹ *Carta de García de Lerma a Carlos V*, Santa Marta, 9 de septiembre de 1532, AGI, Santa Fe, 49, R. 1, N. 4.

¹² Jiménez de Quesada, *Extracto del epitome...*, f. 1v.

¹³ Ramírez, *Carta...*, f. 118v.

Asimismo, como se ha mencionado en lo relativo a la importancia de la experiencia durante el proceso de preparación logística, Pedro de Mendoza solicitó licencia para llevar consigo indios que trajo Caboto. Los precisaba tanto por la información que atesoraban como por la posibilidad de emplearlos ya como lenguas. Así lo suplicó “porque para el bien de su armada combiene por ser estos ladinos que tornen a aquellas tierras para ser ynterpretes”, a quien se le concedió tal cosa siempre que estos decidieran “de su voluntad y sin premia alguna tornar a la dicha provincia con el dicho don pedro”¹⁴.

En este sentido, los lenguas o intérpretes forman parte esencial de este grupos de relaciones o contactos bidireccionalmente utilitarios, dado que el lenguaje es consustancial a la cultura y goza de una funcionalidad social transcendental¹⁵. Dada la intensidad de los contactos en América, que pasaron del choque cultural al ontológico, los lenguas no fueron unos meros traductores de signos lingüísticos, sino que se les requería para interpretar códigos culturales, silencios e intenciones veladas o, incluso, advertir ofensas. Existen múltiples casos conocidos en América como el de la propia Malinche durante la conquista de Tenochtitlan o Felipillo junto a Pizarro en los Andes¹⁶.

Sin embargo, los ríos añaden mayor complejidad también en lo relativo a la ininteligibilidad lingüística y cultural. En ambas cuencas la diversidad etnolingüística es muy acusada, y el propio avance fluvial hace transitar rápido entre unos y otros grupos de “diversas naciones y lenguas”¹⁷. No siempre se podía disponer de lenguas precisos, como reflejó con claridad Quesada: “la lengua del rrio grande ya no se hablava en las sierras, ny en el nuevo reino se habla la de las sierras”¹⁸. De hecho, una vez dejado atrás el río, Quesada no contó con “expertos y buenos y entendidos intérpretes y lenguas”, lo que causó numerosos “daños é inconvenientes”, porque no “podían dar enteramente á entender lo que los natu-

¹⁴ *Licencias de pasajeros para indios de Caboto*, Palencia, 22 de agosto de 1534, AGI, Buenos Aires, 1, L. 1, f. 31r.

¹⁵ Peter Burke, *Hablar y callar. Funciones sociales del lenguaje a través de la historia*. Barcelona: Gedisa editorial, 2001.

¹⁶ Véase Claudia Liliana González Núñez, “Los intérpretes de la conquista española: Malinche y Felipillo desde la perspectiva literaria”, *FILHA* 17/27, 2022, pp. 26-48.

¹⁷ Ramírez, *Carta...*, f. 118r.

¹⁸ Jiménez de Quesada, *Extracto del epítome...*, f. 4v.

rales y principales de la tierra decían”. Tanto es así que durante los primeros contactos en la altiplanicie hubo de comunicarse “más por señas que con la plática de los intérpretes”¹⁹.

Otra de las problemáticas relacionadas con la interpretación tiene que ver con el traslado de prejuicios y rivalidades de unos grupos a otros a través del lengua. En el Plata se refiere que “también nos dieron dos indios de los Carios que eran sus cautivos para que nos enseñaran el camino y a causa de la lengua”²⁰. Sin embargo, como se solía recurrir a lenguas guaraníes en el Paraná, estos pudieron distorsionar el mensaje y la visión castellana del “otro” porque su enemistad con grupos como los chanaes y payaguaes era patente²¹. Más allá de las dificultades en determinados sectores, el papel de los lenguas se reveló esencial en ambas cuencas, tanto en el río Magdalena “de donde traían muy buenos intérpretes los españoles”, según Fray Pedro de Aguado²², como los múltiples casos presentes en la cuenca del Plata, donde desde las primeras experiencias aseguran estar “muy informados a causa de su lengua de los indios de la tierra de muchas cosas”²³. Las claves que los intérpretes proporcionaban a la hueste fueron absolutamente fundamentales en el propósito de alcanzar alianzas coyunturales entre castellanos e indígenas de común aplicación en ambos contextos. También para ejecutar exitosas celadas por parte indígena, al embaucar a las huestes castellanas en los casos del licenciado Gallegos en el Magdalena, los caciques de la altiplanicie a Quesada o en la propia muerte de Ayolas en el Paraguay²⁴.

¹⁹ Aguado, *Recopilación historial...*, pp. 123-124.

²⁰ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 12.

²¹ Bonomo y Latini, “Arqueología y etnohistoria...”, p. 71.

²² Aguado, *Recopilación historial...*, p. 112.

²³ Ramírez, *Carta...*, f. 116r.

²⁴ Castellanos, *Elegías...*, p. 452, Aguado, *Recopilación historial...*, p. 151 y Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 20.

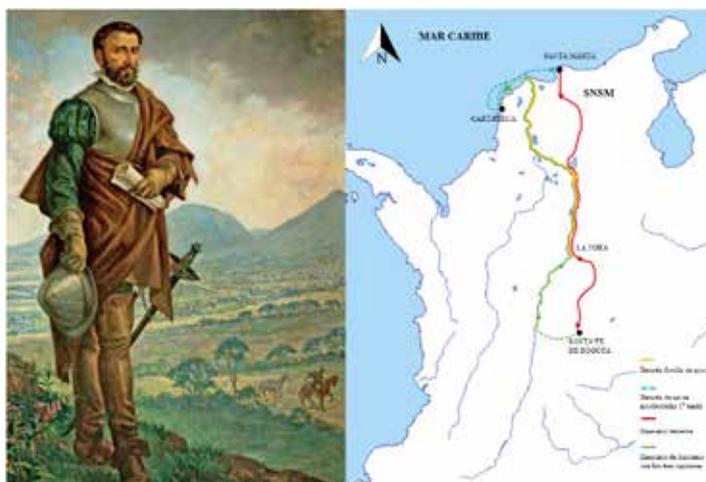


Figura 21. Mapa que recoge una aproximación a la ruta de ida y de vuelta de Gonzalo Jiménez de Quesada. **Fuente:** elaboración propia junto el retrato de Jiménez de Quesada ubicado en el Salón Gonzalo Jiménez de Quesada del en el Palacio Liévano (Bogotá, Colombia).

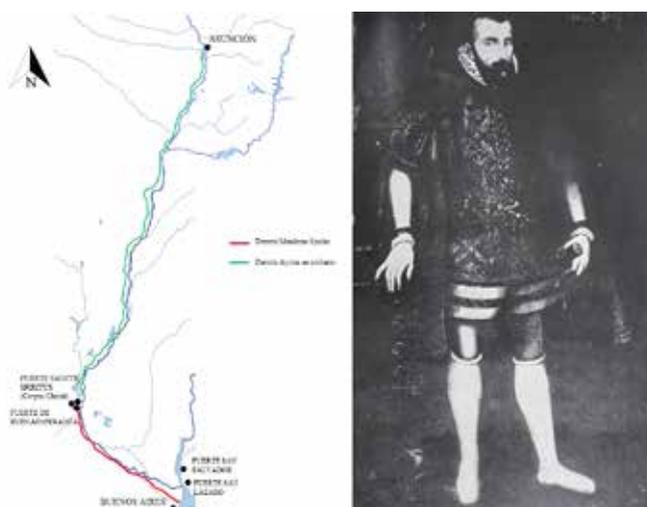


Figura 22. Mapa que recoge una aproximación a la ruta de Mendoza y Ayolas en la cuenca del Plata **Fuente:** elaboración propia con el retrato de Pedro de Mendoza en Rómulo Zabala y Enrique de Gandía. *Historia de la ciudad de Buenos Aires...: 1536-1718*. Vol. 1. Buenos Aires: Imprenta Mercatali, 1936, p. 101.

6.2. Diplomacia oficiosa y alianzas coyunturales

Las rivalidades interétnicas que los castellanos encuentran al llegar a la mayor parte de los territorios americanos supusieron un paralelismo evidente con las dinámicas de frontera experimentadas en la Península, lo que propició la “vieja” práctica del uso de aliados locales²⁵. Se invertía la paradoja del conquistador conquistado, dado que aquellos grupos étnicos conquistados lideraban procesos de conquista sobre otros grupos otrora rivales o sufrían la conquista de estos. Así sucedió en Mesoamérica con la alianza alcanzada entre tlaxcaltecas y totonacas con castellanos contra mexicas²⁶, o de igual modo en el área andina la vital colaboración de cañaris y chachapoyas²⁷. En este sentido, los dos contextos estudiados y comparados en la presente investigación también cuentan con esta dinámica de amistades estratégicas. Desde la fundación de Santa Marta (1525) se registran relaciones hostiles, pero también alianzas tácticas con grupos como los gaira y los taganga del litoral o con el cacique de Ciénaga²⁸. Así mismo, durante la expedición de Caboto y la fundación del fuerte Sancti Spiritus se experimenta un entretejido de alianzas con los distintos grupos circundantes: “aquí habían venido todos los indios de la comarca, que son de diversas naciones y lenguas, a ver al señor capitán general, entre los cuales vino una de gente del campo que se dicen Quirandíes”²⁹.

Sin embargo, sobre la mesa se sitúan preguntas iniciales a la hora de enfrentar un fenómeno humano tan antiguo como complejo, y de enormes implicacio-

²⁵ Luis Alberto García García, *Frontera armada. Prácticas militares en el noreste histórico, siglos XVII al XIX*, México: Fondo de Cultura Económica (FCE), 2021, p. 37.

²⁶ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición, estudio y notas de Guillermo Serés. Madrid: Real Academia Española – Barcelona: Espasa, 2011.

²⁷ Donato Amado Gonzales, “El alferez real de los incas. Resistencia, cambios y continuidad de la identidad indígena”, en D. P. Cahill y B. Tovías (eds.). *Elites indígenas en los Andes: nobles, caciques y cabildantes bajo el yugo colonial*. Quito: Editorial Abya Yala, 2003, pp. 55-69.

²⁸ Aguado, *Recopilación historial...*, pp. 27-28 y Castellanos, *Elegías...*, p. 268. Julián, *La perla de la América. Provincia de Santa Marta, reconocida, observada y expuesta en discursos históricos*, Madrid: por don Antonio de Sancha, 1787, p. 6.

²⁹ Ramírez, *Carta...*, f. 118r.

nes en el desarrollo de las huestes fluviales analizadas. Estas preguntas podemos agruparlas por un lado en ¿qué causas o condicionantes explican estas alianzas? Por otro, ¿cómo se producían? y ¿de qué características protocolarias y simbólicas estaban dotadas? En este sentido, a continuación, se esbozan una serie de condicionantes de tipo empírico-cultural, coyuntural y jurídico con incidencia en estas dinámicas de contacto. Es decir, factores que derivan de una cultura de experiencia transfronteriza como es el caso peninsular³⁰, de la propia realidad impuesta por la coyuntura y de los elementos legales que pudieran incidir en el tipo de contacto, tanto a nivel genérico como en lo relativo al tratamiento respecto a los señores naturales.

En primer lugar, esta estrategia de aprovechamiento de las fracturas entre grupos a partir del establecimiento de alianzas con rivales territoriales, dinásticos o disidentes de la fuerza a la que se enfrentaban, eran prácticas sumamente asentadas en las guerras de reconquista peninsular. En ese escenario se había forjado durante siglos el carácter de la hueste, tanto a nivel militar (a partir de la experiencia), como cultural o simbólico a través de la construcción de un ideal estrategia y armígero. De este modo, los capitanes castellanos prestaban mucha atención a las divisiones o fricciones entre grupos étnicos, como sugiere Quesada ya en la altiplanicie cundiboyacense, pues “estos señores y probincias siempre an traído muy grandes diferencias de guerras muy continuas y muy antiguas”³¹. También se mostraban atentos a casos claros de ambiciones dinásticas pues “según su antigua costumbre, él sucedía en el señorío de Bogotá”³². Del mismo modo, en la cuenca del Plata enseguida son detectadas rivalidades territoriales, como refleja Luis Ramírez: “aquí con nosotros está otra generación que son nuestros amigos, los cuales se llaman guarenís [...] enemigos de todas estas otras naciones y de otras muchas que adelante diré”³³. En segundo lugar, debe tomarse en cuenta la capacidad condicionante de las necesidades que la propia coyuntura imponía, pues las alianzas no eran sino una forma de solventar la no-

³⁰ Maartje van Gelder y Tijana Krstic, “Introduction: Cross-Confessional Diplomacy and Diplomatic Intermediaries in the Early Modern Mediterranean”, *Journal of Early Modern History*, 19/2-3, 2015, p. 97.

³¹ Jiménez de Quesada, *Epítome...*, f. 2r.

³² Aguado, *Recopilación historial...*, p. 136.

³³ Ramírez, *Carta...*, f. 118v.

tabilísima inferioridad numérica castellana en la mayor parte de los casos. Tales alianzas permitían desarrollar maniobras de conquista o resistir acometidas de una entidad mucho mayor, algo impensable con los reducidos efectivos de unas huestes diezmadas por la morbilidad y la mortalidad propia del avance en contextos fluviales³⁴. Así se refleja en las alianzas para continuar desde la fundación de Asunción, cuando:

hicimos una alianza con los Carios por si querían marchar con nosotros contra los sobredichos Agaces y guerrearlos. Con esto estuvieron bien conformes y nuestro capitán les preguntó con cuántas fuerzas querían marchar con nosotros contra los enemigos; entonces los Carios dieron a nuestro capitán la respuesta que con fuerza de ocho mil hombres³⁵.

En tercer lugar, regresa al centro del estudio la cuestión jurídica. Las alianzas también eran la consecuencia lógica de las exigencias jurídicas a los pasos previos al enfrentamiento, dado que la hueste estaba obligada por las capitulaciones y por las leyes que emanaban de la Corona a guardar determinados protocolos y precauciones que condicionaban o favorecían un entendimiento antes, durante o después del combate. Es decir, por un lado, las capitulaciones reflejaban la advertencia sobre los gravámenes que suponían la muerte de un señor natural en el combate o en ejecución sumaria³⁶. Por otro, desde las Leyes de Burgos de 1512, Juan López de Palacios Rubios sitúa como obligatorio el requerimiento³⁷, una fórmula tampoco nueva sino derivada de las guerras hispanomusulmanas penin-

³⁴ En torno al 70% en la hueste de Quesada durante la fase fluvial. *Méritos y servicios: Gonzalo Jiménez de Quesada*, Santa Marta, 5 de julio de 1576, AGI, Patronato, 160, N. 2, R. 1.

³⁵ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 17.

³⁶ *Capitulación con Pedro de Mendoza*, Toledo, 21 de mayo de 1534, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 146v.

³⁷ Rafael Sánchez Domingo, “Las Leyes de Burgos de 1512 y la doctrina jurídica de la conquista”, *Rev. Jurídica Castilla & León*, 1/ 28, 2012, p. 27. Véase Francisco Morales Padrón, *Teoría y Leyes de la Conquista*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1979, pp. 331-345.

sulares³⁸, o con aún más hondas raíces³⁹, mediante la cual se había de advertir y ofrecer al enemigo la posibilidad de aceptar voluntariamente la soberanía del rey y la fe católica. De este modo, Jiménez de Quesada, “ganó así mesmo muchos señores por amigos, que se ofrecieron al servicio y obediencia del Emperador” quedando “bien sujetas y asentadas en la obediencia debida a su majestad”⁴⁰. Asimismo, incluso cuando los grupos étnicos rivales rehusaban el requerimiento y entablaban combate, la ley obligaba al perdón si estos se arrepentían y decían someterse a la autoridad imperial, como se desprende de las palabras de Schmidl, pues “les hicimos requerir por un lengua en tres veces y quisimos ser sus amigos, pero de esto no quisieron hacer caso”⁴¹.

¿Cómo se producían los encuentros?

Superado el por qué y presentados los condicionantes, dado que el dónde y el cuándo viene marcado por el propio espectro de la investigación, es preciso ahora aproximarnos al cómo y a sus características simbólicas, culturales y protocolarias. Las alianzas estaban precedidas por la prístina intervención de un intérprete, cuando lo había, dotado de un carácter o rol de agente intermediario, oficioso si se quiere, que comenzaba a guardar semejanzas protocolarias con las dinámicas diplomáticas del “Viejo Mundo”, específicamente a la diplomacia hispano-musulmana y sus particularidades⁴². A partir de aquí se abre una aproxima-

³⁸ García García, *Frontera Armada...*, p. 37.

³⁹ Yanay Israeli, “The Requerimiento in the Old World: Making Demands and Keeping Records in the Legal Culture of Late Medieval Castile”, *Law and History Review*, 40, 1, 2022, pp. 1-26.

⁴⁰ Jiménez de Quesada, *Epítome...*, f. 2v.

⁴¹ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 16.

⁴² Miguel Fernando Gómez Vozmediano y José Antonio Martínez Torres, “Entre dos mundos: las relaciones diplomáticas hispanomusulmanas durante la Edad Moderna: una breve síntesis”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie IV, Historia Moderna*, 21, 2008, p. 14. Las investigaciones más recientes de la nueva historia diplomática están proponiendo definiciones más amplias y ajustadas a las prácticas de qué era el acto diplomático moderno. Más allá de disquisiciones jurídicas y formales, se incluye toda comunicación entre distintos actores políticos y/o culturales, no necesariamente estatales: “we can generalise early modern (European) diplomacy as a way of channeling and organising cultural, political and economic

ción a esta embrionaria diplomacia ultramarina para la que las fuentes no son tan prolíficas, ni carentes de sesgo, pero permiten en ambos casos acercarnos a estos encuentros que cabalgan entre lo paupérrimamente informal, si se comparan con las grandes embajadas europeas, y la manifestación más solemne de diplomacia imperial, si tenemos en cuenta lo remoto y lo carente de estructuras protocolarias del contexto en el que tuvieron lugar.

El exigido reconocimiento de los señores naturales (derivado de los derechos naturales) situaba estos encuentros en una suerte de diplomacia a pequeña escala más cercana a los grandilocuentes encuentros europeos, puesto que el paradigma que las últimas investigaciones en esa materia han dibujado, sitúa como central el modo en que la diplomacia en la Edad Moderna se realizaba entre poseedores de alguna jurisdicción o mando sobre otros, no entre estados formalizados y abstractos. Por ello, las negociaciones se establecen entre señores naturales o sus representantes, por lo que están marcadas por lógicas de patronazgo e interrelaciones serviciales⁴³; conceptualmente y en esencia, no se alejan de lo que se estaba produciendo en las remotas Indias Occidentales. En este sentido, debemos prestar atención a los elementos fundamentales de un encuentro diplomático y, sin pretender equiparar de forma abrupta aquellas embajadas con estos encuentros menores, sí inteligir lo más elemental de la simbología de las relaciones interculturales, independientemente de la escala.

En primer lugar, vemos cómo los embajadores debían representar a poseedores de jurisdicción⁴⁴, lo que acreditaban desde la más formal de las cartas credenciales entre cortes europeas hasta instrucciones con referencias menores o

contacts between different cultural and/or political actors and entities that can, but need not be, stately in the context of foreign relations.” Dorothee Goetze and Lena Oetzel (eds.), *Early Modern European Diplomacy: A Handbook*, Berlin, De Gruyter, 2024, pp. 16-17.

⁴³ Rubén González Cuerva, “La forma de lo informal: los agentes del cardenal Dietrichstein”, en Guillermo Nieva Ocampo, Rubén González Cuerva y Andrea Mariana Navarro (coords.), *El príncipe, la corte y sus reinos: agentes y prácticas de gobierno en el mundo hispano (ss. XIV-XVIII)*, San Miguel de Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 2016, p. 253. Véase también Manuel Rivero Rodríguez, *Diplomacia y relaciones exteriores en la Edad Moderna: 1453-1794*, Alianza, Madrid, 2000, p. 28.

⁴⁴ John Watkins, “Premodern Non-State Agency: The Theoretical, Historical, and Legal Challenge”, en Maurits Ebben y Louis Sicking (eds.), *Beyond Ambassadors: Consuls, Missionaries, and Spies in Premodern Diplomacy*, Leiden, Brill, 2020, pp. 19-37.

deliberadamente ambiguas para agentes oficiosos en misión con cortes de fuera de la cristiandad, como el caso saadí⁴⁵. Los capitulantes de las huestes de conquista eran representantes de los reyes de Castilla en Indias, tenían objetivos diplomáticos (entre otros) en tanto que estaban obligados a parlamentar (requerimiento, perdón y limitaciones jurídicas), y gozaban de una serie de elementos materiales y humanos que los significaban, acreditaban y vinculaban a la Corona como las propias capitulaciones o los ministros regios que lo atestiguaban.

En este sentido, y siguiendo esta lógica comparativa que obvia las escalas, pero profundiza en lo conceptual, es preciso aludir a la importancia de dos conceptos complementarios vinculados al ceremonial de recepción de embajadores: magnificencia y cautivación. La magnificencia de una recepción diplomática busca un efecto impactante en el invitado a través de la cautivación o *enchantment*, pretendiendo vulnerar sus capacidades cognitivas en un continuo suceder de imágenes, sonidos u olores que sobrepasen el procesamiento de lo sucedido y preparen el terreno para una negociación ventajosa⁴⁶. Esta persuasión multisensorial está especialmente presente en las experiencias peninsulares, desde el ceremonial omeya en la palatina ciudad de Medina Azahara o las prácticas del reino nazarí de Granada a la hora de recibir a representantes de reyes cristianos en la Alhambra, donde desplegaban todo un muestrario de magnificencia con medidas pausas y esperas, así como recorridos y salas preparadas con la misma intención⁴⁷. En este sentido, vemos también esta lógica presente en el contex-

⁴⁵ Daniel Miguel Nieva Sanz, “La fragilidad de las relaciones diplomáticas con el otro: cautela, magnificencia y cautivación desde el incierto desembarco hasta la solemne audiencia en Marrakech (1579)”, en Francesco Caprioli y Rubén González Cuerva (eds.), *Reconocer al infiel: la representación en la diplomacia hispano-musulmana (siglos XVI y XVII)*, Madrid: Sílex, 2021, pp. 121-143.

⁴⁶ Se trata de un concepto acuñado por el antropólogo Alfred Gell para aplicarlo a la agencia del arte: “La cautivación o fascinación, el desaliento causado por el virtuosismo inimaginable”. Sin embargo, se halla una funcionalidad extraordinaria en su aplicación en dinámicas diplomáticas en lo relativo a toda la sucesión de acciones y escenarios preparados con el propósito de cautivar. Alfred Gell, *Arte e agencia*, São Paulo, Ubu Editora, 2018, pp. 105-109. Aplicado a las relaciones con el “otro” en Nieva Sanz, “La fragilidad de las relaciones diplomáticas...”, p. 132.

⁴⁷ Begoña Rocher, “Ceremonial y protocolo en el Califato de Córdoba”, *Tulaytula: Revista de la Asociación de Amigos del Toledo Islámico* 11, 2004, p. 115; Jesús Zanón, “Los

to americano de muy distintas formas, tanto en el recibimiento de Cortés por Moctezuma precedido por una abrumadora entrada a Tenochtitlan⁴⁸, como el derroche de Atahualpa en la reunión con Pizarro en Cajamarca, rodeado de un amplísimo séquito con el que proyectar grandeza intimidatoria⁴⁹.

Los casos de encuentros diplomáticos en las dos cuencas analizadas están muy alejados en escala de los citados peninsulares y de las llamativas recepciones incaica y mexicana. Quizá los señores de Bogotá y Tunja fueron los de mayor entidad en los encuentros experimentados por Quesada: “se topó con el rey de Bogotá, ombre avisado [...] estos dos señores son poderosísimos de grandes señores y caciques que les son sujetos a cada uno dellos”⁵⁰. Sin embargo, también hay cierta intención de cautivación al pasear a la comitiva por distintos aposentos, pues el “General entró en aquel cercado donde Tunja tenía sus casas, que no era menos vistoso que el de Bogotá”. También destacaban la forma en que se transportaba dicho señor: “hombre mayor, cargado y lo hacían más pesado las muchas riquezas que consigo tenía”⁵¹.

Sin embargo, el efecto buscado por un cacique de un grupo étnico mediante el despliegue de sus mejores símbolos y expresiones de poder, así como el efecto causado en un soldado o marinero castellano sin ninguna experiencia diplomática previa, no tiene por qué estar tan lejos, si valoramos la escala, del efecto que las grandes demostraciones de poder pudieran causar en un cortesano de Felipe II que acudiera en embajada a la corte otomana⁵². Es decir, la diferencia existen-

intérpretes en la corte de al-Ḥakam II de Córdoba”, *Hermēneus*, 15, 2013, p. 331. Para las relaciones diplomáticas de las coronas de Aragón y Castilla con el reino nazarí de Granada, Roser Salicrú Llach, “La diplomacia y las embajadas como expresión de los contactos interculturales entre cristianos y musulmanes en el Mediterráneo occidental durante la Baja Edad Media”, *Estudios de historia de España* 9, 2017, pp. 77-106.

⁴⁸ Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, p. 288.

⁴⁹ Francisco de Xerez, *Verdadera relación de la conquista del Perú*, Madrid: s.e., 1891 [1^o Edición, Sevilla, 1534], p. 89.

⁵⁰ Jiménez de Quesada, *Epítome...*, f. 2r.

⁵¹ Aguado, *Recopilación historial...*, pp. 150-151.

⁵² Rubén González Cuerva, “Mediterráneo en tregua: las negociaciones de Ruggero Marliani con el Imperio Otomano (1590-1592)”, en Manuel Reyes García Hurtado, Domingo L. González Lopo y Enrique Martínez Rodríguez (eds.), *El mar en los siglos modernos*, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 2009, p. 212.

te entre un contexto y otro es directamente proporcional tanto para el hospedante como para el hospedado. En este sentido, existen elementos de cortesía materiales e inmateriales que bien pudieran ser comunes en las relaciones humanas, es decir, muestras de respeto a partir de la entrega de dones y en el uso de las palabras apropiadas para proyectar lo deseado, como de forma humilde y sintética refleja Luis Ramírez al relatar las indicaciones al lengua “para que les hablase y con buenas palabras les dijese que nosotros veníamos a ser sus amigos y a darles de lo que llevábamos”⁵³.

La semiótica de los dones y los gestos

Cabe dedicar ciertas líneas a los elementos materiales más relevantes de las relaciones diplomáticas: los dones. En la diplomacia convencional del “Viejo Mundo” los dones suponían un lenguaje pragmático, un instrumento fundamental tanto entre pares como en relaciones interculturales e interconfesionales, en una suerte de juego de reconocimientos que permitía la configuración de una comunidad política reconocida⁵⁴. De este modo, la semiótica de los dones es una convención que permite de forma material mostrar amistad y confianza, demostrar la propia capacidad militar, económica, política o comercial, así como ejercer de instrumento velado de coerción mediante dones amenazantes o que signifiquen muestra del sometimiento de otros a su poder⁵⁵.

En este sentido, el presente contexto nos permite analizar cuán inteligible es esta semiótica de los dones entre grupos humanos con distancias tan profundas en su ontología, y si estas funciones atribuidas al don de intercambio están presentes de un modo semejante. En la altiplanicie cundiboyacense, el señor de Bogotá envió a Quesada “algunos presentes”, quien “recibió amigablemente a los mensajeros que Bogotá enviaba y los abrazó y dio de lo que tenía”⁵⁶.

⁵³ Ramírez, *Carta...*, f. 121r.

⁵⁴ Rubén González Cuerva, “A Diamond or a Bear: the Spanish Court’s Practices of Gift-Giving with Extra-European Embassies”, *Diplomatica* 2.2, 2020, pp. 203-205.

⁵⁵ Acerca de las tipologías de dones y tributos ver Birgit Tremml-Werner, Lisa Hellman y Guido Van Meersbergen, “Introduction. Gift and Tribute in Early Modern Diplomacy: Afro-Eurasian Perspectives”, *Diplomatica* 2.2, 2020, p. 197.

⁵⁶ Aguado, *Recopilación Historial...*, p. 134.

No cabe duda de que, en comparación con joyas de recámara, armas ceremoniales o sofisticados artilugios como ajedreces ricamente acabados o mobiliario guarnecido en oro, nácar, madreperla y cristal⁵⁷, los dones intercambiados en los encuentros entre castellanos y guaraníes, chanaes o chimilas en los contextos Paraná y Magdalena pueden parecer toscos y tan alejados de la lógica diplomática que siquiera pudieran referirse como dones. Sin embargo, la diferencia material de los dones no es sino una diferencia entre valores atribuidos de forma subjetiva, de tal modo que una azuela de carpintero entregada en rescate podía revolucionar de forma muy significativa la construcción de embarcaciones en el grupo étnico que la recibe, experimentando un mejoramiento de las condiciones vitales y una ventaja frente a otro rival territorial. Del mismo modo que, ante una hueste exhausta y famélica en determinados tramos, el encuentro con un jefe tribal que ofreciera provisiones y descanso podía resultar de tal importancia que cambiara por completo el sino de la relación entre ambos intereses en el resto del proceso de conquista⁵⁸. En la cuenca del Plata se hallan varios ejemplos de estos encuentros coyunturales entre castellanos e indígenas, en los que el intercambio de dones marca el devenir de su relación:

Nuestro capitán general Juan Ayolas regaló al indio principal de los Timbús que se llamaba Cheraguazú una camisa y un birrete rojo, un hacha y otras cosas más de rescate. Dicho Cheraguazú nos condujo a su localidad y nos dieron de comer pescado y carne en divina abundancia, pero si el susodicho viaje hubiere durado diez días más, no se hubiere salvado ninguno de nosotros de hambre⁵⁹.

No obstante, también en los contextos fluviales estudiados las ricas materias primas estuvieron muy presentes, desde el oro y la plata que en ambos casos animaron el remontaje hasta las esmeraldas y otras piedras preciosas de la altiplanicie cundiboyacense. Allí Quesada “habló con el señor Somondoco”, mientras

⁵⁷ Nieva Sanz, “La fragilidad...”, p. 141.

⁵⁸ De hecho, la alianza de españoles con Cahahapoyas, justificó los privilegios de estos en la elección de Real Alférez de los Incas hasta el siglo XIX. En Amado Gonzales, “El alférez...”, pp. 55-69.

⁵⁹ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 10.

Tunja era mejor para el “oro, piedras preciosas y esmeraldas”⁶⁰, así como toda clase de ornamentos de ricos materiales que los propios caciques lucían o vertían durante rituales en lagunas como la de Gauatavita. Ya fueran suntuosas joyas, regalos abstractos o meras provisiones en una situación crítica, lo cierto es que los dones están dotados de un lenguaje diplomático sumamente pragmático que permite la comunicación, incluso no verbal, entre marcos culturales divergentes, dado que mantienen intacta en su naturaleza la atracción primigenia por todos aquellos objetos de prestigio que nos diferencien del prójimo, no tanto por su valor intrínseco, sino por su carácter exclusivo, remoto o escaso en su contexto geográfico y social⁶¹.

Asimismo, es preciso destacar la asimilación de códigos “diplomáticos” indígenas, ante una de las prácticas más repetidas en las dinámicas de contacto del periodo en América: la entrega de mujeres como dones. Schmidl lo relata en la cuenca del Plata cuando “trajeron y regalaron a nuestro capitán Juan Ayolas seis mujeres, la mayor era de diez y ocho años de edad [...] a más nos pidieron que permaneciéramos con ellos y dieron a cada gente de guerra u hombre dos mujeres para que cuidaran de nosotros”⁶². Se trata de una práctica tradicional muy común en América, experimentada por los portugueses en sus relaciones con grupos étnicos del Brasil donde se define como “cunhadismo”⁶³, y por las huestes castellanas en Indias con cierta habitualidad⁶⁴. En la cuenca del Plata lo refiere Ulrico Schmidl y está también presente en la expedición de Quesada en

⁶⁰ Jiménez de Quesada, *Epítome...*, f. 2r.

⁶¹ Michał Krueger, “Valor, prestigio e intercambio. Los métodos ante la teoría”, *Herakleion* 1, 2008, p. 9.

⁶² Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 17.

⁶³ Carlos de Araújo Moreira Neto y Gisele Jacon de A. Moreira. *La fundación de Brasil: testimonios 1500-1700*. Vol. 185. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho, 1992, p. 35.

⁶⁴ Este fue el caso de las mujeres entregadas a Cortés entre las que se encontraba Malinche. Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, cap. XXXVI. Véase para el Alto Paraná la dinámica de *tovayá* o cuñados. María Teresa Cañedo-Argüelles Fábrega, “Relaciones interétnicas y proceso de formación social en la cuenca del Alto Paraná: Corrientes en los siglos XVI y XVII”, en *América, hombre y sociedad: actas de las Primeras Jornadas de Historiadores Americanistas*, Granada, Diputación Provincial de Granada, 1988, pp. 126-140.

modo distinto, pues los panches “nunca enbían a pedir paz, ni tratan de acuerdo con sus enemigos sino por vía de mujeres”⁶⁵.

Por otro lado, estos ensayos indianos de diplomacia también hubieron de practicarse en el seno del “nosotros”, es decir, encuentros que buscaron resolver discrepancias entre líderes indígenas y entre capitanes o entre huestes. De los primeros no tenemos datos fehacientes, pero de los segundos son algunos los encuentros descritos, desde las experiencias previas en las que destaca el encuentro entre Sebastián Caboto y García de Moguer⁶⁶, pasando por el propio Quesada y sus disputas con Belalcázar y Federmann⁶⁷, hasta los tardíos desencuentros entre Martínez de Irala y Cabeza de Vaca⁶⁸. Estas se interpretan como prácticas de comunicación política, paralelas a las diplomáticas y con instrumentos similares en lo sustancial. Aquí también están presentes las demostraciones de poder, el intercambio de favores, alianzas o enfrentamientos, en ocasiones, igual o más cruentos que los demás.

En suma, la lógica respecto a las relaciones con el “otro” contenidas en las capitulaciones y practicadas por los capitulantes y capitanes no son sino una suerte de regulación de un modelo de representación descentralizada del imperio. La diplomacia oficial entre cortes europeas y la diplomacia oficiosa con cortes “infieles” en el Mediterráneo y el Magreb requería de una delicadeza extraordinaria por lo que a equilibrio geoestratégico se refiere, pues “honor legati honor mitentis est”⁶⁹. Lo que se traduce en una transfiguración simbólica en la que el representante tiene el honor y la responsabilidad del representado, quien procura “de hacerse presente y actuar donde no se está físicamente”⁷⁰. Por ello,

⁶⁵ Jiménez de Quesada, *Epítome...*, f. 2v.

⁶⁶ *Relación y derrotero de Diego García: La Coruña-río Paraná*, AGI, Patronato, 44, R. 2. f. 4r.

⁶⁷ *Actas hechas en Cartagena ante el licenciado Santa Cruz*, Cartagena, 2 de julio de 1539, AGI, Patronato, 27.

⁶⁸ *Sucesos tras la prisión de Alvar Núñez: Río de la Plata*, 1546, AGI, Patronato, 187, R. 4.

⁶⁹ Máxima atribuida a sir Edward Coke: “el honor del emisario es el de quien lo envía”. En Rivero, *Diplomacia y relaciones exteriores...*, p. 13.

⁷⁰ Alfred de Grazia, “Representation: Theory,” en David L. Sills, *International Encyclopedia of the Social Sciences*, New York, Macmillan and Free Press, 1968, vol. 13, p. 461. De este modo el representado se hace presente y actúa donde físicamente no puede hacerlo. González Cuerva, “La forma...”, p. 254.

sería difícil pensar que en aquellos remotos contextos la Monarquía cediera de forma casi negligente este tipo de labores.

Sin embargo, podemos encontrar en América durante las primeras décadas de descubrimiento y conquista estas “descuidadas” dinámicas de representación que podrían juzgarse como otra cosa alejada de la diplomacia, aunque desde el punto de vista conceptual siguen una lógica y estructura muy parecida en tanto a lo elemental de las relaciones interculturales, y cuyo grado de autonomía y descontrol (o control remoto) de la Corona es similar al de cualquiera de las otras facetas de gestión. Es decir, si las funciones clásicas de un embajador son representar, negociar e informar⁷¹, los capitulantes representantes de la Corona procesaban sobre el terreno la información de esos encuentros, actuaban y negociaban en consecuencia de lo visto y de lo oído, y debían respetar determinados límites jurídicos. Es decir, los capitulantes se presentaban como una especie de embajada que representaba a la Corona, siendo útil el ejemplo del propio Quesada ante el cacique de Tunja:

Llegado que fue el General al aposento y bohío donde Tunja estaba, según la costumbre de sus mayores, sentado en el suelo encima de un lecho de espartillo, no se movió hasta que fue movido, y hablándole el General con su torpe intérprete que traía, le dijo cómo cierto señor, por cuyo mandado él había venido á aquella tierra, le enviaba á saludar y deseaba su amistad, la cual se había de conseguir y conservar mediante otras muchas cosas que se le habían de dar á entender⁷².

Esta cierta flexibilidad de proceder y delegación en la acción, que no era extraña en otro tipo de situaciones en que los capitulantes habían de protagonizar como la concesión de privilegios, lotes o cargos sobre el terreno, pudo también haberse producido en el plano diplomático por razones eminentemente coyunturales. En definitiva, las condiciones de lejanía física y periferia geopolítica, especialmente, en las primeras décadas del siglo XVI, convertían en sui géneris cualquier acción imperial en el Nuevo Mundo. Sin embargo, estas prácticas de delegación de la representación y del gobierno del territorio y la administración

⁷¹ Isabella Lazzarini, *Communication and Conflict*, Oxford: Oxford University Press, 2015, p. 33.

⁷² Aguado, *Recopilación historial...*, p. 152.

de justicia no eran extrañas a la tradición castellana, donde la gestión de la distancia se realizaba con más flexibilidad y con la renegociación constante de capitulaciones con los agentes encargados de la expansión⁷³.

6.3. El contacto violento: el arte de la guerra anfibia

Por imposible cosa tengo poderse saber ni alcanzar todas las maneras que el arte militar tiene e usan las gentes en sus guerras, así para defenderse de los enemigos como para ofenderlos.

Fernández de Oviedo, 1535⁷⁴

La violencia marcaba el contacto cuando este remedo de diplomacia coyuntural fallaba o cuando castellanos e indígenas pactaban la colaboración para enfrentar a un tercero, así como durante cualquiera de las situaciones previas a la comunicación en las que se producían enfrentamientos. Tal violencia se desarrollaba a través de dos de las categorías de contacto violento propuestas por Wagner en el Mediterráneo clásico: enfrentamientos abiertos, en este caso en una guerra anfibia muy compleja, o enfrentamientos enmascarados en los que la mimesis y la impostura jugarían un papel muy significativo⁷⁵.

En ambas cuencas se produjeron contactos entre castellanos e indígenas a lo largo de experiencias previas a las principales huestes de la década de los treinta. La mayor cercanía del litoral de Tierra Firme a los primeros asentamientos consolidados en las Antillas, junto a los más de diez años entre la fundación de Santa Marta (1525) y el primer remontaje efectivo del río Magdalena, generó un incremento de la hostilidad con los grupos étnicos circundantes, derivada de las ilícitas diligencias de los primeros pobladores. Estos antecedentes inevitable-

⁷³ Para el caso de la expansión en el Mediterráneo magrebí, ver José Miguel Escribano Páez, *Juan Rena and the Frontiers of Spanish Empire, 1500-1540*, New York, Routledge, 2020, pp. 79-84.

⁷⁴ Fernández de Oviedo, *Historia general y natural...*, p. 220.

⁷⁵ Wagner, “Comercio, colonización e interacción cultural...”, p. 34.

mente condicionaron las relaciones posteriores⁷⁶, al tiempo que propiciaron un cierto grado de aprendizaje y adaptación en los veteranos castellanos que transferirían a los recién llegados o chapetones⁷⁷. Asimismo, desde la antropología y la arqueología se puede constatar una coyuntura de conflicto en la cuenca del Magdalena desde el periodo prehispánico, tanto en lo relativo a los niveles que esbozan una penetración karib algunos siglos antes, su tipo de asentamiento y su efecto en los grupos ribereños, como reminiscencias de esta rivalidad reflejadas en mitos chimila como *el castigo*, donde se destaca una lógica de enfrentamiento dado que “donde hay Karíbi, los Chimila no pueden vivir”⁷⁸. Del mismo modo, en la altiplanicie cundiboyacense, los relatos de confrontación entre muiscas y panches son continuos⁷⁹. Por su parte, en la cuenca del Plata tan solo se habían producido contactos efímeros y, generalmente, zanjados en una derrota aparente de la hueste castellana previo a la Península, tanto la muerte de Solís y algunos de sus hombres, como la destrucción del fuerte Sancti Spiritus antes de la llegada de Sebastián Caboto y García de Moguer en sendas flotas a Sevilla⁸⁰. En este sentido, es también destacable que, como en la cuenca del Magdalena, tanto la arqueología como las referencias de las primeras crónicas presentan unos ríos en continua disputa, como refleja el desplazamiento de numerosos grupos guaraní hasta las riberas orientales y su enfrentamiento con chanaes y payagues, y las rivalidades en el seno de grupos guaycurúes o distintas filiaciones guaraníes.

Más allá de los momentos de pericontacto, el propio progresar de las huestes río arriba revela unas respuestas que pueden o no tener relación con las experiencias previas, pero que introducen elementos diferenciales para el análisis. Duran-

⁷⁶ Juan Friede, *Los Chibchas bajo la dominación española*, Bogotá, La Carreta, 1974, pp. 25-27.

⁷⁷ Aguado, *Recopilación...*, p. 64.

⁷⁸ Reichel-Dolmatoff, “Mitos y cuentos chimilas”, p. 13. Se trata de una rivalidad previa a la llegada castellana como refleja Friede, *Los Chibchas...*, pp. 15-16. Además, sobre la diversidad étnica en la región, la conflictividad y estigmatización entre grupos véase Daniel Miguel Nieva Sanz, “Dinámicas de contacto, etnicidad y cultura fluvial en la cuenca del Magdalena: una aproximación etnohistórica a partir de las crónicas castellanias”, en Lilyam Padrón y M^a del Mar Barrientos (eds.), *Entre Europa y América: el mar y la primera globalización*, Vitoria, Editorial UPV, 2023, pp. 303-316.

⁷⁹ Jiménez de Quesada, *Epítome...*, f. 2r.

⁸⁰ *Relación y derrotero de Diego García: La Coruña-río Paraná*, AGI, Patronato, 44, R. 2.

te la expedición de Quesada las crónicas describen casos que reflejan la ingenuidad de la primera vez; a pesar de la ya dilatada presencia castellana en el Bajo Magdalena, pueden explicarse por la dificultad de las comunicaciones e, incluso, por vacíos de información derivados de las propias rivalidades interétnicas. También se registran casos en los que los grupos indígenas anticipan la llegada de una hueste exhausta en su faceta terrestre, a lo que se suman traumáticos conflictos previos. Así lo experimentó el señor de Tamalameque, quien antes de la llegada de la hueste de Quesada se enfrentó al paso del conquistador alemán Ambrosio de Alfinger⁸¹. En cambio, la expedición de Pedro de Mendoza, continuada por Juan de Ayolas, pudo gozar de unas casi prístinas dinámicas de contacto, puesto que salvo los enfrentamientos previos relatados en la desembocadura y predelta del Paraná, los grupos indígenas del alto Paraná, río Paraguay y afluentes no habían conocido en su mayoría hombres, naves y caballos tan extraños a sus ojos como los que a partir de 1536 hubieron de enfrentar.

A continuación, se desarrollan cuatro apartados relacionados con el combate anfibio, evaluando las dificultades que el escenario presenta, seguido de tres bloques de análisis comparado que abordan el armamento ofensivo y defensivo, poco tratado en este contexto, y las naves en su aplicación bélica, seguido de una aproximación al arte de la guerra. A partir del análisis de la conflictividad en las experiencias de ambas cuencas fluviales, se detectan determinadas características de la táctica indígena relacionada con la sorpresa, la oportunidad y la impostura que, a su vez, derivan de una asimetría tecnológica aparente frente a una hueste castellana tan confiada como expectante pues, a priori, disponían de una posición material más “avanzada”. Sin embargo, habían de batirse frente a un enemigo muy superior en número, en un entorno desconocido y ante unas condiciones anfibias sumamente impositivas. De este modo, esos rasgos preliminares se entrelazan en un análisis y exposición de resultados que opta por intercalarlos en una categorización funcional del combate (agua-agua; tierra-agua, agua-tierra; tierra-tierra), donde se busca una mayor claridad en el estudio del carácter bélico, al tiempo que se adapta mejor al procesado conjunto y comparativo de las experiencias en las dos cuencas fluviales.

⁸¹ Pedro Simón, *Noticias historiales...*, pp. 70-71.

El río y sus riberas como escenario de guerra anfibia

En lo que se refiere al arte de la guerra, el terreno constituye uno de los cinco factores fundamentales teorizados por Sun Tzu⁸², por lo que es preciso dedicar tiempo al análisis de sus características e influencia. El remontaje de ríos por sus riberas, sus aguas o mediante un avance simultáneo de hueste terrestre y flotilla de apoyo estuvo necesariamente condicionado por un contexto físico de enormes exigencias. En lo que se refiere al combate y sus prolegómenos, debemos tener en cuenta los impactos del clima en la fisiología de los hombres, cuyas experiencias previas no podían acercarse a lo vivido en el nuevo continente. La alta pluviosidad y las crecidas fluviales generaban condiciones de humedad difíciles de soportar con la indumentaria propia de los soldados del momento; corazas, coseletes de hierro, cotas de malla o lorigas medievales y, en algunos casos, casco de hierro tipo morrión y capacetes⁸³. Todo ello aceleraba una deshidratación de alta afectación al organismo, al tiempo que exigía unos esfuerzos titánicos para el avance por terrenos anegados o embarrizados⁸⁴. De hecho, se destaca en ambas cuencas el contacto constante con el agua, pues en el Magdalena “estaban en el agua hasta los sobacos, y todo lo que habían de caminar era de la propia hondura”⁸⁵. En el Paraná, mientras, se destaca la necesidad de secar los enseres y armas pues “les valió harto para ellos salvarse la ropa y munición que en tierra habían sacado a solear”⁸⁶. También en la sucesiva expedición en el río Paraguay donde

marchamos durante los ocho días entre el agua hasta la cintura y hasta la rodilla día y noche, que no pudimos salir de ella. Cuando queríamos hacer fuego, colocábamos grandes leños unos sobre los otros; ahí hacíamos fuego. Ocurrió en varias ocasiones que la olla con la comida y el fuego cayeron al agua que en muchas veces tuvimos que quedarnos sin comer⁸⁷.

⁸² Sun Tzu, *El arte de la guerra*, Biblioteca digital: Omegalfa, 2018, pp. 5 y 6.

⁸³ Ada Bruhn de Hoffmeyer, “Las armas de los conquistadores. Las armas de los aztecas”, *Gladius* 17, 1986, p. 22.

⁸⁴ Aguado, *Recopilación historial...*, pp. 90-91; Castellanos, *Elegías...*, p. 440.

⁸⁵ Aguado, *Recopilación historial...*, p. 43.

⁸⁶ Ramírez, *Carta...*, f. 121r.

⁸⁷ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 32.

En este punto se revela imprescindible el papel de las naves en su avance simultáneo, pudiendo evitar los peores tramos del recorrido, así como la labor de los mencionados zapadores, ya útiles desde las experiencias de García de Lerma, quien afirmó en carta a Carlos V: “determiné y envié treinta azadoneros y hacheros para hacer un camino”⁸⁸. Los ríos tienen la virtud de permitir una penetración a un territorio más rápida que un lento avance por tierra. Esto ahorra tiempo y esfuerzos propios, al tiempo que ofrece menos margen de preparación a aquellos rivales que puedan anticipar la llegada. En cambio, también obligaba a una sobreexposición muy marcada. Este hándicap fue especialmente significativo en lo que a las naves castellanicas de cierto tamaño se refiere, pues transitaban por el único espacio a la vista de entre toda una masa densa de foresta y propiciaba que fueran vistos por ojeadores indígenas. Tanto es así que en el Paraná encontramos ejemplos como el de la flotilla de García de Moguer, avistada por indígenas que informaron río arriba a Caboto, pues “nos dijeron y certificaron haber entrado en el Río de Solís tres velas las cuales le decían que se estaban juntas con nuestros navíos”⁸⁹. En este sentido, es preciso tener en cuenta cómo la propia condición unidireccional del flujo del río también lo convierte en escenario propicio para emboscadas. Desde tiempos de García de Lerma, se teme pasar de nuevo por un tramo del río ya “quemado”, donde se pudieran haber tejido ya alianzas entre grupos “de muy lejos”, con el fin de “juntar armada”, como sucedió con las “canoas llenas de gente de guerra, con designio de tomar á mano los bergantines” en el Magdalena⁹⁰, así como en tierra sobre el fuerte Sancti Spiritus en el área Paraná⁹¹.

La guerra anfibia está sumamente condicionada por el medio en el que se desarrolla, la cerrada espesura y la humedad continua inciden de forma determinante en las aptitudes físicas y psicológicas del ser humano. Sin embargo, los grupos indígenas de ambas cuencas estaban adaptados a las exigencias del entorno, también en la violencia pues “el guerrear de los susodichos Mapenis

⁸⁸ *Carta del gobernador García de Lerma a Carlos V*, Santa Marta, 16 de enero de 1530, AGI, Patronato, 197, R. 6, f. 32v.

⁸⁹ Ramírez, *Carta...*, f. 120v.

⁹⁰ Aguado, *Recopilación historial...*, pp. 83 y 50.

⁹¹ José Toribio Medina, *El veneciano Sebastián Caboto, al servicio de España*, Santiago de Chile: Universidad de Chile, 1908, p. 203.

no es otro que sobre el agua”⁹². Esta especial condición fue enseguida comprendida por las huestes castellanas, “porque todos sabéis y es cosa vista / que para subyeter esa partida / tiene de ser por agua la conquista / por ser su fortaleza y acogida”⁹³. Por esta razón, los componentes de la hueste hubieron de desarrollar un proceso acelerado de adaptación que implicaba el reconocimiento de la virtud del rival, su aprendizaje y su aplicación. Inevitablemente tuvieron que buscar soluciones prácticas a los problemas nuevos, además del plano náutico, como las muchas humedades de este río” que terminan por hacer pudrir la ropa, oxidar los metales y malograr la pólvora⁹⁴. Del mismo modo, hallaron respuesta a las amenazas naturales como jaguares, tigrillos, caimanes y anacondas, así como pequeños reptiles y mosquitos, pues “no tuvimos descanso ni sosiego ni de día ni de noche por las moscas chicas que no nos dejaban dormir”⁹⁵. Y, definitivamente, aprendieron a contrarrestar las estrategias de guerra que por tierra y agua habían desarrollado los grupos indígenas a lo largo de siglos de experiencia en esos hostiles entornos que tan bien conocían.

Armamento ofensivo y defensivo

Como consecuencia de sus propias condiciones de recluta, no existía homogeneidad alguna en el armamento de las huestes de Indias, por lo que se trataba de un armamento muy diverso, en ocasiones arcaico en claro tránsito entre el final de la Edad Media y el inicio del Renacimiento y, en otras, tan nuevo que era casi experimental⁹⁶. No obstante, las huestes castellanas estaban mejor dotadas, a priori, que los grupos indígenas con los que habían de enfrentarse, pues contaban con el conocimiento de la forja, la doma y la pólvora, lo que se traduce en espadas de acero y cuchillería, caballos y mulas, artillería ligera y arcabuces. Sin olvidar el armamento defensivo ya apuntado por cronistas generales como López

⁹² Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 14.

⁹³ Castellanos, *Elegías...*, p. 445.

⁹⁴ Ramírez, *Carta...*, f. 122r.

⁹⁵ Schmidl, *Relatos de la conquista...*, p. 32. En el Magdalena, Aguado, *Recopilación historial...*, pp. 90-91 y Castellanos, *Elegías...*, p. 440.

⁹⁶ Marco Antonio Cervera Obregón, “Conquistadores indígenas...”, p. 96 y Hoffmeyer, “Las armas...”, p. 10.

de Gómara⁹⁷: corazas o petos de hierro, cotas de malla y rodela de madera o metal, así como morriones, capacetes y celadas para la cabeza⁹⁸. Por su parte, frente a este repertorio armamentístico, los distintos grupos indígenas vinculados a los ríos estudiados desconocían el trabajo del hierro, no contaban con el hallazgo de la pólvora y carecían de animales de monta o tiro.

Sin embargo, del mismo modo que en lo relativo a las embarcaciones, un armamento no es superior o inferior a otro *per se*, sino que su funcionalidad está necesariamente relacionada con las condiciones en las que se desempeña y la virtud de quien lo emplea. En este sentido, a lo largo del análisis se valora cómo, en un terreno abrupto y en condiciones acuosas continuas, el sobrepeso de las corazas pudo ser una desventaja frente a la desnudez indígena; la pólvora húmeda no deflagra y las hojas de las espadas mojadas se oxidan sin un continuo mantenimiento, mientras que los cuchillos líticos no. Asimismo, si bien los equinos constituyeron un elemento simbólico y físico de extraordinario impacto, el estado de precariedad difícilmente permitía responder al ritmo de guerra pretendido, sumado a lo cerrado del terreno y el armamento específico de algunos grupos indígenas para derribar grandes piezas de caza. En consecuencia, a lo largo del presente apartado se desgrana el armamento ofensivo y defensivo en relación con el contexto y las virtudes o defectos del rival, así como la capacidad de adaptación que unos y otros desplegaron ante unas experiencias de combate novedosas para ambos en un sentido u otro.

En la cuenca del Magdalena tuvo lugar una interesante relación de desconfianza y aprendizaje entre los veteranos o baquianos⁹⁹ y los recién llegados de la Península o chapetones, pues las soluciones adaptativas que los primeros habían desarrollado eran vistas como “cosa muy rústica y basta” por los segundos¹⁰⁰. Este primer elemento de análisis relaciona el armamento defensivo castellano, el ofensivo indígena y las condiciones contextuales, puesto que aquellos que

⁹⁷ “llevan algunos, coseletes, corazas y cotas”. López de Gómara, *Historia general...*, p. 289.

⁹⁸ Hoffmeyer, “Las armas...”, p. 22.

⁹⁹ Castellanos se refiere así: “Van baquianos a las armas hechos, en aquellos trabajos muy curtidos, de bélicos arcos y pertrechos, todos medianamente proveidos”. Castellanos, *Elegías...*, p. 434.

¹⁰⁰ Aguado, *Recopilación historial...*, p. 64.

habían experimentado el combate antes del remontaje habían optado por reemplazar el pesado equipamiento de hierro por algodón, “porque para la guerra de los indios y contra los indios está averiguado ser mejores obras las de algodón que las de hierro ni acero, por muchas razones”¹⁰¹. El algodón proporcionaba mayor livianez en los desplazamientos y movimientos propios del combate ante un enemigo rápido y huidizo, al tiempo que el peto o sayo de algodón proporcionaba una cobertura flexible que mejoraba notablemente la protección ante la flechería, dado que cubría cada centímetro de cuerpo y no dejaba espacios o juntas: “los soldados en las Indias preparan y defienden sus personas y caballos desde la cabeza hasta la cola, sin que en ninguna parte les puedan herir”¹⁰². Este proceso de adaptación se suma a los casos registrados en Mesoamérica respecto al reemplazo del equipamiento de la caballería, donde también se determina que las pesadas protecciones de hierro en hombres y caballos constituían un hándicap añadido que restaba operatividad a la hueste¹⁰³.

Se debe tener en cuenta que las flechas indígenas en la cuenca del Magdalena no eran temidas por el tamaño o filo de sus puntas, sino por la ponzoña con que se embadurnaban, ocasionando en aquel al que lograban herir “una irremediable mortandad”¹⁰⁴. Para ello empleaban sustancias como la obtenida del hongo *dendrobatidina* adherido a la piel del sapo¹⁰⁵, además de ponzoñas de origen vegetal como las señaladas por los primeros cronistas en torno a Santa Marta, donde conocen la “ponzoñosa yerba que en las flechas ponen, cuyas pequeñas heridas, como se ha dicho, son irremediables”¹⁰⁶. En el Magdalena Medio también se refieren este tipo de prácticas bélicas vinculadas a los muzos, apuntando

¹⁰¹ *Ibidem*.

¹⁰² *Ibidem*.

¹⁰³ En el contexto mesoamericano se detectan también procesos de adaptación que impulsan a reemplazar el metal del armamento defensivo y, en la caballería, a asumir el equipamiento del jinete hispano-morisco de Andalucía con adargas y lanzas ligeras sin necesidad de ristre en el peto. Hoffmeyer, “Las armas...”, p. 24. Precisamente Antonio Cervera cuestiona el remplazo generalizado del armamento defensivo por algodón en el área mesoamericana, Cervera Obregón, “Conquistadores ...”, p. 105. En la cuenca del Magdalena se confirma como un aprendizaje que pone en valor la experiencia de los veteranos.

¹⁰⁴ Aguado, *Recopilación historial...*, pp. 59 y 46.

¹⁰⁵ Bautista Quijano, *Cuerpos anfibios...*, pp. 27 y 284.

¹⁰⁶ Aguado, *Recopilación historial...*, p. 60; Simón, *Noticias historiales...*, p. 60.

a una convergencia clara en torno al dominio de “arco y flechas” y su embebido con “yerba brava”¹⁰⁷.

Desde el punto de vista fisiológico, el efecto de tales sustancias se podría aproximar a un proceso severo de necrosado a partir de la herida causada, pues “el vigor de su ponzoña causa que las carnes del propio herido en vida se le van cayendo á pedazos, dejando los huesos descarnados de todo punto, y perdiendo la humana carne su propio color, se convierte en otro como azul y morado que casi no se deja entender”¹⁰⁸.

Posiblemente se trate del arma más eficiente en el ámbito indígena, dado que no solo se le atribuye una letalidad muy alta, pues “muy pocos ó ningunos escapan, y por la mayor parte mueren rabiando y envarados, yertos y pasmados”. Además, generaba una inoperancia en los heridos que lastraba el avance de la hueste y obligaba a la dedicación de aquellos cirujanos que las capitulaciones imponían, pese a saber que “no sería parte ninguna antigua experiencia de cirujanos ni letras de médicos que en su campo trajere á remediar las vidas de los que fuesen heridos”¹⁰⁹.

En la cuenca del Plata se describe también el empleo abundante de flechería desde el propio delta, donde los “querandís tienen para arma unos arcos de mano y dardos; éstos son hechos como medias lanzas y adelante en la punta tienen un filo hecho de pedernal”¹¹⁰, hasta el Alto Paraná y el Paraguay¹¹¹. Sin bien las primeras crónicas no destacan el uso de venenos o ponzoñas en sus puntas, razón que invita a pensar que si los había no eran de importancia, sí que aparece esta atribución en crónicas tardías sobre grupos circundantes como los juríes, quienes usan “flechas teñidas en veneno”¹¹². Al margen del ungue de las puntas, los grupos indígenas de esta cuenca eran virtuosos en el uso del arco, causando también daño las puntas

¹⁰⁷ Simón, *Noticias historiales...*, p. 60.

¹⁰⁸ Aguado, *Recopilación historial...*, p. 73.

¹⁰⁹ *Ibidem*, pp. 46 y 59.

¹¹⁰ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 7.

¹¹¹ Ramírez, *Carta...*, f. 119r y Schmidl, *Relatos de la conquista...*, p. 35.

¹¹² José Guevara, *Historia del Paraguay, Río de La Plata y Tucumán*, Buenos Aires: Imprenta del Estado, 1883, p. 112.

de pedernal y generando situaciones en las que se “venía mal herido de flechas de los indios”¹¹³, así como morían como consecuencia de “los susodichos dardos”¹¹⁴.

No obstante, además de los proyectiles comunes en ambas cuencas, como flechas y dardos, en el Paraná se destacan las afamadas boleadoras, que son “unas pelotas de piedras redondas [...] y tan grandes como el puño, con una cuerda atada que la guía”¹¹⁵. En el caso de Quesada, tan solo en los combates descritos en la altiplanicie se describen “hondas con que arrojaban reciamente una piedra”¹¹⁶. Se trata de un sistema de cabezas líticas unidas por tiras de cuero o “guascas”, que haciéndolas girar ganan velocidad por inercia de su peso y se proyectan contra el objetivo, según Ramírez, “tan certeros que no hierran cosa que tiran”¹¹⁷. En este punto cabe analizar las boleadoras en relación con los caballos como arma de guerra castellana puesto que, habituados los indígenas a usar boleadoras en caza mayor, enseguida encuentra aplicación bélica frente a los caballos, tirando “esta bola alrededor de las patas”, haciéndolo caer y logrando dar muerte a caballo y jinete, como Ulrico Schmidl relata respecto a la muerte del “sobredicho capitán y sus hidalgos”¹¹⁸.

Si bien en los primeros combates en la cuenca del Plata el uso de boleadoras contrarresta en cierta medida el efecto de los caballos, estos ejercieron un papel muy significativo en los procesos de conquista de Indias, pues la visión de caballo y jinete formando una sola unidad dota a esa suerte de centauro con una baza psicológica de gran calado. Incluso, en el caso de Quesada se refiere que cuando se percataron que “eran hombre como ellos, ya se enfrentaron en batalla, pero el temor a los caballos les hacía desbaratarse enseguida”¹¹⁹. También Aguado destaca el efecto de la “ferocidad y presencia de los caballos”¹²⁰. No obstante, los contextos fluviales se revelan poco propicios para el desempeño de los equinos, puesto que el progresar por riberas abruptas y anegadas convertía su

¹¹³ Ramírez, *Carta...*, f. 120v.

¹¹⁴ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 7.

¹¹⁵ Ramírez, *Carta...*, f. 118v.

¹¹⁶ Aguado, *Recopilación historial...*, p. 161.

¹¹⁷ Ramírez, *Carta...*, f. 118v.

¹¹⁸ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 7.

¹¹⁹ Jiménez de Quesada, *Epítome...*, f. 2v.

¹²⁰ Aguado, *Recopilación historial...*, p. 162.

presencia por momentos en inoperante, especialmente en aquellos tramos inundados o vados insalvables, donde “algunos españoles, buenos nadadores” tenían que “pasar á nado los caballos”, con la dificultad que entrañaba pues “entrando, luego se volvían á salir”¹²¹. El combate a caballo requiere campo abierto donde desplegar todo su potencial y dotar de superioridad física y psicológica a quien los emplea¹²². Sin embargo, siendo ya un porcentaje bajo el de los equinos, antes de alcanzar escenarios propicios para este tipo de combate las huestes fluviales hubieron de superar carestías y coyunturas de precariedad tal “que los caballos no daban servicio”¹²³. Acababan muertos o devorados por los soldados, lo que generaba numerosos conflictos internos que llegaron a ser penados en ambos casos con la muerte. Es también reseñable el rol de los perros adiestrados para la guerra, el seguimiento de rastros o enemigos heridos y la vigilancia de los campamentos ante ataques nocturnos¹²⁴. En los casos estudiados no se destaca especialmente su papel, pero sí ratificamos su presencia con referencias como las de Juan de Castellanos a que “hicieron los caimanes mucho daño, en caballos y perros y soldados”¹²⁵. En muchos casos siguieron el mismo destino que los caballos, dado que en la extrema necesidad de la hueste ni “tripas ni pellejo del perro dejó de ser tan aprovechado”¹²⁶.

¹²¹ Aguado, *Recopilación historial...*, p. 43.

¹²² Geoffrey Parker, *Historia de la guerra*, Madrid, Akal, 2014, p. 149.

¹²³ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 7.

¹²⁴ Hoffmeyer, “Las armas...”, p. 10.

¹²⁵ Castellanos, *Elegías...*, p. 443.

¹²⁶ Aguado, *Recopilación historial...*, p. 99.

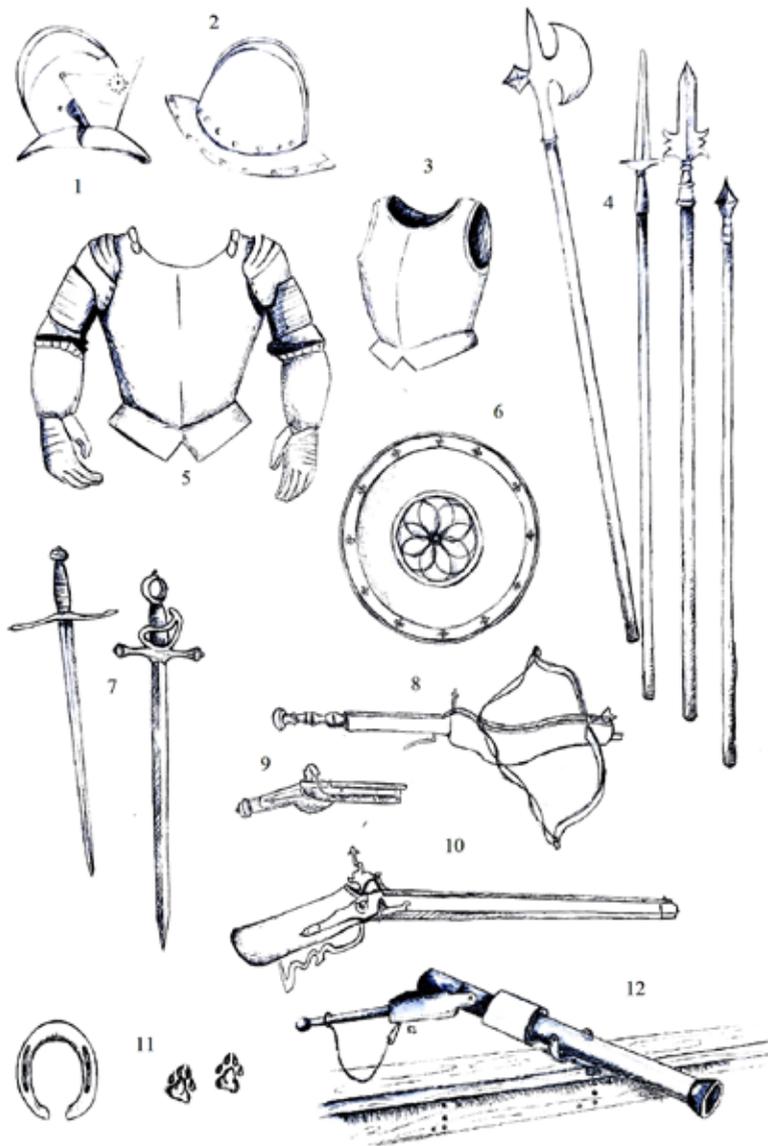


Figura 23. Síntesis ilustrada de armamento castellano y otros elementos en su función bélica: 1. Celada; 2. Morrión 3. Coraza (peto y espaldar). 4. Alabardas / picas 5. Coselete 6. Rodela 7. Espada de con guarda cruciforme y espada ropera 8. Ballesta 9. Pistola 10. Arcabuz 11. Caballos y perros 12. Falconete. **Fuente:** ilustración elaborada para la investigación.

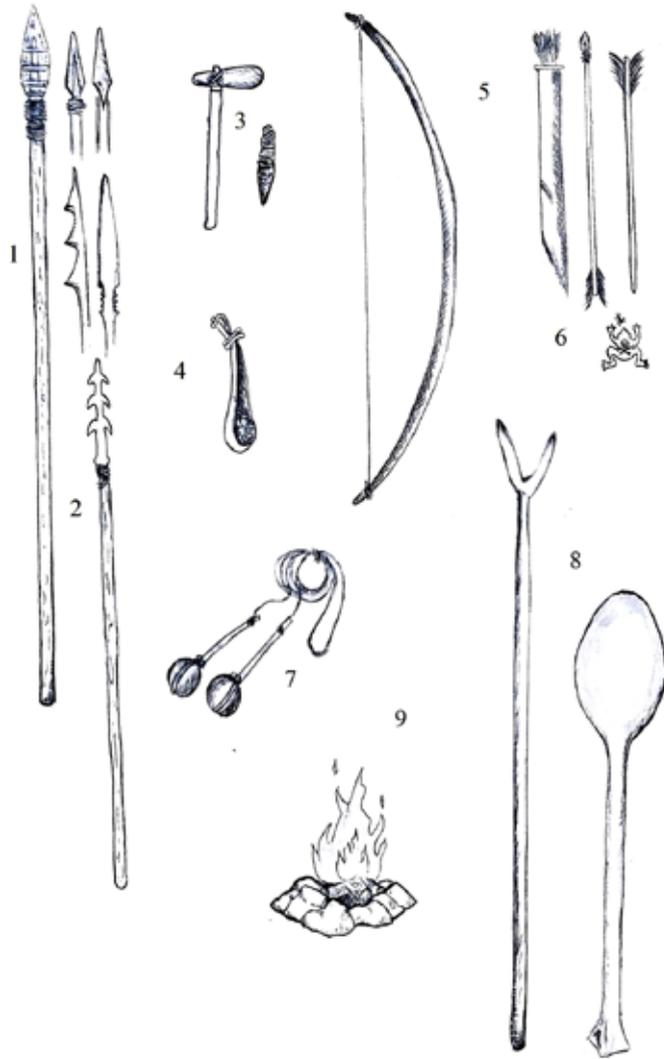


Figura 24. Síntesis ilustrada del armamento indígena de ambas cuencas junto a otros elementos en su función bélica. 1. Lanza con puntas líticas 2. Arpón y puntas dentadas para arpones 3. Hacha y puñal lítico 4. Honda 5. Arco 6. Flechas y veneno para las puntas 7. Boleadoras; 8. La canoa en su aplicación bélica. **Fuentes:** ilustración elaborada para la investigación.

Por otra parte, el apartado de proyectiles en las huestes castellanas era notablemente mayor al contar tanto con ballestas que, aun en proceso de desaparición a mediados del siglo XVI¹²⁷, son reflejadas en las capitulaciones como parte del contingente¹²⁸. También lo son las armas de fuego, como arcabuces y artillería ligera, también referidos tanto en las capitulaciones¹²⁹, como en los testimonios de los primeros cronistas: “tomó nuestro capitán trescientos cincuenta hombres con sus arcabuces y ballestas y navegamos aguas arriba por el Paraná”¹³⁰. La artillería ligera constituía un elemento extraordinariamente poderoso a nivel de psicología de guerra, pues el impacto físico junto al impacto simbólico que podía ejercer en los rivales era muy significativo¹³¹. Es sabido que para el área andina el estruendo de las armas de fuego era relacionado con los rayos y truenos del dios Wiraqucha [wira’qotʃa]¹³². Si bien en los contextos analizados no existen testimonios o alusiones a esta relación, debemos tener en cuenta que los ríos que conectaban la cuenca del Plata con el área andina no solo transportaban personas y materiales sino también ideas. Además, es común en la historia de la humanidad un cierto simbolismo y recogimiento ante las tormentas¹³³; por ende, es plausible que aquellos artilugios de guerra que emitían semejantes estruendos y causaban espantosas muertes dieran lugar a un efecto aterrador en los receptores. En el Magdalena se registra cómo “los versetes trastornaban canoas, y morían muchos”¹³⁴. En la Plata Schmidl destaca que “nosotros con nuestros arcabuces

¹²⁷ Hoffmeyer, “Las armas...”, p. 11.

¹²⁸ *Capitulación con Pedro Fernández de Lugo*, Madrid, 22 de enero de 1535, AGI, Indiferente, 415, L. 1.

¹²⁹ *Capitulación con Pedro de Mendoza*, Toledo, 21 de mayo de 1534, AGI, Indiferente, 415, L. 1, f. 147r y *Capitulación con Pedro Fernández de Lugo*, Madrid, 22 de enero de 1535, ibidem.

¹³⁰ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 8.

¹³¹ Parker, *Historia de la guerra...*, p. 138.

¹³² Elisa Escalante Adaniya, “Acerca del sincretismo. Del apóstol Santiago a Santiago mataindios”, *Escritura y Pensamiento*, 2(4), 1999, pp. 61-78.

¹³³ Jean Delumeau, *El miedo en occidente*, Madrid, Taurus, 2022, p. 15.

¹³⁴ Simón, *Noticias historiales...*, p. 99.

hemos baleado y dado muerte a muchos en ese entonces; pues ellos no habían visto antes jamás cristiano alguno ni arcabuces”¹³⁵.

No obstante, debemos recordar que el número de “versos” o “tiros” era reducido en este tipo de huestes. Eran pocos y ligeros, como pedreros y falconetes¹³⁶, y tanto artilleros como arcabuceros habían de transportar la pólvora en las mismas condiciones de humedad que el resto, dando lugar a problemas con la deflagración. Precisamente, esta circunstancia tan propia de contextos anfibios pudo hacer primar la ballesta sobre el arcabuz, dado que el segundo sin pólvora quedaba inoperante, mientras que para la primera podían fabricarse más virotes si se agotaban¹³⁷.

En lo relativo a la potencia de fuego, ya se ha mencionado el desconocimiento indígena de la pólvora, sin que esto desdeñe el uso del fuego como arma o complemento para la guerra. En la cuenca del Plata las primeras crónicas refieren el uso de flechas encendidas, dado que “conocen una madera que al encenderla y dispararla no se apaga”¹³⁸. Se trataba de unas flechas de caña encendidas “adelante en la punta”, y de otro árbol que al encenderse “arde también y no se apaga”, según relata Ulrico Schmidl¹³⁹. Este tipo de proyectiles incendiarios constituían un arma de extraordinario valor ante las embarcaciones fondeadas o las empalizadas y casas de los primeros fuertes como Sancti Spiritus (1527) o Buenos Aires (1536). De hecho, en el asalto al segundo se refiere cómo “tiraban sobre las casas con flechas encendidas”¹⁴⁰. Asimismo, la aplicación bélica del fuego también se registra en los combates del Magdalena, donde durante los combates sobre el río estaba “llena de grandes fuegos la ribera”¹⁴¹.

Si bien se ha visto hasta aquí todo lo relativo a los proyectiles de ambos ámbitos, así como las ventajas y desventajas de los equinos en la “gente de a

¹³⁵ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 14.

¹³⁶ Fray Pedro de Aguado refiere un verso, p. 109. Con este término se hace referencia a piezas de calibre reducido. Francisco de Asís Maura García, *La ingeniería naval: artillería, navegación y guerra en el mar*, Salamanca, Universidad de Salamanca, s. a., pp. 20-21.

¹³⁷ Cervera Obregón, “Conquistadores ...”, p. 101.

¹³⁸ Schmidl, *Relatos de la conquista...*, p. 35.

¹³⁹ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, pp. 8 y 9.

¹⁴⁰ *Ibidem*, p. 9.

¹⁴¹ Castellanos, *Elegías...*, p. 458.

caballo”, el grueso de las huestes de Indias estaba conformado por la infantería o gente de pie. Hemos visto de estos soldados a pie las transformaciones que la experiencia les impulsó a acometer en su armamento defensivo, sin olvidar la pesada rodela o escudo¹⁴². En cuanto a las principales armas para la ofensa que cargaban, lo más común era el uso de espadas largas de mano y media y espadas de una mano que culminarían en la espada ropera española (s. XVI). Ambas tenían guardas cruciformes, cuyas hojas tenían como enemigo común el agua sin un adecuado mantenimiento (limpieza y engrasado)¹⁴³. Precisamente, el agua es el elemento ubicuo en el combate anfibio de ambas cuencas, generando situaciones de continua exposición como la que relata en sus propias carnes Luis Ramírez: “yo armado y con la espada ceñida hube de bajar a ver cuán hondo era el río, y plugo a la Majestad Divina que torné a salir arriba”¹⁴⁴.

Por último, se han valorado hasta aquí algunas limitaciones tanto en las armas blancas como de fuego, pero su eficacia debe analizarse, como hasta ahora, en relación con el armamento defensivo rival. Es decir, la letalidad de los arcabuces, versos y las hojas de acero era muy alta ante cuerpos desprovistos de protecciones en su mayoría, pues a través de las crónicas se refleja que atacaban como vivían, “desnudos, como Dios el Todopoderoso los ha creado”¹⁴⁵. Combatían desnudos pero ornamentados con distintas pinturas de guerra y llamativas “plumas y plumajes de guacamayos”¹⁴⁶. Son sumamente ilustrativas las palabras de Juan de Castellanos: “Innumerables eran los salvajes / a su modo feroces y ga-

¹⁴² Cronistas generales como Francisco López de Gómara daba por hecho las “espadas y puñales que cada uno llevaba”, sobre lo que podía añadirse otro tipo de armamento específico, en *La conquista de México* (1^o edición Zaragoza: casa de Agustín Millán, 1552), Caracas: biblioteca Ayacucho, 2007, p. 249.

¹⁴³ Sobre el desarrollo de la espada española véase David Nievas, *La esgrima y el mundo de la espada en la España moderna*, Granada: Universidad de Granada, 2012. El acero inoxidable no se obtiene hasta el siglo XX.

¹⁴⁴ Ramírez, *Carta...*, f. 119r.

¹⁴⁵ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 15.

¹⁴⁶ Aguado, *Recopilación Historial...*, pp. 60-61. Véase una aproximación en el caso Magdalena por Hermes Tovar Pinzón, *Relaciones y visitas a los Andes: Siglo XVI*, Tomo V: *Región de los Llanos*, Bogotá, Ediciones Uniandes, 2010.

llardos / compuestas las cabezas con plumajes / proveidos de lanzas y de dardos / de flechas venenosas los carcajes”¹⁴⁷.

El rol de las naves: bergantines y canoas

El avance de estas huestes fluviales pudo ser tanto franco, en embarcaciones por el río, como simultáneo, combinando un progresar pedestre o a caballo por las riberas y una flotilla posibilitando apoyos tierra-agua. En este sentido, el combate tiene un marcado carácter náutico al sostenerse en mayor o menor grado sobre el empleo de embarcaciones, tanto bergantines con cierta capacidad de fuego, en el caso castellano, como útiles canoas monóxilas empleadas por los grupos que habitaban sus riberas en el desplazamiento silente y veloz en un contexto conocido. A continuación, se despliegan las virtudes y los hándicaps de las embarcaciones de unos y otros, a fin de interpretar de forma más precisa su rol en las distintas tácticas analizadas en ambas cuencas.

Por un lado, dentro del abanico de tipologías ibéricas que pudieron haberse empelado, los bergantines castellanos no eran naves de excesivas dimensiones, dado que un mayor parte hubiera limitado aún más su movimiento. Si bien ya ha sido repasada la funcionalidad de las naves en lo relativo a la movilidad y resguardo de heridos y enfermos -también de gran servicio-, nos centramos ahora en estas como armas de guerra ofensiva y defensiva. En este sentido, las ventajas más destacadas fueron su capacidad artillera y sus bordas altas, así como la posibilidad de transportar arcabuceros que, parapetados y apoyados en la regala, pudieran batir riberas y canoas. No obstante, su mayor porte y transporte de mayor cantidad de soldados generaba unas desventajas inapelables de gran relevancia para este tipo de coyunturas, dado que constituían blancos grandes y lentos para la flechería que desde numerosas canoas o desde tierra ofendían a sus tripulantes.

Precisamente como solución y muestra de adaptación y aprendizaje coyuntural frente este problema táctico, en el caso del río Magdalena se desarrolló la instalación de toldos que protegieran de las flechas a los soldados a bordo, quedando estos “como pellejo de erizo”¹⁴⁸. Esta medida de extrema urgencia prima-

¹⁴⁷ Castellanos, *Elegías...*, p. 457.

¹⁴⁸ Simón, *Noticias históricas...*, p. 99.

ba lo defensivo sobre lo ofensivo, dado que inutilizaba *de facto* las naves, tanto en su capacidad ofensiva como en su gobierno al no poder “bogar ni sacar la mano fuera de bordo”¹⁴⁹. Ello suponía un riesgo extraordinario en la navegación fluvial, ya que enseguida se desandaba todo lo andado a fuerza de la corriente.

Por su parte, el rol de las canoas en las tácticas de combate indígenas las erigió como la más eficiente de sus armas. Su empleo en la guerra es referenciado continuamente en las crónicas castellanas, pues según fray Pedro de Aguado, entre los pobladores de las riberas del Magdalena la “guerra es por el agua”¹⁵⁰. También Schmidl refiere sobre los agaces que estos son “la mejor gente de guerra que hay sobre todo el río, pero por tierra no lo son tanto”¹⁵¹. La canoa monóxila no solo era protagonista en la mayor parte de sus actividades cotidianas, sino también en el combate y la entrada o salida a este, pues la canoa permitía dominar el agua para contrarrestar esa aparente asimetría en el armamento ofensivo y defensivo. En este sentido, la canoa proporcionaba un movimiento sigiloso en aquellas estrategias que así lo requerían. También favorecían las acometidas en gran número en coyunturas de combate abierto, al tiempo que sus dimensiones la convertían en un blanco pequeño y esquivo para la artillería castellana. No obstante, sus bordas bajas no ofrecían ninguna protección a los tripulantes, por lo que cuando una de estas pequeñas canoas era alcanzada por artillería ligera, se elevaba el daño a su máxima expresión, siendo “desbaratadas y aun echadas á hondo con algunas pelotas de los versos”¹⁵².

En el plano náutico, sobradamente repasado, los movimientos virtuosos de los canoeros indígenas permitían un desempeño combinado muy eficiente entre el artilugio náutico y humano. De este modo, salvando las diferentes dimensiones, evocaban a las galeras mediterráneas, e incluso fueron llamadas así en las primeras crónicas¹⁵³. Fray Pedro Simón relata con detalle una batalla naval:

¹⁴⁹ Castellanos, *Elegías...*, p. 457; Simón, *Noticias históricas...*, p. 98. En este aspecto, podemos destacar otro tipo de cobertura con parapetos de madera presentes en el combate lacustre mesoamericano explicados por Isabel Bueno Bravo, “La guerra naval entre los aztecas”, *Estudios de cultura náhuatl* 36, 2005, p. 201.

¹⁵⁰ Aguado, *Recopilación historial...*, p. 89; Castellanos, *Elegías...*, p. 442.

¹⁵¹ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 15.

¹⁵² Aguado, *Recopilación historial...*, p. 83.

¹⁵³ Castellanos, *Elegías...*, p. 453.

cubierto el río de canoas, tan llenas de indios empenachados de rica plumería que á no venir á guerra tan sangrienta, fuera alegría mirarlos, y con esto tan prevenidos de flechas, dardos, macanas y tiraderas, sonaban para incitarse á la guerra, en lugar de trompetas, muy gruesos caracoles marinos que como eran muchos en el río y la tierra, las voces gruesas resonaban los ecos y de noche eran bastantes á poner temor á diez ejércitos¹⁵⁴.

Estrategia y táctica del combate anfíbio

Los escasos trabajos sobre estrategia de combate a lo largo de la historia constituyen una dificultad añadida al investigador que procura aproximarse a estas cuestiones. Han de estudiarse minuciosamente el progreso de los enfrentamientos, así como los condicionantes materiales e inmateriales que inciden sobre su diseño y desarrollo. Además de los mencionados clásicos como Sun Tzu y Flavio Vegecio, uno de los autores actuales de referencia sobre esta cuestión es Basil H. Liddell Hart, para quien la estrategia es el arte de distribuir los recursos militares con un fin¹⁵⁵, siguiendo la acepción de Carl von Clausewitz respecto a ver la estrategia como “el empleo del combate para lograr el propósito de la guerra”¹⁵⁶. A fin de cuentas, la estrategia supone el conjunto de operaciones bélicas que incluye la elección de puntos propicios, el número y especialización de los efectivos, así como los tiempos, la frecuencia y la sucesión de un ataque a fin de lograr los objetivos pretendidos¹⁵⁷. Dentro de la estrategia se contemplan diferentes tácticas aplicables de forma única o combinada, como ataques francos, hostigamientos, emboscadas, reconocimiento y observación, treguas medidas, escaramuzas e imposturas. Sin embargo, una estrategia de guerra no es unívoca ni estable, pues más allá de la planificación, esta debe adaptarse al devenir del

¹⁵⁴ Simón, *Noticias históricas...*, p. 98. También se documenta el uso de caracolas en Juan de Castellanos, *Elegías...*, p. 457.

¹⁵⁵ Basil H. Liddell Hart, *La estrategia de aproximación indirecta* [1941], Buenos Aires: La Editorial Virtual, 2014, p. 203.

¹⁵⁶ Clausewitz, *De la Guerra...*, p. 303.

¹⁵⁷ José Lameiras, *El encuentro de la piedra y el acero: la Mesoamérica militarista del siglo XVI que se opuso a la irrupción europea*, Zamora de Hidalgo: El Colegio de Michoacán AC, 1994, p. 36.

combate y responder a la propuesta y acción del rival¹⁵⁸. En lo que se refiere a los casos analizados, sobre las tácticas de grupos indígenas americanos se conocen aún menos datos, más allá de lo descrito en las crónicas y las interpretaciones de registros arqueológicos puntuales. Mientras, la forma de combatir de las huestes castellanas también goza de cierto halo de desconocimiento, aunque de igual modo que en otros aspectos del análisis sus vínculos con las prácticas medievales permiten una comprensión mayor, sin extrapolarlas en su totalidad, dado que se trata de escenarios, rivales y exigencias nuevos.

En primer lugar, es necesario tener en cuenta que las distintas tácticas que castellanos e indígenas desarrollaron en sus enfrentamientos violentos se desarrollan sobre tres posibilidades o tres estadios de combate claramente diferenciados. En primer lugar, el estadio más habitual en ambas huestes fluviales era el de “orden de marcha”, pudiendo diferenciarse entre orden de marcha itineraria y orden de marcha en aproximación¹⁵⁹. En ambos casos se trata de remontajes fluviales con afán de continuidad constante, es decir, salvo casos concretos en los que estando arranchados se envía un facción a vanguardia, generalmente, veremos un avance en itinerario continuo con todos los efectivos, lo que supone un peligro mayor que el propio combate -como sostuvo ya Vegecio muchos siglos atrás¹⁶⁰-, dado que en marcha la fuerza pierde la predisposición psicológica y física al combate inmediato, generando una situación continuada de vulnerabilidad ante cualquier amenaza sorpresiva¹⁶¹. Por otro lado, se dieron en menor medida situaciones de marcha en aproximación de combate, es decir, con la predisposición necesaria para combatir en los casos de la altiplanicie cundiboyacense o en situaciones de combate franco en las riberas del Paraná y el Paraguay. Asimismo, el tercero de los estadios a ojos castellanos serían las coyunturas de rancheado

¹⁵⁸ Sun Tzu, *El arte...*, p. 45.

¹⁵⁹ Ekaitz Etxeberria Gallastegi, *Estrategia y táctica militar en la Castilla del siglo XV (1407-1492)*, tesis doctoral inédita, Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea, 2019, pp. 167-168.

¹⁶⁰ Etxeberria. *Estrategia y táctica...*, p. 168.

¹⁶¹ Esta vulnerabilidad derivada de la marcha de ejércitos por terrenos enemigo es vista con especial atención durante el fenómeno medieval de las Cruzadas, donde se desarrolló toda una estrategia de *fighting march* para tales coyunturas. Véase Matthew Bennett, “The Crusaders ‘Fighting March’ Revisited”, *War in history* 8.1, 2001, pp. 1-18.

o acampado en las que recibir cualquier tipo de ataque podía resultar letal si no se preveía con la suficiente antelación. Según estos estadios precombate, los distintos grupos indígenas de las riberas aplicaban unas u otras tácticas, al tiempo que los castellanos reaccionaban o cambiaban de estadio pasando a desarrollar ataques preventivos, cabalgadas o ataques francos al interior del territorio.

En este sentido, una vez visto el escenario y sus condicionante para la guerra, el armamento que unos y otros ostentaban, y el rol ofrecido por las embarcaciones en dinámicas de guerra, se despliega a continuación un análisis dual de las estrategias empleadas en el combate anfibia. Se entretienen los rasgos de unos y otros, al tiempo que se analizan las distintas tácticas observadas en la documentación en función de la relación anfibia entre los medios acuoso y terrestre, y en consonancia tanto con los estadios precombate como con la cualidades náuticas y bélicas anteriormente esbozadas.

Todo ello se organiza en estrategias de desgaste y ataque indirecto, de búsqueda de combate franco, de impostura y de conquista/expugnación. Sin embargo, no se trata de categorías inmutables, sino una categorización derivada de las líneas clásicas de la teoría de la guerra, que se adapta al contexto estudiado sin que ello suponga pérdida alguna de porosidad. De tal modo, un mismo enfrentamiento podía transitar entre categorías o ubicarse en una u otra en función del contendiente a quien se refiera en cada caso. En ambos casos y en todos los colectivos enfrentados, la estrategia y la atención a los factores fundamentales de la guerra tenían como fin crear una situación propicia para la victoria¹⁶².

Estrategia de desgaste o combate indirecto

Cada una de las huestes analizadas tuvieron fases de progresión por agua y fases de progresión por tierra con las naves de apoyo, por lo que esta relación de ataque entre medios distintos se observa en ambos casos y desde distintas direcciones. Por un lado, como principio de la guerra asimétrica, el hostigamiento y estrategias de desgaste son una herramienta muy útil para aquella fuerza que sea o se considere inferior en materia tecnológica o numérica. También cuando se prefiere optar por la precaución ante un enemigo desconocido, de tal modo que

¹⁶² Por “situación” se entiende una coyuntura ventajosa para la fuerza propia. Sun Tzu, *El arte...*, p. 7.

se busca evitar el combate directo, pero desgastarle a través de un hostigamiento de baja intensidad y continuo que lo mantenga en una permanente sensación de inseguridad¹⁶³. Este tipo de combate era habitual en el lado castellano cuando, asentados en las primeras fundaciones como Santa Marta (1525), Sancti Spiritus (1527) o Buenos Aires (1537), realizaban las nombradas cabalgadas. Sin embargo, una vez las huestes iniciaron sendos remontajes, este tipo de estrategia era aplicada por aquellos grupos indígenas que poblaban las riberas. Buscaban cansar, desabastecer y diezmar la hueste mediante ataques indirectos lejos de la ortodoxia de la guerra, pues todo “ataque indirecto es heterodoxo”¹⁶⁴. Estaba fuera de las lógicas reguladas y actúa más a expensas de la oportunidad que de la planificación.

Entre estas maniobras de desgaste y aprovechamiento de la oportunidad, habrían de ubicarse los ataques agua-agua de indígenas a naves fondeadas, donde mediante el empleo táctico de la canoa como medio de aproximación silente, quemaron cuatro barcos que “estaban surtos hasta a media legua de nuestra ciudad de Buenos Aires”. Se encontraban fondeados y con poca guardia; además, “no tenían sobre ellos ninguna artillería”¹⁶⁵. En este caso, el empleo táctico del fuego juega un papel fundamental, como refiere Sun Tzu sobre el arte de atacar por el fuego¹⁶⁶. En el Magdalena también se dieron casos en los que el fuego se utilizó para intimidar a la hueste o evitar su desembarco¹⁶⁷. Otro de los usos tácticos del fuego es la quema de provisiones, pues precisamente el desabastecimiento era una de las acciones más empleadas en estrategias de desgaste. Encontramos esta circunstancia en ambas cuencas y tanto de forma ofensiva como preventiva. Es decir, tanto la destrucción de cultivos enemigos para desabastecer como la sustracción de víveres para el aprovechamiento de la hueste propia, el más común¹⁶⁸. Incluso se daba la autodestrucción de cultivos y provisiones para evitar el abastecimiento del enemigo, como relata Schmidl en La Plata, pues “cuando estos indios nos hubieron divisado, huyeron todos ante nosotros y no

¹⁶³ *Ibíd.*, p. 21.

¹⁶⁴ *Ibíd.*, p. 19.

¹⁶⁵ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 9.

¹⁶⁶ Sun Tzu, *El arte...*, p. 52.

¹⁶⁷ Simón, *Noticias históricas...*, p. 98.

¹⁶⁸ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 35.

pudieron hacernos mayor bellaquería como la de quemar y destruir los alimentos; esto era su modo de guerra”¹⁶⁹.

También podían desplegarse este tipo de ataques indirectos en modo agua-tierra, como en el caso en que la columna de Quesada avanzaba en orden de marcha y paulatinamente quedaban atrás desprotegidos los heridos y enfermos. Al “vellos los indios desde su navío”, no perdían la ocasión y “los mataban y echaban en el río”, haciendo las veces de alimento de caimanes. Esto generaba una confusión notable y daba lugar a la colocación de guardia a caballo que cerrara la columna para “vellos y guardallos”¹⁷⁰. A partir de las crónicas, vemos en ambos casos como estos ataques eran rápidos e inmediatamente seguidos de una huida fugaz por el río, pues “cometen una iniquidad y huyen de retorno”¹⁷¹. Esto economizaba efectivos y permitía emplearlos continuamente en generar el desgaste deseado, como es habitual en la guerra asimétrica, guerra de guerrillas o guerra no convencional. Del mismo modo, podía darse esta circunstancia con efectivos enviados a vanguardia en misión de reconocimiento, tanto por el agua¹⁷², como en los casos tierra-tierra registrados en la cuenca del Plata. Así sucedió con la avanzadilla enviada por Caboto, cuyos efectivos “apenas se apartaron de la orilla bastante como para no ser socorridos del bergantín, fueron asaltados y muertos todos”¹⁷³.

Estrategias de imposturas y celada

Siendo útil el aprovechamiento de la oportunidad en guerra asimétrica, en tanto que proporciona cierta ventaja al desaventajado, la impostura es uno de los caminos más efectivos para sorprender al enemigo, registrada en ambas cuencas. De hecho, mucho siglo antes Sun Tzu de forma categórica afirmó que “el arte de la guerra se basa en el engaño”¹⁷⁴. En este sentido, la impostura posibilita la atracción del enemigo a la zona en que se ha organizado una celada o embosca-

¹⁶⁹ *Ibíd.*, p. 8.

¹⁷⁰ Castellanos, *Elegías...*, p. 440 y en Simón, *Noticias históricas...*, p. 77.

¹⁷¹ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 13.

¹⁷² Aguado, *Recopilación histórica...*, p. 97.

¹⁷³ Azara, *Descripción e historia...*, p. 133.

¹⁷⁴ Sun Tzu, *El arte...*, p. 7.

da, teniendo aquí que mirar como antecedentes inmediatos las prácticas de los grupos guanches en la conquista del archipiélago canario, seguido de dinámicas semejantes en el área mesoamericana¹⁷⁵. En los contextos anfibios analizados, ya vimos la impostura como parte de las estrategias de desgaste, pues “en sus canoas” se aproximaban sigilosamente o “dando muestras de fingida paz”, con el fin de acercarse lo suficiente para lanzar una “rociada de flechas”¹⁷⁶. También en el río Paraguay se reflejan este tipo de actitudes en los payagues, quienes “vinieron a nuestro encuentro con cincuenta canoas y nos recibieron con falso corazón”¹⁷⁷.

Si nos centramos en estrategias de impostura que obtuvieron resultados de gran calado, han sido analizados dos casos muy significativos. Por ejemplo, el “indio Alonso” en el río Magdalena, quien, bautizado y de la confianza de la hueste, diseñó una emboscada a gran escala durante el retorno de los bergantines que apoyaron a Quesada. Cuando este subía con el grueso por la sierra del Opón a la altiplanicie cundiboyacense con el reducido grueso operativo, “de setecientos hombres que sacó de Santa Marta no quedaron vivos quando llego al nuevo reino de granada que descubrió conquisto y gano y poble el dicho adelantado, su hermano, sino ciento y sesenta y cinco”¹⁷⁸.

Generalmente, la impostura está relacionada con los conceptos antropológicos de mimesis y/o *mimicry*, una dinámica habitual en procesos de conquista y aculturación, mediante la cual se simula sumisión y se emulan todo tipo de gestualidad o códigos culturales del dominante como instrumento para la supervivencia¹⁷⁹. En muchos casos no es sino el primer paso de la aculturación e integración en el nuevo orden dominante, pero en otros constituye una teatralización dirigida a esperar la oportunidad para golpear con mayor incidencia. Esto es lo

¹⁷⁵ Javier García De Gabiola, “La conquista de las Canarias: un ensayo bélico para América (1402-1501)”, *Medievalia* 51, 2019, p. 163 y Bueno Bravo, “La guerra...”, pp. 201-205.

¹⁷⁶ Simón, *Noticias historiales...*, p. 85.

¹⁷⁷ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 19.

¹⁷⁸ *Méritos y servicios: Gonzalo Jiménez de Quesada*, Santa Marta, 5 de julio de 1576, AGI, Patronato, 160, N. 2, R. 1. Tras ello se fundó Santa Fe de Bogotá en 1538: *Título de ciudad para el pueblo de Santa Fe*, 27 de julio de 1540, AGI, Patronato, 195, R. 6, f. 1r.

¹⁷⁹ Michael Taussing, *Mimesis and alterity: A particular history of the senses*, Nueva York: Routledge, 1993.

que sucedió con Alonso. Pese a haber mostrado una actitud colaboradora en todo momento, al conocer la situación de vulnerabilidad en la que quedaba la flotilla, donde eran más “los enfermos que los sanos”, optó por diseñar una emboscada a gran escala “a llamar y juntar gentes guerreras”¹⁸⁰. Los 5 bergantines regresaron a Santa Marta con aproximadamente 150 enfermos y heridos, y la mínima tripulación y guarnición para llegar a destino¹⁸¹, una coyuntura de oportunidad interpretada acertadamente por Alonso. Sabiendo la precariedad y las escasas posibilidades de supervivencia de la hueste que continuaba sierra arriba con menos del 25% de los efectivos de salida, eliminar también a los pocos hombres operativos que descendían en los bergantines cercenaría toda comunicación con la base de partida, Santa Marta.

La orden fue clara respecto a regresar directos a Santa Marta, dado que el propio Quesada era consciente de que “la gente que nos queda por espalda son indios atrevidos”¹⁸². Es decir, la propia condición de avance en los ríos obliga a regresar por el mismo camino en que se ha subido, donde la hostilidad puede ser alta y el factor sorpresa inexistente, lo que favorece la organización de celadas difícilmente contrarrestadas. Si fuera poco este contexto, la indisciplina cundió entre la hueste, pues la desmoralización estaba servida al regresar a la precaria Santa Marta sin fama, sin títulos y sin riquezas que permitieran su ascenso social, además de ver que aquellos “que venían enfermos, cada día morían”, siendo arrojados por la borda sin más mortaja que el húmedo abrazo del río¹⁸³. Esta zozobra moral fue aprovechada por el “indio Alonso”, quien fuera “jeque de la provincia de Tamalameque”. Se esforzó en convencer al licenciado Juan de Gallegos con “promesas y ruegos” de no regresar de forma directa y “volverse de tan largas vías, las manos en los senos vacías”¹⁸⁴.

De este modo, el ataque a la flotilla de Gallegos constituyó el desenlace de las fricciones con los distintos grupos ribereños enfrentados durante el as-

¹⁸⁰ Simón, *Noticias históricas...*, p. 98; Castellanos, *Elegías...*, pp. 452-457.

¹⁸¹ Castellanos, *Elegías...*, p. 449; Piedrahíta, *Historia General...*, p. 123; Simón, *Noticias históricas...*, p. 94.

¹⁸² Castellanos, *Elegías...*, p. 445.

¹⁸³ Simón, *Noticias históricas...*, p. 95 y Jiménez de Quesada, *Epítome...*, f. 2r.

¹⁸⁴ Castellanos, *Elegías...*, p. 452.

censo¹⁸⁵. Desembocó en una batalla naval “cruel y sangrienta”, según Juan de Castellanos, en la que hubieron de enfrentarse a “mil canoas” y “por todas sus playas grandes fuegos”¹⁸⁶. Es decir, se trató de una emboscada que conjugó la presencia de múltiples grupos tribales, la reunión de un gran número de canoas sobre el agua y la previsión en las riberas de plausibles desembarcos castellanos. La presencia de hogueras mantenidas de forma constante con “leña seca que tenían prevenida para el efecto”¹⁸⁷ impedían el escape y el descanso generando un estado continuo de alerta.

En la cuenca del Plata también se registran situaciones de impostura y la posibilidad de agrupar grandes cantidades de efectivos para realizar acciones sorpresivas, pues “no habitan todos en conjunto, pero en dos días pueden reunirse sobre el río y la tierra”¹⁸⁸. En este sentido, el mayor ejemplo de impostura en la expedición Mendoza-Ayolas tiene que ver con una alianza fingida en que Ayolas penetró al territorio con indígenas aliados, quienes “marcharon con él tierra adentro y le enseñaron el camino [...] atravesaron por muchas naciones y padecieron grandes penas y escaseces, hambre y pesadumbres”. Quedaron exhaustos, enfermos y sin munición con ellos¹⁸⁹. En este punto, se percibe cómo cuando el dominador se muestra vulnerable la impostura se revela cierta, pues al ver “que éstos estaban enfermos y débiles, resultó que los sobredichos Naperus y Payaguás se convinieron entre sí las dos generaciones e hicieron un contrato o sea alianza entre ellos”. Organizaron una celada “ocultos a uno y otro lado del camino”, hasta acabar con toda la fuerza y con el capitán Juan de Ayolas, pues “ninguno se salvó”¹⁹⁰.

En suma, los conceptos de impostura y emboscada, generalmente de la mano, son comunes en la historia de la guerra en distintos contextos, vinculados en mayor o menor medida a situaciones asimétricas. En cualquier caso, no se trata de estrategias ajenas a las huestes castellanas, pues con distinto reparto

¹⁸⁵ *Ibíd.*, p. 457 y Simón, *Noticias históricas...*, p. 98.

¹⁸⁶ Castellanos, *Elegías...*, p. 452.

¹⁸⁷ Simón, *Noticias históricas...*, p. 98.

¹⁸⁸ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 14.

¹⁸⁹ *Ibíd.*, p. 20.

¹⁹⁰ La información del incidente fue dada por un indio al servicio de Ayolas quien contó “cómo había sucedido desde un comienzo hasta el fin”. *Ibíd.*

de roles, se trató de un “procedimiento muy asentado en las dinámicas bélicas fronterizas”, durante los siglos de guerra hispano-musulmana en la Península¹⁹¹.

Estrategia de combate franco

Ya sea como parte de otros movimientos estratégicos más amplios o como estrategia en sí misma, el planteamiento de combate franco, que no maniobra de conquista, tiene un carácter defensivo pero directo y ortodoxo en términos de situación de la fuerza, inversión de efectivos y voluntad de confrontación. Hemos valorado ya el uso táctico permanente de la canoa como principal arma en la guerra anfibia que en ambas cuencas se practicaba. Atendiendo a los antecedentes del Magdalena, podríamos recuperar los momentos en que Jerónimo de Melos penetra con su flotilla y debe regresar cuando “mil canoas vieron llenas de indios por delante”¹⁹². Supone una clara búsqueda de combate franco de forma preventiva agua-agua, hostigando a la flotilla hasta que salió nuevamente al mar. Aquí podemos ver cómo el medio condiciona también la estrategia de combate, pues recordamos cómo la propia fisonomía del cauce aportaba ventajas al avance, pero también lo desproveía de cobertura natural que lo cubriera, comprobando en este caso que los grupos indígenas pudieron anticiparse por medio de ojeadores que con caracolas marinas alertaron de la presencia castellana, pues “servían de trompetas y clarines, marinos y muy grandes caracoles”¹⁹³. De igual modo, el capitán San Martín probó sin éxito fortuna durante el gobierno de García de Lerma, siendo también repelido por “gran cantidad de canoas llenas de indios armados con gran cantidad de flechas”¹⁹⁴, que en otra demostración de búsqueda de combate franco frenaron un avance prevenido.

Si bien la celada o emboscada es una táctica más común en estrategias de desgaste, puede aplicarse a los distintos planteamientos posibles y también estar más o menos presente como prolegómenos del combate franco intencionado. Este es el caso del numeroso ataque en canoas contra los bergantines que quedaron aguardando en la Tora con los convalecientes pues, habiendo observado la

¹⁹¹ Etxeberria Gallastegi, *Estrategia y táctica militar...*, p. 164.

¹⁹² Castellanos, *Elegías...*, p. 402.

¹⁹³ *Ibidem*, p. 457.

¹⁹⁴ Aguado, *Recopilación historial...*, pp. 53-54.

vulnerabilidad en que habían quedado, aparecieron “á guerrear [...] más de quinientas canoas de indios muy belicosos que con su enherbolada flechería estaban dando batería”¹⁹⁵. Asimismo, tras la mencionada impostura del “indio” Alonso se desarrolló un combate franco planificado tierra-tierra, a partir del desembarco de los soldados, a quienes arrancaban “las barbas con las pieles [...] despedazan y los matan con tormentos que pasan de crueles”. Son agua-tierra y tierra-agua cuando desde las naves disparaban a poca distancia los versos de bronce descoyuntando “piernas, muslos y brazos”¹⁹⁶, o desde las riberas las “espesas rociadas de las flechas” dejaban prietos los toldos blancos y “como pellejo de erizo”¹⁹⁷. Incluso en el mismo medio se daban enfrentamientos cuerpo a cuerpo cuando las canoas se “barloan para seles entrar dentro”, y echaban mano sobre las bordas para abordar, cuando “quedaban de sus brazos divididas”, generando una escena dantesca “ensangrentando bordos, popas, proas / de bergantines, barcos y canoas”, hasta el punto en que el agua pareciera ya toda sangre¹⁹⁸.

Por su parte, en la cuenca del Plata también se desplegaban estrategias de combate franco. En algunos casos se hacían con ese fin intimidatorio visto inicialmente en el Magdalena, como los mepenes, que “nos recibieron en modo de guerra sobre el río con quinientas canoas o barquillas”¹⁹⁹. En otros casos, la determinación clara era el enfrentamiento. Los agaces “pusieronse ellos a la defensa e intentaron guerrear y no quisieron dejarnos pasar adelante”, demostrando una determinación tal que, según Schmidl, “ninguna bondad iba a remediar”, por lo que se dispuso la fuerza para el combate franco y “marchamos contra ellos por agua y tierra y nos batimos con ellos”²⁰⁰.

Por último, en el combate franco el factor psicológico es fundamental, pues se requiere un ímpetu que motive hacia delante y no dé lugar a vacilaciones, ya sea por la necesidad de supervivencia colectiva, por las órdenes de superiores o por convicción espiritual: “Antes que vaya un señor a la guerra contra otro, están [...] a la puerta de los templos [...] toda la gente de la guerra cantando de noche

¹⁹⁵ *Ibíd.*, p. 108.

¹⁹⁶ Castellanos, *Elegías...*, p. 456.

¹⁹⁷ Simón, *Noticias históricas...*, p. 99.

¹⁹⁸ *Ibíd.*, p. 98.

¹⁹⁹ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 14.

²⁰⁰ *Ibíd.*, p. 14.

y de día”²⁰¹. También por los propios símbolos visuales y sonoros de guerra. Se han mencionado las caracolas, la plumería y la pintura de guerra, como para castellanos lo son los estandartes y tambores²⁰². Códigos comunes que unifican la voluntad, impidiendo que la decisión de avanzar o retirarse sea individual sino colectiva²⁰³. Es difícil rastrear en la documentación valores inmateriales como los analizados, pero en el caso del Magdalena es posible aproximarse al menos a la percepción castellana de la voluntad rival: “morían muchos, nada les atemorizaba, teniendo concebido en sus ánimos que los habían de acabar á todos”²⁰⁴.

Estrategia de conquista o expugnación

La estrategia de conquista y expugnación podría ser aplicada en sentido macro a toda la operación castellana en ambas cuencas, derivando de lógicas bajomedievales en la Península que ha desarrollado García Fitz²⁰⁵. Sin embargo, a través de esta categorización de los múltiples lances bélicos se busca aportar mayor detalle al panorama de combate desplegado. En este sentido, diferenciamos acciones de búsqueda del combate franco cuando estas acciones se determinan en orden de marcha, por necesitar responder a una demostración de fuerza o tomar una posición por razones de aprovisionamiento, reposo u oportunidad. Sin embargo, definimos como estrategia de conquista o expugnación aquella parte de una planificación reflexiva desde una posición asegurada, sobre un grupo o

²⁰¹ Observaciones de Quesada en la altiplanicie cundiboyacense, Jiménez de Quesada, *Epítome...*, f. 3v.

²⁰² Desde el punto de vista antropológico, también es relevante la diferencia entre unos y otros grupos a la hora de entablar combate, pues en el caso de la cuenca del Magdalena, el combate estaba precedido siempre por gritos de guerra: “levantaron todos la grita, que entre ellos suele ser señal de rompimiento”. Simón, *Noticias historiales...*, p. 196.

²⁰³ “Símbolos, tambores, banderas y estandartes se utilizan para concentrar y unificar los oídos y los ojos de los soldados. Una vez que están unificados, el valiente no puede actuar solo, ni el tímido puede retirarse solo: ésta es la regla general del empleo de un grupo”. Sun Tzu, *El arte...*, p. 29.

²⁰⁴ Simón, *Noticias historiales...*, p. 99.

²⁰⁵ Concepto desarrollado en el contexto peninsular por Francisco García Fitz, *Castilla y León frente al Islam: estrategias de expansión y tácticas militares (siglos XI-XIII)*, Sevilla: Universidad de Sevilla, 2005, p. 215.

un territorio al que dominar. En este sentido, en el río Magdalena tenemos que avanzar toda la fase fluvial para ver estrategias de este tipo en la conquista de la altiplanicie, donde ya no hay orden de marcha sino voluntad de consolidar el dominio sobre los señoríos de Bogotá y Tunja, así como el resto de los cacicazgos subordinados²⁰⁶.

Por su parte, en la cuenca del Plata y especialmente en la subcuenca del río Paraguay, como resultado de alianzas puntuales se optaba por atacar a un grupo indígena concreto con el apoyo de otro, partiendo siempre de bases aparentemente consolidadas, como en el caso mencionado de la alianza con carios frente a los agaces²⁰⁷. Es decir, una vez consolidada una posición tras la derrota y subordinación de un grupo indígena concreto, se opta por atacar en alianza otro grupo rival con el único fin de expugnar su territorio y garantizar la presencia castellana: “nuestro capitán general Juan Ayolas tomó trescientos españoles y con los Carios y marcharon aguas abajo y por tierra por las treinta leguas donde están los Agaces susodichos”²⁰⁸. Asimismo, lo que podemos percibir en este contexto es que, a diferencia de otro tipo de estrategias de combate en orden de marcha en el que el pragmatismo y la subsistencia protagonizan cada acción, durante operativos de expugnación el grado de ensañamiento y crueldad aumenta. En la altiplanicie cundiboyacense se refiere la acometida contra cacicazgos disidentes como Sogamoso, donde termina quemado el templo del Sol²⁰⁹. En el caso mencionado en el Paraguay frente a los agaces, se describe la muerte de todos a quienes encontraron de cualquier condición, edad o género, pues “los Carios (aliados de la hueste) son un pueblo así que cuantos ven o encuentran frente a ellos en la guerra deben morir todos; no tienen compasion con ningún ser humano”²¹⁰. En estas ocasiones, no solo se busca una conquista efectiva sino también generar el miedo entre todos aquellos grupos que aún permanezcan levantados frente a la hueste. De hecho, los agaces que lograron escapar al ataque retornaron pidiendo clemencia, estando Ayolas obligado a:

²⁰⁶ Aguado, *Recopilación historial...*, pp. 126-162

²⁰⁷ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 17.

²⁰⁸ *Ibidem*.

²⁰⁹ Simón, *Noticias historiales...*, p. 197.

²¹⁰ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 17.

recibirlos en concordia, pues así había mandado y dispuesto la Cesárea Majestad que toda vez que se presentará cualquier principal de los indios y pidiere perdón hasta por tercera vez, débese concedérselo y guardárselo. Pero si sucediera que por tercera vez él violara la paz con los cristianos, entonces debe quedar por toda su vida como un esclavo o cautivo o prisionero²¹¹.

Este tipo de situaciones también sucedían tras las acometidas de expugnación protagonizadas por Quesada en la altiplanicie cundiboyacense, donde “nunca dejaba de enviar mensajes á Bogotá, requiriéndole que dejando las armas vienesen en su amistad y á entender cómo había de obedecerle en nombre del Rey cuyo vasallo y ministro era”²¹². En suma, a través de las crónicas vemos cómo este tipo de estrategias se desarrollaban con fines de consolidación del dominio hispánico en el territorio, siendo quizá el tipo de estrategia de guerra menos habitual en el avance fluvial de las huestes estudiadas, dado que estas se caracterizan por una movilidad y un avance continuo.

²¹¹ *Ibidem*, p. 17.

²¹² Aguado, *Recopilación historial...*, p. 135.

Adaptación, aprendizaje e hibridación en materia náutica

Las dinámicas de contacto entre castellanos e indígenas, en los casos estudiados, estuvieron marcadas por la imposición física de grandes ríos que las condicionaron por entero. En este sentido, el presente capítulo centra el estudio del contacto en todo lo relativo a la interrelación material e inmaterial en el ámbito náutico, evaluando procesos de reconocimiento del saber del otro que trascienden a lo meramente pecuniario, por tratarse de soluciones prácticas a problemas funcionales, en una serie de coyunturas en las que la supervivencia o la culminación de los propósitos superaba considerablemente a otros intereses. Las decisiones en materia náutica que se tomaban sobre el terreno en una situación sumamente dinámica, es decir, lejos de la comodidad de una planificación en puerto propio, determinarían la seguridad y la viabilidad del avance, las respuestas ante desconocidas dinámicas de guerra fluvial, la posibilidad de mantener con las naves una baza notable de aprovisionamiento y, por ende, la propia vida.

Por un lado, se valoran los cambios que *a priori* hubieron de acometer las huestes castellanas con el fin de adaptar sus naves a las condiciones fluviales que, ya fuera por experiencia propia o heredada, barruntaban la importancia que tendrían para la viabilidad de su avance, por lo que empleaban soluciones propias a problemas nuevos. Por otro lado, una vez las huestes castellanas se enfrentaban a las exigencias de sendos ríos y comprobaban la insuficiencia de las soluciones propias, hubo de iniciarse un complejo proceso de reconocimiento del saber del otro, un reconocimiento necesario para lograr la asunción y el aprendizaje de todo lo relativo al uso de canoas indígenas y su gobierno, así como las rutas y los tiempos que marcan la navegación en este tipo de contextos.

En tercer lugar, del mismo modo que los procesos históricos analizados han puesto sobre la mesa la posibilidad de evaluar los primeros pasos del hombre de frontera en América, en materia náutica vemos a través de la documentación lo que suponen los comienzos de una construcción naval criolla y mestiza, la presencia y el valor de los carpinteros de ribera y la asunción de los pros y contras que este proceso artesanal encontró en los nuevos territorios de ultramar. Asimismo, si bien es más evidente en la documentación histórica la construcción naval castellana de la índole que fuera (con soluciones propias o ajenas), las escasas referencias documentales junto a las fuentes materiales y etnográficas han permitido también evaluar las influencias castellanas en el ámbito náutico indígena, tanto a nivel material como inmaterial o conceptual. Se propone una aproximación al resultado de una influencia silenciosa, pero con continuidad en el territorio hasta la actualidad.

7.1. Modificaciones y precauciones en naves propias

El primer impulso a la hora de encajar imprevistos no suele seguir pautas revolucionarias, sino centrarse en mantener lo planificado, pero acometiendo pequeñas modificaciones que permitan enfrentar mejor la nueva coyuntura. A partir del análisis de las naves castellanas e indígenas, vimos cómo las primeras eran más grandes y pesadas, con mayor calado y de propulsión a vela, que transitaban de las tipologías mayores a las menores y dando preponderancia al remo. En este sentido, lo primero que podemos documentar en esas primeras experiencias de las décadas de los treinta y cuarenta son tipologías ya empleadas en el litoral. Como relata Yñigo Miñez de Arana en 1560 sobre su experiencia veinte años antes, subían “con barcos por el dicho río arriba [...] que navegaban la costa de la mar y no hechos para efeto de la navegación del río”¹. Es decir, eran tipologías marítimas sobre las que se planteaban modificaciones que tuvieran que ver directamente con los tres puntos vitales analizados: peso, calado y propulsión.

Lo relativo al peso y al calado tiene que ver con algunos de los aspectos evaluados en el apartado 5.1, puesto que el calado está determinado por la morfo-

¹ Testimonio de Yñigo Miñez de Arana en *Testimonio de autos...* AGI, Patronato, 195, R. 21, f. 259r.

logía y por el peso. Al mismo tiempo, el peso también condiciona la posibilidad de propulsar la nave a remo o a sirga con mayor o menor eficiencia, y con mayor o menor gasto energético. En este sentido, en el caso de la Plata vemos cómo García de Moguer alertaba que “aquella nao no podía entrar en el río que hera muy Grande y ellos no quisieron sv [no] hazermela llevar Cargada”². Al igual, Ramírez señalaba sobre una embarcación que debía “coger poca agua”³. Para el río Magdalena, ya el gobernador García de Lerma instó a construir embarcaciones “que no demanden sino un palmo de agua para algunas ciénagas que ay cerca del río”⁴. Se procuraba lograr el acceso a ciénagas anexas al curso principal, donde el calado es un problema mayúsculo. Asimismo, Juan de Castellanos relataba que los bergantines que acompañaban a Quesada irían despojados de todos los elementos arquitectónicos que no fueran esenciales para la navegabilidad, y afirmaba que iban sin cubiertas⁵.

En lo relativo a la ineficacia casi total de la vela y la predilección por los remos, es también evidente en la documentación temprana de los ríos Paraná y Paraguay, con las alusiones de Luis Ramírez sobre que por fuerza habían de enfrentarse al río “a remo o a toas”⁶, y las continuas alusiones al uso de remos en las expediciones Mendoza-Paraná y Ayolas-Paraguay⁷. Al mismo tiempo, también García de Lerma informó por carta al emperador a Carlos V en 1532 de la necesidad de hacer predominar los remos incluso en tipologías mayores como la carabela: “porque las carabelas puedan ser de remos como los bergantines, para que cuando les faltare viento puedan subir a remo”⁸. Estas enfáticas observaciones en la documentación nos hablan de lo temprano que fueron conscientes

² *Relación y derrotero de Diego García: La Coruña-río Paraná*, 1530, AGI, Patronato, 44, R. 2, f. 3v.

³ Ramírez, *Carta...*, f. 117r.

⁴ *Carta de García de Lerma a Carlos V*, Santa Marta, 9 de septiembre de 1532, AGI, Santa Fe, 49, R. 1, N. 4, f. 1v.

⁵ Castellanos, *Elegías...*, p. 436.

⁶ Ramírez, *Carta...*, f. 120v.

⁷ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 8.

⁸ *Carta de García de Lerma a Carlos V*, Santa Marta, 9 de septiembre de 1532, AGI, Santa Fe, 49, R. 1, N. 4, f. 1v.

de los condicionantes que el río imponía sobre una navegación a vela eficiente⁹; por ende, de la necesidad de aplicar las modificaciones previas y necesarias.

No obstante, si bien se tomaron medidas de urgencia sobre las naves propias, estas no fueron suficientes para resolver las exigencias que la variabilidad ambiental de estas grandes cuencas presentaba. Así ocurrió en el río Magdalena durante los ensayos de García de Lerma (1532-1534), la expedición de Quesada (1536) y el inmediatamente posterior ascenso de Jerónimo Lebrón (1537)¹⁰. También sucedió en los ríos Paraná y Paraguay durante las experiencias previas de García de Moguer y Caboto, o la sucesión de expediciones a partir de Pedro de Mendoza. Por esta razón, hubieron de asumir las ventajas funcionales de las embarcaciones indígenas, reconocer la virtud marinera de los canoeros indígenas, adaptarse y aprender a emplearlas para sus fines.

7.2. El uso de canoas: el aprendizaje del saber náutico indígena

Los christianos han visto hasta agora, hay una manera de barcas que los indios llaman canoa, con que ellos navegan por los rios grandes.

Fernández de Oviedo, s. XVI¹¹

Si miramos de forma global el fenómeno de descubrimiento y conquista acometido por huestes castellanas en el siglo XVI, comprobamos enseguida que la utilización de canoas indígenas es un denominador común, ya sea en la expedición de Francisco de Orellana en el Amazonas¹², o en el Perú con el caso de

⁹ Simón, *Noticias historiales...*, p. 87.

¹⁰ *Carta de Jerónimo Lebrón a la Audiencia de Santa Domingo: noticias viaje*, 9 de mayo de 1537. AGI, Patronato, 197, R. 14.

¹¹ Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural...*, p. 170.

¹² Carvajal, *Relación del nuevo...*, f. 6r.

Miguel Cabello Balboa¹³. También el propio Sebastián de Belalcázar, al realizar la expedición en dirección opuesta a Quesada, tuvo que atravesar el “río Magdalena en unas canoas”¹⁴. Al margen se encuentran los casos periféricos, anteriores e inmediatamente posteriores, que forman parte de la presente investigación en alguno de sus niveles de análisis.

Centrándonos directamente en los contextos estudiados, desde los primeros años de presencia castellana en torno a la cuenca del Magdalena, la primera mención registrada en documentación manuscrita proviene de la carta de García de Lerma en 1530, cuando afirma que “los otros heridos vinieron en barcas y canoas hasta aquí”¹⁵. Del mismo modo, en los antecedentes de la cuenca del Plata se menciona por vez primera el uso de canoas indígenas por parte de castellanos en las experiencias de la década de los veinte. Contamos con los testimonios de García de Moguer al narrar cómo les recibió la gente de Caboto “con ciertas canoas de indios y el con vatel armado”¹⁶. Luis Ramírez narró el mismo episodio desde su perspectiva, pues “envió el señor capitán general allá una canoa con ciertas personas”¹⁷. Asimismo, mencionó un caso previo, cuando vieron “venir otra canoa de indios y un cristiano dentro de ella”¹⁸. En lo relativo a las expediciones centrales de la investigación, tanto en el caso de Quesada y su avance simultáneo en el río Magdalena como en las expediciones sucesivas que Mendoza y Ayolas fueron acometiendo en los ríos Paraná y Paraguay, son también numerosas las ocasiones en las que se emplearon canoas indígenas con distinto fin. Por un lado, se destinaron fundamentalmente a mejorar la movilidad; por otro, al auxilio de la

¹³ Jean François Bouchard *et al.*, “Navegación precolombina: el caso del litoral pacífico ecuatorial: evidencias e hipótesis”, *Revista española de antropología americana*, 17, 1987, p. 51.

¹⁴ José Ignacio Avellaneda Navas, *La expedición de Sebastián de Belalcázar al mar del norte y su llegada al Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, Banco de la República, 1992, p. 10.

¹⁵ *Carta del gobernador García de Lerma a Carlos V*, Santa Marta, 16 de enero de 1530, AGI, Patronato, 197, R. 6, f. 32v.

¹⁶ *Relación y derrotero de Diego García: La Coruña-río Paraná*, 1530, AGI, Patronato, 44, R. 2, 3v.

¹⁷ Ramírez, *Carta...*, f. 121v.

¹⁸ *Ibidem*, f. 116r.

flotilla de bergantines y/o de la hueste cuando correspondiera superar obstáculos terrestres y acuosos que se interponían en el avance, como se valora en adelante.

Una necesidad material ¿Qué función desempeñaron?

Queda claro en la documentación que, aun modificadas parcialmente las naves castellanas, tanto el calado como la corriente de estos ríos y ciénagas terminaron por lograr su total inutilización por momentos. Lo ilustra a la perfección la respuesta del capitán San Martín a Quesada, que aseguraba que “son ya grandes las corrientes para los bergantines que llevábamos”¹⁹. En este sentido, las funciones que las canoas desempeñaron en las huestes fluviales no fueron muy diferentes a las vistas en los bergantines, fundamentalmente todo lo relacionado con la movilidad y con el apoyo logístico, pero en aquellos tramos del río o masas de agua adyacentes en las que los bergantines quedaban impedidos. En este sentido, el presente subapartado ahonda esa valiosa funcionalidad de la canoa ante escenarios acuosos muy particulares.

Movilidad versátil

Ya en los continuos intentos de García de Lerma, recogidos también por Aguado, se relata que tuvieron que buscar “por los pueblos comarcas canoas en qué pasar”²⁰. No cabe duda de la maniobrabilidad que las canoas permiten, tanto para navegar de forma continua como para cambiar entre ríos, arroyos, caños o ciénagas como hicieron San Martín y sus hombres al “atravesar los lagos que por delante tenía, y así con algunas canoas que allí hubo pasó con su gente”. El propio Jiménez de Quesada, apremiado por la extrema precariedad que la hueste estaba sufriendo durante la espera de los bergantines, optó por cruzar el río Cesar en canoas²¹. Asimismo, dentro de lo relativo a la versatilidad mayúscula de la canoa monóxila en aguas someras de toda condición, añadido a su ya mencionado navegar silente, pudo ejercer también labores de reconocimiento a

¹⁹ Castellanos, *Elegías...*, p. 444.

²⁰ Aguado, *Recopilación historial...*, p. 51.

²¹ *Ibíd.*, pp. 52, 87 y 107.

vanguardia como hiciera el propio Quesada “en dos pequeñas canoas”²². En el caso de los “indios de paz” descrito anteriormente, entre sus labores se incluía ese reconocimiento y comunicación fugaz en canoas por el río²³. En el caso de la Plata, son numerosos los ejemplos de esa versatilidad. En los precedentes, Luis Ramírez menciona la navegación de canoas en esteros²⁴; para el apoyo prestado en las sucesivas misiones de Mendoza y Ayolas se dedican a “buscar bastimento y canoas para que viajáramos aguas arriba por el Paraná”²⁵. También se refiere un lugar rodeado de agua donde creen que están las amazonas y “si se quiere llegar a ellas, hay que ir en canoas”²⁶.

Apoyo logístico a la hueste

La logística se revela fundamental en contextos naturales tan cambiantes y exigentes, donde el aprovisionamiento resulta una de las mayores preocupaciones. De hecho, en el caso de Magdalena-Quesada, se llega incluso a primar el lento avance simultáneo sobre un avance rápido sin apoyos²⁷. En este sentido, pese a la evidente diferencia en capacidad de carga entre las naves castellananas y las canoas indígenas, son empleadas como si se trataran de pequeñas manos que se extienden desde el avance de la flotilla con mayor maniobrabilidad para lograr aprovisionamiento: “por tener que comer y no morir de hambre, de ir doce leguas del real en una canoa con unos indios a sus casas a rescatar carne y pescado”²⁸. Además, las canoas gobernadas por indígenas acompañaban a la flotilla, como ilustra el caso de la expedición previa de Caboto cuando “las canoas que con nosotros venían pescando se habían vuelto a Sant Spiritus”²⁹. Por último, los documentos nos muestran de forma clara el valor logístico-táctico atribuido a la canoa, ya que bien se destruyen (“las cuales hemos quemado y destrozado”²⁹).

²² *Ibidem*, p. 108.

²³ *Ibidem*, pp. 96-97.

²⁴ Ramírez, *Carta...*, f. 121r.

²⁵ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 53.

²⁶ Schmidl, *Relatos de la conquista...*, p. 69.

²⁷ Aguado, *Recopilación historial...*, p. 98.

²⁸ Ramírez, *Carta...*, f. 118r. Así como en ff. 120r y 120v.

²⁹ *Ibidem*, f. 119v.

do”³⁰), bien se incorporan a la fuerza propia (“tomamos hasta quinientas canoas grandes”³¹).

La necesidad del saber inmaterial: técnicas de navegación, rutas y tiempos del río

A pesar de la aparente sencillez de una canoa monóxila, esta constituía una suerte de instrumentos combinados de forma que hombre y artilugio náutico habían desarrollado un proceso de adaptación conjunto a las exigencias del entorno, necesitándose recíprocamente a la hora de lograr la mayor eficiencia en su uso. En este sentido, si bien la documentación desprende de forma clara la utilización por parte castellana de canoas indígenas, el uso material no implica el conocimiento inmaterial sobre su gobierno. De este modo, las primeras experiencias sobre embarcaciones nuevas y ríos de mayor caudal que cualquiera conocido en la Península resultaron más difíciles de lo que se podría esperar *a priori*. Ello exigió un fugaz proceso de aprendizaje que implicaba reconocer también el saber inmaterial en el “otro”, asimilarlo y aprenderlo. En este sentido, vemos la descripción de este tipo de situaciones en las palabras de Pedro de Aguado, cuando para hacer un paso “con harto trabajo, pasaron, y con mucho riesgo de sus personas, así por la grandeza ó ímpetu del río como por no saber los españoles gobernar ni navegar aquel género de navios pequeños”³². Más tarde Simón ratifica la falta de experiencia entre los chapetones, “como lo eran los soldados”, quienes en lo referido a las canoas “no saben cómo se gobiernan para usar de ellas”³³. Por su parte, también Luis Ramírez relata en el Paraná un accidente en el que la propia indumentaria jugaba en contra en estas primeras experiencias:

yo iba en una canoa de indios con la lengua y de noche se nos trastornó la canoa con cuanto en ella iba, y yo armado y con la espada ceñida hube de bajar a ver cuán hondo era el río, y plugo a la Majestad Divina que torné a salir arriba y me así al

³⁰ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 14.

³¹ *Ibidem*, p. 17.

³² Aguado, *Recopilación historial...*, p. 52.

³³ Simón, *Noticias historiales...*, p. 72.

bordo de la canoa, y así fue gran trecho por el río hasta que salimos en tierra y me entré en el dicho bergantín³⁴.

Efectivamente, a través de la presente investigación transdisciplinar, hemos podido abordar con detalle este funcionamiento combinado hombre-artilugio náutico, en el que la destreza ganada durante siglos de uso solventa los hándicaps intrínsecos de las canoas. Como apuntó Juan de Castellanos, la canoa de un madero “rige con grandísima destreza / El bárbaro patrón o marinero / Y corre con tan grande ligereza / Que parece vencer lo más ligero”³⁵. Si bien se trata de embarcaciones sumamente eficientes para su contexto, hemos mencionado cómo su morfología viene marcada por su propia condición monóxila, por ende, limitada a las proporciones del árbol. Esto genera un problema muy notable de estabilidad transversal y una percepción de inseguridad muy marcada en aquellos inexpertos en esas lides: “la navegación de las canoas es tan frágil y peligrosa y el río tan hondable³⁶. A través de navegación experimental en caños, canales y lagunas, ha sido posible percibir dicha inestabilidad e ineficiencia del avance, al comparar el desempeño propio con el gobierno experimental de canoeros del entorno, quienes logran un movimiento eficaz y disminuyen la inestabilidad transversal a un mínimo imperceptible.

Además de lo relativo al gobierno de la canoa, no menos importante es el conocimiento sobre rutas y tiempos del río, por lo que en muchas ocasiones directamente se optaba por el uso de canoas, pero manteniendo como pilotos a aquellos que sabían gobernarlas con destreza, conocían el camino y el tiempo en que mejor salir³⁷. Es decir, estas funciones de apoyo también eran ejercidas directamente por indígenas, siendo un uso indirecto, como cuando enviaron a Caboto veinte “canoas cargadas de bastimentos de la tierra”³⁸, o cuando acompañan en el Paraná a la flotilla de bergantines durante las expediciones de los años treinta: “ellos estuvieron dispuestos y con nosotros marcharon ocho canoas de los

³⁴ Ramírez, *Carta...*, f. 119r.

³⁵ Castellanos, *Elegías...*, p. 182.

³⁶ Aguado, *Recopilación historial...*, p. 411.

³⁷ Ramírez, *Carta...*, ff. 116r, 118r y 119r.

³⁸ *Ibíd.*, f. 120r.

Yacarés y agarraban para nosotros todos los días por dos veces pescado”³⁹. Las crecidas de los ríos modifican notoriamente el paisaje fluvial y condicionan su navegación, al mismo tiempo que convierten en caminos de agua aquellos otrora terrestres. Por esta razón, la combinación de la virtud marinera con los saberes locales sobre el comportamiento del río constituyó desde el principio un valor extraordinariamente alto en este tipo de coyunturas de conquista.

¿En qué superaban las canoas indígenas a las naves propias?

Llegados a este punto queda claro que las limitaciones de los bergantines castellanos en relación al calado y maniobrabilidad exigieron que estos fueran suplidos por canoas indígenas en determinados momentos de la expedición o en funciones determinadas, al ser más versátiles y estar dotadas con unas prestaciones mejor adaptadas a la navegación en aguas continentales. Pero, realmente, ¿en qué eran mejores las canoas monóxilas a los bergantines castellanos? Las fuentes documentales son parcas en este asunto, aunque se han cotejado las limitaciones que subrayan en las naves propias con las funciones para las que mencionan haber empleado las ajenas. Además, a partir del trabajo de campo hemos podido también responder a preguntas históricas mediante el empleo de fuentes materiales y etnográficas.

En este sentido, a través de un intenso trabajo de campo en ambas cuencas fluviales ha sido posible localizar canoas monóxilas que permiten ratificar una continuidad conceptual de tradición indígena tanto en ejemplares en uso como en conservados, sobre los que acometer un análisis exhaustivo y valorar sus cualidades náuticas. Atendiendo a los elementos de referencia⁴⁰, son superiores tanto en la faceta general denominada movimiento (en este caso se traduce como maniobrabilidad, hidrodinámica y fondo plano) y en resistencia estructural. En lo relativo a la navegabilidad, su fondo plano permite su tránsito por aguas muy someras, al mismo tiempo que su morfología es la apropiada para pasos angostos, proporcionando además una hidrodinámica ideal que ofrece muy poca resistencia al enfrentarse a corrientes fuertes.

³⁹ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, pp. 29 y 39.

⁴⁰ Moyano, *Mucho más que barcos...*, p. 54.

Por su parte, su condición monóxila y ausencia de juntas ofrece mayor resistencia estructural en plausibles golpes con bajos, riberas cortantes y varadas complicadas, además de permitir un arrastre o traslado por terrenos secos y abruptos. Son escasas las canoas monóxilas registradas con daños que pudieran poner en riesgo su viabilidad. El plan y los extremos son las partes que sufren mayor desgaste y agrietado; si el uso es prolongado se pueden llegar a generar daños que deban ser remendados. Sin embargo, en el contexto de descubrimiento y conquista que estamos analizando en el siglo XVI, se buscaban alternativas que permitieran solucionar problemas a corto plazo y en tanto que superaban coyunturas concretas, por lo que los problemas de agrietado y desgaste a largo plazo no hubieron de constituir una preocupación primordial.

En definitiva, la constatación de la superioridad de las canoas indígenas sobre los bergantines en determinados momentos y funciones de las expediciones castellanas sitúa sobre la mesa la necesidad de evaluar las tipologías náuticas de forma integral y en su contexto geográfico y temporal. Comprobamos que en cuestiones náuticas no se deben aplicar lógicas evolucionistas, en tanto que unas embarcaciones no son mejores que otras *per se*, por su procedencia o aparente complejidad, sino que serán superiores a otras aquellas embarcaciones que mejor se adapten al contexto en el que se desempeñan o que mejor respondan a los cometidos para los que fueron concebidas.

7.3. La génesis de la construcción naval criolla y mestiza en América

Las experiencias previas ayudaban a tomar decisiones preventivas que minimizaran los problemas con los que pensaban enfrentarse río arriba. Inicialmente, dicha adaptación significó aplicar una serie de modificaciones relacionadas con el peso, el calado y la propulsión en naves peninsulares o criollas destinadas a la expedición. Sin embargo, una vez la vía propia fue agotada, vieron el valor funcional que las canoas indígenas podían ofrecer, asumiéndolas e incorporándolas a su fuerza y a su planificación de avance. No obstante, el devenir de estas abruptas expediciones acabó exigiendo la construcción no solo criolla, sino mestiza, que implicara modificaciones morfológicas en la concepción de embarcaciones propias que hubieron de construir sobre el terreno.

En el presente apartado se aborda la información documental relativa a la construcción criolla en ambos casos, es decir, la construcción de naves de tradición ibérica en Indias. Sigue lo que se puede entender, junto a las experiencias duales con las canoas indígenas, como los primeros pasos de mestizaje tecnológico en materia náutica. Es decir, la modificación de concepciones constructivas propias y la implementación de elementos indígenas, así como la incorporación de elementos castellanos en concepciones y procesos constructivos indígenas. Asimismo, ante las preguntas que ambos tipos de construcción naval suscitan en lo relativo a quiénes los construían, cómo y con qué materia prima y herramientas, se desarrolla como cierre un subapartado centrado en las dificultades de los carpinteros de ribera en las huestes de Indias.

La prístina construcción naval sobre el terreno

La necesidad de obtener los bienes que los lenguas ubicaban río arriba estimuló una voluntad reiterativa en lo que a superar las aguas de estos grandes cursos fluviales se refiere. Si nos centramos primero en la construcción naval criolla, debemos retrotraernos de nuevo a las tentativas de remontaje del río Magdalena desde la fundación de Santa Marta y a las expediciones que precedieron a la fundación de Buenos Aires.

Por un lado, las fuentes documentales confirman la construcción de embarcaciones en Santa Marta. Allí, una vez es hallada la forma combinada de remontaje en 1531⁴¹, el gobernador García de Lerma mandó construir embarcaciones entre 1532 y 1534⁴²; una orden repetida por su sucesor Fernández de Lugo⁴³. Por su parte, en el río Paraná Diego García de Moguer construyó “vn vгатin que llevuamos empieças”⁴⁴. También Sebastián Caboto se planteó “hacer media

⁴¹ *Relación de la expedición de Pedro García de Lerma*, 19 de abril de 1531, AGI, Patronato, 197, R. 9.

⁴² *Carta de García de Lerma a Carlos V*, Santa Marta, 9 de septiembre de 1532, AGI, Santa Fe, 49, R. 1, N. 4 y *Cartas de gobernadores*, Cartagena, 1 de agosto de 1534, AGI, Santa Fe, 49, R. 1, N. 5.

⁴³ Aguado, *Recopilación historial...*, pp. 77 y 82.

⁴⁴ García, *Relación y derrotero...*, f. 3v.

docena de bergantines y tornar todos juntos a subir por el dicho río”⁴⁵. Ambos testimonios confirman esta construcción naval criolla, lo que constituye la vez primera en que naves castellanas eran construidas en el Paraná.

Es decir, las huestes fluviales de 1536 contaron con construcción criolla en sendas bases de partida, pues tras la toma de posesión de Fernández de Lugo en Santa Marta, fueron construidas naves para la primera tanda que acompañaría a Jiménez de Quesada en su ascenso, fundamentalmente “bergantines que se labraron en la costa para entrar en el río grande”⁴⁶. Ratifican este dato documentos manuscritos coetáneos, puesto que algunos oficiales que denuncian el proceder de Lugo confirmaron en carta a Carlos V que este “hizo hacer los bergantines”⁴⁷. Asimismo, acontecida la tragedia que llevó al naufragio a buena parte de la flotilla, se solicitó a Lugo que “con toda brevedad mandase hacer bergantines ó barcas”⁴⁸. En este punto, la forma titubeante de denominar las embarcaciones como “bergantines o barcas” ya empieza a indicar una posible indefinición derivada de cambios morfológicos de consideración o de una construcción naval sobre el terreno un tanto sui generis. En esta línea, también desde la base de partida bonaerense se mandaron construir embarcaciones criollas durante los preparativos de Pedro de Mendoza, al indicar Ulrico Schmidl que partieron “una vez construidas y preparadas las siete embarcaciones”⁴⁹.

No obstante, una vez iniciados los remontajes en sendos ríos, las huestes fluviales irían paulatinamente entendiendo las limitaciones que presentaban las naves propias, al tiempo que necesitarían el remplazo de las perdidas, el aumento de la flotilla para nuevos objetivos o la construcción de otras para poder desandar el camino y regresar. Es en este punto, si no se había producido antes con las naves criollas, cuando entendemos que se inicia una construcción mestiza, coyuntural, pero mestiza en tanto que convenciones de la tradición constructiva propia serían modificadas, bien por concepciones indígenas o bien por los propios condicionante naturales y materiales impuestos por la coyuntura, a fin de generar embarcaciones que pudieran responder mejor a las exigencias de los ríos.

⁴⁵ Ramírez, *Carta...*, f. 121v.

⁴⁶ Fernández de Piedrahita, *Historia general...*, p. 102.

⁴⁷ Relación de cosas nuevas, Santa Fe, 24 de diciembre de 1544, AGI, Santa Fe, 70, N. 7.

⁴⁸ Aguado, *Recopilación historial...*, p. 82.

⁴⁹ Schmidl, *Relato de la conquista...*, p. 34.

En ese sentido, en la cuenca del Plata son construidas un gran número de embarcaciones durante los avances de Pedro de Mendoza y Juan de Ayolas. El segundo hizo “construir ocho bergantines y botes”⁵⁰ sobre los que no se dispone de suficiente información como para evaluar su condición. Ya está presente esa cierta ambigüedad en la denominación de esos botes, que pudieran ya contar con modificaciones morfológicas de cierta profundidad. Sin embargo, en el caso del Magdalena encontramos soluciones constructivas que ilustran perfectamente la asunción de elementos indígenas, pues “si no cabemos en los bergantines / otras ayudas hay que no son falsas [...] Y son que podrán ir hasta rocines / haciendo de canoas buenas balsas”⁵¹. De este modo sucedió también en la cuenca del Plata durante el avance de la hueste de socorro capitaneada por Cabeza de Vaca, quien “viéndose en el Paraná con 30 enfermos, e imposibilitado de continuar por tierra, formó balsas con las canoas apareándolas de dos en dos, y atravesando encima zarzos de cañas y palos”⁵².

No obstante, es el regreso de Jiménez de Quesada el episodio más significativo en lo que a construcción naval sobre el terreno se refiere, pues durante el remontaje comprobaron que los bergantines eran incapaces de superar determinados tramos, así que ordenaron su regreso en La Tora y continuar con la hueste por tierra subiendo la sierra del Opón⁵³. En consecuencia, se analiza a través de la documentación qué modificaciones se aplicaron en las naves construidas para el regreso de Quesada, principalmente aquellas relacionadas con reducir el peso y el calado de forma muy significativa, para acercar la versatilidad de estas a las canoas indígenas que le auxiliaron en la subida⁵⁴.

En este punto, nos preguntamos cómo fueron esas embarcaciones mandadas construir por Quesada en Gataquí, pues a la llegada de los otros dos conquistadores coincidentes en las altiplanicies (Belalcázar y Federmann) se estaban “haciendo aparejos para hacer barcos para venir por el río grande”, como reza el acta

⁵⁰ Botes o bateles según traducción. *Ibidem*, p. 36.

⁵¹ Castellanos, *Elegías...*, p. 444.

⁵² Azara, *Descripción e historia...*, p. 276.

⁵³ Jiménez de Quesada, *Extracto del epitome...*, f. 4r.

⁵⁴ Aguado, *Recopilación historial...*, pp. 52, 87 y 107.

jurada en Cartagena ante el licenciado Santa Cruz el 2 de julio de 1539⁵⁵, pues había ordenado a su hermano “hazer bergantines en el rio grande”⁵⁶. Dada la desconfianza generada por este contubernio casual de capitanes con intereses contrapuestos, se impuso la decisión de Jiménez de Quesada, quien les requirió “que se embarcasen en los bergantines”, descendieran el río y tomaran barco para la Península con intención de presentar a Carlos V la disputa y resolver derechos superpuestos⁵⁷. Aguado ratifica esta situación y confirma que “se embarcaron los tres Generales en dos bergantines que se habían hecho”⁵⁸. Estas referencias sencillas, y por momentos ambiguas, desvelan más en sus omisiones que en sus alusiones, dado que invitan a pensar que su morfología estaba alejada de las convenciones acostumbradas. Esta lógica relativa a la indefinición de tipologías mestizas, más cercanas a la escrupulosa funcionalidad que a la perfección de sus formas, puede explicar el errático desempeño del escribano, quien se refiere a las naves en las que descendieron el río como “dos embarquimientos”, pero termina tachando semejante “vocablo” y remplazándolo por “bergantines”⁵⁹.

Si a nivel terminológico no podemos conocer detalles sobre estas naves, se hace necesario acudir a las fuentes con nuevas preguntas relativas a la derrota que siguieron y los escollos de la navegación que hubieron de superar. Todo apunta a su construcción en Guataquisito, punto de confluencia entre los ríos Magdalena y Bogotá, descendiendo hasta los raudales o saltos de Honda, es decir, por encima del punto que más tarde se significaría como el final de la ruta navegable⁶⁰. En el testimonio del propio Federmann, confirma que el descenso se realizó sin incidentes, subrayando que “en el medio hay un raudal y quebra-

⁵⁵ *Actas hechas en Cartagena ante el licenciado Santa Cruz*, Cartagena, 2 de julio de 1539, AGI, Patronato, 27, f. 12r.

⁵⁶ Jiménez de Quesada, *Extracto del epitome...*, f. 6r.

⁵⁷ Jiménez de Quesada, *Epítome...*, f. 6v.

⁵⁸ Aguado, *Recopilación historial...*, p. 196.

⁵⁹ *Actas hechas en Cartagena ante el licenciado Santa Cruz*, Cartagena, 2 de julio de 1539. AGI, Patronato, 27.

⁶⁰ Diana Carolina Ardila Luna y María Fernanda Martínez Polanco, “Las pesquerías coloniales en honda”, *Maguaré*, 19, 2005, pp. 189-190.

da del río como escalón, que es muy peligroso”⁶¹. Esta circunstancia la refiere también el cronista tardío Pedro Simón, quien afirmó que al llegar a este punto tuvieron que descargarlo y “lo pasaron vacío cuatro soldados que iban dentro, buenos nadadores”, para después cargar de nuevo la mercancía y las personas⁶². Son testimonios confusos que no dejan claro si se refieren al salto de Honda o a La Tora, punto crítico que en el ascenso ya supuso el final del avance por agua, o que procedieron del mismo modo en ambos lugares. No obstante, lo interesante es la información funcional que aportan y su relación con la potencial morfología; es decir, implícitamente la superación de los saltos nos habla de asunciones inmateriales y asunciones conceptuales adaptadas a las condiciones del río. Por un lado, pasar vacías las embarcaciones en los “escalones” fluviales constituye una práctica indígena habitual en todos los contextos analizados, incluso referido por Cabeza de Vaca en Iguazú⁶³. A esto se añaden las evidentes modificaciones morfológicas necesariamente acometidas en materia de ligereza, calado y fondo plano. Ya fuera sacando las naves del agua o pasándolas con el mínimo peso posible, se trató de embarcaciones mucho más ligeras y concebidas con fondo plano y no con quilla. Se podían entonces evitar roces, golpes y vías de agua en los tramos más someros y rápidos del río y reducir los riesgos tanto para los principales que en ellas iban como para el preciado cargamento que a la corte debían hacer llegar, fundamentalmente el oro “que en toda la Provincia del Nuevo Reino se había habido”⁶⁴.

En suma, los testimonios coetáneos y tardíos del descenso de los tres conquistadores en embarcaciones construidas exprofeso nos revelan tanto la necesidad de una rápida adaptación que posibilitara mantener una cierta movilidad en un terreno desconocido y abrupto, como la necesaria presencia de carpinteros de ribera en las huestes fluviales. Esta imprescindible presencia de un oficio tan longevo como la carpintería de ribera abrió un horizonte lleno de preguntas para la investigación en todo lo relativo a su incorporación a las huestes, pues en los barcos es materia confirmada, pero no así su supervivencia en la guerra, la pre-

⁶¹ *Actas hechas en Cartagena ante el licenciado Santa Cruz*, Cartagena, 2 de julio de 1539, AGI, Patronato, 27.

⁶² Simón, *Noticias históricas...*, p. 266.

⁶³ Cabeza de Vaca, *Comentarios*, Buenos Aires: Editorial Losada, 2008 [1555], cap. XI.

⁶⁴ Aguado, *Recopilación histórica...*, p. 196.

cariedad sufrida en empresas de este calibre, y la versatilidad de su conocimiento práctico en un terreno nuevo y desconocido al otro lado del Atlántico.

El desempeño del carpintero de ribera en las huestes fluviales

La investigación aborda aquí un aspecto tan poco conocido como fundamental en las huestes de conquista, que tiene que ver con el conocimiento práctico de aquellos artesanos que acompañaron a las armas en la mayor parte de las experiencias indianas y los problemas derivados, así como su importancia o valor logístico. Desde las primeras décadas del siglo XVI era habitual encontrar a bordo de las naves que cruzaban el Atlántico artesanos de los oficios relacionados con la construcción naval⁶⁵. Asimismo, estos terminaban ocupando un papel fundamental en el propio avance de la hueste de conquista, dado que fue muy habitual encontrarse con coyunturas en las que se requería la construcción, reparación, carenado, calafateado o, incluso, despiece de embarcaciones. La toma de Tenochtitlan por Hernán Cortés en 1521 constituye el caso más conocido de construcción de bergantines sobre el terreno⁶⁶. Los carpinteros y carpinteros de ribera formaban parte de la gente de servicio junto a fragüeros, herreros y espaderos, entre otros oficios sumamente necesarios⁶⁷. Detectamos su presencia en la documentación por dos vías diferenciadas, tanto por menciones directas en documentación de archivo como en la *Relación de la gente que va en compañía de García de Lerma, gobernador de la provincia de Santa Marta*⁶⁸. Además, en las experiencias posteriores en el Paraná se aseguran de llevar “carpintero y calafate”⁶⁹; asimismo, contamos con la descripción de su labor en numerosas ocasiones. Los problemas y virtudes que esta labor halla en Indias resultan una de las principales preocupaciones de la mirada transdisciplinar de la investigación.

⁶⁵ Pablo Emilio Pérez-Mallaína, “Los hombres en las rutas oceánicas hispanas en el siglo XVI”, *Actas de las Jornadas de Historia sobre el Descubrimiento de América*, Universidad Internacional de Andalucía 2015, p. 22.

⁶⁶ Aguilar, *Relación breve...*, p. 95.

⁶⁷ Gómez y Marchena, “Señores de la guerra...”, p. 171.

⁶⁸ *Relación de la gente que va en compañía de García de Lerma, gobernador de la provincia de Santa Marta*, 8 de octubre de 1528, AGI, Contratación, 5536, L. 2, f. 115.

⁶⁹ *Parecer de Francisco Ortiz de Zárate Vergara*, 1573, AGI, Patronato, 29, R. 29, f. 2r.

La carpintería de ribera en el siglo XVI

El oficio de carpintero de ribera durante el siglo XVI estaba basado en un saber artesanal y no reglado, que se transmitía de forma oral a través de la dinámica maestro-aprendiz. Hasta el siglo XVII no se dan los primeros pasos para un proceso de sistematización en la formación de los carpinteros⁷⁰. Es cierto que como gremio ya estaba constituido en la península ibérica desde la Baja Edad Media⁷¹, fundamentalmente en los astilleros de la costa del Mar Cantábrico y en la costa catalana del Mar Mediterráneo, donde eran llamados *mestres d'aixa* (también en castellano se empleaba maestros de aja). No se pueden tampoco olvidar los astilleros de la costa atlántica donde, desde el primer tercio del siglo XV, se experimenta una proyección oceánica que enseguida potenció un desarrollo de la construcción naval muy considerable⁷².

Ya para las primeras décadas del siglo XVI resulta muy llamativa la presencia de carpinteros de ribera que, desde la finalización de la conquista del archipiélago canario, desarrollaron una labor muy significativa⁷³. Se trata de una circunstancia interesante si tenemos en cuenta la abundancia de personas procedentes de Canarias (naturales o no), que acompañaron al adelantado Fernández de Lugo en su llegada a Santa Marta en 1535⁷⁴. De este modo, se abriría una vía de trabajo en que se pueda relacionar determinadas características de la

⁷⁰ Marcel Pujol i Hamelink e Iñaki Moreno Expósito, “La construcción y reparación de galeras en las Drassanes de Barcelona (siglos XIII-XVIII)”, en *Arqueología subacuática española: Actas del I Congreso de Arqueología Náutica y Subacuática Española*, Cartagena, 14, 15 y 16 de marzo de 2013, Cádiz, Editorial UCA, 2014, p. 541.

⁷¹ Natalia Silva López, “Carpinteros de ribera, maestros de azuela y calafates: del arte y la técnica a la ciencia. La Arquitectura Naval ilustrada en el Marqués de la Victoria”, *Cuadernos del Instituto de Historia de la Lengua*, 12, 2019, p. 159.

⁷² Jorge Aguilera López, “Riberas enfrentadas: Catalanes y genoveses, maestros mayores de las Atarazanas Reales de Barcelona (1558-1599)”, en Cristina Borreguero Beltrán *et al.* (eds.), *A la sombra de las catedrales: Cultura, poder y guerra en la Edad Moderna*, Burgos, Universidad de Burgos, 2021, p. 1823.

⁷³ Manuel Lobo Cabrera, “Construcciones y reparaciones navales en Canarias en los siglos XVI y XVII”, *Anuario de Estudios Atlánticos*, 31, 1985, p. 349.

⁷⁴ *Capitulación con Pedro Fernández de Lugo*, Madrid, 22 de enero de 1535, AGI, Indiferente, 415, L. 1, ff. 51r-57r.

carpintería de ribera practicada en el río Magdalena con la carpintería de ribera con experiencia o desarrollo en Canarias. Por añadidura, en el archipiélago se especializaban entonces en la construcción de unas barquetas menores con fines pesqueros, de morfología semejante a las chalupas cántabras, ligeras y de propulsión mixta, combinando uno o dos palos y ocho remeros por banda⁷⁵. Recuerda mucho a las embarcaciones descritas en el desarrollo de la exploración del río Magdalena o, al menos, encaja a la perfección con las exigencias náuticas en el caso Quesada-Magdalena. En los casos de la cuenca del Plata, son muy escasas las alusiones directas a carpinteros, pero muy abundantes las menciones indirectas de su presencia, pues se relatan procesos de reparación y construcción de embarcaciones. Tanto Pedro de Mendoza como aquellos que le siguieron⁷⁶, incluso Cabeza de Vaca, utilizan a los carpinteros para fines propios de ocultación, pues “decían los carpinteros que habían puesto aquello allí para fortificar el bergantín, y venía tan secreto, que todo el mundo no lo podía alcanzar a saber”⁷⁷.

Sin embargo, al margen de la procedencia o experiencia previa de los carpinteros que pudieron acompañar a una u otra hueste, estos hubieron de enfrentarse a un entorno completamente nuevo, diferentes maderas, limitadas herramientas, insuficiente equipo humano y un apremio derivado de una dinámica de avance, guerra y supervivencia de altísima intensidad. En consecuencia, nos centramos aquí en analizar los episodios de construcción naval acaecidos sobre el terreno, así como los problemas y las soluciones que pudieron concitarse en la práctica de un oficio muy relevante en el desarrollo de las empresas de descubrimiento y conquista analizadas.

Problemas y soluciones de la práctica carpintera en Indias

Cuando se refieren problemas y soluciones relacionadas con la práctica de la carpintería de ribera, se trata fundamentalmente de todo aquello relacionado con la experiencia, la materia prima y las herramientas; es decir, con la presencia o no de maestros carpinteros sobre el terreno, las dificultades o virtudes de las ma-

⁷⁵ Lobo, “Construcciones...”, p. 349.

⁷⁶ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, pp. 8 y 26.

⁷⁷ Cabeza de Vaca, *Comentarios...*, p. 91.

deras nuevas a disposición o el hierro necesario para la clavazón y, por último, la disposición de herramientas necesarias en las coyunturas de precariedad propia de las huestes estudiadas.

La presencia de la experiencia y técnica artesanal

Ante preguntas relacionadas con la presencia o no de maestros carpinteros en huestes tan diezmadas en los primeros tramos de avance como las de Quesada y Mendoza, es tan necesario sondear la presencia de carpinteros como conocer a través de la etnografía en qué consiste el proceso de aprendizaje de un carpintero de ribera, cuántos carpinteros se requieren para elaborar este tipo de embarcaciones y de cuántos dispusieron en los contextos analizados. Recordando lo desarrollado sobre el funcionamiento de un taller de carpintería y su dinámica, cada maestro enseñaba y coordinaba a oficiales y aprendices en cada proceso constructivo⁷⁸. Aquí podemos hacer un pequeño inciso para aportar parte del trabajo etnográfico con carpinteros de ribera del norte peninsular realizado en mayo de 2022⁷⁹. Durante las diecisiete jornadas de convivencia, observación participante y registro etnográfico, las líneas principales de atención y reflexión fueron la transmisión del conocimiento, el nivel técnico de los aprendices y la velocidad de aprendizaje, en aras de lograr una aproximación al funcionamiento práctico de estas dinámicas. En todos los casos se detectaba cómo el maestro posee un conocimiento holístico del proceso y coordina el trabajo de aprendices y oficiales, pues estos desarrollan pequeñas acciones repetitivas en determinadas parcelas del proceso constructivo sin necesidad de grandes conocimientos conceptuales sobre el conjunto de la nave⁸⁰. Asimismo, fruto de la observación participante fue posible verificar que con la adecuada orientación es posible adquirir relativamente rápidos conocimientos básicos relevantes que cada uno aplica en una parte del todo. Esta circunstancia puede explicar la versatilidad del oficio, en tanto que, si una hueste necesita la construcción de una embarcación

⁷⁸ Lourdes Odriozola Oyarbide, “La construcción naval en Gipuzkoa. Siglos XVI-XVIII”, *Itsas Memoria. Revista de Estudios Marítimos del País Vasco* 2, 1998, p. 111.

⁷⁹ Diecisiete días de observación participante en los Astilleros Albaola. Pasaia, País Vasco (España). En Nieva Sanz, “Etnografía y carpintería de ribera...”, pp. 77-102.

⁸⁰ Testimonio de Daniel Constain García (maestro carpintero) en Albaola, 12/05/2022.

en una coyuntura complicada y con escasez de carpinteros de ribera, la presencia de un maestro orquestando a aprendices, otros artesanos o parte del común de la hueste, hace verosímil finalizar la propuesta mayor que el maestro carpintero se propone. Asimismo, fruto de la experiencia etnográfica se reflexiona también sobre la importancia de tener en cuenta la perspectiva temporal, es decir, situarse en las lógicas de un periodo preindustrial en el que la mayor parte de la población está habituada a trabajos manuales de forma cotidiana, donde se comparte un conocimiento práctico generalizado en lo relativo al manejo de herramientas, especialmente en el ámbito rural o en áreas circundantes a los principales puertos, poblaciones que como sabemos componían habitualmente las huestes en las décadas analizadas⁸¹.

En este sentido, en lo relativo a los procesos de construcción coyuntural queda clara la necesidad de contar, al menos, con uno o varios maestros carpinteros que pudieran coordinar sobre el terreno a otros artesanos⁸², carpinteros de ribera o carpinteros comunes y ebanistas que viajaran para otros cometidos como los referidos en el contexto Magdalena por García de Lerma⁸³. También casos de altísima mortalidad como la fase fluvial de la expedición capitaneada por Jiménez de Quesada⁸⁴ ganan verosimilitud a partir de los testimonio y reflexiones suscitadas, pues en huestes sumamente diezmadas podrían desarrollarse procesos de construcción con la oportuna dirección de cuadrillas más o menos inexpertas, compuestas por aprendices, hombres de la huestes con cierta experiencia artesanal o, incluso, mediante el aprovechamiento del saber y mano de obra indígena con la conveniente dirección, como sucediera en el caso mesoamericano relatado por Bernal Díaz del Castillo⁸⁵. Desde las primeras experiencias recogidas en los documentos se deduce cómo estas construcciones se realizaban de forma grupal involucrando a buena parte de la hueste. García de Moguer es explícito al contar

⁸¹ Gómez y Marchena, “Señores de la guerra...”, p. 161.

⁸² Los maestros carpinteros eran habituales en los viajes ultramarinos y las huestes de conquista, como Martín López y Andrés Núñez en la hueste de Hernán Cortés, según refiere Díaz del Castillo, *Historia Verdadera...*, p. 322.

⁸³ *Relación de la gente que va en compañía de García de Lerma*, gobernador de la provincia de Santa Marta, 8 de octubre de 1528, AGI, Contratación, 5536, L. 2, f. 115.

⁸⁴ Jiménez de Quesada, *Epítome...*

⁸⁵ Díaz del Castillo, *Historia Verdadera...*, p. 322.

en primera persona del plural cómo pusieron con “vn vgin q llevuamos em-
piegas ... e empeçamoslo a hazer”⁸⁶ En cambio, Schmidl ofrece un testimonio
implícito o deducido por la entidad de la operación al decir que partieron “una
vez construidas y preparadas las siete embarcaciones”⁸⁷, un número muy elevado
y que necesariamente implicó de la coordinación de un también elevado número
de personas.

En suma, los testimonios etnográficos coinciden en que, ante una coyuntura
especial como la descrita, es perfectamente plausible terminar la construcción
de una embarcación que fuera funcional, con la experiencia de un maestro car-
pintero, herramientas básicas y uno o dos artesanos con conocimiento avanzado
o principiante, como medida básica. Sería mayor el tiempo y el personal para la
construcción de la tipología ambigua que las fuentes refieren como bergantines⁸⁸.
A este respecto, entre todas las referencias a esta construcción naval coyuntural
recogidas en las expediciones de ambas cuencas durante la primera mitad del
siglo XVI, la más clara en tiempos podría ser la de García de Moguer, quien
dice que el bergantín con que navegó el Paraná arriba fue “hecho en termino de
quinze días”⁸⁹. Se ratifica la verosimilitud de este tiempo sin duda por los carpin-
teros de ribera actuales, más habida cuenta de que serían embarcaciones lejanas
a convenciones morfológicas y estéticas, pero sí funcionales.

La necesidad o no de instrumental y herramientas específicas

Además del conocimiento práctico de los maestros carpinteros y el resto
de los artesanos coordinados por estos, se sitúa sobre la mesa otra pregunta re-
currente de la construcción naval en coyunturas tan especiales como el avance
de conquista, y tiene que ver con la parte relativa a las herramientas y/o instru-
mentos necesarios para desarrollarla. La panoplia de herramientas que pudimos
registrar durante el trabajo de campo no difiere en exceso de la común en carpin-

⁸⁶ *Relación y derrotero de Diego García: La Coruña-río Paraná*, 1530, AGI, Patronato, 44, R. 2, f. 3v.

⁸⁷ Schmidl, *Relatos de la conquista...*, p. 34.

⁸⁸ Testimonio de Daniel Constain García (maestro carpintero) en Albaola, 10/05/2022.

⁸⁹ *Relación y derrotero de Diego García: La Coruña-río Paraná*, 1530, AGI, Patronato, 44, R. 2, f. 4r.

tería de ribera de otras regiones de la Península: escuadra, lápiz de carpintero, formón, falsa escuadra, azuela, martillo de madera, hacha, cepillo de carpintero, sargentas y serrucho⁹⁰. Lo que sí puede diferir y debe tenerse en cuenta es el material en que las dichas herramientas eran fabricadas; es decir, herramientas como cepillo de carpintero, las sargentas o las escuadras hoy hechas mayoritariamente en metal u otros materiales sintéticos, en época moderna eran confeccionadas en madera⁹¹.

De este modo, nuevamente el registro etnográfico permite aproximarnos a respuestas factibles para preguntas históricas sobre la embrionaria construcción naval criolla, durante el desarrollo de huestes conquista en el siglo XVI. Por un lado, es importante mencionar lo relativo al instrumental; es decir, el uso por parte de maestros carpinteros del llamado juego de gálibos o gálibo de cuaderna maestra como referencia⁹². Su tenencia quizá se complica cuando se trata de construcciones lejos de las bases de partida o tras un desarrollo muy adverso de la hueste. En este sentido, ante las jornadas de conversaciones y reflexiones con carpinteros de ribera, queda claro que las proporciones funcionales las tiene el maestro experimentado en la cabeza. Es capaz de estimar la pérdida de horizontalidad de las varengas y la reducción de manga del plan sin necesidad de instrumental, más aún cuando no se trataba de lograr tipologías concretas ni formas perfectas, sino soluciones prácticas a problemas coyunturales, lo que aleja de la condición de indispensable el juego de gálibos⁹³.

⁹⁰ Joaquín López, Félix Moreno y Juan Carlos Mejías, *Libreta de notas de un Carpintero de Ribera. Un oficio y una vida en el Cabanyal*, Valencia, Editorial Alfa Delta Digital, 2014, p. 60.

⁹¹ José Peraza, “La evolución de la tecnología en la carpintería”, *Boletín de información técnica [de] AITIM* 206, 2000, pp. 39-48.

⁹² Gálibo es “tabula in qua navium rationes referuntur”. Se trata de una plantilla o forma para su uso como referencia en un proceso de construcción naval. *Diccionario de Autoridades*, tomo IV, 1734 (consultado 17/11/2022). Para el uso contemporáneo de plantillas o gálibos véase J. García, *La carpintería de ribera en Galicia (1940-2000)*, Coruña, Universidad de la Coruña, Servicio de Publicación, 2001, p. 83.

⁹³ Esta reflexión es coincidente tanto en el largo trabajo con los maestros carpinteros del Cantábrico en Pasaia, como en el caso del carpintero mediterráneo de astilleros Nereo, en Pasaia y en Málaga, respectivamente, durante los trabajos de campo del año 2022.

En lo relativo a las herramientas, pese a procurar asegurarse durante la preparación logística de “llevar todas las herramientas necesarias [...] para hacer canoas donde fuera menester”⁹⁴, en los casos estudiados es poco probable el mantenimiento del instrumental y la panoplia de herramientas de carpintero al completo. Contra ello concurrían la precariedad del avance, el número de naves perdidas, el alto grado de accidentalidad -como el caso referido por Ramírez en canoa⁹⁵- y la disminución notable de la hueste antes de iniciar buena parte de estos procesos de construcción⁹⁶. Es decir, ¿con qué herramientas pudieron contar a la hora de acometer este tipo de construcciones navales?

En este sentido, pese a los testimonios coincidentes en la necesidad de herramientas básicas para procesos modestos y funcionales, por básicas que estas fueran debían disponer de ellas en las situaciones relatadas en las crónicas. La respuesta a esta pregunta se halla en el trabajo de la materia prima con la que se elaboran y el conocimiento carpintero para hacerlo. Es decir, más allá de haber mantenido o no herramientas tan importantes como estas, podían confeccionarse todas aquellas herramientas elaboradas en madera a partir de las herramientas metálicas. Por un lado, sabemos de la presencia de hachas y azuelas, especialmente en los casos mencionados sobre huestes que llevaban gastadores o zapadores como la de Jiménez de Quesada⁹⁷. También era necesario un formón de carpintero, herramienta esencial para la elaboración precisa del resto, una suerte de escoplo de hierro utilizado para desbastar y dar forma a la madera con precisión, lo que da razón a su nombre⁹⁸. De este modo, el trabajo etnográfico con carpinteros y herreros permitió documentar la elaboración tradicional de un formón de carpintero en la fragua del astillero Albaola a partir del reciclaje de hierro⁹⁹.

⁹⁴ Bernardo de Vargas Machuca, *Milicia y descripción de las Indias*, Madrid, Casa de Pedro Madrigal, 1599, libro 2, f. 49v.

⁹⁵ Ramírez, *Carta...*, f. 119r.

⁹⁶ Aguado, *Recopilación historial...*, p. 90.

⁹⁷ *Ibidem*, p. 49.

⁹⁸ Referenciado en el *Diccionario de Autoridades*, tomo III, 1732 (consultado el 17/11/2022).

⁹⁹ Nieva Sanz, “Etnografía y carpintería de ribera...”, pp. 77-102.

En manos de un herrero con dilatada experiencia, el proceso tomó menos de una hora¹⁰⁰.

A partir de este registro etnográfico, se considera plausible que, teniendo en cuenta la presencia de herreros en la hueste de cara al herraje de los caballos y el armamento, ante la necesidad de un proceso de construcción naval en una de las situaciones referidas, podía activarse una cadena operativa para fabricar herramientas a partir del primer golpe de martillo y el reciclado de hierro, para lo que existe registro documental¹⁰¹. En suma, la elaboración de un formón por parte de un herrero posibilitaría la elaboración de toda la panoplia de herramientas de madera por parte del maestro carpintero que, junto a un hacha y/o una azulea, permitiría la construcción de embarcaciones. Asimismo, el resto de las herramientas metálicas, como la sierra o el serrucho y la barrena, son perfectamente prescindibles según la experiencia de los carpinteros, al poder ser remplazadas por las propias azuelas y el uso preciso del formón para lograr cierto tableado, así como taladros de arco o el hierro candente para perforación de madera. En embarcaciones menores no era habitual el uso de pernos férreos, sí de clavazón.

¹⁰⁰ Trabajo de campo en los astilleros Albaola, Pasaia, el 12 de mayo de 2022.

¹⁰¹ Aguado, *Recopilación historial...*, p. 227. Ante la pregunta directa sobre si un herrero especializado en espadas y cuchillos podía forjar clavos y pernos, la respuesta fue afirmativa. Testimonio de David Correa González (herrero) en la fragua de Albaola, 08/05/2022.

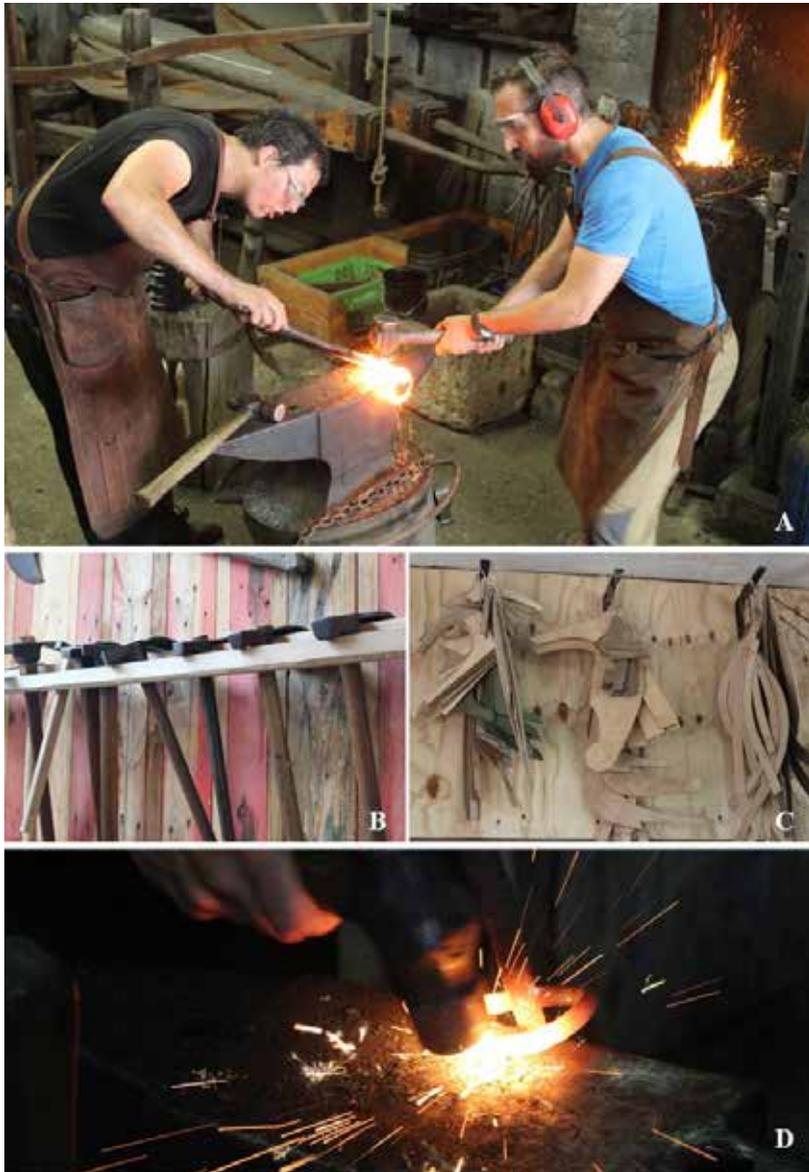


Figura 25. A) Observación participante en una fragua tradicional vinculada a la construcción de embarcaciones. B) Azuelas de carpintería de ribera C) Juegos de gálibos y plantillas. D) Soldadura a calda sobre el yunque. **Fuente:** fotografías del trabajo de campo desarrollado en el astillero tradicional de Pasaia (País Vasco, España), 2022.

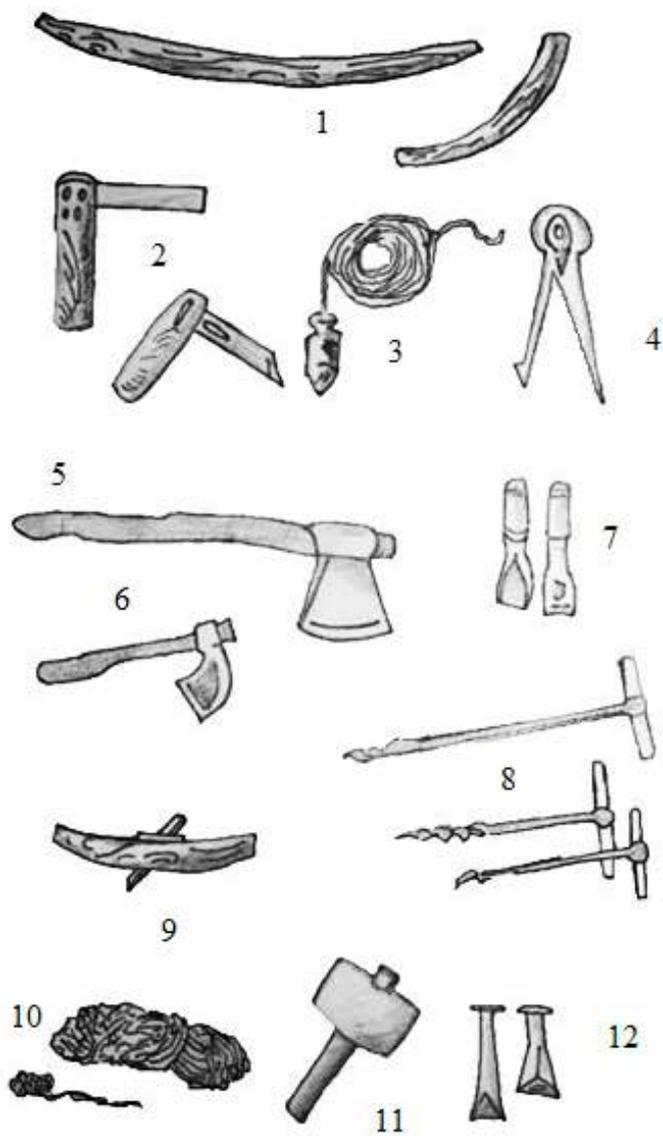


Figura 26. Herramientas de calafateo y carpintería de ribera: 1) Reglas y gálbos. 2) Escuadra y falsa escuadra. 3) Plomada. 4) Compás. 5) Hacha. 6) Azuela. 7) Formones. 8) Taladros manuales. 9) Cepillo de carpintero. 10) Estopa. 11) Maza. 12) Cinceles de calafatear. Fuente: composición elaborada para la investigación.

El conocimiento de la materia prima: madera y hierro

En la tradición o tradiciones constructivas en la península ibérica, las materias primas fundamentales para la construcción de embarcaciones son la madera y el hierro para pernería y clavazón, sin olvidar la estopa y la brea para el mencionado calafateado¹⁰². Esto último era de fácil remplazo con otro tipo de materiales circunstanciales. De este modo, siendo la madera y el hierro los dos principales elementos, el primero puede encontrarse en grandes cantidades en los nuevos territorios. Mientras, los yacimientos de mineral de hierro eran escasos en América del Sur y, lógicamente, se encontraba en forma bruta¹⁰³. Se requería un procesado o reducción de mineral desde su origen natural, que nos deja como única alternativa, sobre el terreno y en esa coyuntura, el reciclado de elementos metálicos llevados desde la Península.

De este modo, empezando por los elementos metálicos, volvemos a recurrir a la presencia estratégica de los herreros, pues en procesos de construcción tradicional estos eran los encargados de elaborar en la forja los clavos, los pernos y las arandelas y cuñas que los fijan, permitiendo la construcción compuesta de las naves¹⁰⁴. En este caso, también la labor etnográfica ha permitido documentar el proceso completo de forja tradicional de estos elementos metálicos, desde los primeros pasos hasta su colocación en la parte concreta de la embarcación. El caso observado también tiene que ver con la construcción de una nave del siglo XVI, en el que el trabajo de la fragua se realiza con la llamada soldadura a calda¹⁰⁵ (Ver fig. 25). No se usa soldador eléctrico ni de otra índole, como se hiciera

¹⁰² También los calafates son referidos en las expediciones fluviales del siglo XVI, como Ortiz de Zarate en el caso del Paraná en 1573, en *Carta de Francisco Ortiz de Zárate Vergara al licenciado Juan de Ovando*, AGI, Patronato, 29, R. 29, f. 2r.

¹⁰³ Ángel Ernesto García Abajo, “Estudio de la producción de hierro y acero de la Nueva España en la época colonial”, Tesis doctoral inédita, Universidad Autónoma de Madrid, 2022, p. 33.

¹⁰⁴ Sobre elementos metálicos de sujeción véase Sergio J. López y Nicolas C. Ciarlo, “Aproximación histórica a los elementos de sujeción metálicos empleados en la construcción naval española de los siglos XVII y XVIII”, *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 15(1), 2021, pp. 92-121.

¹⁰⁵ Se trata del método de unión más empleado en la forja tradicional, pues consiste en unir dos piezas de hierro logrando un resultado homogéneo sin añadir otros metales.

en el siglo XVI, permitiendo corroborar la viabilidad de este tipo de actividad en las condiciones precarias a las que debieron de encontrarse sobre el terreno. Como sucediera con las herramientas de carpintero, también las de herrero podían ser elaboradas sobre el terreno a partir de hierro reciclado, pues teniendo material, “se puede reutilizar siempre fundiendo o soldando a calda y forjando de nuevo”¹⁰⁶. Sus herramientas más significativas eran las mazas, martillones, martillos, tenazas, clavera, tajadora y, por supuesto, el yunque. El utillaje podía reducirse al mínimo en situaciones especiales, pues el testimonio del herrero tradicional es tajante en cuanto a que, si se conoce el comportamiento y manejo de los materiales, se puede afrontar un proceso de forja remplazando elementos y superficies de percusión con materiales naturales como cantos rodados, así como herramientas de otra condición que la hueste pudiera haber transportado¹⁰⁷.

En este sentido, como sucediera con el conocimiento práctico de los maestros carpinteros, también las herramientas del herrero, así como la clavazón y pernería tan importantes para la construcción de embarcaciones, podía fabricarse si se disponía de hierro que reciclar. Posiblemente, aquí hallamos una de las razones por las que en expediciones como la que persigue a Jiménez de Quesada en 1538 encabezada por Lebrón, ante un casi amotinamiento de la hueste opta por varar las naves y quemarlas, con la precaución de salvaguardar y esconder clavazón y herrajes, de cara a la construcción de naves que les permitieran regresar:

hizo sacar todos los bergantines á tierra, y para frustrar de todo punto los designios de los que pretendían volverse á Santa Marta, les pegó fuego y los quemó todos, y juntó toda la clavazón y herraje de ellos, y juntamente con los tiros de artillería que había llevado, los metió y escondió en una cueva ó caverna, y cubriéndolos con tierra los dejó allí¹⁰⁸.

Hasta aquí se ha visto que para lograr resultados funcionales que respondan a coyunturas especiales no es imprescindible una alta cualificación particular, pero sí una cualificación básica general, siempre que pudieran contar con uno o

¹⁰⁶ Testimonio de David Correa González (herrero) en la fragua de Albaola, 07/05/2022.

¹⁰⁷ *Ibidem*.

¹⁰⁸ Aguado, *Recopilación historial...*, p. 227.

dos maestros carpinteros para coordinar el trabajo. Del mismo modo, la falta de herramientas y gálibos no tenía por qué impedir un proceso constructivo cuya base conceptual era todavía atesorada de forma inmaterial por el artesano, pues este gozaba de un conocimiento más práctico que teórico y extraordinariamente acumulativo a lo largo de una vida de oficio.

Por tanto, llegado a este punto se antoja fundamental reflexionar sobre la problemática, real o intuita, respecto a la principal materia prima en la construcción naval de la época: la madera. El saber silvícola es una parte fundamental de aquellos artesanos que trabajan con madera, por lo que lejos de las especies arbóreas que habitualmente empleaban para la construcción de barcos en origen, cabe preguntarse si las especies presentes en los nuevos territorios supondrían un problema en este tipo de coyunturas experimentadas por las huestes, debido a su desconocimiento o propiedades. Si bien con el sucederse de los siglos los astilleros criollos como el de La Habana ganaron notable fama en siglo XVIII¹⁰⁹, en estos primeros momentos en América buena parte de lo que veían resultaba nuevo en formas, propiedades y comportamientos del material bajo la precisión del trabajo artesano.

En lo relativo a la materia prima, era fundamental la labor del fragüero o los fragüeros¹¹⁰, aquellos encargados de localizar y seleccionar arboles cuya madera estuviera dotada de unas prestaciones óptimas, en caso indiano, semejantes a las que los carpinteros acostumbraban a utilizar. Tanto en una cuenca como en la otra, las crónicas tardías confirman la frondosidad boyante de sus riberas. Tal es el caso del jesuita Antonio Julián, quien afirmó que “los primeros conquistadores fabricaron en la costa de Santa Marta bergantines y otros buques para sus empresas” y destacó precisamente “la abundancia estupenda de maderas exquisitas, que en ambas márgenes del Magdalena se crían”¹¹¹. En el caso del Cono Sur contamos con testimonios como el de Ruy Díaz Guzmán, quien destacó los “grandes bosques y

¹⁰⁹ Gaspar de Aranda, “Las maderas de Indias”, *Asclepio*, 45.1, 1993, p. 221.

¹¹⁰ Término cuyo registro más antiguo es de 1502, recogido en *Tesoro de los diccionarios históricos de la lengua española* (TDHLE), como leñador o aquel encargado en proveer madera.

¹¹¹ Destacando cedro, granadillo, nogal “amarillo” (¿guayacán amarillo?) y caobas. Julián, *La perla...*, p. 239.

arboledas sobre el mismo Paraná”¹¹². Asimismo, hay que subrayar nuevamente la importancia del marco de pensamiento de la época y comprobar cómo en el Antiguo Testamento hay contenida una máxima muy presente en la carpintería de ribera, entonces y ahora: en los prolegómenos del Diluvio, Noe recibe unas indicaciones muy clara respecto a que debía utilizar para la construcción de su arca “madera resinosa” (Gen., 6:14), lo que constituye un criterio claro e inserto en el imaginario artesanal a la hora de utilizar unas u otras maderas nuevas o desconocidas.

Dicho esto, el trabajo etnográfico con los maestros carpinteros del Cantábrico revela cómo, al contrario de lo que pudiera parecer, la disposición de grandes cantidades de árboles de distintas formas y tamaños, lejos de constituir un hándicap, pudo ser en cierta manera ventajoso. Es decir, por un lado, el sinfín de especies arbóreas era muy superior a las disponibles en una dinámica forestal deficitaria en la Península ya desde el siglo XVI¹¹³. Por otro, la abundancia de ejemplares multiformes permitía obtener formas naturales de una sola pieza que facilitarían el proceso constructivo. Además, esto contribuiría a completar trabajos con menos herramientas de las necesarias, con menor trabajo y, por ende, menor gasto energético. Por supuesto, en la Península se hacía una labor silvícola controlada que implicaba la plantación de árboles como el roble, el haya o el pino, y su crecimiento condicionado para obtener también esas formas curvas naturales. Sin embargo, dada su escasez en términos cuantitativos, la alternativa disposición de frondosos bosques de cedro, guachipeli, roble amarillo, palo de maría, mangle o canelo, en función de la región, era mucho más práctica que la tala controlada y bajo demanda que pudiera estar produciéndose en la Península¹¹⁴. Por ello no se llega a sugerir que el uso de nuevas maderas americanas representara una ventaja evidente, pero sí se cuestiona que constituyera un hándicap. En este sentido, la preocupación sobre el aprovisionamiento de madera se percibe en los documentos antes de la penetración en el río y ya no después, como es el caso de

¹¹² Ruy Díaz de Guzmán, *Argentina. Historia del descubrimiento y conquista del Río de la Plata*, Buenos Aires, UBA, 2012 [1612], p. 328.

¹¹³ Koldo Trápaga Monchet, “Las políticas forestales en los reinos de Castilla y Portugal (siglos XV-XVII)”, en Alessandra Dattero (eds.), *Il bosco: biodiversità, diritti e culture dal Medioevo al nostro tempo*, Roma, Viella, 2022, pp. 85-103.

¹¹⁴ Aranda, “Las maderas...”, pp. 219-220 y González, “Los barcos españoles...”, p. 93.

Luis Ramírez, quien refiere al llegar que se aseguraron la recolecta “de madera para hacer un batel”¹¹⁵.

Para cerrar esta problemática, es preciso recordar que, para un proceso de construcción naval de tradición o tradiciones peninsulares, en las denominadas arquitectura longitudinal (roda, quilla y codaste) y arquitectura transversal (varengas, cuadernas, genoles, etc.), se necesitan tanto formas rectas para baos, puntales, quilla y sobrequilla, como formas ligeramente curvas para la roda y el codaste, y formas curvas cerradas para los curvatonos y las varengas. Se obtienen de árboles cuyas formas naturales y betas posibiliten una extracción que garantice su pleno rendimiento y prestaciones.

La falta de estandarización y la relación tiempo-recursos

La reflexión conjunta de los aparentes problemas y soluciones que pudo haber enfrentado esta embrionaria construcción naval criolla propicia analizar cómo la aún notable falta de estandarización en el arte de elaborar embarcaciones en el siglo XVI pudo jugar un papel esencial en estas coyunturas especiales. Es decir, si bien se suele aludir a la falta de una arquitectura naval que siga estándares comunes e, incluso, procesos centralizados de construcción como los potenciados en el siglo XVIII¹¹⁶, la libertad, flexibilidad y hábito de resolución de problemas tan propio del saber artesanal no regulado pudo permitir un desenvolvimiento mucho más versátil. Lo contrario, habría supuesto la cerrazón de determinados conceptos y técnicas, que encorsetaran el juicio de aquellos cuya labor debería necesariamente adaptarse a las circunstancias.

En este sentido, esta ausencia de estandarización como factor favorecedor pudo ser registrada por parte de la presente investigación a lo largo de la observación participante en el proceso constructivo de una chalupa ballenera vasca del siglo XVI. En ella el diseño y preparación de las tablas de los paneles no se realizaba mediante un trabajo milimétrico, sino supeditado a las formas de las maderas disponibles y las necesarias para cada panel. Luego se adaptaba sobre la marcha el trabajo mediante el uso de una falsa escuadra, una escuadra y un

¹¹⁵ Ramírez, *Carta...*, f. 116r.

¹¹⁶ Martínez González, “La elaboración...”, p. 575.

lápiz de carpintero con las que medir el ángulo necesario para cada nueva incorporación. En embarcaciones de mayores necesidades puede resolverse debido a la abundancia de masa arbórea y formas naturales, junto al uso de plantillas sencillas elaboradas con simples listones de madera que permitieran desbastar una pieza bruta de madera siguiendo la medida marcada por la plantilla y adaptarla en cada caso a su necesidad¹¹⁷.

Por otro lado, es también preciso señalar que la falta de estandarización en los procesos constructivos conlleva necesariamente mayor tiempo y desperdicio de recursos. Es decir, la común dinámica de prueba y error exige mayor tiempo en medir, fabricar y presentar la pieza para corregir posibles diseños errados, que operaciones coordinadas y precisas. Asimismo, el uso de plantillas improvisadas y la adaptación sobre la marcha de cada traca implica un mayor desperdicio de madera por errores de cálculo que en procesos estandarizados en los que las piezas se fabrican todas iguales y numeradas para cada caso¹¹⁸. Sin embargo, la potencial abundancia de madera y acceso ilimitado en la mayor parte de contextos estudiados evita parte de esta problemática, aunque el tiempo sí fue un factor a tener en cuenta con mayor preocupación.

En resumen, a partir de la revisión y análisis de alusiones y datos relativos a la construcción naval durante el desarrollo de las huestes de conquista en los ríos Magdalena, Paraná y Paraguay, así como su cotejo con los datos obtenidos de carpinteros de ribera actuales mediante metodología etnográfica, ha sido posible reflexionar sobre la importancia del conocimiento y disponibilidad de la materia prima, el valor práctico del saber artesanal, la precariedad instrumental de un oficio estratégico y la incidencia de la ausencia de estandarización a la hora de elaborar embarcaciones coyunturales que cumplieran las exigencias funcionales que en cada momento imponía el medio natural.

¹¹⁷ Como se observa en la construcción de la nao San Juan durante el trabajo de campo en los astilleros Albaola de Pasaia. Mayo de 2022.

¹¹⁸ Como se observa en la construcción de la chalupa auxiliar de la nao San Juan durante el trabajo de campo en los astilleros Albaola de Pasaia. Mayo de 2022.

Influencias castellanas en la construcción naval indígena

Del mismo modo que hubo una evidente influencia desde indígenas a castellanos en materia náutica, también hubo un reconocimiento indígena del saber del otro foráneo y la asunción de todo lo que estimaron útil para su realidad material. En este sentido, podemos desplegar el estudio por dos vías claras de influencia. Por un lado, lo relativo a la incorporación de herramientas aplicables a todas las facetas de la producción artesanal, especialmente, la construcción de canoas. Por otro, un tipo de influencia mucho más lenta y difícil de rastrear, es decir, lo referente a modificaciones o adopciones de concepciones arquitectónicas que pudieron influir en la construcción tradicional indígena, motivada (o no) por el cambio de herramientas. Para acometer este subanálisis podemos desplegar dos vías diferenciadas. Por un lado, la localización y cotejo de toda información contenida en las fuentes documentales que aluda de forma clara a estas cuestiones; por otro lado, evaluar a partir del registro material y de forma diacrónica qué continuidades y qué rupturas conceptuales se registran en cada uno de los contextos.

El proceso de construcción de canoas en época prehispánica estaba condicionado también por los instrumentos o herramientas de que disponían. Los indígenas americanos carecían “de toda herramienta”, según dice Juan de Castellanos, a lo que matizamos de toda herramienta metálica, por lo que talaban, labraban y ahuecaban las canoas en “flemático sosiego / Con hachuelas de piedra y con fuego”¹¹⁹. En este sentido, la primera de las influencias de la presencia castellana en el plano material se produce a través de la incorporación de herramientas metálicas fruto de los rescates. Esa suerte de lógica de trueque fue muy practicada en ambos contextos durante las primeras dinámicas de contacto, donde “una mujer cuesta una camisa o un cuchillo, o una pequeña hacha u otro rescate más”¹²⁰. Se entregaban también como forma de dones para líderes indígenas, como fue el caso de Juan de Ayolas, quien ofreció “un hacha y otras cosas más de rescate”¹²¹. Aquí es preciso señalar que por rescate se entiende entonces

¹¹⁹ Castellanos, *Elegías...*, p. 182.

¹²⁰ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, p. 15.

¹²¹ *Ibíd.*, p. 10.

como de “cambio o permuta”¹²². Era término de uso habitual a lo largo del siglo XVI en el Mediterráneo, durante las dinámicas de intercambio y rescate de cautivos cristianos y musulmanes. Su aplicación en Indias se despliega como un intercambio de elementos manufacturados por materias primas de alto valor¹²³.

En este sentido, las herramientas metálicas inciden en el proceso de construcción reduciendo muy notablemente el gasto energético, los tiempos del proceso completo y el número de personas que en él se han de involucrar, pues “si por rescate de cristianos / Les da hachas de hierro la fortuna / Con prolijo trabajo de sus manos / Las cortan bien, haciendo dos de una”¹²⁴. Estas implementaciones en el proceso artesanal indígena tienen afectación en todos los pasos de la construcción, puesto que el hacha mejora la eficiencia de la tala y el debilitamiento del núcleo previo ahuecado, así como la azuela de carpintero resulta extraordinariamente efectiva tanto en el ahuecado como en la terminación de sus formas.

La incorporación de herramientas metálicas ejerce una influencia potencial muy significativa en la fase de construcción de canoas; sin embargo, no era tan necesaria en la fase previa de concepción, dado que el rastreo diacrónico de continuidades en ambos contextos ha permitido registrar en la actualidad canoas cuya concepción continúa siendo monóxila. Es decir, siguen pensando del mismo modo que en época prehispánica, talando un tronco de dimensiones suficientes para ahuecarlo y alcanzar las formas deseadas. No obstante, es inevitable preguntarse si con las herramientas se traspasaron también ideas, esto es, concepciones náuticas de tradición ibérica que pudieran ser implementadas en mayor o menor grado sobre la producción de canoas indígenas o de tradición indígena.

¹²² *Diccionario de Autoridades*, Tomo V (1737), 3º entrada.

¹²³ Antonio Gutiérrez Escudero, “Las capitulaciones de descubrimiento y rescate: La Nueva Andalucía Araucaria”, *Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, 11, 21, 2009, p. 261.

¹²⁴ Castellanos, *Elegías...*, p. 182.



Figura 27. Comparativa de herramientas A) Azuelas líticas y B) Juego de azuelas metálicas hoy empleadas en la construcción de canoas tradicionales en la cuenca del Magdalena y ciénaga adyacentes. **Fuente:** A) Par de azuelas líticas de la depresión Momposina recuperadas de un particular durante la investigación y entregadas a la Universidad del Magdalena para su exposición en el año 2024 B) Fotografías del trabajo de campo de 2024.



Figura 28. Proceso de construcción de una canoa monóxila en una comunidad Toba de la ribera del río Pilcomayo. **Fuente:** fotografía del trabajo de campo desarrollado en Argentina y Paraguay entre julio y septiembre de 2023.

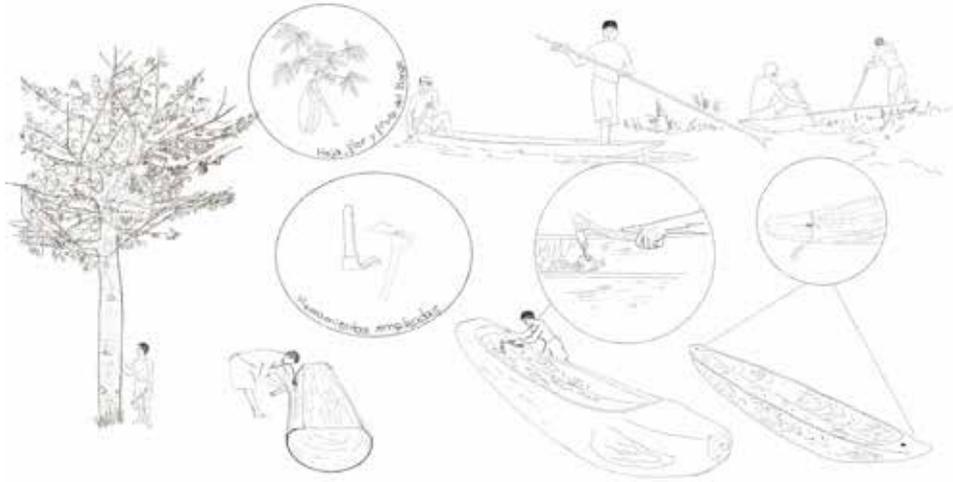


Figura 29. Ilustración científica que reproduce el proceso de construcción de una canoa monóxila con herramientas metálicas. **Fuente:** ilustración elaborada para la presente investigación.

En lo relativo a esta posible influencia conceptual, el presente estudio tan solo centra el foco sobre las modificaciones que pudieron darse en canoas monóxilas, situando sobre la mesa cuestiones relativas al arrufado, la simetría longitudinal, la incorporación de cuadernas y bancos con funciones auxiliares, así como la relación de estas modificaciones con los cambios en los sistemas de propulsión. El debate sobre el empleo de vela en época prehispánica está aún abierto y guarda absoluta relación con el área geográfica de estudio, pues mientras que parece plausible en el litoral del océano Pacífico, como se ha estudiado en numerosas ocasiones, en los contextos fluviales y cenagosos que la investigación aborda no se halla referencia alguna al empleo de vela, salvo la ya mencionada de Fernández de Oviedo en el litoral marítimo.

En este sentido, si bien hemos detectado continuidad en la construcción de canoas monóxilas mediante el registro de los ejemplares Morro-1 y Morro-2 y Horno-1 y Horno-2 (Magdalena), los múltiples ejemplares del Alto Paraná y los ejemplares en pleno uso de los humedales ñeembuqueños (Paraguay), en algunos casos como Morro-1 y Morro-2, se registraron también modificaciones arquitecturales vinculadas al uso actual de vela. Las monóxilas citadas presentaban unas

curvas que ejercían como cuadernas en un casco que, por razones conceptuales no las requiere, dado que está elaborado en una sola pieza de árbol sin juntas ni punto débiles, estructuralmente hablando, por lo que cualquier refuerzo resulta, *a priori*, poco necesario. Sin embargo, Morro-2 presenta un orificio en las curvas centrales alineado con otro orificio en el banquete central, lo que nos habla de una implementación con función de carlinga, es decir, para sostener un pequeño palo que permita arbolarse una vela con la que propulsar la canoa¹²⁵.

Esta reflexión dilatada en el tiempo, en tanto que el registro material actual es el interrogado sobre preguntas pretéritas, puede ser cuestionable, pero aporta datos objetivos que permiten explicar por qué habiendo una evidente continuidad conceptual de tradición indígena en las canoas actuales del Magdalena, se han aplicado determinadas modificaciones que tienen relación directa con un método de propulsión, a juzgar por las fuentes documentales, más o menos novedoso en la región hacia el siglo XVI. Es decir, planteamos esta modificación arquitectural como una doble influencia, pues se trata de una solución constructiva de aparente inspiración ibérica, incorporada como auxiliar de un tipo de propulsión que pudiera ser también exógeno, al menos, en aguas continentales.

Como segunda hipótesis, también se sitúa sobre la mesa la posibilidad de que esta incorporación de cuadernas aparentemente innecesarias para una construcción monóxila, constituya o no una solución de inspiración ibérica, pero ante un problema precedente. Es decir, una de las prácticas asociadas con el uso de canoas monóxilas era la expansión o dilatación de las bandas, que no extensión, de tal modo que para superar las limitaciones de manga que el propio tronco impone y a su vez superar los problemas náuticos derivados, se dilataban con fuego las bandas para ganar amplitud. Esta acción podía debilitar el casco por el reducido espesor con que las bandas quedaban; con el tiempo, podían vencerse hacia el interior de la embarcación, por lo que como solución práctica pueden colocarse cuadernas que aportaran mayor resistencia estructural. Es también ejemplo muy ilustrativo el ejemplar Morro-2, en el que se percibe una trayectoria de las bandas “poco natural” si lo comparamos con ejemplares netamente monóxilos

¹²⁵ Una de las primeras definiciones de carlinga se encuentra en el glosario que cierra la obra de García de Palacio de 1587, quién la define como “una manera de vassa o pedestal en que encaja el árbol de gavia, o de la mayor, o trinquete”, *Instrucción náutica...*, f. 136r.

como Horno-1¹²⁶. Es decir, el uso de curvas a modo de cuadernas y de banquetes clavados en las bordas de cada banda (a modo de baos) refleja la intención de contrarrestar el efecto de una posible dilatación de la madera hacia dentro y/o comportamiento natural del material hacia fuera, aportando fuerza estructural al conjunto. Por otro lado, las canoas de tradición indígena registradas presentan la mayor parte de los casos una marcada simetría longitudinal, así como un bajo francobordo, ambas características modificadas en canoas de casco monóxilo, pero empleadas en aguas marítimas. La primera se debe fundamentalmente a razones de gobierno y, más tarde de propulsión a motor; mientras que la segunda, junto a las modificaciones de los acabados en proa, se dirigen al contrarresto de las fuerzas externas que en aguas marítimas inciden de una forma completamente distinta a las aguas continentales.

Para finalizar, es preciso tener en cuenta que, a diferencia de la marcada influencia indígena sobre las reducidas huestes castellanas durante y después de las primeras experiencias, la plausible influencia castellana sobre los numerosos grupos indígenas fue porcentualmente menor y pudo no gozar inicialmente de la misma significancia y calado¹²⁷. Sin embargo, esto no impide subrayar el modo en que la incorporación de nuevas herramientas y nuevos conceptos incidieron, en mayor o menor medida, sobre la forma de construir canoas en las cuencas de los ríos Magdalena, Paraná y Paraguay.

¹²⁶ Nieva Sanz, *Astilleros y canoas ...*, p. 9. Y Nieva Sanz, “Pescadores y canoas...”, pp. 77-100.

¹²⁷ Influencia aumentada exponencialmente con el paso de las décadas de presencia hispánica, como se evalúa en el desarrollo de tipologías y subtipologías navales en el río Magdalena, Nieva Sanz, D. M. “Una aproximación integral al origen del champán en el Río Magdalena (Siglos XVI-XIX)”. *Naveg@mérica. Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas*, (33), 2024.

Cierre de la investigación

Toda investigación debe tener como resultado respuestas totales o parciales a las preguntas inicialmente planteadas, así como la formulación de nuevas preguntas o de nuevos horizontes en los que continuar las pesquisas. En este sentido, el presente bloque está destinado a cerrar la investigación por medio de una combinación de apartados, que diseccionan y exponen los resultados de la forma más amplia posible.

En primer lugar, se responde a una serie de preguntas en clave comparativa, tanto en lo relativo a las condiciones previas en origen y en destino como al desarrollo de la propia hueste y todas sus vicisitudes: dinámicas de contactos, limitaciones, adaptaciones o hándicaps. Asimismo, a fin de posibilitar con claridad la labor comparativa, se sintetizan todas las respuestas en dos cuadros relativos a las dos fases del proceso, a partir de los cuales es posible comparar cada detalle analizado en sendos casos.

Por otra parte, se despliega un apartado en el que se analiza la continuidad inmediata y tardía del *modus operandi* desempeñado. Es decir, se recogen someramente las huestes en las cuencas del Magdalena y del Paraná, tanto relativas a los años cercanos a la horquilla cronológica estudiada, como aquellas desarrolladas hasta finalizar el siglo XVI, de tal modo que se pueda verificar si la forma de progresar en tan exigentes contextos fue replicada con frecuencia, así como si las lecciones derivadas de los errores y los aciertos, la adaptación y el aprendizaje, se asentó de forma sedimentaria en el bagaje heredado de las huestes que en las décadas subsiguientes continuaron progresando por ríos americanos.

Por último, se plantea un epílogo reflexivo con el que se procura extender la utilidad de este modelo de investigación en otros contexto geográficos, culturales o cronológicos, así como subrayar y reflexionar en torno a los diferentes

aspectos universales y atemporales del ser humano, que han sido abordados con cierta profundidad en la investigación. Tales son las propias relaciones humanas entre grupos aparentemente distantes, la importancia del saber artesanal de cada territorio, el talante de los códigos culturales en coyunturas extrema, las virtudes y los defectos de conocimiento práctico-artesanal, la complejidad de los procesos de adaptación y aprendizaje, y la distancia de las sociedades contemporáneas respecto a las exigencias que la naturaleza ha impuesto a lo largo de la historia de la humanidad.

8.1. Patrones de avance fluvial: similitudes y diferencias

Tras profundizar por niveles de análisis en los distintos aspectos concurrentes en el desarrollo de las huestes castellanas en las cuencas de La Plata y Magdalena, y tratándose de dos de los contextos más relevantes de este periodo exploratorio, se sitúa sobre la mesa una pregunta que implica necesariamente la síntesis de lo abordado en la investigación, ¿hay un patrón o patrones de expedición fluvial castellana? Para responder a este interrogante optamos por organizar en el presente apartado la resolución de una serie de cuestionamientos iniciales, relativos a las semejanzas y las diferencias entre una y otra experiencia o experiencias combinadas, a fin de evaluar la posibilidad de comparación de los patrones de avance entre uno y otro contexto.

¿Fueron semejantes las condiciones geográficas?

Las condiciones que los ríos de ambas cuencas presentaron son coincidentes en tanto al condicionamiento que ejercieron sobre naves y hombres, pero difieren sustancialmente en el grado de influencia que en una y otra cuenca ejerció. Es decir, si bien todos los grandes ríos presentaron una dificultad subrayable para su navegación, el río Magdalena y algunos tramos del río Paraná ofrecieron mayores impedimentos que la navegación en el río Paraguay. No obstante, más allá de la intensidad de la influencia, todas las experiencias son coincidentes en la dificultad de su remontaje a nivel náutico y pedestre, las condiciones de continua humedad, las desventajas en materia bélica derivadas del contexto y la inevitable torpeza del progresar en terreno desconocido.

¿Se trató de semejantes condiciones culturales y sociopolíticas?

Si bien se ha podido analizar la convergencia cultural en el “nosotros”, en lo que respecta a las configuraciones culturales y sociopolíticas los grupos indígenas americanos, la diversidad de formas de organización en los ríos estudiados resulta sumamente amplia como se ha analizado en el capítulo tres. Sin embargo, se percibe una fuerte convergencia cultural condicionada por un medio tan impositivo como el fluvial, resultando en un carácter culturalmente anfíbio como denominador común de la mayor parte de los grupos en ambos contextos. Estos grupos tradicionalmente han habitado, se han desplazado, han comerciado y han peleado en torno a un eje fluvial que copa buena parte de su cotidianeidad funcional y simbólica. Por otra parte, en lo referido a la configuración sociopolítica en los “otros”, el abanico en ambas cuencas fluctuó en equiparable proporción entre organizaciones de tipo banda y tribu (malibúes, panches, muzos, yaregués, chanaes, charrúas, querandíes y payaguás, entre tantos), hasta los casos descritos de jefaturas/cacicazgos de cierta entidad, especialmente, en los tramos más alejados del río (muiscas en la altiplanicie cundiboyacense y algunos grandes cacicazgos guaraníes en la banda noreste de los cursos fluviales).

¿Hubo semejantes condicionantes logísticos y jurídicos para la empresa castellana?

Tratándose de empresas que comparten tan estrechamente cronología y origen, estuvieron sometidos a condicionantes logísticos semejantes. Por un lado, pese a que la lógica de las capitulaciones fue fluctuante a lo largo del siglo XVI, al tratarse de la misma década hallamos un marco jurídico aplicable en uno y otro caso del mismo modo y articulado a través de los mismos códigos. En ambos casos hay un capitulante principal del que parte la iniciativa exploratoria con mayor o menor éxito en cada caso. Por otro, las limitaciones tecnológicas, económicas y humanas del momento son compartidas, así como la posibilidad de contar con la experiencia de veteranos o indígenas supervivientes de los intentos previos. Fernández de Lugo llega a tomar posesión a una San Marta ya fundada en la que hay veteranos de los primeros años y contactos con guías y lenguas, así como Pedro de Mendoza solicita llevar marineros e indios relacionados con las infructuosas navegaciones precedentes.

¿Se registran motivaciones semejantes previas y devenidas?

La horquilla temporal que abarca tanto las experiencias previas como las principales huestes estudiadas nos ayuda a fijar como motivación previa la ya clara voluntad, no solo de descubrimiento, sino de conquista y población, en una suerte de horizonte utópico de ascenso social, en el que cada estamento de la hueste fijaba sus propias expectativas. Si nos acercamos al conjunto más modesto de la hueste, no cabe duda de los intereses agropecuarios, siendo abundantes las alusiones a las condiciones de la tierra para la cosecha o la calidad del pasto para ganado. Asimismo, en ambos casos vemos estimulantes devenidos, es decir, un horizonte real o imaginario de extraordinarias riquezas, que despierta un espontaneo o deliberado ademán en los hombres a la hora de perseguir el final de arcoíris, como lo fue la anhelada Sierra de la Plata y la mítica ciudad de los Cesares, o en el Magdalena las esmeraldas logradas y el mítico e inalcanzable Dorado. Más allá del grado de realidad que uno u otro valioso recurso pudo tener, constituyeron un útil acicate para unas huestes que a menudo privilegiaron las ambiciones de cada capitán aparcando sus propias pretensiones.

¿Contaron las huestes fluviales con la misma tecnología náutica?

En lo que se refiere a los recursos náuticos de unos y otros, todas las huestes castellanas coinciden en la presencia predominante de bergantines en sendas empresas, así como en las limitaciones que las naves propias presentaron en contextos fluviales americanos vinculadas al calado y a la propulsión. Por su parte, la condición monóxila en las canoas indígenas es común en ambos contextos, pudiendo variar aspectos morfológicos, pero compartiendo una forma de concebir y construir embarcaciones extraordinariamente adaptadas a las exigencias fluviales, junto con un desarrollo de técnicas de navegación absolutamente complementario.

¿Semejantes recursos bélicos?

En lo que respecta a la tecnología bélica presentada en ambos casos, se ha evaluado la presencia común de caballos, perros, armas de fuego y acero, así como la respuesta de cada uno de estos recursos en contextos fluviales. Por su

parte, los grupos indígenas de ambas cuencas presentan flechería, hondas/boleadoras, mazas y hojas líticas, quizá difiriendo tan solo en la asiduidad de unas u otras en cada caso, o en su uso combinado con veneno, siendo en el Magdalena una práctica de mayor frecuencia. No obstante, la muy destacable coincidencia ha permitido el estudio comparado sin mayores dificultades.

CONDICIONES		PARANÁ/PARAGUAY	MAGDALENA
Cronológicas	1536-1538	1536-1538	1536-1538
Geográficas	Remontaje fluvial (Media dificultad)	Remontaje fluvial (Alta dificultad)	Remontaje fluvial (Alta dificultad)
Culturales (propias)	Castellanos/católicos	Castellanos/católicos	Castellanos/católicos
Culturales (Otro)	Filiaciones guaraníes y guaycurúes	Filiaciones karib, chibcha y arawak	Filiaciones karib, chibcha y arawak
Sociopolíticas (propias)	Monarquía Hispánica	Monarquía Hispánica	Monarquía Hispánica
Sociopolíticas (Otro)	-Tribus -Cacicazgos	-Tribus -Cacicazgos	-Tribus -Cacicazgos
Jurídicas	Capitulaciones, leyes y ordenanzas	Capitulaciones, leyes y ordenanzas	Capitulaciones, leyes y ordenanzas
Logísticas	-Puertos de origen -Sin base establecida en Indias (Se funda Buenos Aires, 1536)	-Puertos de origen -Sin base establecida en Indias (Se funda Buenos Aires, 1536)	-Puertos de origen -Con de base establecida en Indias (Santa Marta, 1525)
Motivaciones (generales)	Descubrimiento, conquista y población	Descubrimiento, conquista y población	Descubrimiento, conquista y población
Motivaciones (devenidas)	Sierra de la Plata	Sierra de la Plata	Esmeraldas y oro
Náuticas (propias)	Bergantines	Bergantines	Bergantines
Náuticas (ajenas)	Canoas monóxilas	Canoas monóxilas	Canoas monóxilas
Bélicas (propias)	Caballos, perros, pólvora y acero	Caballos, perros, pólvora y acero	Caballos, perros, pólvora y acero
Bélicas (ajenas)	Flechería, boleadoras, mazas/macanas y hojas lífticas	Flechería, boleadoras, mazas/macanas y hojas lífticas	Flechería (veneno), hondas, mazas/macanas y hojas lífticas

Tabla 20. Resumen comparativo de las condiciones de las huestes castellanas en cada cuenca fluvial abordada. **Fuente:** elaboración propia.

Respondidas estas preguntas relacionadas con las condiciones y las capacidades vinculadas a cada uno de los dos grandes contextos estudiados, nos disponemos ahora a reflexionar también, en clave comparativa, sobre el desarrollo y proyección de sendas huestes. A fin de dirigir esta síntesis de forma ordenada, se propone otra serie de preguntas formuladas a ambas huestes, que permita introducir el subsiguiente cuadro comparativo.

¿Inicialmente se apoyaron en bases de partida costeras?

Las huestes de remontaje parten de una base de partida en la costa próxima a sendas desembocaduras, tratándose en ambos casos de proyectos disfuncionales de ciudad. Es decir, una ciudad de Santa Marta sumida en una precariedad muy acentuada y una novísima ciudad de Nuestra Señora del Buen Aire, donde el hambre y la guerra con los grupos indígenas circundantes la situaban al borde del colapso. Las dos jóvenes y precarias fundaciones pudieron aportar pequeños apoyos en el inicio de las huestes, tanto a nivel logístico durante la preparación de las flotillas, hombres y pertrechos, como en el envío de nuevos bergantines en el caso del Magdalena, o el cobijo de Pedro de Mendoza antes de su regreso a la Península. Sin embargo, no podemos referir esos enclaves costeros como bases de apoyo a un avance ulterior; salvando estos iniciales episodios, las huestes avanzaron sin mirar atrás, pues lo que dejaban en poco mejoraba el horizonte incierto del río. En el caso rioplatense, incluso, tras el colapso de la primera fundación de Buenos Aires (1541), se pierde por completo la conexión con el mar, mientras que en el caso magdalenense la hueste de Quesada nunca regresa a su punto de partida, sino que lo esquiva llegando a Cartagena y partiendo a la Península en 1539.

¿Necesitaron experiencia previa: veteranos, guías y lenguas?

El desconocimiento y la complejidad de los contextos fluviales donde hubieron de prosperar exigió, en ambos casos, el empleo de todo conocimiento que pudiera auxiliar de alguna forma a la empresa. En este sentido, se ha analizado cómo se contó, tanto con aquellos castellanos con alguna experiencia en el territorio (baquianos), como con los naturales de distintos grupos étnicos que ejercieron recurrentemente como lenguas y guías. Esta absorción del conocimiento de

aquellos que por experiencia o por naturaleza tenían, no solo se produjo durante los preparativos, sino que se trata de un proceso continuo que permitiese a la hueste resolver las dificultades de nuevas realidades geográficas y lingüísticas a cada paso.

¿El capitulante participa en el remontaje? ¿Sobrevive hasta la culminación del remontaje? ¿Contaron con un liderazgo continuo durante todo el remontaje?

Aquí radican las principales diferencias observadas en ambos procesos. Los dos capitulantes mueren antes de culminar la mayor parte del remontaje. Sin embargo, el capitulante del caso Magdalena, Pedro Fernández de Lugo (y su hijo en su defecto), nunca participó de forma directa en la hueste, mientras que Pedro de Mendoza lideró la hueste durante un primer tramo en el bajo Paraná, hasta retroceder y morir durante el cruce del Atlántico en un precipitado regreso a la Península. Por otra parte, más allá de la ausencia de los capitulantes, las huestes estudiadas tuvieron capitanes que las lideraron de forma eficaz. Sin embargo, mientras Jiménez de Quesada encabezó la empresa en el río Magdalena desde el inicio hasta el final, incluyendo la nueva fundación tierra adentro e, incluso, el reparto de beneficios entre los participantes, en el caso de la cuenca del Plata el liderazgo fue intermitente y cambiante. Tras la retirada de Pedro de Mendoza, fue nombrado por este Juan de Ayolas, quien a su muerte fue sucedido por Martínez de Irala, iniciando toda una serie de pleitos por el poder con Cabeza de Vaca y las distintas facciones derivadas.

¿Realizaron un avance simultáneo tierra-agua? ¿Cuántos kilómetros de río son recorridos? ¿El remontaje se culmina de forma continua o intermitente?

Las duras condiciones para la penetración continental exigieron, en ambos casos, un avance por río combinado con progreso pedestre por la ribera en un buen número de los tramos. De este modo, el avance simultáneo tierra-agua permitió una relación de apoyos que se han podido rastrear en ambos casos. En este sentido, las dos huestes superaron los mil kilómetros de curso fluvial remontado, siendo mayor en la empresa de la cuenca del Plata. No obstante, en la continui-

dad se halla otra de las principales diferencias entre ambos casos. Mientras la hueste de Quesada avanzó de forma continua hasta la altiplanicie cundiboyacense, en el caso platense la muerte y sucesión de capitanes registró un avance mucho más intermitente.

¿Cuál fue el rol de los bergantines? ¿Usaron canoas indígenas?

Dada la necesidad de usar el río como ruta principal, los bergantines y sus adaptaciones coyunturales constituyeron un instrumento fundamental para el avance. La funcionalidad de las naves propias tan solo se vio limitada por sus propias características morfológicas, dado que a partir de determinados tramos quedaban absolutamente inoperantes. En este sentido, buena parte de esa multifuncionalidad analizada en las naves propias fue reemplazada y superada en algunos aspectos por las canoas indígenas. En ambos casos, los castellanos hubieron de utilizar canoas monóxilas, embarcaciones mejor adaptadas para las condiciones particulares de los grandes ríos americanos.

¿Experimentaron semejantes datos de morbilidad y mortalidad?

A juzgar por las fuentes, ambas empresas de exploración y conquista sufrieron una altísima morbilidad y mortalidad. Las abundantes amenazas analizadas en este tipo de contextos generaban una morbilidad altísima, ya fuera derivada del hambre, la humedad, los mosquitos, las heridas de guerra o los venenos tanto de animales como los ungidos en las puntas de las flechas indígenas. Asimismo, dadas las condiciones del avance, la morbilidad terminaba en mortalidad, generando un 70% de bajas en la hueste de Quesada (tan solo en la fase fluvial), y un número difícilmente calculable de bajas en la empresa rioplatense, dado el continuo reemplazo de hombres.

¿Lograron fundaciones exitosas en el interior continental?

Las huestes fluviales analizadas lograron fundaciones más estables y prósperas que aquellas de las que partieron en sendas desembocaduras. Gonzalo Jiménez de Quesada fundó Santa Fe de Bogotá, pronto ciudad cabecera del Nuevo Reino de Granada, y la hueste de Ayolas, tras su muerte, fundaron primero el

fuerte y enseguida la ciudad de Nuestra Señora de la Asunción. La penetración en el interior continental a través de ríos de extraordinaria complejidad desembocó en la fundación de ciudades, que constituirían muy pronto centros neurálgicos de la administración hispánica en América.

DESARROLLO	PARANÁ/PARAGUAY	MAGDALENA
Base de partida costera	Buenos Aires (Fundada <i>ad hoc</i>)	Santa Marta (Fundada 1525)
Base de partida costera (Salida de)	Sí	Sí
Base de partida costera (Apoyo en)	No (parcial)	No (Parcial)
Uso de veteranos y/o náu- fragos ibéricos	Sí	Sí
Empleo de lenguas/intér- pretes y/o guías indígenas	Sí	Sí
Capitulante (Participa)	Sí	No
Capitulante (sobrevive al remontaje)	No	No
Liderazgo continuado sobre el terreno	No -Pedro de Mendoza -Juan de Ayolas -Domingo de Irala	Sí -Jiménez de Quesada
Tipo de desarrollo	Intermitente	Continuo / unidireccional
Kilómetros de río (Km lineales de río aproxi- mados y sin contar desvíos)	1300 kms. (Hasta Asunción)	1000 kms. (Hasta La Tora más el reco- rrido de sierra)
Avance simultáneo tie- rra-agua	Sí (Parcialmente)	Sí
Uso exclusivo de naves propias	No	No
Uso de canoas indígenas	Sí	Sí
Porcentaje de bajas (Fase fluvial)	¿?	70-75 %

DESARROLLO	PARANÁ/PARAGUAY	MAGDALENA
Causas de mortalidad	Hambre Guerra Enfermedad	Hambre Guerra (veneno) Enfermedad
Fundación exitosa en el interior	Asunción (1537)	Bogotá (1538)
Conexión con fundaciones costeras	Buenos Aires (1536 y 1580)	Cartagena (1533) Santa Marta (1525)

Tabla 21. Resumen comparativo de las características del desarrollo de las huestes castellanas en cada cuenca fluvial abordada. **Fuente:** elaboración propia.

8.2. Continuidad o reflejo de patrones de avance y contacto: secuelas en la centuria

A lo largo del análisis y su síntesis en los cuadros comparativos aportados ha sido posible esbozar los rasgos de un *modus operandi*, coordinado o espontáneo, que ha marcado de forma clara el progresar por vía fluvial en ambos casos. Sin poder aún determinar la naturaleza del origen de este proceder, sí podemos evaluar con mayor precisión la continuidad o los plausibles reflejos que pudo haber en las expediciones sucesivas dentro de la centuria decimosexta. Para ello, a continuación, son aportadas las huestes inmediatas en cada contexto, cuya emulación resulta bastante intuitiva, y aquellas tardías donde resulta más evidente la posibilidad de una consolidación intencionada de una forma de proceder concreta. E decir, un avance simultáneo de naves propias e indígenas con hueste pedestre o a caballo por las riberas posibilitando la lógica de apoyos tierra-agua.

En lo que se refiere a los casos más inmediatos, estos han formado parte del análisis de forma tangencial, pues se trata de aquellos continuos relevos coyunturales en el caso de la cuenca del Plata y de iniciativas de prendimiento en el caso Magdalena. Por un lado, el propio Ayolas realizó avanzadillas más allá de Asunción, del mismo modo que Irala descendió por el Paraná abajo y Cabeza de Vaca remontó río Paraguay arriba, donde “hizo marchar por cien leguas de ca-

mino por la tierra de los Carios y nosotros viajamos por el río”¹. Quizá también dentro de este grupo de réplicas inmediatas podemos situar la hueste de Francisco Ortiz de Vergara, gobernador del Río de la Plata tras Irala, quien en medio de las tensiones con la Real Audiencia de Charcas partió de Asunción por vía fluvial con “ciento y veinte españoles de guerra y treinta mancebos montañeses [...] un navío de remos y ochenta canoas de indios amigos”, así como por tierra con hombres y caballos².

Por otra parte, en la cuenca del Magdalena, la hueste de Quesada gozó de una continuidad extraordinaria hasta la fundación y titulación como ciudad de Santa Fe de Bogotá (1538-1540)³, por lo que la única e inmediata hueste que refleja su proceder en la zona es la de “prendimiento” del gobernador interino Jerónimo de Lebrón Quiñones. Tras la muerte repentina de Fernández de Lugo, Lebrón ocupó una interinidad durante la cual salió río arriba combinando también hueste pedestre y una flotilla de bergantines, con el fin de reclamar para su gobernación lo conquistado y fundado por Jiménez de Quesada. El hermano de este, Hernán Pérez de Quesada, rechazó enérgicamente al nuevo gobernador, no reconociendo su autoridad⁴. En este sentido, no solo el itinerario de Lebrón fue semejante al seguido por Quesada, sino que empleó de igual modo naves y hombres de forma simultánea, “unos por tierra y otros navegando”⁵.

En suma, tenemos una emulación evidente del *modus operandi* o patrón de avance fluvial en las huestes que de forma inmediata se desarrollaron en ambos contextos. Lo que no resulta extraño al tratarse en parte de los mismos hombres que habían compuesto las huestes precedentes en el caso del Plata-Paraguay⁶. Mientras que para el caso de Lebrón fue más relevante la experiencia previa a la partida de Quesada y la información que los supervivientes del regreso del

¹ Schmidl, *Derrotero y viaje...*, pp. 18, 21-22 y 28.

² Relación del viaje de Francisco Ortiz de Vergara de río de la Plata al Perú, 1565, AGI, Patronato, 29, R. 19, f. 1r.

³ *Título de ciudad para el pueblo de Santa Fe*, 27 de julio de 1540, AGI, Patronato, 195, R. 6.

⁴ Aguado, *Recopilación...*, p. 224.

⁵ Castellanos, *Elegías...*, p. 427.

⁶ Todos los capitanes de estas expediciones subsiguientes habían participado en una o varias de las huestes precedentes en la región.

licenciado Gallegos pudieran aportar, de hecho, comandó la expedición Alonso Martín, “varon experto, de los caudillos viejos el mas viejo, y de los mas antiguos desta tierra”⁷.

Sin embargo, en materia de aprendizaje y continuidad, quizá tienen mayor relevancia los ecos de ese *modus operandi* con el transcurso de las décadas, dado que buena parte de los componentes de las primeras huestes ya no formaban parte de estas, por lo que esta continuidad sí se debe a un proceso reflexivo de la experiencia colectiva y, a partir de ello, a una intencionada elección de la estrategia a seguir. En este caso, tenemos la principal de las expediciones fluviales en la cuenca del Plata hacia la segunda mitad del siglo XVI: el descenso de Juan de Garay⁸. La repetición de la receta es evidente, dado que se prepara una flotilla de bergantines y embarcaciones menores, junto a un contingente de hombre y caballos que descenderían de forma simultánea por la banda occidental: “salieron de la ciudad de la Asunción el año de 1573, por tierra y por el río en un bergantín y otras embarcaciones juntos en conserva”⁹. Paradójicamente, las condiciones en que se había producido el primer ascenso habían aislado la ciudad de Asunción -sin salida al mar tras la caída de la primera Buenos Aires-, por lo que se tenía que abrir puertas a la tierra, en sentido inverso. Son en este caso expediciones muy semejantes, salvando las diferencias náuticas entre un descenso y un ascenso, por supuesto, pues en este caso la flotilla llegaba a destino con mucha ventaja respecto a la hueste pedestre. En esta necesidad de reconectar Asunción con el mar, la expedición de Garay logró la fundación de Santa Fe a orillas del río Paraná en 1573 y la refundación de Buenos Aires en 1580¹⁰.

Asimismo, hacia el último tercio de la centuria y en la zona del ya Nuevo Reino de Granada, las expediciones fluviales de pequeña entidad se desarrollan

⁷ Castellanos, *Elegías...*, p. 427.

⁸ Juan de Garay (1528-1583), natural de Orduña o de Villalba de Losa, pasó al Perú con quince años acompañando a su tío, recientemente nombrado oidor de la Audiencia de Lima. Se incorporó tempranamente a huestes de conquista, colaboró con Ñuflo de Chaves en la fundación de Santa Cruz de la Sierra, fundó la ciudad de Santa Fe y consolidó la segunda fundación de Buenos Aires. Begoña Cava Mesa, “Juan de Garay”, *Diccionario Biográfico Español*, 2018, <https://dbe.rah.es/biografias/10194/juan-de-garay>.

⁹ Díaz de Guzmán, *Argentina, Historia del descubrimiento...*, p. 431.

¹⁰ *Carta de Juan de Garay*, 9 de marzo de 1583, Buenos Aires, AGI, Documentos escogidos, N. 173, f. 1v.

siguiendo un patrón de avance semejante. Son los casos de Gaspar de Párraga y Antonio de Berrios, en los ríos Candelaria y Casanare, respectivamente. El primero de ellos capitaneó una hueste en el río Candelaria (con desembocadura en el lago Maracaibo), desde donde salió en 1580 “con quatro barcos de a quinientas arrobas y de uno de doscientas y seis canoas”¹¹. Con esta última afirmación también se ratifica el valor ya consolidado de las embarcaciones de tradición indígena en toda empresa castellana por vía fluvial. Por otra parte, Antonio de Berrios hizo lo propio en 1590 durante una expedición desde el río Casanare con “ciento y veinte y un soldados españoles, todos tan buena gente como la e visto en mi vida, catorce negros y mulatos que pueden pelear, [...] otros veinte mestizos que algunos dellos pueden tomar armas”. Además, se aseguró el avance simultáneo con “beinte y una canoa, y catorce balsas cargadas de vastimento toda la munición necesaria”¹². Ambas experiencias neogranadinas denotan el aprendizaje o la asimilación de la experiencia previa en una evidente continuidad en la estrategia de exploración de cursos fluviales.

8.3 Epílogo

Debido a la continua presencia histórica de estas problemáticas en torno a la relación del ser humano con el medio acuático y el condicionamiento del segundo sobre la vida del primero, el modelo desarrollado por la presente investigación es de potencial aplicación en el análisis de otras expediciones y dinámicas de contacto en contextos fluviales, anteriores o posteriores, tanto en América como en otros escenarios globales y en distintos periodos; de tal modo, que se puedan diseccionar y estudiar con detalle tanto de forma monográfica como en clave comparativa. En este sentido, para cerrar la exposición de los resultados y complementando el resto de los apartados concluyentes, se aporta a continuación una serie de reflexiones, a modo epílogo, sobre aspectos fundamentales abordados

¹¹ *Descubrimiento y navegación del río de la Candelaria*, 1580, AGI, Patronato, 27, R. 32, f. 1r.

¹² *Carta de Antonio del Berrio, río Casanare*, 18 de marzo de 1590, AGI, Santa Fe, 91, N. 12. f. 410v.

en la investigación y alargando la mirada más allá de sus marcos temporales y geográficos.

En primer lugar, el trabajo de campo en las dos cuencas estudiadas ha permitido tomar conciencia del grado en que las comunidades humanas dependen del medio físico que les circunda. Ciertamente, si bien hay un claro distanciamiento de las sociedades postindustriales respecto a las dificultades del medio, este es posiblemente más aparente o autopercebido que real, dado que son numerosas las ocasiones en las que catástrofes naturales de cualquier otra índole recuerdan al ser humano su limitado control en el conjunto ecosistémico. Lo cierto es que, ya sea real o aparente, ese distanciamiento de las sociedades modernas con el medio acuático ha generado una pérdida casi irreversible de un conocimiento tradicional de extraordinario valor. Sin embargo, más allá de los estigmas, el conocimiento tradicional de las distintas comunidades humana no es sino fruto de un ejercicio consciente del intelecto, que da lugar a un aprendizaje empírico a lo largo de cientos o miles de años de experiencia en el territorio. Es decir, la resolución de algunas preguntas de la investigación nos revela cómo soluciones tradicionales acusadas habitualmente de subjetivas, tienen detrás una labor casi científica de prueba y error, aprendizaje y acumulación de experiencia, aportando un conocimiento asombroso sobre la relación del ser humano con el territorio, como de forma clara muestran las soluciones prácticas indígenas asumidas por las huestes castellanas desplegadas en los ríos americanos.

En ocasiones se ha omitido con demasiada habitualidad la injerencia del medio ambiente en los procesos históricos, pudiendo esto ser un reflejo de esa omisión generalizada en la sociedad, o directamente un vector favorecedor de ese distanciamiento moderno. No sería fácil determinar qué parte de la cadena fue primero, pero ignorar el medio natural en el análisis histórico es una forma de contribuir a ignorar el medio natural en el presente y en el futuro también, dado que todo lo omitido en la narrativa histórica es progresiva e inevitablemente desplazado a la insignificancia.

En este sentido, la investigación revela la gran importancia de la aplicación de una marcada perspectiva ambiental, especialmente en estudios históricos sobre contextos geográficos de carácter impositivo. Asimismo, en ámbitos acuáticos todo ello debe ir de la mano de una necesaria perspectiva náutica, dado que la embarcación ha sido el instrumento cotidiano por excelencia para las comunidades humanas en relación estrecha con ríos, ciénagas o mares, así como el ve-

hículo con el que transitar esas fronteras entre medios físicos y simbólicos. De hecho, a lo largo de la investigación se ha analizado también el valor simbólico de los artilugios náuticos, tanto en el ámbito indígena como en el castellano. Para unos la canoa podía ser extensión del árbol provista de ánima y, para otros, quizá de forma más residual, también la embarcación tenía ciertas características sensitivas e intelectuales, bebiendo de algún modo de la tradición grecolatina con ejemplos como el mencionado Argo.

En esta misma línea de conocimiento del medio, la presencia continua y reiterada de guías naturales del territorio en cada hueste castellana muestra de forma evidente el valor de estos saberes acumulados de forma transgeneracional. Incluso en la actualidad, son numerosas las regiones del planeta en las que las mayores tecnologías de observación aérea y satelital se ven incapacitadas para realizar búsquedas efectivas en determinados lugares. Este fue el caso de la catástrofe en el área amazónica colombiana en 2023, donde el ejército necesitó el apoyo de guías indígenas para finalmente localizar a los menores desaparecidos en la densa selva.

Por otra parte, a lo largo de la investigación se han evaluado acciones humanas transgresoras respecto de los códigos culturales propios. Es decir, situaciones en las que se dan coyunturas de extrema necesidad y en medios físicos sumamente hostiles, donde se propician escenarios en los que el ser humano vulnera lo invulnerable. Se puede llegar a traspasar la propia clasificación cultural de alimentos comestibles y no comestibles y devorar, en el caso castellano, perros, ratas o el propio cuero remojado, así como cometer la mayor de las transgresiones en materia alimenticia: la carne del prójimo. Este tipo de acciones del hombre son absolutamente atemporales y, en cierta forma, también transculturales, habiendo ocurrido en numerosas ocasiones a lo largo de la historia de la humanidad. Por supuesto, en el contexto de exploración y conquista de América sucedió en uno y otro lado, como muestran casos en las dos cuencas estudiadas, donde las situaciones extremas por las que hubieron de atravesar las huestes hallan paralelismo con casos de la historia reciente, recordando al grupo superviviente del trágico accidente aéreo de la cordillera de los Andes en 1972.

En cierta forma, hay toda una serie de reacciones prácticas a necesidades extremas, así como de acciones sensitivas como el miedo o los miedos revisados, la envidia y el recelo, comunes al ser humano en su conjunto. En este sentido, cobra mayor importancia la propuesta de la aplicación de una metodología transdisci-

plinar que lograra respuestas más precisas, dado que la etnografía tanto en astilleros peninsulares como americanos ha revelado mucha información inmaterial; como la frescura de la sensibilidad de los artesanos, el intuitivo modo de lograr formas funcionales casi a ojo y la anticipada manera de entender las vetas de la madera o el comportamiento de las herramientas. Es precisamente aquí cuando cabe una pequeña reflexión sobre la dicotomía preindustrial-postindustrial, o la contraposición de lo artesanal frente a lo fabril. Es esta cuestión semejante a las demás, en tanto que de igual manera está connotada o etiquetada de forma a veces errada, dado que habitualmente se les atribuye a lo estandarizado y seriado mayores virtudes que a lo artesanal. Sin embargo, el estudio material parte de la presente investigación muestra cómo las embarcaciones, de igual modo que tantas otras cosas, no son mejores o peores que otras *per se*, sino que son mejores o peores que otras en tanto que son o no capaces de responder a las exigencias del medio en el que se desempeñan o responder a los cometidos para los que fueron concebidas. Y es en este esencial sentido en el que difícilmente un producto elaborado en serie y de forma estandarizada puede responder con mayor eficiencia a la multiplicidad de contextos, exigencias y cometidos propuestos en su vida útil.

De este modo, a lo largo de la investigación no solo se ha abordado la canoa monóxila y su excelente adaptación al medio fluvial, sino también esa primera y coyuntural construcción naval criolla, cuyos imperfectos acabados cumplieron sobradamente con las necesidades sobrevenidas; precisamente la libertad de factura y la abundante materia prima en número, en tamaños y en formas fueron las razones de su éxito. Es decir, ante un medio sumamente complejo y cambiante, la polivalencia del pensamiento artesanal, lejos del encorsetamiento y las limitaciones homogeneizantes, se traduce en una mayor capacidad práctica de resolución de problemas, además de dotar al maestro carpintero y demás oficios de una autonomía extraordinaria, por poder ejercer allá donde se le necesitaba, lejos del arsenal o el astillero, con apenas herramientas, y sin que la excesiva estructuración del conocimiento cercenara los impulsos instintivos de su oficio.

Asimismo, no solo hablamos de la carpintería y el resto de los oficios vinculados a la construcción de embarcaciones en uno y otro ámbito, sino también a la propia técnica tradicional de navegación. Los marinos castellanos y portugueses dominaron mares y océanos del orbe, recorrieron millas de litorales continentales e islas mucho antes de que las academias de guardiamarinas del siglo XVIII “alumbraran” a un oficio tan antiguo. Sin embargo, pese a la innegable virtud

de los marinos ibéricos en los siglos XVI y XVII, la navegación de los grandes ríos americanos resultó ciertamente un desafío extraordinario para ellos, pues fueron masas de agua en fuerte movimiento unidireccional, abundantes peligros someros y de una escala novedosa a sus ojos. Aquí se revelaron importantes las también tradicionales técnicas de navegación indígena, pues canoero y canoa, en una suerte de binomio funcional, demostraron cómo la combinación del saber artesanal aplicado a lo material y el conocimiento práctico obtenido de su experiencia vital en el territorio posibilitan resultados combinados de grandísima eficacia. Aún hoy podemos ver noticias de grandes petroleros contemporáneos detenidos por grupos indígenas en canoas, como fue el reciente el caso registrado en el Amazonas peruano durante el año 2023.

Por último, en lo referido a las huestes centrales analizadas, vimos como ambas se sostuvieron sobre una base jurídica común, dado que los promotores o sus representantes firmaron sendas capitulaciones adquiriendo compromisos en cuanto a contingente dispuesto, tiempos, límites geográficos y cumplimiento de leyes emanadas de la Corona. Asimismo, vimos cómo las dos principales empresas de remontaje coinciden en un liderazgo de capitanes jóvenes con poco que perder y mucho que ganar, frente a la trayectoria consolidada y la edad avanzada de los capitulantes, quienes les acaban designando para encabezar las huestes. De este modo, ha sido posible evaluar la diferencia entre distintos tipos de liderazgo y su flexibilidad según las coyunturas presentadas, así como evaluar las estrategias de guerra en condiciones anfibias.

En este sentido, también en el plano bélico resultó de gran relevancia conocer los condicionantes impuestos por el contexto fluvial: es decir, la aparente jerarquía armamentística entre la pólvora, los caballos y las armas ofensivas y defensivas de metal, en superposición a las puntas líticas, los venenos y la casi desnudez indígena, pues, del mismo modo que sucedió con las embarcaciones, también el armamento y las tácticas de combate se revelan más o menos efectivas en función de su capacidad de respuesta a las exigencias del contexto físico en el que se desempeñan.

Por otra parte, además de evaluar esa adaptabilidad en naves, tácticas y armas, es central en el análisis el comportamiento humano ante intensas dinámicas de contacto en ambas cuencas; esa capacidad de adaptación a las circunstancias sobrevenidas. De este modo, se ha identificado una dinámica de suma importancia en coyunturas duales de choque con lo desconocido, tanto humano como

medioambiental, que desvela una suerte de cadena empírica en la que se concatenan necesidad práctica-reconocimiento y adaptación funcional-aprendizaje duradero. Es decir, ha sido posible acercarse al proceso mental, a partir del cual ante unas exigencias nuevas nacen necesidades nuevas, para las que el reconocimiento de la virtud en el otro y su incorporación como medida adaptativa, no solo se produce de forma reiterada, sino que se aprende y consolida posibilitando su replicado en venideras coyunturas semejantes.

Además, este temprano proceso analizado en las cuencas de los ríos Magdalena y Paraná permitió conocer otro tipo de relaciones, más allá de las violentas, en tanto que se desarrolló una suerte de diplomacia oficiosa de modesta puesta en escena, pero de semejante articulación de los mecanismos diplomáticos empleados en los suntuosos palacios del Viejo Mundo. De este modo, ha sido posible analizar aquello más elemental de las relaciones entre grupos humanos aparentemente contrapuestos; su lenguaje, su gestualidad, su semiótica y sus distintos desenlaces en coyunturas muy particulares, donde los lenguas o intérpretes no jugaron un papel de meros traductores de códigos lingüísticos, sino también un pertinente rol como traductores de códigos culturales.

Por último, además de ofrecer más información sobre las distintas aristas de las dinámicas de contacto en contextos anfibios americanos, debido a su temprana cronología, la investigación permite también dilucidar en el horizonte esa embrionaria conformación del “hombre de frontera” en el escenario americano. Tras estos primeros soldados y marinos capaces de reconocer y asumir soluciones prácticas del otro, enseguida diferenciados por su veteranía frente a aquellos recién llegados, y junto a los guías y lenguas indígenas que aceleraron su transculturación mediante la asunción de códigos ajenos, empezó a configurarse una pléyade de hombres y mujeres, tanto castellanos como indígenas, criollos y mestizos, de ambigua identidad y de una notable capacidad práctica a la hora de inteligir ambos mundos.

Fuentes y bibliografía

9.1. Fuentes primarias manuscritas

Archivos

Archivo General de Indias (AGI)

- Buenos Aires: 1
- Contratación: 4675B, 5536
- Indiferente: 415, 419, 421, 422, 425, 427, 1092, 1961, 2495
- Justicia: 1130, 1131, 1132
- Mapas y Planos-Escudos: 2
- Mapas y Planos (Panamá) 2, 8, 24, 29,
- Mapas y Planos (Venezuela): 45
- Mapas y Planos (Buenos Aires): 1, 2, 5, 13, 17, 19, 29, 30, 31, 32, 225
- Patronato: 27, 29, 44, 93, 160, 187, 195, 196, 197
- Santa Fe: 18, 49, 70, 72, 96

Archivo General de la Nación (AGN - Colombia)

- Sección de Mapas y Planos (SMP): 4

Archivo Histórico Nacional, Madrid (AHN)

- Diversos-Colecciones: 22, 24, 45

Biblioteca Nacional de España (BNE)

- Manuscritos reservados RES/38
- Sala Goya Cartografía SG/66
- VITR/4/20

Biblioteca Virtual Banco de la República (BVBR - Colombia)

Instituto Valencia Don Juan (IVDJ)

- E25: C41

Real Academia de la Historia (RAH)

- Sección de Cartografía y Artes Gráficas: C-018-014, C-028-003, C-028-022

Real Biblioteca del Monasterio del Escorial (RBME)

- Leg. V-II-4

9.2. Fuentes primarias editadas o digitalizadas

Crónicas y tratados

Acosta, Joaquín, *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada en el siglo decimosexto*, París: [s.n.]. 1848.

Aguado, Fray Pedro de, *Recopilación Historial* [escrita en el siglo XVI], 1º edición, Bogotá: Imprenta Nacional, 1906.

Aguilar, Fray Francisco de, *Relación breve de la conquista de Nueva España*, México: UNAM, 1977.

Anónimo (Atribuido a Francis Drake), *Histoire naturelle des Indes / the Drake manuscript*, The Morgan Library & Museum, MA 3900, ca. 1586.

Aquino, Tomas de, *Suma Teológica* (s. XIII), Madrid: Edición Biblioteca de autores cristianos, 2001.

Azara, Félix de, *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata*, Buenos Aires: Editorial Bajel, 1943.

Barco Centenera, Martín del, *Argentina y conquista del Río de la Plata*, Lisboa: por Pedro Crasbeeck, 1602.

Bry, Theodorus de, *Collectiones peregrinationum in Indiam Occidentalem et Indiam Orientalem*, Francfort: Beckerum, 1590.

Carlos II, *Recopilación de leyes de los reinos de Indias: mandadas imprimir y publicar por la Magestad Católica Don Carlos II*, Madrid: Boix, tomo II, 1841.

Carvajal, Gaspar de, *Relación del nuevo descubrimiento del famoso Rio Grande que descubrió por muy gran ventura el capitán Francisco de Orellana*, Quito: Biblioteca Amazonas, 1942.

- Castellanos, Juan de, *Elegías de varones ilustres de Indias compuestas por Juan Castellanos* [1589], Tomo I, Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2007.
- Cervantes, Miguel de, *El Amante liberal* (1º Edición Valladolid: Imprenta de Juan de la Cuesta, 1613), Barcelona: Imprenta De A. Bergnes y Comp. 1832.
- Ciudad Real, Antonio de, *Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al Padre fray Alonso Ponce en las provincias de Nueva España...*, Madrid: Imp. de la Viuda de Calero, 1873-75.
- Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Edición, estudio y notas de Guillermo Serés. Madrid: Real Academia Española — Barcelona: Espasa, 2011.
- Díaz de Guzmán, Ruy, *Argentina. Historia del descubrimiento y conquista del Río de la Plata* (manuscrito original 1612), Buenos Aires: UBA, 2012.
- Escalante de Mendoza, Juan de, *Ytinerario de Nauegacion de los mares y tierras Occidentales*, Biblioteca Nacional, Madrid, 1575.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo, *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar océano*, Madrid: Real Academia de la Historia, 1851.
- Fernández de Piedrahita, Lucas, *Historia general de la conquista del Nuevo Reyno de Granada*, Madrid, 1688.
- Góngora, Luis, “A Córdoba”, soneto. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Unidad Audiovisual-Área de Comunicación, 2002.
- Homero, *La Iliada* (Trad. Rubén Bonifaz Nuño), Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma De México, 2019.
- Homero, *La Odisea*, Pontevedra: Plutón ediciones, 2015.
- Jiménez de Quesada, Gonzalo (atrib.), *Epítome de la conquista del Nuevo Reino de Granada* (1539). AHN, Diversos-Colecciones, 22, n. 27.
- Jiménez de Quesada, Gonzalo (atrib.), *Extracto del epítome de la conquista de Nueva Granada* (1538), AHN, Diversos-Colecciones, 45, N. 13
- Jiménez de Quesada, Gonzalo, *El Antijovio*, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1952.

- Julián, Antonio, *La perla de la América. Provincia de Santa Marta, reconocida, observada y expuesta en discursos históricos*, Madrid: por don Antonio de Sancha, 1787.
- Livio, Tito, *Los orígenes de Roma*, Madrid: Akal, 2000.
- López de Gómara, Francisco, *Historia General de las Indias* (1552), Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979.
- López de Gómara, Francisco, *La conquista de México* (1ª edición Zaragoza: casa de Agustín Millán, 1552), Caracas: biblioteca Ayacucho, 2007.
- Mártir de Anglería, Pedro, *Décadas del nuevo mundo*, Sevilla-Alcalá de Henares, s.e., 1511 y 1516.
- Martorell, Joanot, *El caballero del tirante Blanco* (Valencia, 1490)
- Núñez Cabeza de Vaca, Álvar, *Comentarios*, Buenos Aires: Editorial Losada, 2008 [1555].
- Ottsen, Hendrick, *Iovrnael oft daghelijcx-register van de voyagie na Rio de Plata*, Amsterdam, M. Colijn, 1617.
- Paucke, Florian, *Hacia allá y para acá. Una estadía entre los indios Mocabies, 1749-1767*, Santa Fe: Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe, 2010.
- Pigafetta, Antonio, *Primer viaje en torno del globo*, 1ª edición castellana 1882. Edición facsímil, Valladolid: Maxtor, 2017.
- Plinio “el Viejo”, *Historia Natural*, Madrid: Editorial Gredos, 2003.
- Ramírez, Luis, *Carta de Luis Ramírez a su padre*, Río de Solís (Río de la Plata), 10 de julio de 1528, RBME, leg. V-II-4.
- Rodas, Apolonio de, *Argonáuticas*, Madrid: Edición BNE, 1919.
- Rodríguez de Montalvo, Garcí, *Amadís de Gaula*, Zaragoza, 1508.
- Rodríguez de Montalvo, Garcí, *Las Sergas de Esplandián* (Sevilla, 1496/1510)
- Schmidl, Ulrico, *Relatos de la conquista del Río de la Plata y Paraguay 1534-1554* (primera edición en Nuremberg, 1602), Madrid: Edición Alianza editorial, 1986.
- Schmidl, Ulrico, *Derrotero y viaje a España y las Indias*, Buenos Aires: Biblioteca Virtual Universal, 2003.
- Schmidl, Ulrico, *Viaje al Río de la Plata: (1534-1554)*, Publicación original: Buenos Aires, Cabaut y Cía., 1903, Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2001.

- Simón, Pedro, *Noticias Historiales de la conquista de Tierra Firme en las Indias occidentales*, Cuenca: en casa de Domingo de la yglesia, 1627.
- Tzu, Sun, *El arte de la guerra*, Biblioteca digital: Omegalfa, 2018.
- Vargas Machuca, Bernardo de, *Milicia y descripción de las Indias*, Madrid: Casa de Pedro Madrigal, 1599.
- Vega, Lope de, poema CXXXVII “A la noche”, en *Rimas*, 1605.
- Vegecio, Flavio, *Compendio de técnica militar*, ed. y trad. David Paniagua Aguilar, Madrid, Cátedra (Colección Letras Universales), 2006.
- Xerez, Francisco de, *Verdadera relación de la conquista del Perú* [1º edición, Sevilla, 1534], Madrid: s.e., 1891.

Diccionarios y glosarios náuticos (editados y manuscritos)

- [Diccionario de Autoridades], *Diccionario de la lengua castellana, en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua*, Madrid: Real Academia Española, 1726-1739.
- Avelló de Valdés, Juan, *Diccionario náutico o prontuario marítimo* [s. XVI-II], BNE, Mss/8665.
- Covarrubias, Sebastián de, *Tesoro de la Lengua castellana o española*, Madrid, por Luis Sanchez, 1611.
- Fernández de Gamboa, Sebastián, *Vocabulario de los nombres que usa la gente de mar en todo lo que pertenece a su arte* [Manuscrito], Cádiz, 1717, BNE, Mss/3158.
- Fernández de Gamboa, Sebastián, *Vocabulario marítimo, y explicacion de los vocablos, que usa la gente de mar, en su exercicio del arte de marear*, En Sevilla: En la Imprenta Castellana, y Latina de los Herederos de Thomàs Lopez de Haro en calle Genova, 1721.
- García de Palacio, Diego, *Instrucción náutica, para el buen uso y regimiento de las naos, su traça, y su gobierno conforme a la altura de México*, Virreinato de Nueva España. Edición Facsímil. Valladolid: Maxtor [1587], 2007.
- Lorenzo, José de; Murga, Gonzalo de y Ferreiro, Martín, *Diccionario marítimo español: que además de las voces de navegación y maniobra en los*

buques de vela, contiene las equivalencias en francés, inglés e italiano y las más usadas en los buques de vapor, Madrid: establecimiento tipográfico T. Fortanet, 1864.

O'Scanlan, Timoteo, *Cartilla práctica de construcción naval, dispuesta en forma de vocabulario*, Madrid: Imprenta Real, 1829.

O'Scanlan Murphy, Timoteo, *Diccionario marítimo español además de las definiciones de las voces con sus equivalentes en francés, inglés e italiano, contiene tres vocabularios de estos idiomas con las correspondencias castellanas*, Madrid: Imprenta Real, 1831.

Terry y Rivas, Antonio, *Diccionario marítimo inglés, español y vocabulario marítimo español inglés: obra útil para las marinas Militar y Mercante, cónsules, armadores, consignatarios, maquinistas navales, agentes comerciales, sociedades de seguros, etc.* Madrid: Imp. del Ministerio de Marina, 1896.

9.3. Bibliografía

Abadía Morales, Guillermo, *Vocabulario Folclórico Colombiano*, Bogotá: Fondo de Promoción y Cultura del Banco Popular, 1994.

Adams, Jonathan, "Ships and Boats as Archaeological Source Material", *World Archaeology* 32 (3), 2001, pp. 292-310.

Adrados, Francisco R., "Topónimos griegos en Iberia y Tartessos", *Emerita* 68.1, 2000, pp. 1-18.

Aguilera Díaz, María Modesta, "La Mojana: riqueza natural y potencial económico", *Documentos de Trabajo Sobre Economía Regional y Urbana*, 48, 2004, pp. 195-251.

Aguilera López, Jorge, "Riberas enfrentadas: catalanes y genoveses, maestros mayores de las Atarazanas Reales de Barcelona (1558-1599)", en: Borreguero Beltrán, Cristina *et al.* (eds.), *A la sombra de las Catedrales: Cultura, Poder y Guerra en la Edad Moderna*, Burgos: Universidad de Burgos, 2021 pp. 1821-1840.

Aguilera-Barchet, Bruno y Fajardo Gómez, María Isabel, "Tratados luso-hispánicos en torno al Atlántico: de la legitimación pontificia a la soberanía estatal (1415-1494)". En: *Historia Iuris: estudios dedicados al profesor Santos*

- M. Coronas González, Oviedo: Universidad de Oviedo, 2014, vol. 1, pp. 209-236. <http://hdl.handle.net/10481/31690>
- Aguirre Baztán, Ángel, *Etnografía Metodología cualitativa en la investigación sociocultural*, Barcelona: Editorial Boixareu universitaria, 1995.
- Aguirre Cauhé, Silvia, “Entrevistas y cuestionarios”, en Ángel Aguirre Baztán (ed.), *Etnografía Metodología cualitativa en la investigación sociocultural*, Barcelona: Editorial Boixareu universitaria, 1995.
- Alberda, A., y Ramos Pérez, R. L. “The Jāba: Dugout Canoes of the Emberá — An Ethnoarchaeological Analysis in Darién and the Emberá—Wounaan Territory in Panama”. *International Journal of Nautical Archaeology*, 53(2), 2024, pp. 430—455.
- Amado Gonzales, Donato, “El alférez real de los incas. Resistencia, cambios y continuidad de la identidad indígena”, en D. P. Cahill y B. Tovías (eds.). *Elites indígenas en los Andes: nobles, caciques y cabildantes bajo el yugo colonial*. Quito: Editorial Abya Yala, 2003, pp. 55-80.
- Ameghino, Florentino, *La antigüedad del hombre en el Plata*. Buenos Aires: Igon Hermanos editores, 1880.
- Amigo, Roberto, et al. (eds.), *Un viajero virreinal. Acuarelas inéditas de la sociedad rioplatense*, Buenos Aires: Editorial Hilario, 2015.
- Aranda, Gaspar de, “Las maderas de Indias”, *Asclepio* 45.1 (1993): 217-248.
- Araoz, Guillermo, *Navegación del río Bermejo y viajes al Gran Chaco*. Buenos Aires: Impr. Europea, 1886.
- Araújo Moreira Neto, Carlos de y Moreira, Gisele Jacon de A., *La fundación de Brasil: testimonios 1500-1700*. Vol. 185. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho, 1992.
- Arciniegas, Germán, *Jiménez de Quesada*, Bogotá: ABC, 1939.
- Ardila Luna, Diana Carolina y Martínez Polanco, María Fernanda, “Las pesquerías coloniales en honda”, *Maguaré*, 19, 2005, pp. 185-209.
- Arranz Márquez, Luis “Antonio Montesino”, *Diccionario Biográfico Español*, 2018, <https://dbe.rah.es/biografias/16504/antonio-montesino>
- Arruda, Gilmar, “Historia de ríos: ¿Historia ambiental?”, *Signos históricos* 8.16, 2006, 16-44.
- Aubet, María Eugenia, *Tartessos: arqueología protohistórica del bajo Guadalquivir*. Sabadell: Editorial AUSA, 1989.

- Avellaneda Navas, José Ignacio, *La expedición de Sebastián de Belalcázar al mar del norte y su llegada al Nuevo Reino de Granada*, Bogotá: Banco de la República, 1992.
- Ballesteros Gaibrois, Manuel, *Gonzalo Jiménez de Quesada*, Madrid: Historia 16, 1987.
- Barkey, Karen, “Trajectoires impériales: histoires connectées ou études comparées?”, *Revue d’histoire moderne & contemporaine*, 54-4bis, 2007, pp. 90-103.
- Bartolomé Herrero, Bonifacio, “Los usos funerarios en la Alta Edad Media. Tradición cristiana y reminiscencias paganas”, *Medievalismo* 6, 1996, pp. 33-62.
- Baschet, Jérôme, “Alma y cuerpo en el Occidente medieval. Una dualidad dinámica, entre pluralidad y dinamismo”. En Jérôme Baschet, Pedro Pitarch y Mario H. Ruz (eds.), *Encuentro de almas y cuerpos entre la Europa medieval y el mundo mesoamericano*. Chiapas: Universidad Autónoma de Chiapas (Unach), Tuxtla Gutiérrez, 1999, pp. 1-31.
- Baskins, Cristelle, “*De Aphrodisio expugnato*: the siege of Mahdia in the Habsburg imaginary”, *Il Capitale culturale*, Supplementi 06, 2017.
- Bautista Quijano, Enrique Alejandro, *Cuerpos anfibios, soma y sema del cuerpo prehispánico, la otra medida del cuerpo a través del tiempo y el espacio: análisis bioarqueológico sobre las urnas funerarias en cerámica de los valles alto y medio—bajo del Río Magdalena*, Tesis inédita, Colombia. Bogotá, UNAL Colombia, 2013.
- Bejarano Almada, María de Lourdes, “Las Bulas Alejandrinas: Detonantes de la evangelización en el Nuevo Mundo”. *Revista Col. San Luis* [online]. 6.12, 2016, pp. 224-257.
- Bennett, Matthew, “The Crusaders ‘Fighting March’ Revisited”, *War in history* 8.1, 2001, pp. 1-18.
- Bloch, Marc, *Introducción a la Historia*, México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1952
- Bonfil Batalla, Guillermo, “El concepto de indio en América: una categoría de la situación colonial”, *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, 39.48, 1977, pp. 17-32.
- Bonomo, Mariano et al. “Las poblaciones indígenas prehispánicas del río Paraná Inferior y Medio”, *Revista del Museo de La Plata* 4, 2019, pp. 585-620.

- Bonomo, Mariano y Latini, Sergio, “Arqueología y etnohistoria de la región metropolitana: las sociedades indígenas de Buenos Aires”, en José Athor (ed.), *Buenos Aires, la historia de su paisaje natural*, Buenos Aires: Fundación de Historia Natural Félix de Azara, 2012, pp. 70-97.
- Borrero, Ricardo L. et al. “Traditional Shipbuilding Communities: An Urgent and Neglected Research Topic in Maritime Anthropology”. *Journal of Maritime Archaeology* 17(4), 2022, pp. 603-633.
- Bouchard, Jean François *et al.*, “Navegación precolombina: el caso del litoral pacífico ecuatorial: evidencias e hipótesis”, *Revista española de antropología americana*, 17, 1987, pp. 35-73.
- Bracco, Diego; Bracco, Roberto y Fariña, Richard, “Difusión temprana del caballo en territorio de la actual República Oriental del Uruguay: Arqueología e Historia”, *Temas Americanistas* 37, 2016, pp. 67-87.
- Branche, Jerome, “Malungaje: hacia una poética de la diáspora africana”, *Revista Poligramas*, 31, 2009, pp. 23-48.
- Brendecke, Arndt, *Imperio e información: funciones del saber en el dominio colonial español*, Madrid: Iberoamericana, 2012.
- Bueno Bravo, Isabel, “La guerra naval entre los aztecas”, *Estudios de cultura náhuatl* 36, 2005, pp. 199-223.
- Buffington, John. M. y Montgomery, David R., “Geomorphic Classification of Rivers”. *Treatise on Geomorphology*, 3, 2013, pp. 730-767.
- Burke, Peter, *Hablar y callar. Funciones sociales del lenguaje a través de la historia*. Barcelona: Gedisa editorial, 2001.
- Cabarcas Antequera, Hernando, *Bestiario del Nuevo Reino de Granada. La imaginación animalística medieval y la descripción literaria de la naturaleza americana*, Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1994.
- Cañedo-Argüelles Fábrega, María Teresa, “Relaciones interétnicas y proceso de formación social en la cuenca del Alto Paraná: Corrientes en los Siglos XVI y XVII”. En: *América, hombre y sociedad: actas de las Primeras Jornadas de Historiadores Americanistas*, Santa Fe, Granada, 11 al 15 de octubre de 1987. Granada: Diputación Provincial de Granada, 1988.
- Cañedo-Argüelles Fábrega, María Teresa, *Población indígena en el Alto Paraná. Variantes de un proceso de adaptación. Siglos XVI y XVII*, Granada: Diputación Provincial de Granada, 1988.

- Caprioli, Francesco y González Cuerva, Rubén (eds.), *Reconocer al infiel: la representación en la diplomacia hispano-musulmana (siglos XVI y XVII)*, Madrid: Sílex, 2021.
- Carabias, Diego, Lira, Nicolás y Adán, Leonor, “Reflexiones en torno al uso de embarcaciones monóxilas en ambientes boscosos lacustres precordilleranos andinos, zona centro-sur de Chile”, *Magallania*, 38.1, 2010, pp. 87-108.
- Casado Soto, José Luis, “Aproximación a la tipología naval cantábrica en la primera mitad del siglo XVI”, en *Itsas memoria*, 2, 1998, pp. 169-191.
- Casado Soto, José Luis, “La construcción naval hispana en época moderna”. *Monografías del CASC 8, Arqueología náutica y mediterránea*, 2009, pp. 393-410.
- Casado Soto, José Luis, “Los barcos del Atlántico Ibérico en el siglo de los Descubrimientos: Aproximación a la definición de su perfil tipológico”, en Bibiano Torres Ramírez (coord.), *Andalucía, América y el mar*, Sevilla: UNIA, 1991, pp. 121-143.
- Castañeda Delgado, Paulino, *La teocracia pontifical en las controversias sobre el Nuevo Mundo*, Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- Castaño Uribe, Carlos, “Configuración cultural de los Karib en Colombia: algunos comentarios e hipótesis”, *Revista española de antropología americana*, 14, 1984, pp. 205-226.
- Castrillo Mazeres, Francisco, *El soldado de la conquista*, Madrid: Fundación Mapfre, 1992.
- Castro Hernández, Pablo, “Monstruos, rarezas y maravillas en el Nuevo Mundo. Una lectura a la visión europea de los indios de la Patagonia y Tierra del Fuego mediante la cartografía de los siglos XVI y XVII”, *Revista Sans Soleil-Estudios de la Imagen* 4.1, 2012, pp. 30-52.
- Cava Mesa, Begoña, “Juan de Garay”, Fernando Rodríguez de la Torre, “Diego García de Moguer”, *Diccionario Biográfico Español*, 2018, <https://dbe.rah.es/biografias/10194/juan-de-garay>.
- Cervera Obregón, Marco Antonio, “Conquistadores indígenas: planteamientos tácticos y armamento durante la conquista de México”, *Revista de Historia Militar*, 64, extra 2, 2020, pp. 89-114.
- Clausewitz, *De la Guerra*, III, 1, Caracas: Fondo Editorial Hormiguero, Edición s.a., publicación original en 1832.

- Conesa García, Carmelo et al., “Cambios históricos recientes de cauces y llanuras aluviales inducidos por la acción del hombre”, *Nimbus: Revista de climatología, meteorología y paisaje* 29, 2012, pp. 159-176.
- Crespo Solana, Ana, “ForSEADiscovery: la construcción naval y el comercio de la madera del siglo XVI al XVIII”, *Revista PH*, 96, 2019, pp. 114-141.
- Criado Boado, Felipe, *Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la arqueología del paisaje*, Santiago de Compostela: Grupo de investigaciones en Arqueología del paisaje, 1999.
- D’Esposito, Francesco, “La hueste indiana en los protocolos notariales de Sevilla: las primeras expediciones al Río de la Plata (1534-1552)”, *Temas americanistas* 29 (2012), pp. 65-81.
- Delumeau, Jean, *El miedo en occidente*, Madrid: Taurus, 2022.
- Díez de Velasco Abellán, Francisco P., *El origen del mito de Caronte. Investigación sobre la idea del paso al más allá en la Atenas clásica*. Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1988.
- Domínguez Monedero, Adolfo Jerónimo, “Jinetes en Grecia y sus ecos en la cultura ibérica”, *Gladius*, 25, 2005, pp. 207-236.
- Domínguez Monedero, Adolfo Jerónimo, “Los términos ‘Iberia’ e ‘Íberos’ en las fuentes grecolatinas: estudio acerca de su origen y ámbito de aplicación”, *Lucentum*, II, 1989, pp. 203-224.
- Duque Escobar, Gonzalo, “El Río Cauca en el desarrollo de la región”, *4º Cátedra de Historia Regional de Manizales y Caldas “Alipio Jaramillo Giraldo”*, Manizales: UCaldas, 2019, pp. 1-24.
- Enrique Peraza, José, “La evolución de la tecnología en la carpintería”, *Boletín de información técnica [de] AITIM* 206, 2000, 39-48.
- Escalante Adaniya, Elisa, “Acerca del sincretismo. Del apóstol Santiago a Santiago mataindios”. *Escritura y Pensamiento*, 2(4), 1999, pp. 61-78.
- Escribano Páez, José Miguel, *Juan Rena and the Frontiers of Spanish Empire, 1500-1540*, New York, Routledge, 2020
- Etxeberria Gallastegi, Ekaitz, *Estrategia y táctica militar en la Castilla del siglo XV (1407-1492)*, tesis doctoral inédita, Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea, 2019.
- Fals Borda, Orlando, *Historia doble de la Costa: Mompo y Loba*. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1979.

- Fernández-Prieto Domínguez, Enrique, “Diego de Ordax, conquistador en Centro y Suramérica”, *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*, 6 1989, pp. 615-628.
- Ferreira Priegue, Elisa, “Benedictio navis novae. Aportaciones al estudio de las celebraciones en torno a la construcción y botadura del buque en la Edad Media y Moderna”, En Rodríguez, Manuel Núñez (ed.), *El rostro y el discurso de la fiesta*, Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, 1994, pp. 159-171.
- Ferro Medina, Germán, “El río Magdalena. Territorio y cultura en movimiento”, *Boletín cultural y biográfico*, 47, 84, 2013.
- Fuquen Gómez, Clara. *Logboats of Coquí: an ethnographic approach to maritime material culture*. Tesis doctoral. Southampton: University of Southampton, 2014.
- Fregeiro, Clemente L., *Juan Díaz de Solís y el descubrimiento del Río de la Plata*, Buenos Aires: Porvenir. 1879.
- Friede, Juan, *Los Chibchas bajo la dominación española*, Bogotá: La Carreta, 1974.
- Galafassi, Guido P., “Historia económica social del delta del Paraná”, *Cuadernos de trabajo*, Universidad Veracruzana, 2004, pp. 1-69.
- García Abajo, Ángel Ernesto, “Estudio de la producción de hierro y acero de la Nueva España en la época colonial”, Tesis doctoral inédita, Universidad Autónoma de Madrid, 2022.
- García Canclini, Néstor, “¿Qué son los imaginarios y cómo actúan en la ciudad? (entrevista realizada por Alicia Lindón, 23 de febrero de 2007)”, *EURE*, 99, 2007, pp. 89-99.
- García De Gabiola, Javier, “La conquista de las Canarias: un ensayo bélico para América (1402-1501)”, *Medievalia* 51, 2019, pp. 155-179.
- García Fitz, Francisco, *Castilla y León frente al Islam: estrategias de expansión y tácticas militares (siglos XI-XIII)*, Sevilla: Universidad de Sevilla, 2005.
- García García, Luis Alberto, *Frontera armada. Prácticas militares en el noreste histórico, siglos XVII al XIX*, México: Fondo de Cultura Económica (FCE), 2021.
- García, Juan, *La carpintería de ribera en Galicia (1940-2000)*, Coruña: Universidad de la Coruña, Servicio de Publicación, 2001.

- García-Abásolo, Antonio, “Efectos de la conquista en el entorno familiar de los conquistadores. Hernán Venegas y Pedro Fernández de Valenzuela, capitanes de la hueste de Gonzalo Jiménez de Quesada”, *Anuario de Estudios Americanos* 74.1, 2017, pp. 15-46.
- Garnero, Gabriel, “La historia ambiental y las investigaciones sobre el ciclo hidrosocial: aportes para el abordaje de la historia de los ríos”, *Historia Ambiental Latinoamericana y Caribeña (HALAC)*, 8.2, 2018, pp. 91-120.
- Gell, Alfred, *Arte e agencia*, São Paulo: Ubu Editora, 2018.
- Gil García, Francisco M., “Los incas de principio a fin. Mito, historia y tradiciones inventadas”, *Actas de las Jornadas de Historia sobre el Descubrimiento de América*, 2019, pp. 287-306.
- Gil, Juan, *Mitos y utopías del descubrimiento*, vol. 1: *Colón y su tiempo*, Madrid: Alianza, 1989.
- Gil, Juan, *Mitos y utopías del descubrimiento*, vol. 3: *El Dorado*, Madrid: Alianza, 1989.
- Gómez Espelosín, Francisco Javier, *Historia de Grecia en la Antigüedad*, Madrid: Akal, 2016.
- Gómez Pérez, Carmen, *Pedro de Heredia y Cartagena de Indias*, Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, CSIC, 1984.
- Gómez Vozmediano, Miguel Fernando y Martínez Torres, José Antonio, “Entre dos mundos: las relaciones diplomáticas hispanomusulmanas durante la Edad Moderna: una breve síntesis”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie IV, Historia Moderna*, 21, 2008, pp. 5-35.
- Gómez, Carmen y Marchena, Juan, “Los señores de la guerra en la conquista”, *Anuario de Estudios Americanos* 42, 1985, pp. 127-215.
- González Cuerva, Rubén, “A Diamond or a Bear: the Spanish Court’s Practices of Gift-Giving with Extra-European Embassies”, *Diplomatica* 2.2, 2020, pp. 201-222.
- González Cuerva, Rubén, “La forma de lo informal: los agentes del cardenal Dietrichstein”, en: Nieva Ocampo, Guillermo, González Cuerva, Rubén y Navarro, Andrea Mariana (coords.), *El príncipe, la corte y sus reinos: agentes y prácticas de gobierno en el mundo hispano (ss. XIV-XVIII)*, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán, 2016, pp. 253-276.
- González Cuerva, Rubén, “Mediterráneo en tregua: las negociaciones de Ruggero Marliani con el Imperio Otomano (1590-1592)”, en García Hurtado,

- Manuel Reyes; Domingo L. González Lopo y Enrique Martínez Rodríguez (eds.), *El mar en los siglos modernos*, Santiago de Compostela: Xunta de Galicia, 2009, pp. 209-220.
- González Fernández, Marcelino, “Los barcos españoles en el Pacífico. Siglos XVI a XVIII”, *El océano Pacífico*, Madrid: Fundación Ramón Areces, 2014.
- González Núñez, Claudia Liliana, “Los intérpretes de la conquista española: Malinche y Felipillo desde la perspectiva literaria”, *FILHA* 17.27, 2022, pp. 26-48.
- González, Francisco José, “Del Arte de marear a la navegación astronómica: Técnicas e instrumentos de navegación en la España de la Edad Moderna”, en *Cuadernos de Historia Moderna, Anejos*, 5, 2006, pp. 135-166.
- González, Ricardo N., *Puerto Gaboto, génesis y desarrollo social del primer pueblo argentino*, Rosario, s. e., 2014.
- Grazia, Alfred de, “Representation: Theory,” en David L. Sills, *International Encyclopedia of the Social Sciences*, Nueva York, Macmillan and Free Press, 1968, vol. 13.
- Grenier, Robert; Marc-André Bernier y Willis Stevens, *The underwater archaeology of Red Bay: Basque shipbuilding and whaling*, Ottawa: Canadian Museum of Nature, 2007.
- Groussac, Paul, *Mendoza y Garay: las dos fundaciones de Buenos Aires 1536-1580*, Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2010.
- Guerrero Ayuso, Víctor Manuel, *Prehistoria de la navegación: origen y desarrollo de la arquitectura naval primigenia*. Oxford: BAR International Series, 2009.
- Guevara, José, *Historia del Paraguay, Río de La Plata y Tucumán*, Buenos Aires: Imprenta del Estado, 1886.
- Gullón Abao, Alberto José, “La percepción del ‘otro’ en la primera expedición del capitán de navío D. Antonio de Córdoba al estrecho de Magallanes (1785-1786)”, *Temas Americanistas* 51, 2023, pp. 77-103.
- Gusinde, Martín, *Los indios de Tierra del Fuego*, Tomo II, Vol. 1, Centro Argentino de Etnología Americana, Buenos Aires: CONICET, 1986.
- Gutiérrez Escudero, Antonio, “Las capitulaciones de descubrimiento y rescate: La Nueva Andalucía Araucaria”. *Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, vol. 11, núm. 21, 2009, pp. 257-276.

- Harris, Marvin, “Emics and etics revisited”, en T.N. Headland, K.L. Pike y M. Harris (eds.), *Emics and etics: the insider/outsider*, Newbury Park: Sage, 1990.
- Henry Morgan, Lewis, *Ancient Society of Research in the Lines of Human Progress from Savagery through Barbarium to Civilization*, London: MacMillan & Company, 1877.
- Herrera Ángel, Martha, “Milenios de ocupación en Cundinamarca”. En: Gamboa, Jorge Augusto (coord.), *Los Muisca En los siglos XVI y XVII: miradas desde la Arqueología, la Antropología y la Historia*. Bogotá: ULA, 2008, pp. 1-33.
- Heyerdahl, Thor, *Early man and the ocean: A search for the beginnings of navigation and seaborne civilizations* (1ª ed.). Nueva York: Doubleday, 1978.
- Hoffmeyer, Ada Bruhn de, “Las armas de los conquistadores. Las armas de los aztecas”, *Gladius* 17, 1986, pp. 5-56.
- Isaacs, Jorge y Caro, Miguel A., *Estudio sobre las tribus indígenas del Magdalena*, Bogotá: Iqueima, 1951.
- Israeli, Yanay, “The Requerimiento in the Old World: Making Demands and Keeping Records in the Legal Culture of Late Medieval Castile”, *Law and History Review*, 40, 1, 2022, pp. 1-26.
- Jiménez Núñez, Alfredo, “El método etnohistórico y su contribución a la antropología americana”, *Revista española de antropología americana*, 7, 1972, 163-196.
- Jobson, Robert W. y Hildebrandt, William R., “The distribution of oceangoing canoes on the north coast of California”. *Journal of California and Great Basin Anthropology* 2.2, 1980, pp. 165-174.
- Kalyuta, Anastasia V., “A la búsqueda de monstruos. Los pueblos indígenas en las crónicas españolas y rusas del descubrimiento, exploración y conquista de América y Siberia de los siglos XV-XVII”, *Revista Española de Antropología Americana* 53.1, 2023, pp. 71-90.
- Kamen, Henry, *Felipe de España*, Barcelona, Siglo XXI, 1998.
- Keller, Héctor Alejandro, “Importancia de las especies con ‘madera de ley’ para los guaraníes de Misiones, Argentina”, *Revista Forestal YVYRARETA* 17, 2010, pp. 28-32.
- Kroeber, Clifton B., *La navegación de los ríos en la historia argentina: 1794-1860*, Buenos Aires: Paidós, 1967.

- Krueger, Michał, “Valor, prestigio e intercambio. Los métodos ante la teoría”, *Herakleion* 1, 2008, pp. 7-19.
- Lameiras, José, *El encuentro de la piedra y el acero: la Mesoamérica militarista del siglo XVI que se opuso a la irrupción europea*, Zamora de Hidalgo: El Colegio de Michoacán AC, 1994.
- Lamenza, Guillermo Nicolás, Calandra, Horacio Adolfo y Salceda, Susana Alicia, “Arqueología de los ríos Pilcomayo, Bermejo y Paraguay”, *Revista del Museo de La Plata* 4, 2019, pp. 481-510.
- Landaburu, Jon, “Las lenguas indígenas de Colombia: presentación y estado del arte”, *Amerindia*, 29.30, 2004, pp. 3-22.
- Langebaek, Carl Henrik y Dever, Alejandro, *Arqueología del Bajo Magdalena: un estudio de los primeros agricultores del Caribe colombiano*, Bogotá: ICANH, 2000.
- Lazzarini, Isabella, *Communication and Conflict*, Oxford: Oxford University Press, 2015.
- Lefebvre, Henri, *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing Libros, 2020.
- Leonard, Irving A., *Los libros del conquistador*, México: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Letelier Cosmelli, Javiera y Castro Rojas, Victoria, “Changos en el Puerto de Cobija. Transformaciones sociales durante el siglo XIX”, *Revista Española de Antropología Americana* 47, 2017, pp. 127-142.
- Lévi-Strauss, Claude, “Las tres fuentes de la reflexión etnológica”, en: Boivin, Mauricio F.; Rosato, Ana y Arribas, Victoria, *Constructores de Otrredad. Una introducción a la Antropología Social y Cultural*, Buenos Aires: Antropofagia, 2004, pp. 22-33.
- Lévi-Strauss, Claude, *Antropología estructural: mito, sociedad, humanidades*, México: Siglo XXI, 1979.
- Levillier, Roberto, *Américo Vespucio. El Nuevo Mundo. Cartas relativas a sus viajes y descubrimientos*, Buenos Aires: Editorial Nova, 1951.
- Liddell Hart, Basil Henry, *La estrategia de aproximación indirecta* [1941], Buenos Aires: La Editorial Virtual, 2014.
- Lins, Marcelo y Ríos, Carlos, “Canoas monóxilas da Lagoa de Extremoz, RN, Brasil”. *Fumdhamentos* 13, 2016, pp. 94-107.

- Lira, Nicolás, “Cadena operativa de manufactura y uso de las canoas monóxilas de la Patagonia Septentrional”, en Francisco Mena, (ed.), *Arqueología de la Patagonia: de mar a mar*, Santiago de Chile: Andros Impresores, 2016, pp. 200-211.
- Liss, Peggy K., *Isabel la Católica*, Madrid, Nerea, 1989.
- Lobo Cabrera, Manuel, “Construcciones y reparaciones navales en Canarias en los siglos XVI y XVII”, *Anuario de Estudios Atlánticos*, 31, 1985, pp. 345-374.
- Londoño Díaz, Wilhelm, “Hallazgos recientes sobre la navegación tradicional en el norte de Colombia”. *Revista de Arqueología Iberoamericana* 48, 2021, pp. 3-7.
- López, Carlos Eduardo, “Arqueología del Bajo y Medio Río Magdalena: Apuntes sobre Procesos de Poblamiento Prehispánico de las Tierras Bajas Tropicales Interandinas de Colombia”. *Revista del Museo de La Plata*, 4(2), 2019, pp. 275-304.
- López, Joaquín; Moreno, Félix y Mejías, Juan Carlos, *Libreta de notas de un Carpintero de Ribera. Un oficio y una vida en el Cabanyal*, Editorial Alfa Delta Digital: Valencia, 2014.
- López, Sergio J. y Ciarlo, Nicolas C., “Aproximación histórica a los elementos de sujeción metálicos empleados en la construcción naval española de los siglos XVII y XVIII”, *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 15(1), 2021, pp. 92-121.
- Lovera Moran, Gustavo Alberto, “El proceso de atarquinamiento del río Pilcomayo apeligra la soberanía paraguaya”, *Revista jurídica. Investigación en ciencias jurídicas y sociales* 1.14, 2024, pp. 157-174.
- Lucena Salmoral, Manuel, “Pedro Fernández de Lugo (1475-1536)”, *Diccionario Biográfico Español*, 2018, <https://dbe.rah.es/biografias/13371/pedro-fernandez-de-lugo>
- Lucena Salmoral, Manuel, “Gonzalo Jiménez de Quesada”, *Diccionario Biográfico Español*, 2018, <https://dbe.rah.es/biografias/13303/gonzalo-jimenez-de-quesada>.
- Malinowski, Bronislaw, *Los argonautas del Pacífico occidental*, Barcelona: Planeta de Agostini, [1922], 1973.

- Malvárez, Ana Inés, *Las comunidades vegetales del Delta del río Paraná. Su relación con factores ambientales y patrones del paisaje*, tesis doctoral inédita, Universidad de Buenos Aires, 1997.
- Mangas, Julio; Plácido, Domingo; Gangutia Elícegui, Elvir y Rodríguez Somolinos, Helena, *La Península Ibérica en los autores griegos: de Homero a Platón*, Madrid: Editorial Complutense, 1998.
- Marchena Fernández, Juan y Romero Cabot, Ramón, *El origen de la hueste y de la institución militar indianas en la Guerra de Granada*, Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, 1983.
- Márquez, Carlos, “Orígenes etnográficos de Cuervo Colombia”. En *II Congreso Científico Panamericano*, Washington, 1915-1916.
- Martínez González, Alfredo José, “La elaboración de la Ordenanza de Montes de Marina, de 31 de enero de 1748, base de la política oceánica de la monarquía española durante el siglo XVIII”, *Anuario de Estudios Americanos* 71.2, 2014, pp. 571-602.
- Martín-Merás Verdejo, Luisa, “La carta de Juan de la Cosa: interpretación e historia”, *Monte Buciero*, 4, 2000, pp. 71-86.
- Matés Luque, José Manuel, “Arqueología intermareal en Bizkaia. Documentando la flota abandonada de embarcaciones vascas en los estuarios del Lea y del Artibai. Problemas y soluciones”, *Kobie. Paleoantropología* 37, 2019, 47-60.
- Maura García, Francisco de Asís, *La ingeniería naval: artillería, navegación y guerra en el mar*, Salamanca, Universidad de Salamanca, s. a.
- Menanteau, Loïc, “La navegación en el río de Sevilla (estuario del Guadalquivir) en época de la Carrera de Indias”, en *La Flota de Nueva España y la búsqueda del galeón Nuestra Señora del Juncal*. Madrid: Ministerio de Cultura y Deporte, 2021.
- Morales Padrón, Francisco, “Las capitulaciones”, *Suplemento de Anuario de Estudios Americanos, Sección Historiografía y Bibliografía* 17.3, 1973.
- Morales Padrón, Francisco, *Teorías y Leyes de la conquista*, Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1979.
- Moya Sordo, Vera, “‘El infierno está vacío y todos los demonios están aquí’. Apariciones infernales durante las navegaciones atlánticas ibéricas, siglos XV-XVI”, *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, 2017, pp. 13-26.

- Moya Sordo, Vera, “Entre la vida y la muerte: averías, tormentas y naufragios. Manifestaciones de miedo durante los viajes atlánticos ibéricos, siglos XV-XVII”, *Academia Nacional de la Historia (Venezuela). Boletín de la Academia Nacional de la Historia* 93.371, 2010, pp. 127-158.
- Moyano Di Carlo, Julián, *Mucho más que barcos. Una aproximación teórica a las funciones, capacidades náuticas, bases materiales y dimensión social de la tecnología naval prehistórica*. Oxford: BAR International Series 2901, 2018.
- Muckelroy, Keiht, *Maritime Archaeology*, Cambridge: Cambridge University Press, 1978.
- Muñoz-Santos, María Engracia, “Egipto es un don del Nilo: La inundación analizada desde el punto de vista griego”, *Cadernos do LEPAARQ Textos de Antropologia, Arqueologia e Patrimônio*, 24, 2015, pp. 153-164.
- Muriel, Josefina, *Las indias caciques de Corpus Christi*. No. 6. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1963.
- Nieva Sanz, Daniel Miguel, “Una aproximación integral al origen del champán en el Río Magdalena (Siglos XVI-XIX)”. *Naveg@merica. Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas*, (33), 2024.
- Nieva Sanz, Daniel Miguel, “La canoa monóxila y el saber inmaterial de sus últimos carpinteros: trabajo de campo en El Horno (Magdalena, Colombia)”. *Revista Española de Antropología Americana*, 54(1), 2024, pp. 101-113.
- Nieva Sanz, Daniel Miguel, “Astilleros y canoas en la Ciénaga Grande: etnografía náutica sobre la cultura anfibia del Morro/Nueva Venecia (Colombia)”. *Cuadernos de Antropología*, 33(2), 2023, pp. 1-18.
- Nieva Sanz, Daniel Miguel, “Dinámicas de contacto, etnicidad y cultura fluvial en la cuenca del Magdalena: una aproximación etnohistórica a partir de las crónicas castellanas”. En Lilyam Padrón, L. y M^a del Mar Barrientos (eds.), *Entre Europa y América: el mar y la primera globalización*. Editorial UPV, 2023, pp. 303-316.
- Nieva Sanz, Daniel Miguel, “Etnografía y carpintería de ribera: la observación participante como herramienta para el estudio de la construcción naval histórica”, *Temas Antropológicos, Revista Científica de Investigaciones Regionales*, 45, 1, 2023, 77-102.
- Nieva Sanz, Daniel Miguel, “Fundación y resignificación de puertos y varaderos en el río Magdalena a inicios del periodo hispánico”. *Memorias: Revista*

- Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe colombiano*, 51, 2023, pp. 8-28.
- Nieva Sanz, Daniel Miguel, “Pescadores y canoas entre dos aguas. La comunidad pesquera de Tasajeras (Magdalena, Colombia)”. *Revista Andaluza de Antropología*, 25, 2023, pp. 77-100.
- Nieva Sanz, Daniel Miguel, “Las australes hogueras de la primera vuelta al mundo: un análisis etnohistórico de la cultura marítima fueguina a través del contacto con navegantes europeos entre los siglos XVI-XIX”, En: *Primus circumdedisti me. La odisea transoceánica de Magallanes y Elcano (1519-1522)*, Madrid: SETIDC, 2022.
- Nieva Sanz, Daniel Miguel, “La fragilidad de las relaciones diplomáticas con el otro: cautela, magnificencia y cautivación desde el incierto desembarco hasta la solemne audiencia en Marrakech (1579)”. En: Caprioli, Francesco y Cuerva, Rubén González (eds.), *Reconocer al infiel: la representación en la diplomacia hispano-musulmana (siglos XVI y XVII)*, Madrid: Sílex, 2021, pp. 121-143.
- Nieva Sanz, Daniel Miguel, “Más allá de la materialidad del artefacto náutico: el valor simbólico de la canoa yámana”, *Temas Antropológicos, Revista Científica de Investigaciones Regionales*, 43, Universidad Autónoma de Yucatán, 2021, pp. 135-157.
- Nieva Sanz, Daniel Miguel, “Panorama naval ibérico en los siglos XVI y XVII: desarrollo, innovaciones y guerra naval”, *Revista Historia Autónoma*, 15, 2019, pp. 71-91.
- Nievas, David, *La esgrima y el mundo de la espada en la España moderna*. Granada: Universidad de Granada, 2012.
- Odrizola Oyarbide, Lourdes, “La construcción naval en Gipuzkoa. Siglos XVI-XVIII”, *Itsas Memoria. Revista de Estudios Marítimos del País Vasco* 2, 1998, pp. 93-146.
- Odrizola Oyarbide, Lourdes, *Construcción naval en el País Vasco, siglos XVI y XIX*, San Sebastián: Diputación foral de Gipuzkoa, 2002.
- Olabárrri Gortázar, Ignacio, “Qué historia comparada”, *Studia Historica. Historia Contemporánea* 10, 1992, pp. 33-75.
- Olstein, Diego, *Thinking History Globally*, Nueva York: Palgrave Macmillan, 2015.

- Ortega del Cerro, Pablo, “Dibujando al Otro: La descripción etnográfica en las expediciones navales del siglo XVIII”, En: Padrón Reyes, Lilyam y Pajuelo Moreno, Vicente (eds.), *Dominar los océanos: ciencia y navegación en los siglos XVI-XVIII*, Madrid: Sílex, 2023, pp. 359-389.
- Ottalagano, Flavia V., “Simbolismo e identidad en las tierras bajas del Paraná: un abordaje contextual del arte mobiliario cerámico”, *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 35, 2010, pp. 195-218.
- Pacheco Morales Padrón, Marcos, “La organización portuaria del Bajo Guadalquivir en los siglos XVI y XVII: el compás de las naos y sus antepuertos fluviales”, *Chronica nova: Revista de historia moderna de la Universidad de Granada* 47, 2021, pp. 403-434.
- Parker, Geoffrey, *Historia de la guerra*, Madrid, Akal, 2014.
- Patiño, Víctor Manuel, *Historia de la cultura material en la América equinoccial*, Tomo I. Alimentación y alimentos. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2012.
- Patiño, Víctor Manuel, *La Tierra en la América equinoccial*, Bogotá: Presidencia de la República. 1997.
- Patiño, Víctor Manuel, *Relaciones geográficas de la Nueva Granada: siglos XVI a XIX*. Cali: Instituto Vallecaucano de Investigaciones Científicas, 1983.
- Peña, German, “Pescadores de los raudales del río Magdalena durante el periodo formativo tardío”, *Caldasia*, 33.2, 2011, pp. 295-314.
- Peñas Galindo, David Ernesto y Arquez Van-Strahlen, Oscar, *Espacio, poblamiento y sociedad en la región momposina*. Medellín: Editorial Lealon, 1994.
- Peraza, Fernando, “La nao San Juan, un ballenero vasco del siglo XVI, en reconstrucción”, *Boletín de información técnica [de] AITIM*, 290, 2014, pp. 52-57.
- Pérez-Mallaína Bueno, Pablo Emilio, *Nafragios en la Carrera de Indias durante los siglos XVI y XVII: el hombre frente al mar*, Sevilla: Editorial Universidad de Sevilla, 2015.
- Pérez-Mallaína, Pablo Emilio, “Los hombres en las rutas oceánicas hispanas en el siglo XVI”, *Actas de las Jornadas de Historia sobre el Descubrimiento de América*. Tomo III, Universidad Internacional de Andalucía, 2015.
- Picard, Christophe, *Sea of the caliphs*, Cambridge: The Belknap Press, 2018.
- Pitarch, Pedro, *La cara oculta del pliegue: Ensayos de antropología indígena*, Ciudad de México: Artes de México / CONACULTA, 2013.

- Platt, Tristan, “Entre la rutina y la ruptura: el archivo como acontecimiento de terreno”. *Diálogo Andino* 46, 2015, pp. 39-54.
- Politis, Gustavo G., “Las implicancias arqueológicas del Diario de Pero Lopes de Sousa (1531) durante su viaje al Río de la Plata y al Delta Inferior del río Paraná”, *Revista del Museo de Antropología* 7.2, 2014, pp. 317-326.
- Pomey, Patrice y Rieth, Eric, *L'archéologie navale*, Paris: Editions Errance, 2005.
- Pomey, Patrice, “Defining a Ship: Architecture, Function, and Human Space” en Catsambis, Alexis; Ford, Den y Hamilton, Donny L., eds., *The Oxford Handbook of Maritime Archaeology*, Oxford: Oxford University Press, 2011, pp. 25-46.
- Pralon-Julia, Dolores, “Una teoría del miedo en el siglo XVII: el ‘De metu...’ de Cabrerros de Avendaño”, *Criticón* 23, 1983, pp. 35-48.
- Prieto, Gabriel, “Balsas de totora en la costa norte del Perú: una aproximación etnográfica y arqueológica”, *Quingnam* 2, 2016, pp. 141-188.
- Pujol i Hamelink Marcel, y Moreno Expósito, Iñaki, “La construcción y reparación de galeras en las Drassanes de Barcelona (siglos XIII-XVIII)”, en *Arqueología subacuática española: Actas del I Congreso de Arqueología Náutica y Subacuática Española*, Cartagena, 14, 15 y 16 de marzo de 2013, Editorial UCA, 2014, pp. 409-418.
- Pujol i Hamelink, Marcel, “La terminología de construcció naval i el seu origen: mediterrani/atlàntic”, *Drassana* 14, 2006, pp. 84-102.
- Quevedo, Roberto y Duarte, Alberto (coords.), *Actas capitulares y documentos del cabildo de Asunción del Paraguay, siglo XVI*, Asunción: Municipalidad de Asunción, 2001.
- Ramos Fernández, Fernando, “El ceremonial marítimo: historia, tradiciones y usos”, en Dolores del Mar Sánchez González (ed.), *I Congreso Internacional El Protocolo contemporáneo. Desde el Congreso de Viena hasta la actualidad (1814-2014)*, Madrid, Sociedad de Estudios Institucionales, 2014, pp. 17-42.
- Ramos Pérez, Demetrio, *Historia de la colonización española en América*, Madrid: Pegaso, 1947.
- Ramos Pérez, Demetrio, “Funcionamiento socioeconómico de una hueste de Conquista: la de Pedro de Heredia en Cartagena de Indias”, *Revista de Indias* 29, 1969, pp. 393-526.

- Reichel-Dolmatoff, Gerardo, “Etnografía chimila”, *Thesaurus: boletín del Instituto Caro y Cuervo*, 3.1-3, 1947, 95-191.
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo, “Mitos y cuentos chimilas”, *Boletín de Arqueología*, 1.1, 1945, pp. 4-30.
- Reitano, Emir, “El Río de La Plata y la cartografía portuguesa de los siglos XVI y XVII”, *Anuario del Instituto de Historia Argentina* 3, 2003, pp. 159-186.
- Restrepo, Juan D. et al., “Aspectos físicos de la cuenca del río Magdalena. Colombia: geología, hidrología, sedimentos, conectividad, ecosistemas acuáticos e implicaciones para la biota”. En: Jiménez-Segura, L. & C. A. Lasso (eds.), *Peces de la cuenca del río Magdalena, Colombia: diversidad, conservación y uso sostenible*, 2020, pp. 41-84.
- Restrepo, Juan D., “El impacto de la deforestación en la erosión de la cuenca del río Magdalena”, *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, 39, 2015, pp. 250-267.
- Reuelta Pol, Bernardo, “La construcción naval en los escritos de los siglos XVI y XVII”, en Alicia Cámara Muñoz y Bernardo Reuelta Pol (eds.), *La palabra y la imagen: tratados de ingeniería entre los siglos XVI y XVIII*, Madrid: Fundación Juanelo Turriano, 2017, pp. 55-67.
- Rieth, Eric, *Des bateaux et des fleuves, archéologie de la batellerie du Néolithique aux temps modernes en France*. París: Editions Errance, 1998.
- Rivera-Sandoval, Javier, “Nuevos datos sobre la cronología de los pueblos del Bajo Magdalena en el periodo Formativo Tardío: el sitio de Barrio Abajo, Barranquilla (Colombia)”, *Arqueología Iberoamericana*, 40, 2018, pp. 33-38.
- Rivero Rodríguez, Manuel, *Diplomacia y relaciones exteriores en la Edad Moderna: 1453-1794*, Madrid: Alianza, 2000.
- Rocher, Begoña, “Ceremonial y protocolo en el Califato de Córdoba”, *Tulaytula: Revista de la Asociación de Amigos del Toledo Islámico* 11, 2004, 95-132.
- Rodríguez Cuenca, José Vicente y Rodríguez Ramírez, Camilo, “Bioantropología de los restos óseos provenientes de un sitio tardío en el bajo Río Magdalena (El Salado, Salamina, Magdalena)”, *Maguaré*, 15-16, 2002, pp. 187-234.
- Rodríguez Hernández, Antonio José, *Breve historia de los Tercios de Flandes*. Madrid: Nowtilus, 2015.
- Rodríguez de la Torre, Fernando, “Diego García de Moguer”, *Diccionario Biográfico Español*, 2018, <https://dbe.rah.es/biografias/10194/juan-de-garay>

- Rodríguez de la Torre, Fernando, “Pedro de Mendoza (1499-1537)”, *Diccionario Biográfico Español*, 2018, <https://dbe.rah.es/biografias/12628/pedro-de-mendoza-y-lujan>.
- Rossi Elgue, Carlos Alfredo, “Navegando en la oscuridad. El miedo en el discurso inicial sobre el Río de la Plata”, *Hipogrifo: Revista de Literatura y Cultura del Siglo de Oro* 6.2, 2018, pp. 677-687.
- Rueda Pimiento, Óscar Eduardo, “Consideraciones en torno a la alimentación en la expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada al interior de Colombia (1536-1537). Aportes para una antropología del asco”, *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia* 49, 2015, pp. 98-119.
- Salicrú i Lluch, Roser, “La diplomacia y las embajadas como expresión de los contactos interculturales entre cristianos y musulmanes en el Mediterráneo occidental durante la Baja Edad Media”, *Estudios de historia de España* 9, 2017, pp. 77-106.
- Sánchez Domingo, Rafael, “Las Leyes de Burgos de 1512 y la doctrina jurídica de la conquista”, *Rev. Jurídica Castilla & León* 1/28, 2012, 1-55.
- Sanz, Domingo F., “El fenómeno del canibalismo en las fuentes literarias greco-romanas: su mención en la mitología y la filosofía antigua”, *Emerita* 81.1, 2013, pp. 111-135.
- Sennhauser, Ethel B., *Composición y dinámica de los bosques fluviales de la cuenca inferior del río Bermejo*. Tesis Doctoral inédita, Universidad de Buenos Aires, 1991.
- Serrano Mangas, Fernando, *Función y evolución del galeón en la Carrera de Indias*, Madrid: Mapfre, 1992.
- Silva López, Natalia, “Carpinteros de ribera, maestros de azuela y calafates: del arte y la técnica a la ciencia. La Arquitectura Naval ilustrada en el Marqués de la Victoria”, en *Cuadernos del Instituto de Historia de la Lengua*, 12, 2019, pp. 157-176.
- Sinning, Edgar Rey, “Resistencia chimila: ni aniquilados, ni Vencidos”, *Palabra: Palabra que obra* 10, 2009, pp. 90-108.
- Sinning, Edgar Rey, *Poblamiento y resistencia: Los Chimila frente al proceso de ocupación de su territorio siglo XVIII*, Santa Marta: Conexión Cultural, 2012.
- Taussig, Michael, *Mimesis and alterity: A particular history of the senses*, Nueva York: Routledge, 1993.

- Telban, Blaz, *Grupos étnicos de Colombia: etnografía y bibliografía*, Quito: Aby-Yala, 1988.
- Tenreiro, Ramón María (ed.), *Libros de caballerías*, Valladolid: Editorial Maxtor, 2007.
- Thomas, Julian, *Time, culture and identity. An interpretative archaeology*. London-New York: Routledge, 1996.
- Todorov, Tzvetan, *La conquista de América: el problema del otro*. México: Siglo XXI (primera edición francés 1982), 1987.
- Todorov, Tzvetan, *Nosotros y los otros: reflexión sobre la diversidad humana*, México D.F., Siglo XXI, 1991.
- Toribio Medina, José, *El veneciano Sebastián Caboto, al servicio de España*, Santiago de Chile: Universidad de Chile, 1908.
- Torres, Luis María, *Los primitivos habitantes del Delta del Paraná*. Buenos Aires: Universidad Nacional de La Plata-Biblioteca Centenaria, 1911.
- Tovar Pinzón, Hermes, *Relaciones y visitas a los Andes: Siglo XVI Tomo V. Región de los Llanos*, Bogotá, Ediciones Uniandes, 2010.
- Trápaga Monchet, Koldo, “Las políticas forestales en los reinos de Castilla y Portugal (siglos XV-XVII)”, en Dattero, Alessandra (ed.), *Il bosco: biodiversità, diritti e culture dal Medioevo al nostro tempo*, Roma: Viella, 2022, pp. 85-103.
- Trejo Rivera, Flor, “Notas náuticas a orillas del río: construcción de un cayuco en Tabasco”. *Arqueología Mexicana* 174, 2022, pp. 52-57.
- Tremml-Werner, Birgit; Hellman, Lisa y Van Meersbergen, Guido, “Introduction. Gift and Tribute in Early Modern Diplomacy: Afro-Eurasian Perspectives”, *Diplomatica* 2.2, 2020, pp. 185-200.
- Trillos, María, *Categorías gramaticales del ete taara lengua de los chimila. Lenguas aborígenes de Colombia*, Bogotá: CCELA, 1997.
- Val Castellanos, Noelia del, “Estudio e investigación de mercados sobre la gallina de raza negra castellana”, Tesis doctoral inédita, Universidad de Valladolid, 2019.
- van Gelder, Maartje y Krstic, Tijana, “Introduction: Cross-Confessional Diplomacy and Diplomatic Intermediaries in the Early Modern Mediterranean”, *Journal of Early Modern History*, 19/2-3, 2015, pp. 93-105.
- Vas Mingo, Milagros Del, *Las capitulaciones de Indias en el siglo XVI*. Madrid: Cultura Hispánica, ICI, 1986.

- Vázquez Borau, Jose Luis, *El hinduismo, religión del orden eterno*, Lulu.com, 2015.
- Velásquez Arango, Juan José, *La guerra contra los indígenas pijaos: financiamiento, organización militar y vida cotidiana, 1550-1615*, Tesis doctoral inédita, Universidad Nacional de Colombia, 2018.
- Velásquez Rodríguez, Rafael Antonio, “Los Yareguíes: resistencia en el Magdalena medio santandereano”, *Revista Credencial* 284, 2013.
- Viveiros de Castro, Eduardo, “Perspectivismo e multinaturalismo na América indígena”, *O que nos faz pensar* 14.18, 2004, pp. 191-224.
- Wagner, Carlos, *Colonos y comerciantes en el Occidente mediterráneo*, Almería: Universidad de Almería, 2001.
- Wagner, Roy, *The Invention of Culture*, Chicago: The University of Chicago Press, 1975.
- Walker Vadillo, Verónica, “Espíritus ctónicos, arboles sagrados y barcos monóxilos: desarrollo y evolución del paisaje cultural marítimo en el imperio jemer de Angkor (Camboya)”, *Congreso Iberoamericano de Arqueología Náutica y Subacuática*. Universidad de Cádiz-CIANYS, 2021.
- Walker Vadillo, Verónica, *The fluvial cultural landscape of Angkor*. Tesis Doctoral inédita, University of Oxford, 2016.
- Watkins, John, “Premodern Non-State Agency: The Theoretical, Historical, and Legal Challenge”. En *Beyond Ambassadors: Consuls, Missionaries, and Spies in Premodern Diplomacy*, ed. Maurits Ebben y Louis Sicking, Brill, Leiden, 2020, pp. 19-37.
- Westerdahl, Christer, “Maritime cosmology and Archaeology”, *Deutsches Schifffahrtsarchiv*, 28, 2005, pp. 7-54.
- Westerdahl, Christer, “The Maritime Cultural Landscape”. *The International Journal of Nautical Archaeology* 21, 1992, pp. 5-14.
- Worster, Donald, “¿Por qué necesitamos de la historia ambiental?”, *Revista Tareas* 117, 2004, pp. 119-130.
- Zabala, Rómulo y Gandía, Enrique de, *Historia de la ciudad de Buenos Aires: 1536-1718*. Vol. 1. Buenos Aires: Imprenta Mercatali, 1936.
- Zanón, Jesús, “Los intérpretes en la corte de al-Ḥakam II de Córdoba”, *Hermeneus*, TI, 15, 2013, pp. 323-347.

A lo largo de la historia de la humanidad, las cuencas fluviales han sido las áreas más dinámicas, fértiles y de mayor proyección para el ser humano. En este sentido, durante la coyuntura de expansión ibérica a ultramar, fueron explorados por naves castellanas la mayor parte de los grandes ríos americanos, vistos por vez primera a sus ojos como imponentes vías de penetración al interior de Tierra Firme. Tomando en cuenta que se trataba de expediciones con un mismo origen y desplegadas en una misma horquilla temporal, se toman los casos de los ríos Magdalena y Paraná con el fin de abordar un estudio comparativo y transdisciplinar sobre los factores condicionantes de tipo geográfico, cultural, jurídico y logístico, que pudieron incidir sobre su desarrollo y consumación. Es decir, la investigación nace de preguntas sobre la relación entre el ser humano y el medio acuoso, tanto respecto a aquellas comunidades indígenas que durante siglos habían adaptado sus formas de vida y navegación a las condiciones fluviales, como sobre las exigencias que los grandes ríos impusieron a hombres y naves de Castilla durante esas embrionarias expediciones, cuya culminación desembocó en las primeras fundaciones al interior continental de las Indias Occidentales.



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE UNIVERSIDADES

uca.
HUM-313



9 788412 909531